

Oswaldo Lamborghini

Novelas y cuentos

El fiord • Sebregondi retrocede
Sebregondi se excede • Relatos
Las hijas de Hegel • La causa justa
El Pibe Barulo • El Cloaca Iván

Prólogo de César Aira

Ediciones del Serbal



FQ
7798.22
A49
A6
1988

Primera edición: septiembre de 1988

© 1988, del prólogo, César Aira

© 1988, Derechos exclusivos de publicación: Ediciones del Serbal
Guitard, 45 - 08014 Barcelona

Impreso en España

Depósito legal: B. 29027-1988

Diseño gráfico: Marina Vilagellu, MMJ

Impresión: Romanyà Valls, Capellades Barcelona

ISBN: 84-7628-046-7

Índice

PRÓLOGO, César Aira	7
EL FIORD	17
SEBREGONDI RETROCEDE	35
I. Acopiador aviado, perdido	37
II. Borrás	53
III. El niño proletario	63
IV. La vuelta	71
SEBREGONDI SE EXCEDE	83
I. El Niño Taza	85
II. El ex Galewski en la pesada	99
Apéndice: Cupy Dossier	106
RELATOS	109
Matinales (aguas del alba)	111
Neibis (maneras de fumar en el salón literario)	115
La mañana	125
Sonia (o el final)	135
LAS HIJAS DE HEGEL	141
Pura mierda, putas cochinas	143
La novia del gendarme	157
Por un capítulo primero	168

LA CAUSA JUSTA	191
Agregados a <i>La causa justa</i>	228
EL PIBE BARULO	231
El púgil de Guante Blanco	277
El Pibe Barulo	298
Joe Trompada vs. Papi Trucco	300
Joe Trompada vs. Papi Trucco	305
El Pibe Barulo	306
EL CLOACA IVÁN	307
El Cloaca Iván (novela intimista)	309
El Cloaca Iván	314
El Cloaca Iván	315
Recuerdos, apuntes	318

Prólogo

César Aira

La primera publicación de Osvaldo Lamborghini (Buenos Aires 1940 - Barcelona 1985), poco antes de cumplir los treinta años, fue El fiord; apareció en 1969 y había sido escrito unos años antes. Era un delgado librito que se vendió mucho tiempo, mediante el trámite de solicitárselo discretamente al vendedor, en una sola librería de Buenos Aires. Aunque no fue nunca reeditado, recorrió un largo camino y cumplió el cometido de los grandes libros: fundar un mito.

Se trataba, y sigue tratándose, de algo inusitadamente nuevo. Anticipaba toda la literatura política de la década del setenta, pero la superaba, la volvía inútil. Incorporaba toda la tradición literaria argentina, pero le daba un matiz nuevo, muy distinto. Parecía estar encabalgado entre dos puerilidades: la anterior, fundada en la media lengua infantil de la gauchesca y el acartonamiento de funcionarios de nuestros prohombres literarios, y la posterior, con sus arrebatos revolucionarios siempre ingenuos. De pronto descubríamos que incluso Borges, muy en la línea inglesa, se había autolimitado a la literatura «para la juventud». Los únicos antecedentes que valía la pena mencionar eran Arlt y Gombrowicz. Pero a diferencia de ellos, Osvaldo no se ocupaba del problema de la inmadurez; parecía haber nacido adulto. Secreto, pero no ignorado (nadie pudo ignorarlo), el autor conoció la gloria sin haber tenido el más mínimo atisbo de fama. Desde el comienzo se lo leyó como a un maestro.

En 1973 apareció su segundo libro, Sebregondi retrocede, una novela que había sido originalmente un libro de poemas. La tapa tenía el mismo emblema que la de El fiord: un dedo señalando hacia arriba, entre fállico y tipográfico. De éste se vendieron unos mil ejemplares, y Osvaldo comentaba, filosófico: «Efectos

del boom. De su primer libro *Borges* vendió sesenta y cuatro.»

Poco después formó parte de la dirección de una revista de avant-garde, *Literal*, donde publicó algunos textos críticos y poemas. Por algún motivo, sus poemas causaron una impresión todavía más enfática de genio que su prosa.

Durante el resto de la década sus publicaciones fueron casuales, o directamente extravagantes (sus dos grandes poemas, *Los Tadeys* y *Die Verneinung* [La negación], aparecieron en revistas norteamericanas). Unos pocos relatos, algún poema, y escasos manuscritos circulando entre sus numerosos admiradores. Pasó por entonces varios años fuera de Buenos Aires, en *Mar del Plata* o en *Pringles*. En 1980 salió su tercero y último libro, *Poemas*. Poco después se marchaba a *Barcelona*, de donde regresó, enfermo, en 1982. Convaleciente en *Mar del Plata*, escribió una novela, *Las hijas de Hegel*, por cuya publicación no se preocupó (no se preocupó siquiera por mecanografiarla). Y volvió a irse a *Barcelona*, donde murió en 1985, a los cuarenta y cinco años de edad.

Estos últimos tres años, que pasó en una reclusión casi absoluta, fueron increíblemente fecundos. Cosa que no sospechábamos sus amigos, que sólo habíamos recibido de él el manuscrito de una novela, *La causa justa*. Su espolio reveló una obra amplia y sorprendente, que culmina en el ciclo *Tadeys* (tres novelas, la última interrumpida, y un voluminoso dossier de notas y relatos adventicios) y los siete tomos del *Teatro proletario de cámara*, una experiencia poética-narrativa-gráfica en la que trabajaba al morir.

* * *

La pregunta primera y última que surge ante sus páginas, ante cualquiera de ellas, es: «¿cómo se puede escribir tan bien?» Creo que hay un más allá de la calidad estilística, más allá del simulacro de perfección que puede lucir una buena prosa. En *Oswaldo* hay una alusión a lo perfecto de verdad, que escapa al trabajo. Se trata más bien de la facilidad, una suerte de «escritura automática». Entre sus papeles no hay un solo borrador, no hay versiones corregidas; de hecho, no hay casi tachaduras. Todo salía bien de entrada. No había parto. En todo caso, lo había habido. He tratado de explicármelo, a partir del hallazgo póstumo de la versión original, en verso, de *Sebregondi retrocede*, como una oscilación-traducción. Ese nacarado de perfección tan suyo podría explicarse quizás como el

efecto de una traducción virtual: ni prosa ni verso, ni una combinación de ambos, sino un pasaje. Hay una arqueología poética en la prosa, y viceversa; una doble inversión, cuya huella es aquello en lo que muchos han visto lo más característico del estilo de *Oswaldo*: la puntuación. Por otro lado, él mismo lo ha dicho: «En tanto poeta, ¡zds! novelista».

Debido a que *Sebregondi retrocede* pasó realmente por esa traducción, muestra el procedimiento con especial claridad. Aquí vemos al desnudo la mecánica exquisitamente límpida de las frases; asistimos al nacimiento de las palabras. (¿Quién había oído, por ejemplo, la palabra «tento», antes de leer la frase «El *Sebregondi* con plata es un *Sebregondi* con-tento»? Pero, y aquí está la peculiarísima paradoja de esta escritura, ese nacimiento tiene algo de definitivo. Se conjugan la fluidez y la fijeza, y lo hacen en el brillo.

Toda la escritura de *Oswaldo* está dominada por el signo de lo líquido; y menos por el agua que por el alcohol, cuyo brillo y fluidez pasan a la mente, y a partir de ella transforman el mundo; y al mismo tiempo producen la fijeza repetitiva del hábito.

* * *

En cierta ocasión *Oswaldo* trabajaba en una librería, y comentaba con asombro el respeto a priori que mostraba la gente al manipular los libros muy gruesos. Él nunca se beneficiaría, decía, con esa superstición; «mi obra», y señalaba unos folletos delgadísimos, «va a ser dos o tres de esos nada más». Pero la brevedad en él no era un mero accidente bibliográfico. Como podía esperarse, tenía doble fondo.

Recuerdo algo que me contó tras una temporada que había pasado en casa de sus padres. Había recuperado y vuelto a leer sus libros de infancia, entre ellos los de *Dickens*. *David Copperfield* le había gustado tanto como antes, pero con una salvedad (una salvedad que ya había hecho en su primera lectura treinta años atrás): había un pasaje en el que *David* acompañaba a su nodriza *Peggoty* a alimentar a las gallinas; ella les arrojaba cereal y las aves picoteaban... Pero el niño miraba los brazos pecosos de la mujer y se maravillaba de que no prefirieran picotear ahí. Ese pasaje le encantaba. Es más, encontraba que toda la novela se volvía redundante por esa sola escena. No lamentaba que *Dickens* la hubiera escrito, por supuesto. Estaba bien que existiera, no podía ser de otro

modo; pero era como el cereal innumerable que se les puede echar a las gallinas para que ellas tengan (o no tengan, eso da lo mismo) la iluminación de ir a picar al punto verdadero, a la representación. Él no era Dickens.

Lo que era Osvaldo, es difícil decirlo. Tenía una teoría sobre las novelas largas: decía que daban por resultado una frase, una pequeña frase «muy linda». Lo ejemplificaba con Crimen y castigo: «Para demostrar que es Napoleón, un estudiante debe asesinar a una vieja usurera». Paladeaba esa frase, la repetía. Daba a entender, creo, que lo suyo era esa frase, sin la novela.

Pero no se trataba sólo del resultado, sino de la materia misma de la novela, también. Insistía en que todas las grandes novelas están recorridas por una pequeña melodía, una «musiquita». La novela se hacía con frases provistas de sentido, pero a su vez la frase, para serlo, debía ser una pura música («música porque sí, música vana», la cita del famoso soneto, que tanto repetía). Es el paradojico pasaje del verso a la prosa.

Probablemente de ahí viene la inclusión, en Sebregondi retrocede, de Porchia, que lo tenía para encantarlo: un viejo obrero jubilado, cuya obra (las Voces) está compuesta exclusivamente de frases zen, del tipo «Antes de recorrer mi camino yo era mi camino». Pues bien: «Porchia estaba loco».

Incidentalmente, recuerdo que Osvaldo tenía un método para escribir cuando, por alguna razón, «no podía escribir»: consistía simplemente en escribir una pequeña frase cualquiera, y después otra, y otra, hasta llenar varias páginas. Algunos de sus mejores textos (como La mañana) están escritos así; y podría pensarse quizás que todo está escrito así.

* * *

El fiord, como la mónada de Leibnitz, refleja todo el universo lam-borghiniano; lo mismo hace cualquiera de sus otros escritos. Supongo que él insistía en lo monádico de ese texto inaugural más bien por comodidad, porque sucedía que había sido el primero. Y quizás por otros motivos también. Las interpretaciones que se han tejido alrededor de El fiord (por ejemplo la de considerarlo un «objeto fractal» y aplicar la idea al resto de su obra en tanto fragmentación lineal, periferia infinita de un sentido, la «ilusión de cosagrande redonda» con que empieza Sebregondi retrocede) no hacen más

que destacar su densidad literaria, su calidad de ininterpretable. Pero las claves para una interpretación son muy visibles, casi demasiado. Están esas iniciales puntuando la narración: la CGT que da a luz a ATV, Augusto Timoteo Vandor, el líder sindical que se rebeló contra Perón... pero este último parecería ser «el Loco Rodríguez», y aquí las iniciales no corresponden a nada, y por otro lado Sebastián (Sebas) alude a las «bases» por otro procedimiento lingüístico...

El fiord es una alegoría, pero mucho más que eso es una solución al enigma literario que plantea la alegoría, que intrigó a Borges. La solución que propone Osvaldo, tan sutil que, al menos a mí, me resulta casi inaprensible, consiste en sacar al sentido alegórico de su posición vertical, paradigmática, y extenderlo en un continuo en el que deja de ser él mismo (de eso se trata el sentido, todo sentido, de un abandono de un término por otro) y después vuelve a serlo, indefinidamente.

La puesta en escena de este continuo, del que es parte el pasaje del verso a la prosa, y la transexualidad, y, yo diría, todo en la obra de Osvaldo, es la literatura misma. Su trabajo de historietista, al incluir la imagen en la línea (o «en el gancho») es parte de lo mismo, que se acentuaría en su obra gráfica de los últimos años, en los libros artesanales que hizo (aunque éstos participan de otra idea muy suya, la de «primero publicar, después escribir») y sobre todo en el Teatro proletario de cámara. Era inagotable en la invención de continuos; recuerdo uno, al azar, en el cuento Matinales, que él mismo contaba con grandes risas (lo encontraba una trouvaille): el niño que para volverse loco hace el gesto, que representa familiarmente la locura, de ponerse un dedo en la sien y atorillar. Todo Sebregondi puede considerarse un tratado del continuo.

* * *

Claro que lo mismo podría decirse de Las hijas de Hegel, en la que aparecen además elementos nuevos. La novelita es una curiosa Aufhebung en proceso. La primera y la tercera partes, fechadas alrededor del 17 de Octubre, efemérides central de la clase obrera argentina, están escritas en sendos cuadernos; la segunda, fechada un poco antes y escrita con el procedimiento frase-por-frase, en una libreta pequeña. Aquí el continuo se resuelve en simultaneidad (¿pero de qué? ¿de escritura? ¿de escritura y lectura? ¿de literatura e historia?), en ritual, o en fatalidad.

Si se interroga a cien personas que lo hayan conocido, noventa y nueve definirán a Osvaldo por su amor a las mujeres. Ahí, y sólo ahí, parecía exceder a la literatura. No es que fuera feminista (de eso se burló en una lapidaria declaración de principios: *«mujeres de verdad, no la estúpida verdad de la mujer»*). Su amor por las mujeres brillaba con la misma luz que su inteligencia; casi se confundían.

Por supuesto, ahí era sincero, y su biografía es el más fehaciente testimonio. Y sin embargo... el continuo actuaba también sobre la sinceridad, sobre la verdad, las ponía en una misma línea con lo demás.

Muy a la inversa de Hegel, para Osvaldo la realidad culminaba en las mujeres, y en la clase obrera. Pero allí, en esa cima, comenzaba la representación. Y esa representación tenía un nombre: la Argentina. Por eso la Argentina era «¡Albania, Albanial!» o «¡Alemania, Alemanial!» La Argentina valía sólo «por su gran poder de representación». Vale la pena recordar las circunstancias en que le oí repetir una vez eso. Ante un viajero que elogiaba la belleza rotunda e impúdica de las mujeres brasileñas, Osvaldo dijo su consabido «pero la Argentina tiene un gran poder de representación». Y se explicó así: «allá una mujer no es más que una mujer, aquí en cambio es una obrera que pasa camino a la fábrica...» Y seguía el argumento político: «... porque el peronismo le dio dignidad a la clase obrera argentina, etc. etc. etc.» Esta recurrencia política era una constante en él, y a veces parecía tan fuera de lugar que llevó a algunos a pensar que tenía algo de cínico. Creo más bien que respondía a su complejo sistema formal.

La Argentina lamborghiniiana es el país de la representación. El peronismo fue la emergencia histórica de la representación. La Argentina peronista es la literatura. El obrero es el hombre al fin real que crea su propia literatura al hacerse representar por el sindicalista. De ahí el regreso de la figura de Vandor (en cuya muerte veía, con toda coherencia, «el asesinato simbólico de la clase obrera argentina») desde sus primeros a sus últimos escritos.

Pero en el mismo movimiento en que el obrero se hace sindicalista, el hombre se hace mujer. He ahí el avatar extremo de la transexualidad lamborghiniiana. «Yo quisiera ser obrera textil, pero para llegar... a secretaria del sindicato.»

El sistema era de aprensión a la vez muy difícil y muy fácil. Era, como todo estilo, un campo gravitacional, en el que se caía.

Recuerdo que una noche caminábamos por el centro, y cruzamos a una prostituta de las que por entonces, hace veinte años, todavía podían verse en Buenos Aires: pintada como un mascarón, cargada de joyas baratas, con ropa chillona, gorda, vieja. Osvaldo dijo, pensativo: «¿Por qué será que los yiros parecen seres del pasado?» Yo oí mal y le respondí: «No creas. Mirá a Mao Tsé Tung.» Se detuvo, estupefacto, y me dirigió una mirada extraña. Por un instante, el malentendido abarcó a toda la literatura, y más. Han tenido que pasar tantos años y tantas cosas para que yo pudiera leer en esa mirada, o en el pasado mismo, lo que me quiso decir: «Por fin entendiste algo».

Un recuerdo más, para terminar. Osvaldo conocía a Hegel principalmente a través de Kojève, a cuya interpretación adhería a la vez que no se tomaba muy en serio (la misma ambigüedad tenía con Sartre, en cuyos libros encontraba, quién sabe por qué, una cantera inagotable de chistes). Pero también había leído a Hegel, y la última vez que lo vi, el día que se marchaba a Barcelona por segunda vez, tenía en las manos las Lecciones sobre la filosofía de la historia; lo había elegido para leer en el avión, cosa que me explicó así: lo había abierto al azar, en una librería, y advirtió que en esa página casual Hegel hablaba de... Afganistán. (¡Afganistán, Afganistán!) Eso le bastó.

• • •

Esta primera recopilación reúne prácticamente toda la narrativa publicada por Osvaldo Lamborghini, y la que se propuso (a veces muy vagamente) publicar, sin hacerlo.

Tras El fiord y Sebregondi hemos reunido cuatro relatos publicados entre 1974 y 1979. Matinales (aguas del alba) estaba destinado a formar pendant con otro cuento, protagonizado por el Marqués de Sebregondi, que tendría por subtítulo «alcoholes del crepúsculo», y que sería la explicación, en un bar, de la frase «Ya no hay poesía que me espante». Lamentablemente, no fue escrito. Neibis (1975) testimonia un fugaz y algo condescendiente entusiasmo del autor por la teoría literaria telqueliana, y su sólida admiración por Raymond Roussel. Del método con que fue escrita La mañana ya hablé. En cuanto a Sonia o el final, debo decir algo sobre un punto preciso del texto. Fui yo quien lo pasó a máquina; la copia fue revisada por Osvaldo y la publicación se realizó simul-

táneamente en dos revistas muy diferentes, una de alto vuelo intelectual, la otra de ribetes pornográficos. En ambas una frase, hacia el final del cuento, dice «casa quinta casa», lo que parece obviamente una errata por «quinta casa quinta». Mi copia a máquina da la primera lección; el manuscrito (creo recordar que eran unas hojas sueltas) se ha perdido. Como Osvaldo revisó la copia, caben las siguientes posibilidades: que el texto dijera realmente «casa quinta casa»; que dijera «quinta casa quinta» y se le haya pasado por alto al revisarlo; o bien que él hubiera escrito originalmente «quinta casa quinta» y la lección incorrecta no se le haya pasado por alto sino que haya preferido el error, que echa a perder el chiste pero lo hace pasar (y esto es muy lamborghiniano) a un nivel ultratextual, a cargo del lector.

En cuanto a La causa justa, ocupa un lugar especialísimo entre su obra última, por ser el único trabajo de ese periodo (entre otros muchos, tan buenos o mejores, aunque es difícil imaginarse algo mejor) que Osvaldo se preocupó por dar a conocer; más que eso, insistió en hacerlo, y llegó a ocuparse él mismo, cosa rarísima, del mecanografiado. No es fácil acertar con el motivo. Podría pensarse en el exilio, en la urgencia por dar a conocer este nuevo estado, maduro y conmovedor, de su visión de la Argentina.

El Pibe Barulo, que no recibió el mismo tratamiento (es un terso y limpio manuscrito, en uno de sus tantísimos cuadernos), constituye otra versión de La causa justa; lo mismo, pero en otra dirección. ¿Cuál fue primera? Imposible deducirlo. Hace pensar en ese curioso efecto de simultaneidad que tiene toda su obra. En una carta con que acompaña el envío de La causa justa decía: «Reitero que hay más novela. La infancia de Nalgón; poco, nada agudo, su fin: paradisíaco.» Aunque El Pibe Barulo podría considerarse anterior, y nada impide hacerlo así, creo que la lógica de la elaboración novelesca, interna y externa, lo ubica después. Por un lado indica la condena más bien grave, e inexorable, que se descarga a posteriori sobre el destino del protagonista; por otro, la proliferación, dentro del texto mismo y en los fragmentos agregados, indica la dirección de Los Tadeys, esa inmensa saga de la proliferación. (Uno de los fragmentos en apéndice, es una muy significativa segunda versión del «Niño proletario» de Sebregondi retrocede, en la que la representación ha triunfado en toda la línea —el proletario «real» se ha transformado en boxeador «demente», con la inversión social de víctimas y victimarios.)

En la mencionada carta Osvaldo decía «Creo que serán tres novelas cortas con el mismo». Sin ningún motivo demasiado concreto para afirmarlo, supongo que la tercera novela es El Cloaca Iván, de la que escribió uno pocos fragmentos. Aquí el rumbo que se insinúa es el del Teatro proletario de cámara, del que han desaparecido los niños y donde el acento está puesto sobre la visibilidad hard-core. La perspectiva infinita que abren las dos obras finales, Tadeys y el Teatro proletario de cámara, explicaría el abandono de este proyecto de trilogía.

• • •

Por último, a continuación de Sebregondi retrocede, se incluye una pequeña novelita interrumpida (pero no inconclusa) de 1981, Sebregondi se excede, hallada entre sus papeles póstumos. Es posible que haya sido escrita en Barcelona en su primera estadía allí. El manuscrito está en un cuaderno; no fue pasado a máquina ni dado a leer a nadie por el autor, quien ni siquiera se refirió a ella nunca —destino que compartió con otros muchos textos. Creo que encuentra aquí su lugar natural, en tanto retoma los personajes y la situación final de la novela publicada.

Por ser la única pieza de este volumen que se publica en forma del todo ajena a la voluntad del autor, me veo en la obligación algo incómoda, pero ineludible en razón de la índole de este texto, y de otros, de hacer la aclaración de que no hay nada de autobiográfico en ellos. Aunque las apariencias digan lo contrario, a veces muy enfáticamente. El peculiar sentido del humor de Osvaldo lo llevaba por caminos fantásticos y muy sorprendentes en este sentido. Quizás puede reprochársele, sí, la ficcionalización algo desprejuiciada de algunos miembros de su familia, con los que en la realidad mantuvo una relación muy tierna y afectuosa hasta el fin de su vida.

Lo mismo vale para el tratamiento que se dio a sí mismo en sus escritos. El estudioso podrá ver aquí una de las claves de su sistema, pero por el momento querría hacer la aclaración de que había una gran distancia entre la persona real y la imagen «personal» que puede transmitir su temática (nunca su estilo). En estos últimos años la leyenda ha hecho de Osvaldo un «maldito», pero las bases reales no van más allá de cierta irregularidad en sus costumbres, la más grave de las cuales fue apenas la frecuencia en el cambio de domicilio. Para unas normas muy estrictas pudo haber sido

un marginal, pero nunca, de ninguna manera, el esperpéntico fantasmón que un lector crédulo podría deducir.

Oswaldo era un señor apuesto, atildado, de modales aristocráticos, algo altivo pero también muy afable. Su conversación deslumbraba invariablemente. Nadie que lo hubiera tratado así fuera unos pocos minutos dejaba de recordar, para siempre, alguna ironía, una réplica perfecta, un retrato de insuperable acuñación; no sólo en eso se parecía a Borges: tenía algo de caballero anticuado, con ángulos un tanto ladinos, de gaucho, cubiertos por una severa cortesía. Además, lo había leído todo, y su inteligencia era maravillosa, iluminadora. Fue venerado por sus amigos, amado (con una constancia que ya parece no existir) por las mujeres, y respetado en general como el más grande escritor argentino. Vivió rodeado de admiración, cariño, respeto, y buenos libros, que fueron una de las cosas que nunca le faltaron. No fue objeto de repudios ni de exclusiones; simplemente se mantuvo al margen de la cultura oficial, con lo que no perdió gran cosa.

EL FIORD

¿Y por qué, si a fin de cuentas la criatura resultó tan miserable —en lo que hace al tamaño, entendámonos—, ella profería semejantes alaridos, arrancándose los pelos a manotazos y abalanzando ferozmente las nalgas contra el atigrado colchón? Arremetía, descansaba; abría las piernas y la raya vaginal se le dilataba en círculo permitiendo ver la afloración de un huevo bastante puntiagudo, que era la cabeza del chico. Después de cada pujo parecía que la cabeza iba a salir: amenazaba, pero no salía; volvía en rápido retroceso de fusil, lo cual para la parturienta significaba la renovación centuplicada de todo su dolor. Entonces, El Loco Rodríguez, desnudo, con el látigo que daba pavor arrollado a la cintura —El Loco Rodríguez, padre del engendro remolón, aclaremos—, plantaba sus codos en el vientre de la mujer y hacía fuerza y más fuerza. Sin embargo, Carla Greta Terón no paría. Y era evidente que cada vez que el engendro practicaba su ágil retroceso, laceraba —en fin— la dulce entraña maternal, la dulce tripa que lo contenía, que no lo podía vomitar.

Se producía una nueva laceración en su baúl ventral e instantáneamente Carla Greta Terón dejaba escapar un grito horrible que hacía rechinar los flejes de la cama. El Loco Rodríguez aprovechaba la oportunidad para machacarle la boca con un puño de hierro. Así, reventábale los labios, quebrábale los dientes; éstos, perlados de sangre, yacían en gran número alrededor de la cabecera del lecho. Preso de la ira, al Loco se le combaban los bíceps, y sus

ya de por sí enormes testículos agigantábanse aún más. Las venas del cuello, también, se le hinchaban y retorcían: parecían raíces de añosos árboles; un sudor espeso le bañaba las espaldas; las uñas de los pies le sangraban de tanto querer hincarse en las baldosas del piso. Todo su cuerpo magnífico brillaba, empapado. Un brillo de fraude y neón.

Hizo restallar el látigo, El Loco, en varias ocasiones; empero, los gritos de Carla Greta Terón no cesaban; peor aún: tornábanse desafiantes, cobraban un no sé qué provocador. La pastosa sangre continuábale manándole de la boca y de la raya vaginal; defecaba, además, sin cesar todo el tiempo. Tratábase —confesémoslo— de una caca demasiado aguachenta, que llegaba, incluso, a amarrarle los cabellos. El Loco, en virtud de ser él quien la había preñado, cumplía la labor humanitaria de desagotar la cattera: manejaba la pala como hábil fogonero y a la mierda la tiraba al fuego.

Vino otro pujo. El Loco le bordó el cuerpo a trallazos (y dale dale dale). Le pegó también latigazos en los ojos como se estila en los caballos mañeros. El huevo bastante puntiagudo, entonces, afloró un poco más, estuvo a punto de pasar a la emergencia definitiva y total. Pero no. Retrocedió, ágil, lacerante, antihigiénico. Desesperadamente El Loco se le subió encima a la Carla Greta Terón. Vimos cómo él se sobaba el pito sin disimulo, asumiendo su acto ante los otros. El pito se fue irguiendo con lentitud; su parte inferior se puso tensa, dura, maciza, hasta cobrar la exacta forma del asta de un buey. Y arrasando entró en la sangrante vagina. Carla Greta Terón relinchó una vez más: quizás pretendía desgarrarnos. Empero, ya no tenía escapatoria, ni la más mínima posibilidad de escapatoria: El Loco ya la cojía a su manera, corcoveando encima de ella, clavándole las espuelas y sin perderse la ocasión de estreñarle el cráneo contra el acerado respaldar.

Yo «Pronto, ya, ¡quiero!», musitó Alcira Fasó, a mi lado. Yo me cubrí con las sábanas hasta la cabeza y me fui reptando, reptando, hacia los pies de nuestro camastro. Una vez allí aspiré hondamente el olor de nuestros cuerpos, que nunca lavamos. «Las fuerzas de la naturaleza se han desencadenado», dije, y me zambullí de cabeza en la con-

cheta cascajenta de Alcira Fasó. Sebastián —digámoslo—, mi aliado y compañero, el entrañable Sebas, apareció en escena: «¡Viva el Plan de Luchas!», cacareó, desde su rincón. Yo iba a contestarle, esumulándolo, mas no pude: El Loco Rodríguez, que ya había concluido su faena con la Carla Greta Terón, comenzó a hacerme objeto —y no ojeite, como dice Sebas— de una aguda penetración anal, de un rotundo vejamen sexual. Con todo, peor suerte tuvo mi pobre amigo, cuyos ojos agónicos brillaban, intermitentes, en el solitario rincón que le habíamos asignado, rincón donde yacía —todo el tiempo— entre trapos viejos y combativos periódicos que en su oportunidad abogaron por el Terror. (Como nunca le dábamos de comer parecía, el entrañable Sebas, un enfermo de anemia perniciosa, una geografía del hambre, un judío de campo de concentración —si es que alguna vez existieron los campos de concentración—, un miserable y ventruado infante tucumano, famélico pero barrigón.)

Y así, cuando advirtió que la fiestonga se iniciaba, la fiestonga de garchar, se entiendo, empezó a arrastrarse con la jeta contraída hacia el camastro donde Alcira y yo nos refocilábamos, con el agregado, a mis espaldas, del abusivo Loco, nuestro Patrón: nunca le dábamos de cojer al entrañable Sebas, casto a la fuerza, recontraalentón, que ahora débilmente se arrastraba hacia el camastro, barriendo con la cara casi las baldosas, deteniéndose numerosas veces para recuperar el aliento vital, y murmurando a cada paso «CGT, CGT, CGT...», como para despistar, o, en una de esas, a modo de oración. Él se apoyaba en sus brazos —menos gruesos que palos de escoba— y con los pies se impulsaba hacia adelante, no sin cierto fervor. O mejor dicho todo fervor. Para siempre lo tengo retratado en mi memoria al extraordinario Sebastián. Juntos militamos en la Guardia Restauradora, años, años atrás.

Y yo lo miraba acercarse a pesar de que los rempujones del Loco no me dejaban mucho tiempo ni muchas ganas para la ecuánime, objetiva observación ¡Dogmático Sebastián! Su mirada era poesía, la revolución. Cada uno de sus movimientos trasuntaba un agradecimiento infinito hacia nosotros, que le íbamos a permitir —él creía— sa-

cuirse la soledad de su carne y de su espíritu así como un perro se sacude el agua de la mar. Y si se lo permitáramos —en esa dirección su privilegiado cerebro empezó a funcionar— ¡qué importaba que nunca le diéramos de comer ni de cojer! ¡Qué importaba que su estómago siempre vacío segregara esa baba verde cuya fetidez tornaba irrespirable el aire de nuestro agusanado cuartel! ¡Qué importaba que viviera entre vómitos de sangre, molestando incluso nuestro sueño porque cada una de sus arcadas era una especie de alarido sin fel! ¡Qué importaba qué!

Adelante camarada Sebastián, entrañable amigo, perro-inmundo. Casi llegó a tocarnos con sus transparentes manos. Yo estaba preso en la cárcel formada por los brazos del Loco y con la cabeza sumergida en el bajo vientre de mi cajetoidea Alcira. Mi gran amor se desbordaba. Señor en el centro en el cero de mi ser las vibraciones eyaculatorias del pión del Loco, mientras el clitoris de Alcira Fafó, enhiesto y rugoso, me hacía sonar la campanilla, a rebato; pero vi, vi sin embargo de rojo cómo el temible, purlento Sebastián, intentaba acariciar las bien plantadas nalgas que sobre las mías galopaban, el culo de nuestro abusivo Dueño y Señor. Entonces, malévolo y dulce a la vez, con el talón le pegué al Loco desesperadas pataditas avisativas en sus fuertes pantorrillas, pataditas objetivamente alcahueteadas, caro Sebastián. Tal como yo lo esperaba (¿y era acaso para menos?) el Patrón reaccionó de inmediato. Después de echarme su guascón en mis adánicos adentros, se irguió y le aplicó un fabuloso patadón en la garganta a mi pobre amigo: de boca abajo que estaba lo puso boca arriba. Todo un espectáculo, el musculoso pie, magníficamente posado en el suelo después del golpe, recortándose nítido contra el cuello del derrotado: yo lo vi con mis propios ojos, y qué lejos aquellos tiempos, Sebastián, cuando un suboficial dado de baja por la libertadora pacientemente nos enseñaba el marxismo.

Y un hilito de baba se le escapó al entrañable Sebas por la comisura —izquierda— de los labios. Sus intermitentes ojos rodaron varias veces en una y otra dirección. Intentó limpiarse la boca con la mano, pero su extrema debilidad hizo que el gesto abortara: a la mitad de camino

la mano no resistió más y sobre la panza enorme se le derrumbó. Los cuervos planearon sobre su figura, y yo, adolorido por la reciente penetración, lié con el elástico de las bombachas de Alcira Fafó una bolsa de hielo al área de mi desfloración.

Y también intercedí en un arranque de pietismo para que El Loco espantara a los pajarracos rapifosos, aunque uno de ellos igual tuvo tiempo para arrancarle el dedo índice derecho al pobre Sebas, de un picotazo y tirón. Y eso era el dolor, todo el dolor, y no todo el dolor. Tenaces gotas de sangre brotaron de la frente de Sebastián. Yo me largué a llorar con desesperación. Como en la infancia: arrodillado en un rincón de la pieza, escondiendo la cara bajo el sobaco y aspirando el chivo olor. Las cucarachas me subían por la parte posterior de los muslos y, salvando el breve obstáculo de la bolsa de hielo, sometían mis lomos a una exhaustiva exploración. Entretanto, El Loco Rodríguez —Hijo de Puta Amo y Señor— espantaba a los cuervos, mas tratándolos como si fueran viejos amigos que se han puesto un poco pesados con el alcohol y los recuerdos del tiempo que se fue (y que fue mejor) cuando no era necesaria la insurrección. Y razón —como a nadie— en parte al Loco no le faltó: la atmósfera repentinamente se sobrecargó: «¡A usted lo conocí en un reunión del COR!»

Valiéndose de una enorme regla T, El Loco abrió el grisáceo ventanal del techo para que los cuervos evacuaran la deformada y deformante habitación. De uno en uno salieron, chorreando lágrimas, invocando los sagrados nombres de los caídos en la lucha, en el fragor. Y hasta con un dedo menos firmó en manifiesto el monolítico Sebas. Y El Loco del látigo, preñador de Carla Greta Terón, desnudo como estaba salvo el orión, medio tórax afuera sacó para despedir a los oscuramente pájaros, sin rencor. En su envío: «Adiós».

Tuvo un ataque de histeria en medio de un pujo la Carla Greta Terón. Todos a una miramos hacia su lecho de parto porque ella yacente empezó a gritar: «Que se viene. Que ya está. Que se que se. Que ya estuvo. ¡Hip, Ra! ¡Hip, Ra! ¡Hip, Ra!» Explicaba en su media lengua que era inminente —y no inmierdente, como dice Sebas—, que ya paría. Y

a pesar de nuestras escépticas conjeturas su cuerpo de gollondrina empezó a hincharse. Mientras dilataba ella se estrujaba con las manos, de las sienas hacia abajo, para que la criatura bajara. «¡No vaya a ser que se me atranque entre los parietales!», jodió, y El Loco, ni lerdo. Ni perezoso. Le ató a las piernas una bolsa de arpillera con la boca bien abierta para que el chico de mierda cayera en su interior. Había puesto un poco de aserrín en el fondo, además, por si la cabeza se separaba del tronco. Alcira le midió la dilatación de la concha con un centímetro de modista, y luego se repajé con una enorme vela, ella. Yo, yo me le fui al humo en seguida, al humo regodeante de Alcira, y eyaculé frotando con unción la cabeza del porongo contra la parte áspera-rajada de su talón. Y todos nos perecíamos por minetear o garchar o franelar o rompernos los culos los unos a los otros: con los porongos. Hasta el exangüe Sebastián intentó un esbozo de sonrisa lúbrica, que era una verdadera elegía a los terremotos carnales, al ejercicio o no de la procreación. Entonces apareció. Tras hacer trizas la carne rosada de la cajeta de su madre Carla Greta Terón. La cabeza raquílica. Con una boquita no mayor que el punto de un lápiz. Pero con los ojos inmensos. Inmensos de espléndidos, de tristes, de grandes: Atilio Tancredo Vacán, su cabeza emergió.

«¡Loado sea!», regurgitó El Loco cayendo de rodillas sobre un montón de turro maíz. Alcira, con los brazos abiertos, recibió un baño de luz ventanal en su cuerpo desnudo, y su vagina sonrió. Sebastián besaba mis pies enfundados en unas sucias medias negras, largas hasta las ingles. — sucias medias negras de sucio seminarista— que, junto con el escapulario, constituyan toda mi vestimenta. Y previendo lo que iba a ocurrir me erguí, sin restarle un solo centímetro a mi estatura. Era un deber hacerlo, aunque la humildad taimada que me caracteriza procurara estrangularme con mis propias manos. La baba pegajosa que fluía de mi boca me mojaba el cuerpo. Rasgué, sin embargo, todos los tapices a mi alcance. A traición, claro que a traición. Mutilé las bordadas escenas del bien y del mal, deformé su sentido, mordí algunas con mis dientes mellados. A traición. Salsa un juguito dulzón, asqueroso y de

rechupete y con sabor dulzón. A traición. Y todos estábamos modificados por la presencia del inmodificante Atilio Tancredo Vacán. Salte en todas las direcciones: ¡una nueva relación! Y ¡en! relación. Hombre con hombre hombre con hombres hombres hombres. Atravesé incluso aros de madera llameantes, y porque El Loco quiso fornicarme al vuelo, se me resbaló —y no relajó, como dice el intraducible Sebas— la bolsa de hielo; y no, a mí no me importó: ¡no eran momentos de andar cuidando el carajo del estilo! Me puse un frac de sirviente y un collar de perro: me los saqué rapidito, ¿no es cierto? ¡Guasca en el ojo! Con los restos de los tapices por mí rasgados me llegué hasta Carla Greta Terón, que ya tenía medio monstruo afuera, ^{nacimiento} y se los di. ^{del niño} Y le dije: «¡Tomá, ya, Larrecontraputamadrequeerrecontraparió Hijaderremilputas!» ¡Yal ¡Y no! Me ^{separación} florí luego (y no) en unos pasos canyengues, pero no pude coronar mi baile: entre prematuros estertores, Atilio Tancredo Vacán, ya definitivamente nacido parido escupido, cayó atroden de la sabot con los brazos y las piernas aplastados contra el cuerpo, al estilo de las momias aztecas. ¡Y no estaba muerto! «Huija», grité, «hurra, hermanos, respira y mueve la cola.» Sebastián batió palmas y se arrastró hasta el lavatorio, dejando como siempre limaduras de saliva en el piso; y se prendió a la goreante canilla, lamiéndola, para engañar el estómago. El Loco, que no cabía de gozo en su rayada piel, le hizo un chiste de festejación: corrió tras él, lo tomó de las casi invisibles piernas, y lo metió de cabeza en el inodoro. Y tiró la cadena varias veces como broche de oro. Me ref a más no poder, retorciéndome, a la vez me arrastraba —yo también— hacia nuestro descojonado baño. «¡Uy uy uy, qué bueno!», dije, «hacé-selo otra vez; yo te ayudo, Loco.» El patrón me miró con el asco en los ojos, y provisto de súbita jeringa me aplicó una inyección de brillanteína sólida: endovenosa. A los tum-bos, desesperado, a punto de desmayarme vomitar o cagar hasta las tripas, fui a remodelarme a un rincón, esperando que Sebastián se permitiera algún comentario para arrancarle la piel a dentelladas, convertirlo en una pura llaga. Alcira dijo: «Yo quiero acunarlo a Atilio Tancredo Vacán; a ese chico ya se le para.» «Mierda: tomá tomá y

tomá: ¡es pa mí nomás!», se opuso la Carla Greta Terón. Alcira Fafó se le abalanzó para degollarla con una navaja, y como se lo impedimos le gritó, a la otra que ya se revolcaba garchando con su hijo: «ojalá que un gató rabioso se te meta en la concha, y te arañe arañe arañe, la puta que te parió!»

Estallaron todos los vidrios de la casa, se hicieron añicos. La primera bola de fuego incendió la cabellera de Alcira. Esta vez, en serio, fue necesario recurrir al chiste que se le hiciera a Sebastián, que semiahogado hipaba sobre unos titulares revolucionarios. La segunda bola de fuego calcinó la mano izquierda de Carla Greta Terón. Entonces apareció mi mujer. Con nuestra hija entre los brazos, recubierta por ese aire tan suyo de engañosa juventud, emerge, lumínica y casi pura, contra el fondo del fiord.

Los buques navegaban lentamente, mugiendo, desde el río hacia el mar. La niebla esfumaba las siluetas de los estibadores; pero hasta nosotros llegaba, desde el pequeño puerto, el bordoneo de innumerables guitarras, el fino cantar de las rubias lavanderas. Una galería de retratos de poetas ingleses de fines del siglo XVIII brilló, intensamente, durante un segundo, en la oscuridad. Pero no se acabó lo que se daba. Continuó bajo otras formas, encadenándose eslabón por eslabón. No perdonando ningún vacío, convirtiendo cada eventual vacío en el punto nodal de todas las fuerzas contrarias en tensión. Por algo los vidrios se habían roto y eran bolas de fuego los ojos del lúcido, del crítico Sebastián. Tampoco era casual que mis manos rompieran el invisible aire de su contorno y, algo lastimadas, se extendieran hacia la figura de mi mujer, aunque luego se detuvieran a mitad de camino, crispadas, convertidas en dos puños increpantes, incapaces incluso de la salutación. Ella me mostró sus tobillos: dos muñones sangrantes. Ella transportaba en la mano derecha sus pies aserrados. Y me los ofrendaba a mí, a mí, que sólo me atrevía a mirarlos de reojo. Que no podía aceptarlos ni escupir sobre ellos. Que ahora miraba nuevamente hacia el fiord y veía, allá, sobre las tranquilas aguas, tranquilas y oscuras, estallar pequeños soles crepusculares entre nubes de gases, unos tras otros. Y hoces, además, deslizadas eterna

o momentáneamente de sus respectivos martillos, y fragmentos de burdas svásticas de alquitrán: Dios Patria Hogar; y una sonora muchedumbre —en ella yo podía distinguir con absoluto rigor el rostro de cada uno de nosotros— penetrando con banderas en la ortopédica sonrisa del Viejo Perón. No sabemos bien qué ocurrió después de Huerta Grande. Ocurrió. Vacío y punto nodal de todas las fuerzas contrarias en tensión. Ocurrió. La acción —romper— debe continuar. Y sólo engendrará acción. Mi mujer me ofrece sus pies, que manan sangre, y yo los miro. Me pregunto si yo figuro en el gran libro de los verdugos y ella en el de las víctimas. O si es al revés. O si los dos estamos inscriptos en ambos libros. Verdugos y verdugueados. No importa en definitiva: éstos son problemas para el lúcido, para el crítico Sebastián: él sabrá prenderse con su hocico de comadreja a cualquier agujero que destile humanidad. No le damos ni le daremos de comer. Ni de cojer. Jamás. Atilio Tancredo Vacán ya gatea. Chupa de la teta de su madre una telaraña que no lo nutre, seca ideología. El Loco me mira mirándome degradándome a víctima suya: entonces, ya lo estoy jodiendo. Paso a ser su verdugo. Pero no se acabó ni se acabará lo que se daba.

El Loco Rodríguez forzó con el cabo del látigo la puerta del comedor Chippendale. Tomó a Atilio Tancredo Vacán en sus brazos y se sentó a la cabecera de la mesa, acunándolo. Yo engrillé al entrañable Sebas para conducirlo al comedor; allí, lo encadené a una argolla de hierro fijada en la pared especialmente para él. Quiso rehuir la cena pretextando su cáncer Alcira Fafó; a mí con esas; le hiqué, sin más, mi estilográfica en un seno, que allí quedó colgando, apenas prendida de la piel, y la obligué —y no ogarché, como dice Sebas— a sentarse a la siniestra del Loco. Quedaba por ubicar Carla Greta Terón, menester incluido en mi pliego de obligaciones porque yo era el maître. Me cuadré, sin embargo, frente al Trompa Capanga, Amo y Señor, esperando órdenes, que no tardaron en llegar. «Traigalá, nomás, rodando en su cama; la rociaremos con unas salsas para evitar que la carne la afecte», dijo, y repitió «ecte», con despectivo gesto, tras lo cual me aplicó (desprecio tras desprecio) un papirotazo en la cabeza de

la garcha. Pero no hay amargura que a mí me derrote: hasta el dormitorio fui al trote, golpeándome la boca con la mano, dando alaridos, como hacen los indios. Pegué un resbalón de órdago con el apuro y la payasada, apuro plenamente justificado porque llegué justo a tiempo: Carla Greta Terón ya había llenado de agua su enorme vaso azul de material plástico, y se disponía a abrir la caja de útiles donde guardaba mortales dosis de barbitúricos. «Oh no, no», le dije, «con barbitúricos no, batracia», y la conduje hasta el ventanal del techo y le mostré el fiord grávido de luna. La tomé dulcemente de la mano y le miré el culo con fijeza obsesiva. Tragué saliva. «¿Ves?», le dije, mientras apartaba el humo con la mano para mostrarle una estremecedora asamblea de mecánicos de pie con la sogá al cuello. «¿Ves?», insistí, al mismo tiempo que dejaba caer mi sinuoso perfil sobre sus redondas tetas. Un asambleísta caminaba sobre las acolchadas cabezas de los otros, profetizando: «Jamás seremos vandoristas, jamás seremos vandoristas.» En seguida quedó inmóvil y empezó a cuartearse. Carla Greta Terón se desperezó como un gato y arrojó las letales pastillas al orinal. Aferré con mis dos manos la caja de útiles (era en forma de barca) y la estrujé contra mi pecho desnudo. «Si yo pudiera poseer esta caja de útiles no me importaría perder el resto», mentí. Y ella, la dulce, la incomparable Carla Greta Terón, asintió con el ondular de su hermosa cabellera. Yo me postré a sus pies y le besé las mantecosas rodillas. Empuñé mi miembro y le aparté con los dedos los pelos vaginales. Copulamos. Fue un polvacho rápido y frenético. Antes de echarnos el segundo ella me convenció de que me sacara las medias y el escapulario, mi única vestimenta. Y medias y escapulario también fueron a morir al orinal. Murieron y ella y yo nos echamos el segundo. Perfecto. Qué lindos pechos los de Carla Greta Terón. Se los remamé hasta de leche materna empacharme.

Cojer fue una gran alegría para ambos, cojer y acabar juntos, moción aprobada por unanimidad. Y cuando entré al comedor empujando la cama, yo, yo era otro.

Simultáneamente Sebastián y yo intercambiamos im-

perceptibles guiños con nuestros respectivos ojos (izquierdos) de la cara. Vi con alegría sonreír al entrañable Sebas, por primera vez desde que nos expulsaron de MARU: flotaba en el aire que estábamos en vísperas de grandes cambios. Tomé asiento frente al Loco y me anudé al cuello una servilleta a cuadros para no mancharme las teillas de grasa. El Loco oprimió el botón; se escuchó el previsible chasquido y del baúl tabla surgió una fuente de dos metros de diámetro. Vefase en el centro de la misma un gigantesco pavo real asado al spiedo, pero sin recurrir al vulgar expediente de quitarle sus hermosas plumas. También aparecieron docenas de botellas del tinullo de la costa que a mí me hace mover las orejas de alegría. Pero no sé por qué —o lo sé de sobra— se me cerró el estómago. Peor aún. Mis intestinos empezaron a planificar una inminente colitis. Al primer retortijón me doblé en dos y el Trompa Amo y Señor ya me miró con mala cara. «Date», me dijo, «date», repitió, «date tiempo para llegar hasta la chata: una sola vez te lo prevengo.» Oh, sí: en la guerra revolucionaria uno tiene que ser ladino: «Si no es nada, si ya se me va a pasar, paisano», contesté, poniendo mi mejor cara de boludo. E ipso facto me cagué con alma y vida. Estruendosamente, para colmo. Una mueca de incontenible ira ensombreció el rostro del Loco, quien con esa habilidad que sólo puede dar la costumbre, sacó de su canana una puntera de acero y la añadió al extremo del látigo. Pero el asombro lo detuvo, porque yo, mirándolo a los ojos y con una sonrisa de oreja a oreja, me recontragué nuevamente. Alcira Fafó se mordió una mano para contener el grito, mientras Carla Greta Terón liberaba su angustia macheteándose con un mayúsculo consolador. Fue tremenda mi tercera deposición: salpiqué hasta el cielo raso, el cual quedó como hollado por patas de fieras, aunque era sólo mierda. Y entonces El Loco se resignó: vino hasta mí, me arrastró de los pelos por mi propia porquería, y levantó, dispuesto al castigo, el temible-hermoso LÁTIGO. El deseo de asegurarse una victoria aplastante, sin embargo, conspiró contra él: antes de empezar a pacificarme giró la vista para vigilar a Sebastián: lo sorprendió de cuatro patas, mostrándole airado sus verdinegros colmillos. Enton-

ces El Loco cifró todas sus posibilidades en su rapidez de tigre. De una patada de taquito lo descuajingó al estratégico Sebas, y luego se dedicó exclusivamente a mí. El primer LATIGAZO me arrojó la oreja izquierda. Perdí toda mi tibia centrada y grité, grité como un poseso: «¡Atrás los Pobres del Mundo!», y «¡Atrás, Atrás, Chanchito Burgués!» El segundo me incrustó el esternón en la pared del estómago, toda cubierta de musgo. El tercero me arrancó un testículo y vi mi sangre. Con ella regando las baldosas del piso, inicié un desahogado recule en dirección al guerrillero Sebas, quien cuando estuve a su alcance me recibió con una tocadita de upite a modo de aliento y de salud. El Señor Amo Capanga Loco levantó su látigo para estrechar vínculos conmigo por cuarta vez, y como de costumbre yo estuve en un tris de salir cagando aceite. Se me ocurrió llamar a la Sociedad Protectora del Prototraidor, pero un trallazo se me introdujo en la boca cuando la abrí para gritar: «Auxilio, socorro al cagón», a través del teléfono.

Sebastián gesticuló, muequeó, supuró, parió. Rápidamente yo tenía que definir la situación. La cantidad se transforma en calidad. O los fabulosos latigazos del Loco terminarían gustándome, era de cajón. Uno más y a la mierda la rebelión. Entonces, el lúcido, insurrecto Sebastián, volvería a pasarlas muy mal acusado de ideólogo: nuevamente para él, ayunos, lecturas censuradas, pizcas de picana, castidad, prohibidas incluso la homosexualidad a solas y la solidaria masturbación. Y tuvimos suerte, sin embargo: El Loco volvió a desviar su atención hacia Sebas, que pretendía refregarle por el rostro un panfleto recién redactado. El Patrón Rodríguez lo pateó un poco al livianito Bástian, hizo jueguito con él para obligarlo a planear por el aire; cuando Sebastián planeó, ensartó el Loco el mango del látigo en el raquíctico culo. Sebas describió su parábola profiriendo un «ah» melodioso, y postróse en un rincón luego del inevitable estrellamiento de su cráneo contra el muro: evidentemente, nuestra anterior militancia en el MRP no nos estaba sirviendo de mucho.

Patria o Muerte: reaccioné con todo. Me le prendí con los dientes del carnudo hombro al restallante Loco. Parán-

do los ojos como un santito vi el agrandamiento de los poros de su cara, el extrañamiento de cada fibra de su piel. Como dándole un vuelco al mundo, contemplé toda su gama de fisuras. Descubrí que tenía dientes postizos, nariz de cartón, una oreja ortopédica (de sarga). Sebastián comprendió lo que estaba ocurriendo y carcajeó por mí, allá en su rincón. Atilio Tancredo Vacán fue amorosamente depositado sobre el intacto pavo y las mujeres iniciaron un baile esgrimiendo cuchillos y tenedores: ellas estaban desnudas.

La sangre del Mordido en olas se me colaba entre los dientes y me inundaba la boca. La Carla Greta Terón convertida ya en una S, en una Z, en una K o en una M rabiosa señalaba desesperada los huevos de nuestro ex amo y señor. Les pegué un rodillazo y se hicieron añicos: contruidos estaban de frágil cristal. El Sebas se las ingenió como pudo para traerme la morsa. Apreté con ella la pierna derecha del Capado y comprobé con placer que la misma se encogía y enflaquecía tremendamente, hasta parecer la piernezuela despreciable de un bebé de pocos meses, algo que daba asco. El abrilero Bastián sometió su cuerpo quebrantado por el exilio a otro esfuerzo encomiable: arrastró hasta mí el descomunal revólver del Lejano Oeste que el Apretado guardaba celosamente en un cajón de ciruelas. Al entregármelo él refa como un bendito, y de puro gaucho corajudo y montonero nomás se encaprichó en montar el gatillo. Desde diez centímetros de distancia, apunté: la mira del revólver enfocaba la rodilla izquierda de Rodríguez. Oprimí el gatillo. ¡Qué infantil alegría cuando sonó el disparo! La bala se incrustó entre los quebradizos huesos sin orificio de salida. Hubo un derrame interno y —advertí— la pierna se puso negra. Repetí la operación, ahora con el oído derecho del Baleado. Apreté el gatillo. Sonó el disparo. La cara, el cráneo entero del Iguéz se puso negro. Ennegreciósele hasta el blanco de los ojos. Sólo la dentadura apretada-encastrada hasta cruzarle de dolor permaneció blanca y luciente. «Ac ac», lo remedaron Alcira Fafó y Carla Greta Terón; y «no lo despenes pronto», me rogaron. «Y dale dale dale» murmuró haciéndose el chiquito el burguecica Bastiansebas, quien ya despojado de

innecesarias reglas de seguridad, me preguntó: «¿Cómo te llamas?» «Rondibaras, Asangüi, Mihirlys», repuse, y él me tranquilizó con un rotundo «ta bien» mientras se apretaba el ombligo para que el pus saliera. Atilio Tancredo Vacán guardaba un terco silencio, pero se hacía la paja.

Y no todo era mentira, cosa prefabricada, representación dolosa en la estructura de Rodríguez, jaspeada por hermosas vetas de carne humana. Apunté a una de ellas; hice fuego con cierta tristeza; la sangre avanzó hacia mí como pidiéndome amparo. ¿Y si se lo daba? El rojo chorro en espiral se me anudó al cuello igual que una bufanda. La dogmática, lúcida Alcira, me increpó: «Rajáte ya mismo de ese repugnante-pugñoso oropel!» Desgarrándome, cabalgando sobre ciertas inquietudes del pasado —que al fin y al cabo existió— me rajé del oropel. Cerré los ojos e intenté continuar mi obra, en el último minuto. ¿Y si al Agonizante le propusiera un Frente, un Pacto Programático sobre la base de. Por qué no? Temblé. Ahora las riendas de la situación estaban en las manos de la implacable Alcira Fafó, Amena Forbes, Aba Pihur. Que me apartó de un empujón y clavó en la nuca del Sangrante un esterilizado punzón de cincuenta centímetros de largo. Rez murió en el acto. El revólver colgaba flojamente de mi brazo. Basti me miró a mí y yo a él: habíamos vivido para ese momento.

La habilidad de Arafó nos marginaba. Ella se movía como un pez en el agua. Con impecable y despersonalizada técnica organizó el descuartizamiento del hombre que acababa de morir; luego, hizo un rápido movimiento, imperceptible casi, para agarrar el látigo, pero, astuta, se contuvo. Primero seccionó el pito, que fue a parar, dando vueltas por el aire, a las manos de Cali Griselda Tirembón; de ellas, a una sartén con aceite hirviendo. Lo que quedó de la hermosa veta de carne humana encontró su destino final en nuestro pútrido inodoro: Aicyrfó tuvo el especial cuidado de dividir la veta en pequeños trozos con su ALFILER De Marras, para luego hacerlos desaparecer sin pérdida de tiempo. Cortó también la pierna achicada y se la dio a despellejar a Alejo Varillio Basán, fanático de la mas-turbación. Ella se comió los ojos. Cagreta la cabeza ente-

ra. Yo, una mano crispada. El Basti lamió en su rincón trozos irreconocibles, y unas hormigas invasoras liquidaron el resto.

Sonó el gong. Era La Loca del Alfiler haciéndolo sonar. Sonó el gong. Era ella, levantando la tapa de la sartén y aspirando el aroma con fruición. Probaba con una bolita de miga de pan el ahora vitaminizado aceite y nos miraba a todos con ojos chispeantes. Golpeó otra vez el gong y luego batió palmas con el Alfiler entre los dientes. Todos nos sentamos a la mesa sin chistar. Nos sirvió a cada uno un pedazo de porongo frito, que cada uno devoró a su manera, murmurando apenas aquello de «con tu pan te lo comas». Recuerdo que me soné los mocos con los dedos y me los colgué de las pestañas, como si fueran lágrimas. Tenía perfecta conciencia.

El desesperado rumor venía de la sala. Mi mujer sometía la cerradura del ventanal del techo al trabajo de sus dientes. Sin pies, era difícil que pudiera afirmarse, abrir, luego de romper la cerradura con los dientes. Cedió la cerradura con un clanc de lo más austero. El barco partió, zarpó una vez más, luego de dejar a su única pasajera. Ella apareció en la puerta del comedor con la boca destrozada pero sin nuestra hija, que ahora seguramente aguardaba en algún lugar del puerto, otro barco, que tampoco tardaría en zarpar. Mi mujer apretó los labios. Sus ojos azules a todos nos abarcaron, en silencio. Vino hasta mí y me enseñó sus muñecas: dos muñones sangrantes. Apretaba entre las encías sus manos aserradas. Sin rabia, las escupió sobre la mesa. Hice un esfuerzo y me aproximé para verlas, verlas con los ojos bien abiertos. La izquierda se posó sobre la derecha; luego, la derecha sobre la izquierda. Tomaron una flor artificial del centro de mesa y la estrujaron. Los pétalos me golpearon en plena cara. Ella se fue, caminando de rodillas.

Las inscripciones luminosas arrojaban esporádica luz sobre nuestros rostros. «No Seremos Nunca Carne Bolchevique Dios Patria Hogar». «Dos, Tres Vietnam». «Perón Es Revolución». «Solidaridad Activa Con Las Guerrillas». «Por Un Ampliofrente Propaz». Alcira Fafó fumaba el clásico cigarrillo de sobremesa y disfrutaba. Hacía coincidir

- X sus bocanadas de humo con los huecos de las letras, que eran de mil colores. Me lo agarró al entrañable Sebas de una oreja y lo derrumbó bajo el peso de la bandera. Yo la ayudé a incrustarle el mástil en el escuálido hombro: para él era un honor, después de todo, Así salimos en manifestación.

Octubre 1966 - marzo 1967

SEBREGONDI RETROCEDE

I. ACOPIADOR AVIADO, PERDIDO

Las partes son algo más que partes. Dejan de ser partes cuando la última ilusión de cosagrande redonda está pinchada. Desde adentro del repollo se ve la misma luz en todas partes, *pero*. No hay partes. No hay muchos uno ni muchos ni uno uno. Ni muchos ni tampoco uno solo. No. Ninguna soledad mayor ni menor. Ni más ni menos que la soledad de una oreja arrepollada o de la maquinita de afeitar de mutilar. *Entonces*. La convención se sostiene, la convención que se sostiene. La convención.

L

Sencillamente, hoy se trata de ver y sentir y sentir si y pensar si. Si se puede o no dominar el temblor de manos, aunque aquí se trata como siempre —con la arbitrariedad ecuánime de la escritura— de la muerte y la masturbación. Oh sueño. Si la letra no se desencuadra de la línea se habrá recobrado un vestigio de salud, o un vagido. Pero he aquí un blanco que cripa los dientes, un verdadero ciérne del otrora. El acento es grave porque se habla desde la madeja misma: ocluidamente se detiene, con el armado de la línea, el célebre, poco menos que ritual temblor de

manos. Hemos recuperado la salud —decían. Y el terror está en la aérea ochava: circundante.

Este párrafo, su necesidad, el brillo de oro de su manto.

Ocluído, envuelto por su manto. Cuando sea dicho en su ademán y en su especie de canto / recuperará su sombra célebre, hosca demora en el bosque y en el bosque de ruinas, en el claro donde la huella del pie se advierte. Ésa es la sombra y el espesor. La cara se violenta en sangre. Entre el remedo y el remiendo, entre dáciles, los pasos huella fructifican a distancia. Oh reales. Criaturas fajadas y luego apuñaleadas, degolladas en medio del tin tin, marcadas con una inicial detrás de la oreja, amortajadas con su propia sustancia excrementicia, momias del hablar. Yo soy aquel que ayer nomás decía, Macbeth: Lo han despertado nuestros golpes.

«Ya no daba más, ya no. Podía soportarlo». Los armados cuerpos de los amores se habfan disuelto en un barro de oro. O sí todo, o de otra manera circundante, anónimo en terror, se habfan disuelto y desclavado en un barro aurífero, órico.

El ex Galewski vestía un traje de franela la última vez que lo vi. Yo disimulaba una faja de oro, ortopédica, bajo la rastra inverosímil. Caminé. Entré en el falso adrede, en el castillejo de la reconstrucción.

Ele: Oh sombras débiles.

PORCHIA ESTABA LOCO

Vamos a escribir unas cuantas frases para no entender, siguiendo el hilo, desde el supuesto de entender. Que toda demora se contabilice: ganar el tiempo.

Pero la cuestión no es perturbar, ni era, por perturbar mismo. La cuestión es perturbar para la paz. Raje a la sangre: una gran oda a la paz, un gorjeante canto a la paz, pasarla así, un jirón multicolor flameado (goteante) para la paz.

Hoy —por ayer— estoy inspirado.

Hoy por hoy estoy deprimido. Me levanto de un frasco para echarme en otro. O todo, en fin, pasó, o va a pasar justo ahora.

Preocupado por el problema de la paz Ramón vino a casa esta mañana. Yo no estaba. Ascendió su voz por el portero eléctrico en crujido lamentable. Me arpejé en el baño entre tantos repollos, le dije que no al espejo. Y sé, sé que estás ahí, gritabaullida tu voz —Ramón— un Porchia de la peor especie.

Temblando. Hay que escribir sencillito, despacio. El horno está. La cuchilla. El tin tin para todo gaucho. Anoche tuvimos un lindo: bajo el alero de paja, temblando; aluminados por las lámparas de kerosán. Con los últimos tintineantes compré un porrón de caña, para emborracharme con mi mujer Garba. Garba no estaba, ni siquiera arpejollada en el espejo. Me emborraché, entonces solo, si es que alguna vez yo digo y estoy: entonces y solo.

Yo no digo, eso se dice. Así. Es una canción sentimental, deportiva: Porchia va, atájalo. Porchia viene, atájolo. Atájala a La Porchia. Atájolo a Lo Porchia. Va. Viene. Y va. Viene. Porchia a Lo Porchia hasta La Porchia.

Así. ¡Sueño de juventud que muere en tu adiós! y No ha nacido aún y etcétera. ¿Quién puede evitar que se contenten? Y hasta que se arrullen, y hasta. Que. Se tullan mutuamente. En un relámpago violento cuando el campo se acamala y la paz falla. Falla, y como falla: —Vete en paz.

Pepe va a la fábrica. Pepe entiende de modas. Pepe come. Éste es Pepe. Enfréntalo. Éste soy yo. ¿Ah, sí? De un galope tremebundo, obligando a tremoler espejos, se vinieron encima los trotskistas. Hacían pensar en te quiero ver.

Ramón va a la fábrica. Ramón entiende de modas. Ramón come. Éste es Ramón. A ver, enfréntalo. Bueno: —Éste es Pepe.

Como esto es urgente habría que seguir teniéndolo entre manos. Un hombre tiene que pasar sus días, escabullirse lo más que pueda en la tardanza. El mate es verde y con bombilla de plata. Los corazones planchados en oro

Los arcos estrangulamientos. Cinturones, clásicos, rastras, guascas. La incisión está clavada.

Pero entonces, eh, sobreviene el porquia desastre. Por ejemplo Porchia se come a Pepe y a Ramón, y va a la fábrica, y se acuesta con Pepe y con Ramón, en sus lugares de trabajo, y entiende de modas —sobre todo de modas— y, entonces, éste es Porchia, ¿a quién le importa? Pero enfrentalo, ¿a quién le importa? Yo no enfrento. Un hombre. Un hombre sí. Un hombre debe pasar sus días, cuanto más en la tardanza.

Ramón, tu voz sube ásperamente por el portero eléctrico y gruñe *sé que estás ahí*, pero yo no estoy. Me refugio en el baño en el espejo me quedo —esto es un quedo— me quedo encremado entre tantas cremas, Ramón.

Yo sé que estás ahí. Ahora sos vos el que se esconde ¿en el espejo? Ramón. Vas a obligarme a dejar la letra por la navaja. Te voy a cortar. Vas a obligarme. Ponete al lado mío pero no me toques. Estudiemos juntos. ¡Pero si yo no le toco! También eso es «tocar». Ramón. Sé que estás ahí. ¿Quién? ¿Ramón? ¿Cuis?

Sin Cruz, igual al Hoyo.

OTRA CANCIÓN

El viejo loco del violín cantaba, violón. «El alma es mortal, el alma, el alma, es mortal». Refalado por los últimos azulejos, los más tardíos, salpicados en la sala del faenamiento, yo, eh, yo tomaba ginebra transparente, grandes tragos, le hacía coro. «Es mortal, es mortal». Estábamos en Castelar, en la cocina, frente a la ojiva, en Don Torcuato, en la pieza de Ciudadela color gris ceniza, espolvoreada. En una callecita plin y desaparición. Frente al misterioso militante de la moneda partida. Aquello, eso, era una seña. Que haya paz. Desaparición. Tirale a las pier-nas, no más alto.

Hay un dinero. Es posible. Era una calle. Era un vie-

jo. Era una moneda partida. Era yo. Él, el viejo loco del violín, modificaba su canto. «Violón, las palabras también son mortales».

Esperate un poco, entonces. No lo mates. Cuidado. Bajo, bajo. En una de esas es un ex y no un actual. Los años redoblan, cuidado.

El viejo, harto, ahora tocaba su violín pero sin arco, como si el violín fuera una guitarra. Ese también se la estaba buscando. Ajá.

Al viejo, así: con sus propias cuerdas. Retorciéndolas, suena y garganta.

Son mortales.

DIÁLOGO CON UN LIBERAL INTELIGENTE

«Yo no hablaría así de política, plantearía la cosa en otros términos.»

Yo ahora no sé hablar de política, hum no sé, pero puedo contar bastante bien una enfermedad: aquí los cólicos tienen mucho que ver.

«¿Qué le hace pensar que está *des-garrado*? O tal vez: ¿por qué siente la necesidad de estar *des-garrado*? Porque usted *ne-cesito* sentirse mal.»

Hum, no sé. La historia. Beh. Me hace sentir atrapado en la trampa o peor, demasiado lejos, des. En la trampa o como afuera de las cosas que pasan. Y las que pasan, *me* pasan. O yo por lo menos digo.

«¿Dificultades expresivas?»

Y auditivas y olfativas, en la coordinación, en la eyaculación —una pasta verde. Quiero escupir pero la boca se me llena de saliva, más de la necesaria, agria, sí, perfecta. *Pero*. No puedo escupir. Entonces, trago. Se me hincha el vientre, quiero defecar *pero*. También tengo dificultades en la defecación. Así. Amarillea el campo, blanquea, de flores blancas y amarillas. Las caras gordas, Katsky, están hechas. Especiales. Tajearlas con una yilé.

«Hum, no sé. A ver. ¿Por qué le gustaría ser una guillette?»

Y, porque sí. Para estar en frío. Para cortar, claro. A ver. Para cortar definitivamente con cualquier tipo de militancia o para cortar con todo lo que no sea una. Una militancia. Para cortar. Eso, al menos. Eso es lo que digo.

«¿Cómo son las nalgas de su mujer?»

Ajá.

«Cuidado. No se pase. No olvide que, para los vivos, tenemos a los muertos. Todo se equilibra. ¿Cómo son las?»
Amenaza.

«Así no vamos a ninguna parte».

Blancas, deslumbrantes. Un culo, digo.

«Eh, claro. Le gustaría cortarlas, cuadrificarlas con tajos horizontales y verticales. Sería, eh, como alambrear un campo, asegurárselo».

Seguro. Seguro de asegurarse. La trapa de la trampa. La garra del desgarrado. La yilé. Con dos curitas, entre el mayor y el anular. Usted usted. Detrás de usted ¿qué está? Hay que matar a muchos para entender que no hay nada, detrás. Escuche. Una grabación, confesión, documento, instante postrero. *Es terrible ser asesinado en esa forma, sin tener tiempo para analizar los hechos, sintiéndose lleno de lágrimas quemantes, lágrimas de remordimiento por las cosas que uno no hizo y por las que ha dejado de hacer, o son lo mismo, sabiendo que uno no puede explicar nada debido a que no se le da una oportunidad, ah.* Ahí sintió que el elástico se ponía alrededor de su cuello, y cesó, el micrófono. Es así. El campo babea estrangulado agria saliva, algunas: algunas flores son blancas, otras amarillas. Alguna. Alguna pregunta inteligente. ¿Alguna pregunta inteligente?

«¿Dificultades expresivas?» (Babea).

Usted usted y yo o yo. Quiero decir, o eso al menos digo: pee, peer, pen, pensere, preiserne, per, pbenser, pbaí, senere, perseneral, pbn.

ACOPIADOR AVIADO, PERDIDO

Con 300 conchitas en el congelador ya puedo considerarme aviado de conchitas para todo el año, y si no es así estoy perdido. Perdido, operación del duelo y de la pérdida. Siempre anda, Uno, rondando ciertas palabras. Hasta que las atrapa. No se atrapa. Nada y jamás.

Sí, estoy perdido sin esas 300 conchitas frescas. Tal es el perdido perdido aplanado de la pérdida. La alusión a la dolorosa, permanente pérdida del mundo, a las. Sucesivas pérdidas. Que estrangulan con un cinturón elástico y utilizan toda clase de instrumentos cortantes.

Por lo tanto, aunque no se infiere, quizás no esté perdido de pura pérdida y sí tan sólo podrido. Tal vez no haya llegado aún, sin tardanza, el momento de practicarse una incisión a la altura o bajura de los hueváceos. El cuerpo es un mapa. Qué caliente y por todos lados. Quizás estemos en el segundo anterior al gran salto —que siempre es para degollar a alguien, obligarlo a punta de cuchilla o estrangulamiento a que soporte sus pérdidas y las nuestras. También puede hacerse con una manga retorcida de camisa.

Digo. Dicen que dicen las malas lenguas (habría también que cortarlas) que es por eso y nada más que lo degollamos a ese vago alguien. Que ahora se enhuesa, encarna. Aquí está. Lo estoy viendo. Comamos, comamos. Mientras se ponen una a una las abrasadas conchitas en el congelador, las ardientes estrellas de pelocarne, estrellas del nacimiento, un banquetazo para la lengua desesperada. Mientras, entonces, comámonos al otro. No hubo tiempo siquiera para tostarlo un poco.

Es el único banquete digno, reflexionando. Comprendo que esta frase es la llama indivisa de mi prédica. Hay que cuidarse de que no le pase a uno, simplemente. Hay que tener ojos en la espalda.

Aunque ya se ahondó otra vez el olvido, la pérdida. Las adicciones son una suerte o una desgracia, y una desgracia. La felicidad está inventada. El cuerpo no la resiste. *Pero*, y nada de peros, había un muerto: sus restos, porque

siempre algo queda. Partes trozadas que no permiten ninguna reconstrucción. Escribir, rezar, revolucionar, aviarse, perderse: si se trata de degollar a alguien deshuesémoslo. Después comerlo.

O en el otro caso, en el del ocaso muriente, cuando el crepúsculo es un agónico cadavérico. Pero no un héroe. Si se trata (y de eso se trata) de navegar en el Ford T. de la pura pérdida, ñail, ñazul, ñar, ñaveguemos. Ya estamos en la punta de un huija, con un jirón de vela desplegado.

Y zarpa el barco. Con los restos del muerto. Trozos falsos.

EL GANADOR.

Me cojí a un tipo que me levanté en el subte. Era un homosexual blandito, era como manteca, y fuimos a un hotel de Leandro Alem que él conocía. Era desconfiado, receloso, pero igual babeaba de gusto.

Se la acomodé entre las piernas después de acariciarlo un poco. Ya estábamos en la cama, de costalote, yo a sus espaldas. Él, él medio se me daba vuelta, como enterrecido, y entre murmullos me preguntaba cosas. Le entré despacio mientras él se abría las nalgas con las manos. Dilataba y gemía. Yo, sin saber bien por qué, me comprometí conmigo mismo, ése era el compromiso, a no gozarlo. Mi compromiso a cuestas, quería verlo eyacular, él solo, arrugado como trapo sobre las sábanas.

Nada, y no tanto nada: al revés. Se dio otra cosa. Mi osamenta y la suya encontraron de pronto, encontraron juntas, una especie de compás: música porque sí, música vana. Y entonces, entonces. Era una canción sentimental, deportiva. Empecé a abrazarme a él, entonces. Como si fuera lo único que podía yo obtener, ya en la vida.

A este tín tín o no, a cuchillo mocho. Era una canción sentimental, deportiva, y juntos hicimos un gran dibujo. Ganchudo, entrelazado, con nuestros cuerpos marimachos.

Aquí falta algo. Y se la metí bien, hasta el fondo, engarfiándole los dedos en la espalda. Para afirmarme en la honrada mayor de su culo ahora, denuro de poco, en el momento de acabar.

¿Pero cuándo? Él mordía la almohada. Estremecido, reculaba. ¿Y cómo? Él debía sentir —esto es lo que yo digo— que un cambio fundamental se había metido en la cosa. ¿Eh?

VISTO DEL REVÉS

«Tardará mucho en decirse esa cosa. Que nunca logrará salir de lo que es esa cosa.»

Ajá, eh. Quiero salir, aunque sea por un segundo, un flash y reentrar. Ya no me importa fundirme a mi eje, dije de preso, *pero*. Todos mis intentos anteriores ahora me claman desde afuera, me tironean: carne en el gancho.

«Hay, existe, una especie de cuento, tradición de boca en boca o refrán: tres mogólicos, bellos a su manera y a su manera inteligentes, miraban babeando un desfile. Entonces, miraban pasar desfilarse el desfile muy contentos. Alguien había tomado un poder y ahora lo exhibía en las manos.»

Entonces, *pero*. No hay opción.

«El cuento no ha terminado. Los mogólicos estaban mirando, y el sol, tan fuerte, derretía esas manos que exhibían un poder. El cuento no ha terminado. La carne derretida salpicaba a la multitud.»

Lo de siempre impotencia inmundicia. Y esos imbéciles de mogólicos eh se complicaban por ineficacia de desesperación.

«Realmente, ni siquiera había en qué complicarse (y recuerde que esto es una fábula). Los mogólicos paraban sus ojitos bajo los párpados y así se veían el revés del cerebro.»

Un calimestroqui medio apagado.

«Babeo. Si le interesa pensar que babeo, sigo babeando. *Entonces*. Se veñan el revés del cerebro, veñanlo como un tentáculo inservible y retráctil. Una ventosa digna de mejor causa.»

Eh, rata cruel, no me aplastarás con tu autoridad. Siempre estará la necesidad necesaria de un acto por cada palabra. Y que siga el cuento, porque el cuento no ha terminado.

«Idiota. Idiotas. Los mogólicos eran un poco idiotas. Te interesa (babeo) y veo que te interesa que babeo. Babeo y te interesa saber el final del cuento. Porque todavía te interesa conocer demasiado: tu propio final.»

Si pudiera cortarlo, a usted usted. Aclaro que a usted y no a mí mismo: tajearlo a usted y escapar, lo tajearía con una yilé como en mis buenos tiempos y correría a esconderme: contento de haber consumado un delito. *Pero*. Me interesa conocer mi propio final.

Me interesa conocer mi propio final.

«Porque. El cuento no ha terminado. La desesperación mullido reclinatorio y usted usted ya sabe el final del cuento.»

Recito sin resucitar: —El cerebro de cada uno de los mogólicos se derritía bajo el sol, tan fuerte. Ese oleaje sucio de pensamiento frustrado salpicaba a todos.

«Es un decir que amo la claridad de este departamento sin ventanas, esta ceguera de la mano mordida por la boca, *pero*. Que se joda quien sea un gil. Yo no amo nada, pero el cuento no ha terminado.»

LA PALANGANA

Cualquier dibujo de chico, si se lo mira bien, y aunque esto seguramente no es cierto (nada de esto), revela la influencia del padre, o de la calidad de padre del adulto que ha fluido hacia el dibujo a través de la mano del chico. Si se lo mira bien, bien mirado. Será posible descubrir cierta se-

guridad en algunos trazos, tal vez mínimos. Una línea sin temblor durante el periodo de un repelente centímetro, sin ninguna clase de temblor. Firme, edicto, perfecto. Nadie encontrará ahí una gota de, ni siquiera el manfaco que mira el dibujo con los labios partidos: dispuesto ya al tin tin, o con las manos haciendo esos, tocando, temblando, buscando el cordel —dos cordones de zapatos, unidos, el sostén de una cortina. Por atrás y un tirón rápido.

Hay una opinión rosa para conformarse: el dibujo horroriza en el sector donde el padre ha fluido. Pero al lado: otro centímetro. La vagina silenciosa, madre de todo silencio, camafeo sorprendido de rojo

..... El do de preso. Estos azulejos sin igualmente tardíos, si bien la faena es otra. Se trata de avanzar por este corredor, hasta el cartelito, y luego doblar a la derecha, hasta el retrato. Subir entonces la escalera. El viejo con cara de veterano, de sabérselas todas. Lo obligan a poner esa cara, a pedir cigarrillos con desparpajo. Conviene pegarle primero y hablarle después. Así contesta mejor y deja de limarse las uñas. El lima uñas no es peligroso en sus manos. El hombre es como cera virgen para quien sabe trabajarlo. Claro.

Si es virgen habrá que romperle, inevitablemente. Claro, aquí se desdibujan gritando «¡Madre, madre, madre!», fanáticos. No les importan ni los filos ni las tapias. Así también se encadenan. Forman una larga fila y caminan. Tin tin. Ésta es la verdadera historia.

Contar también se podría, como poderse, eh, otro azulejo. Mayólicas. Cómo se les crea a los alcohólicos, por ejemplo, un reflejo de rechazo hacia el prístino, argénteo alcohol, como una concepción del mundo: prístina, argénteo. Hay humo en la cocina, me doy claramente cuenta. Se agarra al alcohólico, lo agarran mejor dicho. Brazos, piernas, cabeza. La primera vez es fácil. La segunda, cuando sabe, un drama. Se le da a tomar un litro de vino, sin respiro. Se le aplica luego una inyección vomitiva. Se le contrae entonces, parece, el estómago: el «adentro» se vuelve parece, «afuera». Se le pone una palangana honda bajo la

boca para que no ensucie el piso: él larga chorro tras chorro por su boca, mira con sus ojos desde el borde al borde de la palangana, es honda y ciega la cisterna, «profunda». Se llenarán palanganas enteras, enternas de fluyidos, dibujos de la mano que llevaba al padre de la mano y, y bilis.

L

El ex Sebgondi, encontrado casi un decenio después en un portal de la calle Guido, portal como si se dijera un pórtico, como si atravesándolo se fuera a otra parte —el ex Sebgondi había trastrocado, conmigo, los términos y el trato. No nos saludamos, casi o poco menos, no nos saludamos salvo un guiño: muy al pasar, pero curiosamente demorándonos. Comprobamos sin embargo que cada uno conservaba su cara, la imposible de trastrocarse, intercambiar. Oro propio de las almas nobles. Selbon, oro del rasgo. *Dale a tu madre recuerdos de este huero viejo*, pero se abstuvo de decirlo. De todos modos no he de darle. Ella está en el mar, con el otro viejo, quemando en los calzones pedos suaves, con los pies en la orilla de la muerte: allá, esas cabelleras blancas y el portaplumas y el cortaplumas y la misma madera de la barca y el pajarraco blanco sacrificado sobre el territorio de las olas y las diademas sonrientes e insepultas. Callado y ardid, en el silencio, el ex Sebgondi insume apenas un anticuado gabán con cuello de piel, sin contar el aparato enguantado de su mano. La mano ortopédica, calzada en un guante, calzada en un bolsillo del gabán. *Alto*, pero se abstuvo de decirlo, *el ex Jonch ha muerto y los otros mayormente se amurallaron*. Pero esta jaula igual es inmensa, sin protesta ni confín. Sebgondi pasó.

El lunfardo.

En esta reja las palabras aparecen labradas al revés.

QUITES

El perro rojo de la soledad ocupaba su mesa en El Estaño de Talcahuano y Corrientes, y ésta era otra historia, distinta a las ocurridas en el Reims, de Montevideo y Corrientes: el perro, rojo de la soledad, era un guerrero sin tacha, nacido en Zárate. Y afilando estaba su lanza, y estaba afilándola. El narrador siempre cuenta lo que cuenta, no puede contar otra cosa: refiere él su voz. El Perro, el Rojo de la Soledad, vivía en hoteles. Mañana otro. Y no le hablaban a él de afiliaciones. Todo pronombre ha sido inventado. Nacido en Zárate, rescatado de las aguas del Paraná por un pelito más que una yunta de bueyes, roja era la sangre que derramaba su lanza: roja y espesa, de otros guerreros caídos. El Perro Rojo de la Soledad y El Estaño y El Reims. Se levanta la cerca y se quita el agua. El narrador aspira a no ser escuchado con sus mismas palabras. Se levanta la cerca, se quita el agua. Se quita El Perro Rojo de la Soledad. Se exaspera toda posible

UN CASO TORTUOSO

—Tanto dolor, ay, en la obviedad de la palabra obvia. Fue ayer un día de pasos transparentes donde a igual sinceridad y en besial medida cada paso era un reflejo, una despedida, y al quebrarse el vidrio, a cada paso mío, yo quedaba ausente.

Fue ayer un día de pasos transparentes. Caminé, compré sin ganas bajo el bronce, una novela rubia expuesta a la Recova de Once como quien ampara en la copa al delincuente, que quiebra el cuello de la mujer, igual que un tallo, en despedida.

Fue ayer un día de pasos decadentes. Ayer un día de tanta transparencia para ver que quería hablar y no podía, tocar al pasar y no podía ¡Ayer fue un día!

—Tanto dolor, ay, en la obviedad de la palabra obvia. Hablabanme detrás las voces claras, a mis vulnerables espaldas les cantaban coros de no decir, de enmudecer. Coros de empalidecer, de no fluir, coros de no advertir —en un grado aceptable, transparente— tanto dolor, el ay, en la obviedad de la palabra obvia, obviamente.

Por unos pesos de fraude encadenado compré la tal novela bajo el cobre. Y me fui a pasear a tantas millas que hasta pude olvidar las dulces esclavillas, que: en mi fantasía: adorantes me lamfan el cáliz, lo hacfan fluir y hacia él flufan. Ayer fue un día de pasos no esplendentes.

Al amparo de la copa el delincuente, bajo ese raro/amparo transparente, replotó los trozos de su carne en mi bebida y yo rocé con los labios esa muerte: después tragué las hilachas cadavéricas, junto con el alcohol embestial medida.

Fue ayer un día de soportar la embestida, transparente y al mismo tiempo aparatosa: consistía, ella, en una ráfaga lela, en una avalancha de capullos misteriosos —gacha flora— así como al compás de la novela esa fragilidad bebía transparencia de la copa y, en la carne muerta, bien leía.

Y leí después en letras de oro: «¿Por qué cantas o enmudeces todavía en este coro?» De los ganchos para la carne colgaban rimas (y bien que colgan) y ellas, las rimas, estaban podridas.

He aquí —me murmuré— un espejo que no refleja, una vaciedad sin brillo que no asemeja, y he aquí un diálogo con el semejante que no puede seguir, ya, más adelante.

—Tanto dolor, ay, en la obviedad de la palabra obvia. Bajo el bronce, bajo el cobre, en medio de la red tendida por los pasos transparentes, compré por fin esa novela. Eternamente.

CLAROS

—Hola, hola.

Leandro Alem. Él está encima mfo. Se esfuerza a pesar del envaselinamiento, jadea sincronizadamente. A mí, que hablo a retazos, me interesa una de sus partes: la pija, que siento como una música sorda, o ensordecedora, en mi tripa.

Él me gime en la oreja y yo reculo para ayudarlo. Puedo llegar a gozar mucho: un pequeño, imbécil asomo de dolor, y ya entró. Toda. Ahora pienso en la guasca de él, en el derrame blanco silencioso parecido a la almohada que tengo frente a los ojos.

Yo no podría distraerme en matar una chinche en este momento. Habrá otro momento, lo conozco: cuando él se vea la pija sucia de mierda, va a sentir como una nostalgia, la idea fija (o pija) de alguna cosa blanca, también blanca. Pero me parece que lo que más le gusta es precisamente esto, ser cagado.

Hago un esfuerzo por abstraerme. Miro la hora en el reloj de él, sobre la mesa de luz, madera marrón. A la imagen imaginada de su pija la tengo delante de los ojos. La tengo más «afuera» que «adentro». Pasa delante mfo como una lanzadera, larga y fina. Trata de tejer, pero aquí no hay nada que tejer. Le gusta ser cagado. Que yo le entregue, una y otra vez, mi absurdo culo sin salida. Estos renglones saltan a la vista. Los artificios y el candor del hombre/No tienen fin. Aquí, todo ya está tejido, pero lo mismo puede inventarse La Cosa. Por una necesidad de pensar por una necesidad de pensar. Por una, la necesidad de un espacio vacío para pantalla, reflejo. Claros en el bosque de pérdidas, perdido. Ahora se la chupo y lo miro: él, boca arriba, se tapa los ojos con el antebrazo, se ha tapado los ojos con el antebrazo. También para abstraerse más. Para pensar

y repensar cada una de las imágenes. Nos conocimos, nos hemos conocido en el cine Eclair. Pensar. Eh, be. Las imágenes están en la cabeza. Y la cabeza está afuera de la cabeza. La guasca

música ensordecedora, pasa de mi lengua a mi estómago. Hola, hola. Ahora estoy escribiendo. Puedo lograr, construir un oído atento a ese viaje, de la lengua al estómago. Los calzoncillos blancos, de él, sobre la silla, una pantalla perfecta

la bragueta vacía

la erección, la dureza y consistencia pertenecen a las imágenes. El resto es fofo y disperso. Tampoco el grito puede, podría ordenarlo.

II. BORRAS

EL MARQUÉS DE SEBREGONDI LLEGA Y RETROCEDE

Homosexual activo, cocainómano («paciencia, culo y terror nunca me faltaron», dice), el marqués de Sebregondi, huyente de sus ruinas recaló en estas cosas: ancló en Buenos Aires. Yo lo veo venir. Aparece y sus pasos son breves, medidos. Vuelve, retrocede, llega. Tiene el marqués raspa la ropa y una flor ficticia en la solapa. Humean, humean sus restos de creencias. Del norte de Italia, el vaho llega hasta aquí, hasta la humedad de estas costas, hasta este humo Río de la Plata. Lo recibimos en familia y la cosa empieza cuando mi padre gira y se ausenta, ausente en este giro pecaminoso casi, en este darse vuelta. En otro tono, en otra órbita (casi manera de decir) con su mano ortopédica plástica y delgada, la mano enfundada en cueroguante, sostenfase el marqués ampliamente la barbilla. Crujiente, sumiso señor de solapas rasgadas —su enclave el Plata, su anclaje, y su clave: barrota y agua— la flor ficticia decafa exhausta, en la enredada sobremesa: así como los anillos de piedras deslucidas ya no enjoyaban en sus dedos, el resplandor, el ópalo, el tabaco. Detrás de ese humo, de ese cigarro, culto y cultor Sebregondi confesaba: «Ya no hay poesía que me espante. Empero, empero, empero. No he venido aquí —o aquí no he venido— a ocupar el lugar de nadie. Mi retórica se adormece y brilla, y es el fulgor de un fragmento, y es, el rumor de un recuerdo, ronroneo de otra época.» Espacio declaracionismo: las ruinas poderosamente hablan, por toda rotura emergen palabras. No lo hacía el marqués de Sebregondi, sin embar-

go, sino que él, atento, escuchaba ese fraseo: lo está escuchando. El marqués que viene muy de lejos se ha sentado a nuestra mesa, acodado en familia en el óvalo precario: equilibrio de destinos y palabras. Cuando nadie lo veía, en lo huero de no ser visto, el marqués se hurgaba las narices justo en el hueco de no ser mirado. Escupía saliva agria por los colmillos acompañada de restos de comida. Mascaba fuerte o le hurgaba el culo a algún muchacho. Uno tenía preferido y con él vivía en un astroso departamento nórdico: creo Arenales, Arenales y Callao. En el relato su droga la tomaba frente al espejo y después hacía el chiste: «Soy Narciso, el del estanque: estancamiento y desastre.» Fijo se miraba al espejo, toda su esperanza fiada al cuarteado del espejo y el mundo, como si cada fisura fuera una posibilidad de escape. Habitaría la cuarteada superficie de la luna, o Luna, si se le ofreciera una fisura tan grande como para intentar el raje. Pero él no decía, tal vez ni escuchaba estas palabras. La luna girantepálida lo rondaba, la huecaspléndida, sangrienta luna quevediana: las palabras españolas que sabía, pero no recordaba. Urdidamente le enseñamos el lunfardo. Retazos de la condena de hablar, sentida como opresión, como cultura/condena, babeándole el escracho. Pero en la lenta, crujiente fractura de las jergas y la lengua, en esta prosa, en parte, cortada, la historia del marqués (la nuestra) no ha terminado: al unísono los tres mogólicos hablan con los ojos opacos, erguidos. Y en el cuento, tradición de boca en boca o refrán, la sumisa flor de la solapa decae hasta caerse dormida en la copa de vino: aquí una respiración se niega, pero a morirse. Y el marqués, durmiente, derrama el vino con brusca, ortopédica mano. Sobresalto, sobre el mantel se dibuja otra flor cansada. La retórica es insomne. En cambio. Admira la perfección de este cóncavo, convexo, resonante y callado fracaso. Ante el espejo, espejo dicho, el marqués nariguea y se relame. Deposita la droga blanca sobre la canaleta de una llave y se contempla tomarla. Soy El Marqués de la Falopa, un rafdo señor recalado en estas costas. Creo en un dios en forma de cadete militar sometido (en uniforme del Liceo Militar) a mi locura de bufarra. Y se mira. Síguese mirando. Se per-

sigue. Ve, helas aquí, otras solapas rafdas. Porque el marqués es tan antiguo que usa *robe de chambre*. Con irrefrenable simpatía clásica, deseo y ganas, hasta con cierta irreprimible lozanía, encamina sus medidos pasos hacia el cuarto de Roxano. Ésta es la escena, palabra que no nos perderemos. La mano ortopédica se apoya en la nuca amarilla del muchacho que está esperando, en peluca, boca abajo sobre la cama. El marqués entonces desajusta de su bragueta, desadhiera un miembro fino de cincuenta centímetros de largo y compuesto por nódulos-falanges. Lo hace crujir, sonar. Lo desenrosca. Penetra sin hacer caso de los ayes. Esta escena la veremos, esta palabra. Repetida, esta palabra personaje entra y sale. Huye y reaparece.

El marqués de Sebgondi, exhausto, mira el cielo raso.

O BENQUES

Éste es un cuento del mar y hay resistencias opuestas por los cuerpos para arrojarse al mar en el momento preciso, cuando la salvación está al alcance de la mano. Anochece contra las tablas y el agua horada la madera. Hoy es ocho de abril. El agua salada, bien salada su gusto natural, que- ma la débil resistencia de la valija. Seguimos. Me he atado a los obenques para sentir el martirio de los obenques. He tratado de huir del sol azafranado. Pero un cuerpo atado a los obenques atrae a las gaviotas carniceras. Ya no resisto más. Seguir. Éste es un cuento del mar: de un mar ruinoso que me envuelve en ruinas. Un cuento de tablas, azafranado, salobre, carnicero, débil, aguado. El borde impreciso de la tierra en el mar (que no es la tierra) golpea contra el borde de los ojos. Las ruinas se cuarteán. Todas esas figuras que surgen del agua, hechas trizas. Quisiera acariciar algunas, cegarme ante otras. Es una vieja fascinación: comer de la propia carne y vomitar otra distinta. Es una vieja fascinación. Seguir. El agua salada canta en el filo de mi garganta. Dentro de la valija viajan tres oxi-

dadas navajas de afeitar y una cuerda. Éste es un cuento del mar, un recuerdo ajado. Mis últimos movimientos fueron escupir el pañuelo con el monograma de familia y mirar en la billetera el retrato de los compañeros. Después desaté las ligaduras y dejé que el agua me arrasara. A mf. A los obenques.

BORRAS

(julio, 1969...) ... preparando el nescafé igual que mi suegra a quien no veo desde hace dos años. Revolver *así*, echar el agua *así*, *esta* cantidad de azúcar en el fondo de la taza. Otra cocina distante, cocina de Palermo-distante de la cocina de Don Torcuato, lejanas de las cocinas de Castelar y Ciudadela. No tan lejana de un fogón de dos hornallas: Hotel Callao. La suegra (como la madre) en su cocina. Las dos en sus cocinas y la mujer cocina. En la cocina estoy solo. Revuelvo el nescafé. El tambor de la memoria gira. El revólver, explícitamente revolver, un fuego para calentar cierto regreso. Lo que se revuelve posee ciertas características. Lo revuelto, el humo de las cocinas: un viaje en lejanía-distancia. La embarcación, ese humo. Nave, gación. Pero esta sopa se descocina al llegar a los labios de criatura. Se deshace en el aire, en el humo del viaje hacia la boca (labios...) (dientes...) (paladar...) (lengua). La sopa vuelve: *regresa-revolver*. Criatura no está, de todos modos, en los rasgos de lo revuelto. Criatura implica encierro en la cocina donde el humo cierra las salidas. Criatura, llanto, humo. Lágrimas como perlas-húmedas. Lágrimas como per. Perlas a secas. Húmedas.

Implicaba el orden numérico 1, 2, 3. Pero se deslizó un *desorden* fugaz. Aquí la Suegra se vuelve, revuelve *ntida* en su cocina a pesar del humo (el orden donde 1 es madre, 2 suegra y 3 mujer). 2 revuelve la sopa que comeremos si nos sentamos a la mesa, si nos. Se vuelve en la pantalla fulgurante y avisa: *Me sorprenden preparando un caldo con cen-*

trado a la vista de todos para que la calidad no se pierda, pero en Italia, Lurate, casi al borde del lago de Como, me hubieran visto cocinar una sopa para muchos, en un caldero de bronce, o bronceño, con una cuchara de madera de mango largo para revolver, y

el recluido familiar en su piecita revuelve su agua multicolor, vertida en cacharros, con una varilla de oro revuelve: se ha meado encima, se ha meado encima, se ha meado encima, Encima de la bragueta del pijama. Caminaba por la calle en pijama y lo agarraron *memé*. Meado. Oro. Plegaria. Doloroso. Manos juntas. Plegadas. Ora la una ora la otra. Una por vez, desplegadas. Al plegarse: toda imagen ciega, de ceguera. Loca (madre) amada. Amada, amada. Por. Poe. Por el hijo (locura del hijo) amado. Amado, amado. Me.

Los enfermos mentales, mentalmente, no perciben la brisa como un tejido homogéneo de trama imposible de descifrar: perciben pelotas-per, de aire desencadenadas que vienen por el aire pero que es otro aire en la plancha de oro y en el puente de madera, y perciben que. Las hojas arrugadas de los árboles se alisan: han llegado los vientos alisios. Perciben la sonrisa en el rostro femenino como un acorde frágil. La música, ven, tiene una carne femenina. Que a veces se entreabre levemente y eso es cuando *sonríe*. Y cuando *sonríe* la carne femenina la carne masculina se modifica, queda igual. Levemente se entreabre | | así, y todo rasgo se rasga indistinto, y pasan, por la abertura entreabierto, las pelotas de aire desencadenadas cargadas de las plumas que el viento arrancaron a los pájaros, a los tronchados miembros viriles femeninos en un mundo jardín femenino de iniciación en el orden de la música. El coro de la alegría. La troncha, la complaciente trocha vaginal, con su suelta cabellera y su sonrisa. Pero los enfermos mentales ¿de qué mente están enfermos? De la una o de la otra. Las brisas alisias han llegado. Copos de negro nescafé se depositan sobre la nieve europea. El lago de los italianos, todo jardín jardín sellado. Las pelotas de aire desencadenadas atemorizan a los enfermos mentales de las mentes enfermas. Se someten al viento (viento, brisa) de

trama indescifrable. La carne femenina tan leve no se abre. Bajo la trama, oculta sonrisa.

Suegra mfa, dice Criatura, y corre por un campito desleído por innumerables lagunas, y cae en todas. Usa un tapado de la edad cuando los sexos poco se diferencian, manchado de barro al llegar a la cocina: Oh, qué sopa, soppa, qué ssoppa. Dorada, desplegada en el montón de platos esparcidos por el abanico de las sabias manos y nadie pudo ver el movimiento sobre la pantalla fulgurante. So. Soo. Sooo. Sopa para comerla con una vieja cuchara de plata, pesada —y no agarrada de cualquier manera sino tomada *así*— comerla después de limpiarse el barro del tapado, de las manos, de la cara. Tapada, oculta sonrisa. A comer la sopa, a comer la sopa. Yo no quiero más. Usted quiere más y. A la piccita. Detrás de. En la parte de atrás del crucifijo, entre los clavos ardientes y de olor, entre la zarza apagada hasta la próxima comida, está la llave, sostenida por el pico de una paloma de ojos claros. El pico se abre y la llave cae sobre la palma de la mano, que se cierra sobre la llave. La piccita tiene una cerradura y una puerta, un candado. Tiene una cadena cubierta de terciopelo, oculta. La cerradura tiene un orificio para la llave, que gira en el aceite comestible y sólo se escucha su silencio: navegar de una pupila: mar y ojo: oleaje, olear, ojear dice el perverso, pero a todo mal salobre, salaz, le llega su cuchilla de filo doble: certera. Zás, así suena el tajo en el aire y suena, así, el agua pura cristalina y blanca que brota del milagro del inodoro y barre de un lengüetazo los excrementos que yacen en mal compañía: el orín, falsodorado. Se abre la puerta de la piccita y queda enfrente (de los ojos aguados, barridos) una pared naranja con un cartel de letras de talco, que dice (y se borra, rápido). *La novela empieza aquí, o no empieza.* Agua, aire, tierra, fuego: el Emperador y la Emperatriz fueron construidos con estos materiales. Figuras. Hasta con el agua que brota de un milagro y opera el lengüetazo. Con una cuchara de estaño (llena de agujeros) se toma finalmente la sopa en la piccita. La sopa vertida en un plato de madera que el recluido familiar no puede romper, frenético. Lee el cartel. Nada de

romper, no se puede romper, no se uede. Es la manera de un plato de madera, conformado, conforme: con la figura pintada de un pato tanguero que baila al son, al uede de la electricidad conectada a sus patas. Baila el tango, un tango de madera crujiente, a su manera: rfen todos felices y contentos de los pequeños cambios. El tango: a su aterrizada manera. Le pasaron la yilé. En el falso fondo de un plato playo, toma la sopa el recluido familiar raspando el falso fondo con su cuchara llena de agujeros. Lame el terror y la sopa se le reparte por todas las cabezas: han llegado las brisas.

(El talco, sus juegos). Plan. Planta. Plantea. Planeta. Aneta P. L. Madre-suegra. Madres de sus hijos. Madre-mujer. Hijo-suegra. Hijo: el tango, su música preferida. Habita entre inmóviles pájaros de madera, incomibles. Padre: borrado por un milagro de la lengua.

(Se introduce el cambio). Ksvhl, nívco, movable pájaro sueco (desborrado) vuelve dorado, con un aleteo, el lugar de las apariciones. Posiblemente: de los apareamientos. Pero nadie ha aparecido aún. Aún, aun. Resonancias.

Ese perro bebiendo agua en mi vaso de agua tiene en su cara un asombro parecido a mi cara. Acaso, es un destello del perro de mi cara, otro asombro de mi espejo donde aparece el agua (bebida) y el perro borrado por milagro.

UNA MUJER

Yo era una mujer joven aunque con las tetas algo maduras. La cabellera renegrada se enredaba en los pezones. Mi boca masculina mamaba ahí. Se nutría con tibieza y lentitud. Cierta también, cierto toque de desesperación: el destello rojo de las encías y ciertos, ciertos amagos de clavar los dientes en las terminaciones, pezones de los senos. Yo,

mujer joven, me amamantaba en un desborde de ternura: no tanto referido a mí misma como al sueño que estaba soñando desde la edad en que el sueño me había invadido.

EL BARCO

Su cuerpo clamaba por el descubrimiento: la madre era el barco. Pero había que esperar algún tiempo para hacerse con el dinero, para que su cuerpo cesara de clamar. Clamor, y también deseo. Aquella navegación, a veces, lo rozaba. La nave surcante pasaba cerca. La púa coincidía con el surco del disco. La música se desprendía del surco y, en el estremecimiento, la prosa reverberaba. Era espejo de la espera. Esperaba su cuerpo, que era un barco: el barco, que navegaba, flotaba sobre las aguas en forma de casa y tenía toda la apariencia de su madre surcante.

CALLAO

Toda la plástica estaba platicada. Toda la plástica estaba platic, inversamente platic, con una borla platic, con un cortinado de seda platic, con un puño de encaje. Platic. La madre envolvente con una espada. Toda la plástica (del hombre solo) que tomaba mate inversamente a su sueño y se dolía de su mundo inverso, de su sueño plateado en la plástica, de su mate inverso, inverso al mundo, de su bombilla plateada inversa, y de su No. No reclamaba sin embargo el reverso (de su mundo invertido, inverso). Toda la plástica lo descontaba a él, lo daba por descontado. Pero él no reclamaba el otro/costado, el oro, el dorado oro de/ el otro. Crujiente, sumiso señor, englobase en el recuento: alvé olo de la memoria. Toda la lengua. No hay mar sin gusto

salobre, pero ese paladar ya no distingué nada. No hay orilla sin esterillá fina (y esta cebadura es postrera). Los restos de yerba se desprenden de la calabaza, el mate, si se utiliza la bombilla plateada para desprender. Postrer, postrer, postrer. Último y melodramático. Inversamente su reverso estaba invertido hasta coincidir con la imagen inversa. Caminó tantas cuadras como pudo, con las manos en los bolsillos del saco y apretando el filtro del cigarrillo entre los dientes. Entró en un cine oscuro donde la yerba eran los otros, tibios, pegoteados a él. Y había un mar en la pantalla plat, y sus ojos turbios miraban las imágenes (plateadas, tal vez de plata), él, el expulsado de la plástica. Encogido señor, las lágrimas, como perlas y como lá, y lagos, humedecieron el contorno verde y plateado. El mar, su oleaje, era un alvé olo de angustia. Y su soledad no postrer y sí. Tibia, pegoteada, húmeda. Toda la lengua. La pieza del hotel se cerró sobre él: solo se vuelve un actor. Encender el cigarrillo; preparar el agua para el mate, aflojarse la corbata frente al espejo. Gestos. Convocan una platea plateada por la plástica. Una lá. Platea de labios murmurantes que no le hablan a nadie, por lo tanto a él. Por lo tanto. Estos retazos descosidos de palabras. Espía. Se arrodilla y mira por la cerradura para escuchar hablar. Se somete solitariamente al análisis del látigo. En la película carretas de guerreros, en Poe anochecer de tablas. Se sienta frente a la mesita de tapete floreado y toma el mate una vez más, que no será postrer. La madre aparece en su sueño inverso, inversamente como el poder de la plástica. La madre oscila un reloj colgado al cuello por una cadena de plata. Hablar. La casa era puras ventanas, era una fortaleza para encastillarse y mirar. La madre surcaba esa su casa, surca nave, mirando la hora en el resplandeciente reloj de plata. Lo ayudaba a preparar su mudanza, lo expulsaba ayudándolo, en paz. Y el beso. El besuqueo, ausente. Alvé olo, salve. Envejecer en la piel de sus manos, flechar sus talones. La horca es, es su anillo, la hora. Y envuelto por su cuerpo, y al mismo tiempo muerto por su espada. La madre surge, nave surca, de un mar, y en la humedad. Toda la lengua. Alvé olo, salve. O. L.

CON MANO ORTOPÉDICA,
EL MARQUÉS DE SEBREGONDI
YA ESCRIBIÓ SU POEMA

«Culeamos bien por la noche, pero la cosa siguió por la mañana. La cosa: la cosa era el café sombrío y los restos de semen cayendo, cayendo como ráfagas colgaduras de las compuertas del ano. Este muchacho me era dulce y apetecible, este muchacho tenía sus frutas pudriéndose en su corazón: tenía mi verga en su boca y los ojos bajos, sombríos. Tenía unas nalgas infladas, transportables, un ritmo interno en su corazón, y frutas podridas de sabor ácido para depositarlas en mi lengua, que no es un depósito del sabor y en cambio otra compuerta. Este muchacho se arremangó las nalgas hasta alojar toda mi verga, en camino directo hacia la vena más frágil de su corazón. Mi verga afuera cubierta por un limo, su mierda es azul, con grietas, corpúsculos y grumos, y humea hacia mí: un vaho: de cocina encendida al amanecer, su mierda de muchacho es azul y cuando ríe —vuelta su cara hacia mí mientras me lo estoy cojiendo— mis dedos trabajan sus tejillas de pezones duros, y su ano es tachonado, claveteado, puesto en vereda por mi verga. Y él se ríe con su risa argentina completando, así, mi goce de furor al desflorarlo. Mi verga adentro cubierta por un limo, era la verga de él que me penetraba hasta los límites, hasta el rincón donde el arpa ya no ríe. Hasta los límites, ese ritmo interno de mi corazón que cuelga y colga de las compuertas de mi ano. Este muchacho me calza las espuelas, intercambia conmigo su látigo y el mío, tiene la virtud de no entenderme salvo en mi goce de furor. Estoy lejaño. Bebo el café en el fondo de sus párpados. Me penetra y es la rima de mi propio corazón engastándose en la rima de una retórica gastada, sombría. Es la rima. Esa rima. Es el muchacho de violencia contenida que me penetra desde un paisaje que está detrás de mí, y me rima. A golpes de su verga lleva la cuenta de mis sílabas. Me levanta en vilo con su verga hasta hacerme rozar la cara con el techo, la cara de goce y espanto enfrentada al cieloblanco, enfrentada por fin al silencio.»

III. EL NIÑO PROLETARIO

Desde que empieza a dar sus primeros pasos en la vida, el niño proletario sufre las consecuencias de pertenecer a la clase explotada. Nace en una pieza que se cae a pedazos, generalmente con una inmensa herencia alcohólica en la sangre. Mientras la autora de sus días lo echa al mundo, asistida por una curandera vieja y revicosa, el padre, el autor, entre vómitos que apagan los gemidos lícticos de la parturienta, se emborracha con un vino más denso que la mugre de su miseria.

Me congratulo por eso de no ser obrero, de no haber nacido en un hogar proletario.

El padre borracho y siempre al borde de la desocupación, le pega a su niño con una cadena de pegar, y cuando le habla es sólo para inculcarle ideas asesinas. Desde niño el niño proletario trabaja, saltando de tranvía en tranvía para vender sus periódicos. En la escuela, que nunca termina, es diariamente humillado por sus compañeros ricos. En su hogar, ese antro repulsivo, asiste a la prostitución de su madre, que se deja trincar por los comerciantes del barrio para conservar el fiado.

En mi escuela teníamos a uno, a un niño proletario.

Stroppani era su nombre, pero la maestra de inferior se lo había cambiado por el de ¡Estropeado! A rodillazos llevaba a la Dirección a ¡Estropeado! cada vez que, filtrado por el hambre, ¡Estropeado! no acertaba a entender sus explicaciones. Nosotros nos divertíamos en grande.

Evidentemente, la sociedad burguesa, se complace en

torturar al niño proletario, esa baba, esa larva criada en medio de la idiotez y del terror.

Con el correr de los años el niño proletario se convierte en hombre proletario y vale menos que una cosa. Contrae sífilis y, enseguida que la contrae, siente el irresistible impulso de casarse para perpetuar la enfermedad a través de las generaciones. Como la única herencia que puede dejar es la de sus chancros jamás se abstiene de dejarla. Hace cuantas veces puede la bestia de dos espaldas con su esposa ilícita, y así, gracias a una alquimia que aún no puedo llegar a entender (o que tal vez nunca llegaré a entender), su semen se convierte en venéreos niños proletarios. De esa manera se cierra el círculo, exasperadamente se completa.

¡Estropeado!, con su pantaloncito sostenido por un solo tirador de trapo y los periódicos bajo el brazo, venía sin vernos caminando hacia nosotros, tres niños burgueses: Esteban, Gustavo, yo.

La execración de los obreros también nosotros la llevamos en la sangre.

Gustavo adelantó la rueda de su bicicleta azul y así ocupó toda la vereda. ¡Estropeado! hubo de parar y nos miró con ojos azorados, inquiriendo con la mirada a qué nueva humillación debía someterse. Nosotros tampoco lo sabíamos aún pero empezamos por incendiarle los periódicos y arrancarle las monedas ganadas del fondo destrozado de sus bolsillos. ¡Estropeado! nos miraba inquiriendo con la cara blanca de terror

oh por ese color blanco de terror en las caras odiadas, en las fajas obreras más odiadas, por verlo aparecer sin desaparición nosotros hubiéramos donado nuestros palacios multicolores, la atmósfera que nos envolvía de dorado color.

A empujones y patadas zambullimos a ¡Estropeado! en el fondo de una zanja de agua escasa. Chapoteaba de bruces ahí, con la cara manchada de barro, y. Nuestro delirio iba en aumento. La cara de Gustavo aparecía contraída por un espasmo de agónico placer. Esteban alcanzó un pedazo cortante de vidrio triangular. Los tres nos zambu-

lamos en la zanja. Gustavo, con el brazo que le terminaba en un vidrio triangular en alto, se aproximó a ¡Estropeado!, y lo miró. Yo me aferraba a mis testículos por miedo a mi propio placer, temeroso de mi propio ululante, agónico placer. Gustavo le tajeó la cara al niño proletario de arriba hacia abajo y después ahondó lateralmente los labios de la herida. Esteban y yo ululábamos. Gustavo se sostenía el brazo del vidrio con la otra mano para aumentar la fuerza de la incisión.

No desfallecer, Gustavo, no desfallecer.

Nosotros quisiéramos morir así, cuando el goce y la venganza se penetran y llegan a su culminación.

Porque el goce llama al goce, llama a la venganza, llama a la culminación.

Porque Gustavo parecía, al sol, exhibir una espada espejeante con destellos que también a nosotros venían a herirnos en los ojos y en los órganos del goce.

Porque el goce ya estaba decretado ahí, por decreto, en ese pantaloncito sostenido por un solo tirador de trapo gris, mugriento y desflechado.

Esteban se lo arrancó y quedaron al aire las nalgas sin calzoncillos, amargamente desnutridas del niño proletario. El goce estaba ahí, ya decretado, y Esteban, Esteban de un solo manotazo, arrancó el sucio tirador. Pero fue Gustavo quien se le echó encima primero, el primero que arremetió contra el cuerpiño de ¡Estropeado!, Gustavo, quien nos lideraría luego en la edad madura, todos estos años de fracasada, estropeada pasión: él primero, clavó primero el vidrio triangular donde empezaba la raya del trasero de ¡Estropeado! y prolongó el tajo natural. Salió la sangre esparcida hacia arriba y hacia abajo, iluminada por el sol, y el agujero del ano quedó húmedo sin esfuerzo como para facilitar el acto que preparábamos. Y fue Gustavo, Gustavo el que lo traspasó primero con su falo, enorme para su edad, demasiado filoso para el amor.

Esteban y yo nos conteníamos ásperamente, con las gargantas bloqueadas por un silencio de ansiedad, desesperación. Esteban y yo. Con los falos enardecidos en las manos esperábamos y esperábamos, mientras Gustavo daba brincos que taladraban a ¡Estropeado! y ¡Estropeado!

no podía gritar, ni siquiera gritar, porque su boca era firmemente hundida en el barro por la mano fuerte militar de Gustavo.

A Esteban se le contrajo el estómago a raíz de la ansiedad y luego de la arcada desalojó algo del estómago, algo que cayó a mis pies. Era un espléndido conjunto de objetos brillantes, ricamente ornamentados, espejeantes al sol. Me agaché, lo incorporé a mi estómago, y Esteban entendió mi hermanación. Se arrojó a mis brazos y yo me bajé los pantalones. Por el ano desocupé. Desalojé una masa luminosa que enceguecía con el sol. Esteban la comió y a sus brazos hermanados me arrojé.

Mientras tanto ¡Estropeado! se ahogaba en el barro, con su ano opaco rasgado por el falo de Gustavo, quien por fin tuvo su goce con un alarido. La inocencia del justiciero placer.

Esteban y yo nos precipitamos sobre el inmundo cuerpo abandonado. Esteban le enterró el falo, recóndito, fecal, y yo le horadé un pie con un punzón a través de la suela de sogá de alpargata. Pero no me contentaba tristemente con eso. Le corté uno a uno los dedos mugrientos de los pies, malolientes de los pies, que ya de nada irían a servirle. Nunca más correteos, correteos y saltos de tranvía en tranvía, tranvías amarillos.

Promediaba mi turno pero yo no quería penetrarlo por el ano.

—Yo quiero succión —crujé.

Esteban se afanaba en los últimos jadeos. Yo esperaba que Esteban terminara, que la cara de ¡Estropeado! se desuniera del barro para que ¡Estropeado! me lamiera el falo, pero debía entretener la espera, armarme en la tardanza. Entonces todas las cosas que le hice, en la tarde de sol menguante, azul, con el punzón. Le abrí un canal de doble labio en la pierna izquierda hasta que el hueso despreciable y atorrante quedó al desnudo. Era un hueso blanco como todos los demás, pero sus huesos no eran huesos semejantes. Le rebané la mano y vi otro hueso, crispados los nódulos-falanges aferrados, clavados en el barro, mientras Esteban agonizaba a punto de gozar. Con mi corbata roja hice un ensayo en el coello del niño proletario. Cuatro

tirones rápidos, dolorosos, sin todavía el prístino argénteo fin de muerte. Todavía escabullirse literalmente en la tardanza.

Gustavo pedía a gritos por su parte un fino pañuelo de batista. Quería limpiarse la arremolinada materia fecal conque ¡Estropeado! le ensuciara la punta rósea hiriente de su falo. Parece que ¡Estropeado! se cagó. Era enorme y agresivo entre paréntesis el falo de Gustavo. Con entera independencia y solo se movía, así, y así, cabezadas y embestidas. Tensaba para colmo los labios delgados de su boca como si ya mismo y sin tardanza fuera a aullar. Y el sol se ponía, el sol que se ponía, *ponía*. Nos iluminaban los últimos rayos en la rompiente tarde azul. Cada cosa que se rompe y adentro que se rompe y afuera que se rompe, adentro y afuera, adentro y afuera, entra y sale que se rompe, lívido Gustavo miraba el sol que se moría y reclamaba aquel pañuelo de batista, bordado y maternal. Yo le di para calmarlo mi pañuelo de batista donde el rostro de mi madre augusta estaba bordado, rodeado por una esplendente aureola como de fingidos rayos, en tanto que tantas veces sequé mis lágrimas en ese mismo pañuelo, y sobre él volqué, años después, mi primera y trémula eyaculación.

Porque la venganza llama al goce y el goce a la venganza pero no en cualquier vagina y es preferible que en ninguna. Con mi pañuelo de batista en la mano Gustavo se limpió su punta agresiva y así me lo devolvió rojo sangre y marrón. Mi lengua lo limpió en un segundo, hasta devolverle al paño la cara augusta, el retrato con un collar de perlas en el cuello, eh. Con un collar en el cuello. Justo ahí.

Descansaba Esteban mirando el aire después de gozar y era mi turno. Yo me acerqué a la forma de ¡Estropeado! medio sepultada en el barro y la di vuelta con el pie. En la cara brillaba el tajo obra del vidrio triangular. El ombligo de raquílico lucía lívido azulado. Tenía los brazos y las piernas encogidos, como si ahora y todavía, después de la derrota, intentara protegerse del asalto. Reflejo que no pudo tener en su momento condenado por la clase. Con el punzón le alargué el ombligo de ouro tajo. Manó la sangre entre los dedos de sus manos. En el estilo más feroz

el punzón le vació los ojos con dos y sólo dos golpes exactos. Me felicitó Gustavo y Esteban abandonó el gesto de contemplar el vidrio esférico del sol para felicitar. Me agaché. Conecté el falo a la boca respirante de ¡Estropeado! Con los cinco dedos de la mano imité la forma de la fusta. A fustazos le arranqué tiras de la piel de la cara a ¡Estropeado! y le impartí la parca orden:

—Habrás de lamerlo. Succión—

¡Estropeado! se puso a lamerlo. Con escasas fuerzas, como si temiera hacerme daño, aumentándome el placer.

A otra cosa. La verdad nunca una muerte logró afectarme. Los que dije querer y que murieron, y si es que alguna vez lo dije, incluso camaradas, al irse me regalaron un claro sentimiento de liberación. Era un espacio en blanco aquel que se extendía para mi crujir.

Era un espacio en blanco.

Era un espacio en blanco.

Era un espacio en blanco.

Pero también vendrá por mí. Mi muerte será otro parto solitario del que ni sé siquiera si conservo memoria.

Desde la torre fría y de vidrio. Desde donde he contemplado después el trabajo de los jornaleros tendiendo las vías del nuevo ferrocarril. Desde la torre erigida como si yo alguna vez pudiera estar erecto. Los cuerpos se aplanaban con paciencia sobre las labores de encargo. La muerte plana, aplanada, que me dejaba vacío y crispado. Yo soy aquel que ayer nomás decía y eso es lo que digo. La exasperación no me abandonó nunca y mi estilo lo confirma letra por letra.

Desde este ángulo de agonía la muerte de un niño proletario es un hecho perfectamente lógico y natural. Es un hecho perfecto.

Los despojos de ¡Estropeado! ya no daban para más. Mi mano los palpaba mientras él me lamía el falo. Con los ojos entrecerrados y a punto de gozar yo comprobaba, con una sola recorrida de mi mano, que todo estaba herido ya con exhaustiva precisión. Se ocultaba el sol, le negaba sus rayos a todo un hemisferio y la tarde moría. Descargué mi puño martillo sobre la cabeza achatada de animal de ¡Estropeado!: él me lamía el falo. Impacientes Gustavo y Es-

teban querían que aquello culminara para de una buena vez por todas: Ejecutar el acto. Empuñé mechones del pelo de ¡Estropeado! y le sacudí la cabeza para acelerar el goce. No podía salir de ahí para entrar al otro acto. Le metí en la boca el punzón para sentir el frío del metal junto a la punta del falo. Hasta que de puro estremecimiento pude gozar. Entonces dejé que se posara sobre el barro la cabeza achatada de animal.

—Ahora hay que ahorcarlo rápido —dijo Gustavo.

—Con un alambre —dijo Esteban— en la calle de tierra donde empieza el barrio precario de los desocupados.

—Y adiós Stropani ¡vamos! —dije yo.

Remontamos el cuerpo flojo del niño proletario hasta el lugar indicado. Nos proveímos de un alambre. Gustavo lo ahorcó bajo la luna, joyesca, tirando de los extremos del alambre. La lengua quedó colgante de la boca como en todo caso de estrangulación.

IV. LA VUELTA

Y así fue. Unas violentas ganas de acostarme con alguien, con cualquiera, me hicieron salir de la cama arrancar para la cocina tomar una, dos y hasta tres pavas de rechupado mate. Fumé como quien le trina al ruido de sol que no oirá nunca. Y escribí, estaría por escribir estas líneas, parándome en el escribir para volver, volver a trinarle a la ventana sucia y sucia. ¿Pero por qué parar? Por los dolores acaso de los hueváceos y la garganta. Por los bordes acaso que se resbalan de los dedos en el momento de aferrar. Por los trinos de un sol que jamás se hará oír. Por los trinos de las ganas de trincarme a un otro de cualquier manera.

DISMINUIDOR DE LOS NIVELES AGOBIANTES

Hasta el nivel oscuro de tu mierda el borde o más abajo el conglomerado espeso. Una posibilidad náufraga de lo real convertida en realidad. El doctor Katsky nivelador de mis defecaciones a un nivel normal normal y real o lo que no pudo ser. Así lo habrá pensado Katsky: a este individuo tenemos que dotarlo de un ano abotinado arrancarle suavemente esa sandalia en flor que riega desde la boca de su ano anonadante. No había que regar así no había

que regar así no había que regar así y yo regaba. A éste dijo el encarajinado Katsky señalándome le haremos dejar el excremento (su droga) se lo haremos dejar como el cigarrillo en progresión delicada. Sentirá o lo sentirá aún menos que un cadáver. Los cadáveres no se sienten se hacen sentir. Usted reingresará al nivel normal de la excrementación. Verá la pirámide decrecer hasta entorpecerse con la llanura estreñida. Usábamos altos zuecos de madera y nos pasábamos el día sentados, cagando en enormes escupideras oxidadas hasta que aquellos recipientes desbordaban y éramos echados, de bruces bruscamente sobre la tierra, por la fuerza misma de la excrementación desbordante. Cagábamos hasta en pequeños hoyos cavados por nuestras propias manos. Y yo regaba. ¿En qué consistía la *médula* del asunto? En que. En que. Actuaba como si mi obligación fuera aquella ineludible, mierdificar un jardín hasta derruirlo. Un jardín que de todas maneras era mejor perderlo que encontrarlo. Aunque siempre es mejor perder. Y en que. Yo regaba. *Esto no camina* dijo Katsky chapoteando. El lienzo blanco de su guardapolvo era como un blanco y atraía todo. Ejé, ejé. Su cara de judío marxista parecía abuchonarse palomo imbécil. ¿No te gusta mi riego? ¡Mi riego es mi vida! Jamás se inventarán suficientes guerras para ellos. Reloj. Prosiguió el tratamiento. Dios era testigo. No había nadie más. ¿Querías que reventara eh? Doctor Katsky. Aquella mañana llegamos a la isla y podíamos decir con todo derecho. Hemos llegado a la isla. A la áspera condición del tratamiento diferida por el trazo circular de una isla. Aun cuando aquella mañana, aquella mañana me había excedido peor que de costumbre. Y estaba lejos. Lejos de todo nivel. Y no podía cifrarse el engaño en que yo propusiera explicaciones: Cago estatuillas, mis ídolos. Los apilo sobre la llanura estreñida. Y es cosa mía. Y es cosa nostra. Podrías ahorcarte. Te ahorcarás con tu lienzo blanco. Como yo podría emparedarme con esto. Ídolo. Idol. La mañana en flor. Perro judío marxista. Mis estatuillas mueren tierra traga todo violenta es su elemento. Les «despilan los ojos con las bayonetas. Los que». Forcejeábamos. Queríamos matar el uno al otro. Había que desaferrarse y yo me aferraba. Al soretazo. Y no.

A las profesiones y no. No había que aferrarse. A la carne agua la boca, a la carne procreada y no no había. No había que aferrarse a los idolillos. A las estatuas ídolos. Idos. Y no. No había que aferrar ni se. No. No. Un golpazo de No. Tu cara la mía. No es una cara. Tajos de matarife inexperto. Y no. Aferrado. Al naufragio ¡qué fracaso! A la mierda en flor y no. (¡Katsky!). No había y no había Oh sole mio

TÍO BEWRKZOGUES

No se puede responder. No se puede responder. No se puede responder. 4) No se puede responder.

No se puede responder. No se puede responder. 3) No se puede responder. No se puede responder.

La estrangulé. La estrangulé con una corbata roja a pintas blancas. Después la poseyí. ¡Lo costosas que han sido estas nupcias! Oh madre, oh madre, oh madre. No se puede responder. 2) No se puede responder. No se puede responder. No se puede responder. Papá mirame a los ojos. Cuando tenga una casita blanca, completa-blanca, juro que no la mancharé de sangre. Me cuidaré bien de hacerlo. Será una casita blanca perfecta sobre una loma verde y yo. Yo no asesinaré a nadie ahí. Salvo algún descuido o desliz. Este liz. A nadie ahí asesinaré. Matar es un disgusto. No mataré entonces en la casita blanca como la leche. Allí no habrá ninguna salpicadura de sangre, ningún huesito con la huella de mis dientes. Ni la gilette estará oxidada por causa oscura, ni nadie me vendrá con frases de cordel, el cordón de la cortina, la corbata. Cortar. Ni la frase ni el calibre de la frase. Tirale bajo, a las piernas no más alto. No haré nada malo allí. Matar. Por favor. No mataré a nadie más nunca más. Aunque no me den esa casita blanca. Puede ser simplemente un techo, aislado, desplazable, un sombrero, sí, un pedazo de poste común para apoyar la espalda. No. No mataré a nadie más. Concha. A los que aman a los locos y a los asesinos, yo digo, yo les enseñaría

a andar amando. Dádmelos. Sí. No mataré a nadie más, me cortaré las manos antes de hacerlo. No voy a matar a ningún niño más por tentador que sea su cuerpillo: a ningún niño. Matar es un disgusto.

¡Matar, matar, matar es un disgusto!

1) No se puede responder.

Papá, papaz, papaf, paisá, paisagrí. Paz y tardanza. O) No se puede responder. Pero ya dije que no mataré nunca más a nadie. Chorreante de lágrimas cuando recibí el telegrama lloré como un. Un loco. *Tío Bewrkzagues ha muerto*. Lloré. En el estilo más chileno. La muerte la tiene con otros. Yo corazón planchado en oro y guasca trenzada. El ex yo paradito y disimulado. Pero no: no mataré nunca más. Abrieron el celular a la mañana. Abrieron otro celular. Del segundo abierto bajaron las mujeres. La moda era de cadenas arrolladas a la cintura. Bajaron del celular tintineando las cadenas, tin tin desde temprano. El primer abierto era de hombres. Bajaron. Y aquí estamos. Era eso. Allá él el que lo enfrente. Si éste es Pepe, perfecto: éste es Ramón. Cosa cosa, evidente. Dos y uno para el descarte. Mujeres con conchas. A una fila. Otra fila hombres . . . un vigilante hijogris. Cree que así debe ajustarme las esposas. Me lastima las muñecas inútilmente. Con un poco nomás basta. La cárcel tiene sus ventajitas. Es preferible la cárcel estable a andar rondando de comisaría en comisaría. La ciudad no es cruel. Sólo un imbécil puede quejarse de una ciudad organizada. Todo está perfecto. Quiero estar solo en la casita blanca. Que no me dejen a nadie para no caer en la tentación. O sí, a muchos. Aunque no hay muchos. Ni uno.

Oh madre, el casamiento debió resolverse en el simple civil, seguido de un almuerzo entre los íntimos. Pero tú te obstinaste en las modas que tú llamabas modas napoleónicas. Te quitaste la sandalia de oro y adelantaste tu piecito para que yo lo besara, temblando. Tú te obstinaste. Sonreías en lo alto y yo crujía en lo bajo, luchando con la incomodidad de mi ropa de gala, el maldito espadín, la congestión de todos mis rasgos. Me puse a fumar, hice humo, y tú diste la orden de enganchar los caballos, a la moda, ibas con los pezones al aire, con el tul rozando. Oh

madre. ¿Por qué has hecho nupcias tan costosas si tu hijo no puede permanecer erguido frente a ti?

La cantina estaba llena. Me quedé frente al micrófono con la boca abierta, sin poder cantar ni entender. La cantina estaba llena. No se puede responder. Preguntándome en otras ocasiones qué hacer cuando no había. Nada que hacer. Quedarse en aquella cocina distante mirando por la ventana distante, mirando dos árboles en ojiva. Quedarse todos los instantes sin nada que hacer, no se puede responder, no se puede responder. Cada canto tiene sus grietas. Es el cantor el que se pierde, *pero*. No se puede responder. La cantina estaba llena. Tercera Parte, Capítulo XII. En *El Fiord* se lee, sorpresivamente: «Entonces apareció mi mujer». Entonces se lee.) No se puede responder. Padre nuestro que estás en los cielos, esquizofrénico, yo por mí no hubiera matado, fue por los otros: yo era demasiado extrovertido. La portera pretendió prohibirme la entrada a mi propia casa, cosas que a mí me pasan. Luchamos junto al ascensor. No quería dejarme entrar a mi propia casa. Echado de mi casa, expulsado hasta la desolada esquina opuesta, pensé, llegué a pensarlo: si me echa no vuelvo nunca más a esta casa. Padre cerdo que estás en la mierda, tu lugar si allí te veo almibarado en grumos, yo por mí hubiera matado a los otros, no a mí mismo, quieto basta. Pero me retraje. Introverso. Papá mimame los ojos. No se puede responder o se puede responder se puede responder e puede responder puede responder uede responder ede responder de responder e responder responder esponder sponder ponder onder nder der er r

Novena Parte, Capítulo III. En la novela, el marqués de Sebgondi dijo: «¿Y Dios es éste, este pendejo que por haberse metido en el Liceo Militar va a salvarse de la colimba?» Dijo, y se sintió justificado en su homosexualidad —activa— y confirmado, conforme en su extrema, cada vez más extrema necesidad de droga. Paciencia, dijo. Culo y terror. Tenía un pene digital, falangíneo. Ortopédico, un aparato brillante le servía de mano: se la habían cortado. Anduvo por ahí y anduvo por aquí. Bulineando y otras cosas. Se lo recibió primero en familia, hasta que apareció

que era un guacho. Tanteó. Hizo su cuento. Lo apartaron. Conocía algunas cosas de cirugía y se metió en las bandas, operaba. Heridas de bala. Allá él, allá su muñón. Aquí. Matar es un disgusto.

Y dificultades en la defecación y en la eyaculación, una pasta verde. Y yo no hablaría así de política. El tío Bewrkzogues se baja los pantalones. Es un día de mayo en la caliente Europa. La hierba crece. El tío Bewrkzogues yace. Dar siempre en la tecla como le corresponde a todo europeo: para algo inventaron la tecla. La hierba crece: otra vez. El tío Bewrkzogues se baja los pantalones y espera a los mocetones que vuelven de las eras. Cuando vengan nos perderemos la escena...

Gitano, gitano... ¡Gitanillo!

Papá ¿por qué te burlas de mí? Te he hablado con toda la franqueza de que soy capaz. Si a tu juicio digo disparates, corrígame. Pero no te rías. ¿De qué has de reírte?

¿De lo que ahora tengo por bueno y sagrado? Aun suponiendo que esté equivocado, suponiendo que esta teoría sea superficial y errónea, suponiendo que sea yo un necio como tantas veces me has llamado, podré estar en un error pero no dejo de ser noble y honrado. No he cometido ninguna ignominia. Me entusiasman las ideas elevadas. Podrán ser erróneas, pero la base en que se apoyan es santa. Ni tú ni tus amigos me han dicho nunca nada que pueda guiarme o influir en mi vida. Discute los argumentos y preséntame otros más convenientes, entonces te seguiré. Pero no te burles. No haces más que herirme.

TRAVESAÑOS

Las azoteas están en su lugar. Las plazas tienen juegos y se cubren de pasto en primavera. He aquí la primera falacia. Los chicos no van a la plaza con una idea prevista del juego. Ellos suelen tener otro rigor, otra hamaca. La hamaca en su vaivén puede golpear una nuca, seguramente la golpea. He aquí la muerte atroz, la segunda falacia. La sangre en primavera cubre el pasto de las plazas. No importa, a lo mucho, esa pequeña vida truncada: sobre este banco dos fantasmas dialogan y hay un tercero que juega a morir desnucado por la hamaca. No hay tercera ni cuarta falacia. Sobre este banco los fantasmas, mutilados, sentados, se vuelven transparentes. Pasan el uno a través del otro. Esas imágenes tienen filo y se cortan. Tranvías, tranvías amarillos. Esas imágenes pasan a través o se atraviesan: como un año que pasara (que pasara) por el orificio de otro año. O anillos. Juego de anillos concéntricos desplazables el uno a través del otro. En el rigor de la primavera, sin rigor, mucha carne eligió la dispersión, decidió cortarse en pequeños trozos hasta desaparecer. Pero no pasaron a través, no se tocaron, no llegaron a tocarse. En el rigor de la primavera el filo rebanó lo que se ofrecía al rebanamiento. Los filos trabajaron. En el rigor de la primavera no había ninguna certeza, ninguna legitimidad, menos rigor. Los años se fruncían hacia adentro. Sentados, mutilados (sobre una madera cortada en travesaños), sentados mutilados se fruncían. Y aquellos travesaños de atravesar, un fantasma la imagen del otro fantasma, eran iguales entre todos. Iguales pero no parecidos. El mismo. Estaban desposeídos del poder de tocarse, quedaban congelados en su forma. El año pasaba a través del otro, cuestionaba la noción de lo anormal. El año era un orificio para ser cortado y era el lugar que el otro año atravesaba para pasar a través. Para no quedarse confinado en su propio lugar. Porque a través. Si pasaba. O pasara. Entonces podía atravesar, viajar de su lugar a otro lugar. Ésta es la quinta falacia. En el rigor de la primavera esta plaza no florece, a lo mucho brota sangre del surtidor. Las hamacas provocan la muer-

te de una pequeña vida truncada, que surte sangre y efecto. Si está truncada no va a poder atravesar, tampoco lograrán cortarla en largos travesaños. Sexta falacia, los años de través. Los años de través, desde esa imagen tomados como imagen, desde la figura del juego de los anillos concéntricos, retroceden: mirados desde ese año tomado como vacío y como espejo, los años de través son travesaños. Rejas.

Nadie le prohibirá a Roxano vestir su cuarto con retratos de luchadores. Roxano es puto. Es el amante de Sebregondi. Entonces nadie le va a prohibir pegar en las paredes fotos de brillosos: el marqués menos que nadie. Así es la vida. Así están organizadas las cosas en el departamento de Arenales, creo, y Callao: perverso, loco, informe, a esos hombres de papel de bronce besa Roxano, lame. Sebregondi está en el baño, en el espejo, en bata. Primera dosis. Yo me siento bien. Soy Narciso, el del estanque. Nunca me vi tan peor como cuando un día me vi con un fardo y con un dinero. Era lindo el dinero tintineante, como la mañana oval, como la entrada de un cuarto inaccesible. Prohibí. Inaccesible. Cuarto. Pero estaba el fardo. Ellos parecían no mirar, pero con toda tranquilidad, a plena luz del sol, total la gente anda ciega por la calle, sacaban los calibres. Inaccesible cuarto. Cerrado pero como si el cierre lo atravesara. La gente anda ciega por la calle. Balean a una infinidad frente a sus ojos cribados. Roxano es un especialista de la navaja, en cambio, de la sevillana. Se florea Roxano, pero como si el tiempo, como si el tiempo no pasara. Lurpia Roxano, o brisco en la jerga, en el jergón. Pero siempre como si el cierre lo atravesara. Sebregondi ya se ha vestido en la mañana porque tiene esta mañana una opereta. Lleva el maletín negro, pero como si el tiempo no pasara, bullido en la tardanza. Los instrumentos van adentro. Disimula la mano ortopédica en el bolsillo izquierdo. Esconde el digital en la bragueta. Se va. Lo esperan. Lo están esperando. Pero he de decidirme al fin o indeciso temeroso será mi fin. Una remera de horror se ha puesto Roxano sobre su torso de oro. Y un short. Juéga con la sevillana,

con la sevillana navaja. A moverla con habilidad, a sacarla suavemente en silencio. Pero brillan, brillan los tajos en el aire. Abre el tajo. Olvido. Sebregondi vuelve. Hace un saludo maricón desde la puerta.

El marqués encontró el Valiant estacionado esperándolo en Paraná esquina Juncal. No conocía al del volante, un tipo que andaría por los cuarenta, vestido con la elegancia de los profesionales. Verdad que sus manos eran de una belleza ejemplar: el marqués las contemplaba admirado. En Olivos, fin del viaje, el coche se detuvo frente a un chalet de tejas francesas. Galewski abrió la puerta luego de cerciorarse. El de las lindas manos, a espaldas del marqués, que entraba en la casa, partió nuevamente con el Valiant.

Galewski jugueteaba en el living con un encendedor de oro. Sebregondi levantó la vista y vio a Sergio, apostado en el rellano del primer piso con una metralleta, probablemente una Dalfia Oken fabricada en Bélgica. Al escuchar los rumores, los movimientos, Dora Imaz deslizó sus pies en el par de chinelas y se anudó los cordones del salto de cama. Sonriente bajó por la escalera casi sin mirar a Sergio. Le sonreía al marqués, como para atenuar el clima trágico. Como para disimular, mejor dicho, o como para atenuar, el efecto generalmente imbécil que produce un tiroteo.

El marqués en cuanto la vio alargó la mano y ella le alargó un sobre blanco. El marqués recapituló su contenido: cinco billetes de cincuenta dólares. Marchó después tras el andar de Dora hacia el desván donde yacía Jonch, el baleado. Poco o casi nada le faltaba a Jonch para estar muerto. Dora se colgó del brazo de Galewski. Dora y Galewski dirigieron hacia el marqués, como se debe, una mirada interrogativa. Sebregondi se mandó una mueca agría. Con su mano ortopédica se golpeó la nariz y les dijo que haría lo posible, pero mejor no esperaran nada.

Preparó los instrumentos. La cama de Jonch era un lecho de sangre. Extrajo la primera bala de la región lumbar o casi lumbar, una bala calibre .45. Extrajo la segunda. Colocó las dos en un cenicero de cristal. Tintinearón

y Dora y Galewski suspiraron con alivio. Pero Jonch había muerto. El marqués lo comprobó, la oreja apoyada sobre el corazón mudo. Junto al pecho del muerto, la cara del marqués no surtía el efecto de una respuesta. Galewski se guardó por fin su encendedor de oro. Dora se retiró del desván. Verdad que estaba ofendida.

El marqués le dio la noticia a Sergio al pasar junto a la metralleta. En la calle esperaba el Valiant. Tendrían que deshacerse del cadáver.

Galewski llamó por teléfono a Ramón y le dijo que levantara una camioneta. Ramón cumplió la orden y llegó a Olivos dos horas después. Dora nadaba en la piscina. Galewski y Ramón cargaron el envoltorio de lona en la parte trasera del vehículo, que ahora había cambiado su patente original por otra de Goya, falsa, provincia de Corrientes. Ramón puso en marcha el motor y partieron. En el chalet Dora tomó un calmante fuerte. Sergio abandonó la Dalfia Oken para recostarse en el diván del living.

Jonch.

El Sebgondi con plata es un Sebgondi contento. Ahora se lo está clavando a Roxano. Hablan mientras garchan. O conversan.

Roxano: Así, así, así. Sebgondi: Todavía, a ver. Sí, te puedo dar un poco más todavía. Roxano: Y dame. Sebgondi: Tomá, ahí van dos nódulos-falanges más si mucho no me engaño. Roxano: Sí, hizo trac, hizo trac trac. Sebgondi: ¿Duele? Roxano: No, si ya me hice el dedo, como un anillo. Sebgondi: Lástima, m'hijo, que no duele, al principio te lastimaba. Roxano: Pero ya no es el principio, es el final. Y ya no tengo remedio. Ya me la tragué absolutamente toda. Sebgondi: Sí, y tengo que acabar. Esperá que cierre los ojos y me concentre. Roxano: Yo también tengo que acabar, qué vivo. me voy a ayudar con unos toques de mano. Sebgondi: Cuando hago una operación no me tiembla mi única mano. Roxano: A mí, en una operación me temblaría, pero no para tajar a un tipo. Sebgondi: Gallito. Roxano: Sí, soy un puto malo. Sebgondi:

Pero lo importante es que te la comas entera. Ahora siento que la leche ya me viene. Roxano: Yo me estoy tocando frenético. Sebgondi: Ya acabé como una palada. Roxano: No me la saques que estoy inundando la sábana. Sebgondi: Está bien, te dejo un tiempo todavía ensartado. Roxano: Sí, en el garfio, en el gancho.

1981

SEBREGONDI SE EXCEDE

El Niño Taza

1

LA NOCHE

El último saber flota, muy mono, antes de hundirse. ¡Qué dificultades para escribir, Dios mío! Este cuadernito lo compré en el páramo. ¡Qué dificultades para mear, Dios mío! La goya empieza a fallar. Atascada la goya, atascada la esperanza, entonces: puesta en práctica (Matrereando lo pasaba) de este «de aquí para allá». En el blanco camino había mucho que perder, y ahora lo reconozco —y más: lo sé. Para ahuyentar a los vampiros no basta el collar, los dientes de ajo: es absorbente, como la familia, el dinero. *Pero no tengo* (ningún problema interesante para exponer). La sola intemperie de la exposición (juego estúpido, palabra). Fui mi mujer, lo logré, fue nauseabundo, aún tengo la boca en ancas. Que el arte se disipe ya. Del polvo a la nada, y de la nada (verga) a la goya armada. A la cluëca etérea. Quien no chupa remeda al chocho, y en cuanto a la droga, voy a decir lo que me reveló la droga, voy a decirlo en tres palabras: me reveló una boca, el hundimiento de mi boca. Yo hacía literaturat te vanguardiat. Estaba choto bajo el peral. Consegua recetas, el *artero* siempre médico familiar. Era yo, si se quiere, una especie de, al bardo, gnóstico. A no creer, tampoco, que ahora logré el estado agnóstico (*yo pienso siempre en publicar, nunca en escribir*) ni que el clavel del aire trepe para mí. Me decidí pues a publicar lo que nunca escribiré. Saltearme a la potranca para enchufar directamente el tongo. Había cinco putos... es la teología empírica. Había cinco putos en la celda, y estaban asustados. Habíamos *también* cinco drogadicitos, en la

misma teología empírica, pero separados de los putos, y estábamos asustados. Sueño, taño, con el entierro de mi padre: soplabla viento, hace calor en el cadáver purulento, aire con sal: gris entre el violeta y el acero. El cebo. Entren, entren en la literatura. El magno acontecimiento, ¡se murió mi pap! La obra se toma su tiempo, así como las moscas —escobilla y hueso— cagan contra el féretro. A muerto; el psicoanálisis ha muerto. La tentación de montar un mirto, sobre el pobre Oscar Masotta. Literatura — literalmente: *era un infeliz*. ¡La comicidad nata de un inconsciente gallego! Me podría identificar con él desde mi «mer-te»; pero yo ya estoy, ya y antes, bajo la reja de la lápida. Y (e) inferior, yo soy inferior. No: no brilla el ed. Y es mi hermana, no yo, quien «camina sobre la hermosa tierra». ESPERO QUE TODOS PASEMOS UN BUEN MOMENTO. Miro a mi madre: —¿Por qué soy inferior?— La acompaño a cobrar su pensión y le saco más de la mitad. Tiene miedo (tiembla, a lo Baudelaire) de ir a cobrar sola al banco, 80 años. Tiene miedo de los ómnibus y del ajetrear. De mi barba blanca y ya, y ella, prematura, barda. Yo la llevo. Quiero el dinero, quiero a mi madre, ella tiene un latido de más. Mi padre era un pobre loco: loco de frac en el burdel, haciendo brindis por la revo, revolución del 43. El «asesor» del general Savio: —Mi padre no, *tu* marido: —¡Era *tu* padre! —interrumpe mi madre: —Entonces: entonces. *Entonces no te acompaño al banco, ja* —la amenazo. Y me planto, saco mi petaca, le pego tres, cinco chupeteos seguidos al coñac, seguido: de un par, de un par digo, de *esas* pastillitas rosadas que ella sabe: sabe cómo, tras ellas, la sonrisa se me pone: se me pone: es lindo repetirlo así: se me pone: mórbida a. A. Mi madre intenta caminar sola en pleno centro. A, a los pocos pasos se rinde a: ah... Como pidiéndome amparo extiende las manos, momento en que le veo las arrugas, la trenza blanca y (vislumbro) las lágrimas. «Sea», me implora (quero más coñac y no tengo un puto so, marica, peso, mango), «sea» plañe, «está bien, ganaste: *mi* marido, no *tu* padre». Un día Perón (9 de marzo, 1947) lo mandó llamar. Se puso los anteojos. —Perón los destellaba para leer— repasó las hojas de una carpeta Gankreen y le dijo: —Aquí falta algo, Lamborghini-

ni m'hijo, aquí falta algo —sí, así le dijo, y era (¿y qué otra cosa podía ser?) lo que faltaba, lo único que faltaba, era *seguro* (nada de *acaso*) una parva loca, un soberano montón de mangos. Soberano, pero no en el sentido Bataille del término *soberano*. Sino, más bien: sorber ano. El proyecto delirante, «south americ ano», a lo Savio, de la fabricación de tanques a granel, con (casi sin) chirolas, más baratos. Resultado: el afano. Dinero con *b' larga*, gastado en un «sabio» expatriado (venía a casa, hablaba 22 charlas, y se volvió loco con la sierva riojana —hubo que cedérsela—, una menor: me pajeo todavía, y a mis años: la sierva riojana: en ella pensando. El «savio» se enconchó. (Lá) mineteaba todo el día con champagne. (Lé) metía el lápiz, con gomita en un extremo (novedad yank en aquellos tiems) por el culo Arlt, y después: después la miraba cagar: y cagar. Mi padre total: ya se la había garchado, igual, también mi hermano mayor: él siempre ligaba algo. Yo, ásido. Paja. Paja. Otra paja. Otra vez, paja, asa: El Niño Taza. La paja. Yo, la paja. Uno de los ver ti sets del triáng es el yo, es decir, el t-yo o zt-yo, la japa, la paja. ¡Lat puñeta y lat paja! Le metía —aunque *no* tenga gracia— el extremo de la gomita en el culo a la negra, y t.t. blej, yo, yo miraba y me fifé. Solito después en mi cuarto, también blej, yò, me metía en el ójeté, en el *u* tero, la gomita del gom, gran comilón. Era rico y —¡y listo!) Tenía, en esa época, la guita loca. Recuerdo los movimientos de tropas una mañana, y entraña. El alba, bien de madrugada, tu marido, *Tu marido fumaba un cigarrillo (egipcio) en su estudio con-traluz*. Yo la paja, pero (¿pero?) nada más cierto que vivíamos bien: siempre algún vómito de escocés en la salita-sala, antecámara del salón. Cagábamos opíparamente, pero —tu marido— *tu* marido. Pero tuvo el perro que delirarse y delirar: ¡industria pesada! Descubierta el afano (más que ello, la ineptia, la cobardía, la estupidez) sabés que Perón a tu, *tu* marido, ni siquiera lo quiso sancionar, no le concedió ni eso, ni eso. Uno de tantos lo dejó ser: un payaso. El Sol para nosotros no iba a ser, no iba a salir, no. Hora nuestra: la noche. Con un destello engañoso de clarear, esperanza sádica, sádica esperanza: sabía Perón que el payaso jamás, el payaso Jamás, Tu Marido, jamás

lograría cubrir el tramo hasta la hora del verdadero clarear. En eso soy igual (—¿puede que me tome en serio, pue, pie, puede que?—) al payaso Puto, me parece que era puto también, pero no estoy (guro) segur, al payaso Jamás. Y el Ha Muerto Lacan, El cobarde de mi hermano, ni qué decir. Es contar un cobarde mi hermano Lamborghini, *tu* hijo. «Aquí falta algo, Lamborghini m'hijo, —Perón dijo— pero ahora vuelva a su ministerio, y disfrítelo, si puede, ¿usted se graduó en Yale, no? parece que —un carajo— lo que se dice (¿cómo se dice?) «aprender» no, ni un carajo aprendió: es demasiado blando, usted, «compañero», para la juerga. Típico, casado con una santa, la Puta Vía, más vía que el monumento: de mis pelotas, en mármol. Pero mis pelotas pertenecen a la eternidad y su mujer, en cambio, a la desdicha del tiempo congelat. Vaya Lamborghini, vayát. Amar, lo que se dice: amar verdaderamente a una puta, ¿verdad?, Ése riesgo Sí que usted No lo corre. Vaya Lamborghini vayát, vayallí. Ni quiero —hete aquí lo que Père Peron a mi Padre- él/decía— enterarme cómo, deshágase del «savio», vamos, deshágase».¹ Y se deshizo: papilla pa, payaso pa, *tu...* a ése le entregaste la chancleta: un buen «partido». Le diste, madre, ¿el culo?: el culo, dicen las minas, es del marido. Quise ser escritor, pero faltaba algo Lamborghini, Gomita: la chacon, en cambio (la concha), tiene una virtud tangoma, tam como la moral turkesa. Ya lo sabía mi estilo cuando publiqué tres libros en Otrora. Otrora: otrora. *El Culo es Pal Marido, El Fiord, Sebregondi retrocede y Poemas*. Gundimiento indefinido, sin placer ni rebelión, Un di miento. Masotta, ¿fue Gardel? Era otra época, me digo, allá por el 70 estudiábamos Lacan. Copio ahora a Enrique Medina, culo, me identifico con él. Me i... con los objetos de mi horror y de mi compasión, *tu* marido. Sólo el culo es sólo del marido. En vez de así, me gustaría ser Así: gana guita y le chupan la pija. Yo, ñoq. Ahora. Antes por lo menos podía escribir, ahora. Ahora apenas si logro publicar. Lo único que (puedo) (hacer) (es) publicar. Lo único que apenas puedo hacer es publicar, ahora. Antes podía (incluso) escribir. Voy a conferenciar en la Escuela Freudiana de Buenos Aires, a eso. A eso he llegado. Y Dios mío. ¿Qué Dios mío? No sé:

1. Le dijo: Perón dijo. Al padre, no al hijo.

tu marido, supongo. El cascabel al gato. La vaselina —delicada— es los bordes torpes del ano. Me muero de hambre, así, Así, y hace como un año que no garcho. Es (es casa) la pensión de mat mát, después que murió el TÚ (Marido). Todos se hacen ricos, u organizan, *u, sus* vidas, o por lo menos cojen de vez en cuando. En vez. Tj, tj-yo. Grimm pedazos. Y no puedo casi nunca comprarme bebida, ni darme de drogar: El Niño Taza. Publicando lo pasaba todo el día, cualquier cosa. ¿Qué tienen los grandes que a mí me *sobra*, me sobre (y se me escapa y) pasa? Me gustaría lamerle el culo a un general (don de familia). Y soplón —¡plón!— siplar. *Hacer botellas*. Beber. Hasta la última gota beber, que contengan. Be, be: fui perdiendo blej, todos mis trabajos por beber. Llegaba la hora de ir a trabajar y yo, j... g... me ponía, me (*la*) ponía a chupar, a veces, incluso: incluso a veces con un chongo de botellón. (Esto: esto es una ierda). Compraba alcohol puro, más barato, y quemá: como un loco asimismo las entrañas. En la pieza del hotel. Las tetas caídas, miraba las fotos desdentada, me identi con una sof, ficaba, chupaba (una gaver), con una Loren casi ya en la vejez: con celulitis en el culo —creo, y ve— a mi vez. Aquí. No: aquí no. Sobra, más bien: *todo* está de más. «Primero publicar, después escribir» me decía cuando aún creía pasajera mi Cruz, mi *T* tora (*mi* marido, *tu* concha: labial). Sé ya ahora que hay no —*no hay*— tal después, tal. Ahora nada más que publicar. Me cago. El juicio: oral. En la misma teología empírica, es la teología «empírica». Y no tiene Gracia. Una madrugada del alba. Medio no siento (ya): al estudiar la Filosofía Perenne podemos empezar por abajo, con la práctica y la moral. En el mismo sitio, en el carácter rúbico del acontecimiento —un pliegue (más) en la falda de estiércol. Cuando el ser, pero no hay ser, *¡entendámonos!*, tiene la vida tacha. Tampoco hay no ser, porque lo único que hay es lo único que no importa: el lenguaje. Los *directamente* implicados en el fraude, en el negocio flatulento de la mentira, éstos: esos *cultivan* el lenguaje. Aquí se trata de matar. Prueba. Prueba, la Vuelta de Martín Fierro, que la Ida, de entrada y desde el vamos, ya cameleaba en grande. El lenguaje es la corona de la especie (el rulero) *enferma*: lat lepra(t). El op-

timismo a todo trapo del psicoanálisis falo, hablo. El oportunismo. El último saber flota, muy mono, antes de hundirse. ¿Pero cómo volver en la materia? Con el morir *afrentado*. Experimentar con niños (dejar en paz, de una vez por todas, a las ratas). *El Maestro en... El Maestro entró en el laboratorio, es la muerte en, enseñada la que cura*. El Maestro entró en el laboratorio y en (seguida) lo rodearon el (los) montón de párvulos, los pequeñuelos lelés. Como todas las mañanas, esa mañana: reían contentos porque él entraba, y sabían, dulcemente agradecidos de que a ellos (gracias) tranquilas vivían las blancas ratas. Agradecidos, dulcemente amanerados casi, un tanto, grotescamente afeeminados, incluso algunos luciendo, luciendo corpiño (y bombacha), sabían —antemano— lo que habría decirles el Maestro. Les decía (el Maestro): «De..., quédate quieto, Dedé, vamos, acábala, termínala, basta de be, besuquearme la chagar (garcha)¹. Ten paciencia, ten, ya te la daré por la tripa que te encanta...» Es (una pálida) transcribir textualmente lo que el Maestro con la palabra talla. Le dice que la mitad de ellos, 60 exactos (son 120), 60 serán sacrificados, asesinados con un método doloroso: brutal, feroz y lento, algún día no muy lejano y a la vista de los otros. (¿Serán trollos, toso?) Asesinados, sa. Sacrificados A. Hagan lo que digan y digan lo que hagan, ha... no importa; ni siquiera Él sabe quiénes son los destinados a morir, y desconoce aunque y también, también y aunque, el día —no muy lejano— elegido para masacrar a los 60, por aquello de: eran sesen, sesenta granaderos (tal vez). Carga, prepara el proyector. Como todas las mañanas (no tiene sentido, por supuesto) carga, prepara el proyector. Perón se lo dijo al hijo. Por supuesto: *No tiene sentido* se titula la película del fin: por supuesto. Es aburrido, es tonto. Finjo publicar pero es evidente que intento *escribir*, y es evidente que fracasa él. Por supuesto. De nada sirve, tampoco, de nada le sirve hacerse el «vivo», querer hacer pasar que se trata de algo delicado, adrede —cuando se trata, porque de eso se trata, del imperdonable error (di:vaga) de haber fallado en la empresa de bautizarse Elto Muer. De

1. Verga, pija, pené, poronga, ganso o sogan.

nada sirve el sirv. Sirv. Escla. Ve el lenguaje y odia: odia por eso a Masotta y a todos los que lo enfrentan con el *tat tvam Asi* («eso eres tú») (de su fango), de su no haber logrado —por una colección ágrafa de resentimiento e ineptitud— su deseo, deleo más íntimo: como la perla íntima, como: el íntimo cuchillo en la garganta: *escribir*. Algo íntimo. Era un enfermo de cuarta, y ahora busca piedad, exactos son los avisos / por tele / visión, un poco de piedad le mendiga a sus íntimos. Mientras pudo, estafó. El arte no es un consolador de poronga asfalto. Pero él pretendió utilizarlo como tal. No pudo, sin embargo, engañar a nadie por mucho tiempo. Lo suyo fue lo dicho: un di miento. Sin rebelión ni placer. Hastío (t). Tedio pequeño: burgués. Y, y: inhibición, síntoma-ang. Que nadie se me acerque. Y que *esto*, en efecto, «por» supuesto, se *publique* «por»: por favor... No doy más. Es de noche: 29 de octubre. 1981. Tengo la salud de Fierro, en la frontera y ganas de fumar un vulgar cigarrillo, y hasta éste me parece un deseo excesivo: pal (marido pa) los vicios, porque —no tengo de, de derecho. Mañana me sentaré a la mesa. Es de noche. Mañana me sentaré a la mesa y. La mesa «Y», un verdadero artífice del, lenguaje. Me sentaré y (a/i) con mi aire de jeta, de muda superioridad, *permitiré* que me sirvan la comida. Un artero (abyecto) deseo de sobrevivir¹. También: por no poder aspirar al suicidio. No lo (Nolo), no lo merezco. Pedantería de esquizofrénico, en suma, O.L. Una mariquita «contrariada», chochea: ¡chocho, loco, chocho, oh! Página tras página, tras página, lo único que me importa es llenar tras página, seguir y seguir y llenar página, obviamente, tras página. Tengo miedo: yo quería triunfar, que me aclamaran y aclamaran, tener éxito: del lenguaje, Acl, un artífice: del lenguaje. Y fracasé. Un caracterópata, hasta la locura es demasiado (demasiado buena) para mí: el estilo opa, el carácter opa -ta, ta- de mi enfermedad, me libra de la psicosis, ni siquiera ése (patético) final. No, nada. Nonadas, en fin: monadas. Una tarde Masotta hizo mi diagnóstico. Estábamos en el hall del Di Te-

1. He vivido para el mucho decir: cagar a pifias a algunos giles y hacer un par, por lo menos, de minetas D, re-chupet.

lla. Creo que esa vez llegué a irritarlo con mis pavadas, y entonces me dijo: —«Eni vos la mala fe es *centro de gravedad*, derrumbe a tierra. En los escritores verdaderos, en cambio, la mala fe cobra el valor de un *útil de trabajo*: herramienta cortante, les sirve para punzar la superficie y, al mismo tiempo, no quedar atrapados: pueden infinitamente continuar, *desplazarse*. ¿Por qué no te vas un poco al carajo?» Avergonzado (pero) sin dejar pasar la oportunidad de reconocer con trampa, le contesté: —«Porque no puedo, no puedo *desplazarme*, ¿no acabás de decirme vos mismo, acaso?» Ahora: pienso que ese día estuvo a punto de pegarme. Lo cierto es que a partir de ese día, de esa tarde, me devolvió en silencio todos los textos que yo le llevaba para leer: *ni una palabra*. Comprendió que hasta ese mínimo de crédito, Ni Una Palabra, que alguna vez me había otorgado, contribuía al enredo y a la confusión: no sentía, Oscar, ninguna debilidad por los canallas. Prosigo, tanta es mi vanidad que prosigo, en el Cristo, en el Hijo. Estoy en mi, humo, salsa en mi Hum. En este momento finjo escribir para lograr, a cualquier precio, que me publiquen Lamborghini. Me llamo Osvaldo. Puede ser. Puede ser que algún imbécil me escuche (y yo lo escuche), me tome (en serio) y, como se dice ahora, «satisfarta y haga mi demanda». Publico mal y escribo peor, hablo todo el tiempo de mí (Marido). *Quien no chupa remeda al chocho*, soy el autor (subrayado) de esta sentencia famosa: escobilla y hueso, cagar contra el féretro. Un pliegue más en la falda del estiércol. Sequedad y frigidez, el finadito, Oscar, tenía razón, ¡ja, ja! Me rfo con una hebra de nicotina entre los labios. Y aquí termina propio mi relato, lo que sigue es un intento embrollado, mellado de explicación: primitivo como el fetiche antiguo, neurasténico, del pie. Sucio, el Pie. El niño resultó violado y también la niña violada resultó, así de fácil, como sonreírse en la oscuridad de Tana. Proseguir entonces con la hebra de nicotina y proyectar, al mismo tiempo, sobre una aldaba (aldabón) esa pantalla: la radiografía del pulmón. Es la literatura la que no sirve, me digo, templado por la rabia y por una sencilla vuelta a, a la analidad. Así llueven los espacios. Y ahora que entendsí, ¡cuánto ganado se me va a escapar! A la niña en familia la violaron —entonces el cuerpo se vuelve así, como así, este enmudecer—

y al niño lo violaron en un terreno pantanoso, aun sin expropiar. La implícita seriedad, su rumor de órgano: enfermó con tal del subsiguiente paso —y la construcción tenebrosa, adjetivante, de una siniestra «razón de ser» había, a pesar de todo, ah, empezado bien. En el deseo hasta llegar. Hasta llegar hasta esta. Capa de grasa fría en el plato. El niño y la niña (figuras), violados o volados, son materia de *ningún* reemplazo, tal como otro estilo lo exigiría: a cada rato. Se arrebolan sobre un trébol sin maldad, pero fijan la mirada y estrangulan al impar. Es que riman, rimas por eso (*risas*). Es que *no tengo ni*. Para empezar. Entonces: no empiezo. Apretu... apretujeo de un tirón: Dios nos envía la vigilia y la razón mientras que el sueño en cambio (pero ahora, ya no me acuerdo), el sueño. Hoy no: no hoy. Esclavizado a este evento/total. El juicio oral/cagar/en la boca, cagado en la boca, el juicio: —Oral. Pero (¿pero?) el gran escritor es, dicho en lengua vulgar, una pasión del Otro. Quien define un género (masculino/femenino) promulga desde su mayúscula la Ley, pero también la minúscula y el, el *a* del goce *b*, que funda la posibilidad de que otro, *cualquiera*, hable/le. Quien erige el Género, y en él se erige, promulga la sexualización, convierte en un incluso, incluso, a los meros devaneos eróticos del ser (individual: indiviso, para su desdicha): *al se hace la pista* —el escritor grande—, y gracias a él, le, hasta el gruñido de Josefina se vuelve canto— él promueve la Fábula, y entonces, también los animales hablan: así como el Artista del Hambre y el del Trapecio, sin olvidar a Sancho Panza y a la Pantera: sin olvidar a Marín Fierro, epónimo (por sinonimia) del anonimato. Hablan todos gracias. Gracias al que aquí se pone: a cantar, se pone, en el lugar del Otro. Pero (¿pero, otra vez pero?— clarísimo: pluma nueva), quisiéramos saber cuál es el método, por imaginario que fuere, que se emplea para invertirles a los niños aludidos (varias páginas atrás, la verdad: ya nadie los recuerda) la enseñanza mema, le: lela, de la muerte *afrentada*: morir de inenarrable manera, eso va más allá aún que el consagrado «morir como un perro», capítulo saltado del veredicto final en el moño («doblada») trámite del proceso. Si de inenarrable manera, no narrarla, entonces: a ver (*ja ver!*) si yo soy un loco, un boludo, o un tarta(mudo) incapaz de mantener

su palabra. Incapaz, soy. Narraré esa muerte, por lo tanto, cuando me atreva. *Sebregondi*: punto y aparte, ahora recién, en un aparte punteo:

«SEBREGONDI SE EXCEDE».

En tono de: mal villancico. Convertirme en me/en mi/mujer: fue

(Algo se cuarteo con una fuerza *sublime*)

una experiencia de, por loga, terrorífica y náusea: náusea que abunda. Escribo tan bien como un níspero que se las diera A, de torero. Sin embargo, es verdad mientras mi lápiz —labial— (sentimental) en lágrimas empero se baña. Año tras año es verdad: es así, es literal, es SIC: a de náusea y a, a de abunda: ¿que yo «tengo» —tengo— la culpa? O a, de acaso me adelanto, ¿acaso yo la culpa tengo? Como decía Sarmiento: Sebregondi se e, excede y: «¡Que! «¡Qué yo la culpa tengo! ¡Vamos!, si me hice alamar fue porque una mujer me amaba, porque me dijo: —«Al amar, no sólo te amo, sino que además te quiero: con toda el alma del al amar también te quiero, y se me caen las lágrimas (de entusiasmo) cuando me tirás un beso desde el barco (¡jarcias!) y, “a la mar” decís, amor mío, decís que leván el ancla, a la mar, alamar»—. Estoy perdido, sí, y para siempre. The crack-up, la fitsura, porque un solo día débil una lágrima débil se me escapó. «Dios mío, lo horrible» (R. Raschella). La violación se: fue eso la violación, y prácticamente, en los hechos / real-hechos / nadie fue violado, ni siquiera tocado en leve por una caricia que, en efecto, no rima, pero el mayor /deseo/ insinúa: con una sonrisa medio eval, señora, que rueca pide, que imp, implora: permiso y amor. Fue eso: se la violación. Y ni siquiera, burgués, en remoto pasó: apenas pasó, chanco burgués, unos días atrás («¡Arriba esclavos del mundo / Atrás, atrás, chanco Burgués!»). Pero juro que la violación, doy fe, no fue, ni es: ¡Atrás, atrás, Chanco Burgués! No querer es una cosa, y otra, muy distinta, no poder decir: «—Amor mío, mi muy querida»—. No, queridos: en algún sentido Sebregondi *no* se excede. Está con ustedes, aquí con ustedes. Es uno de ustedes.

Porque retrocede, porque:

—Sebregondi *no* se excede.

Cuando me penetré fue como comprarme una estola de *visión*.

¿Cuándo?

Cuando me penetré fue como comprarme un estola de *visión*. Ahora se mesa los cabellos el loco de frac en el burdel. Pero ahora ya sólo queda (el dintel) la cáscara del dintel, y no quedan ni siquiera las pupilas, el ojo del mal vivir: sólo el loco del frac, mi pap (tan boludo el chiste del opa —¡boludo!— esquizofrénico) que solo ya se mesa los cabellos en el burdel. Pienso en la sierva riojana y pienso —como el culo— en mi garcha y recuerdo: «¿Quién vomitó hoy sobre la alfombra scotch?» Y el culo siempre se lo entregué al marido, no a, sin embargo. *Pero*, Grullo, ni al primer/boludo/ que pasara por la calle, un tanque: piloteando con oruga. ¿Por qué José Hernández se convirtió en un fanático de Hegel, por qué «el arte es cosa del pasado» (tubo, tuvo) que decir? Así lo cogó todo, así a todos —los nos otros— nos tuvo, como por la ley del embudo, como por un tubo, queriéndolo o no nos tuvo: pero nos tuvo que recontra, cagar. Y vamos, dilo, di:

—Vaga—, digó.

Imposible que sea él (porque está muerto), no obstante el tap, del tapón, que retruena en el Arca con eco de animal, que en la charca —esa planta, clavel, que crece en la ratier, sin tocarla en la tierra y vista, con el cielo del Ciel: a ojos, vista. Es inútil, tanto como las comillas de un «pero», y no menos que el morir sin comillas, como un perro. Dejo ahora de escribir por. Porque me estoy durmiendo: ¿Estoy escribiendo o estoy despierto? —a, una buena a de la pregunta: con todo, que no me rechace el Maestro. No obstante pero, y si bien em-Perro, carga el pro... el proyector el... el Maestro. Se juega con las vârices del culo hasta donde las sobresalientes/venas/inspiradas venas de la/la verga/ lo conceden lo, e incluso lo permiten: como muy sabroso loco lo permiten: en frío —«estar en frío», como Erdosain— tiritamos, pero lo permiten y lo conceden: en pleno invierno. Admiró a la Unión Soviética por sus cárceles y carceleros deliberadamente elegidos para pudrirse y perecer, con Magaldi, en la hórrida Siberia.

(¿ser un croto imbécil o un lampiño de dintel?)

Lástima que escribo bien, como quien al estilo le sonsaca sus nueces más fraudulentas. Son ladridos y la Luna: mira parco y sosteniéndose (la barbilla con una mano), mira ausente y ensimismado, la Luna mira para otro lado y viene: uno como dormido, cuando vuelve del Desierto. Y viene, ahora, la horrible faena (pero me gusta el golpe tálamo de los pobres azulejos) de los inconclusos, de aquellos capítulos por ley de Eros obligatoriamente fragmentarios, allí donde quedé contra la pared, como una espada, obligado a escribir y publicar lo mismo, con el mismo dedo: como el proclive de un arte del es así, enfrentado a la infamia del entonces y del luego. A pesar del lenguaje, es inmortal el arte de mi deseo: desco (verla, a la belleza) en una vulva súbita que a diario comulga con la leche de cabra o bien de *yedugo*, con el mérito todo de toda su esperanza. En el Japón, quien no comulga es un pelma y en las populosas calles de Tokio (Tokio, ¡degenerado!, Tokio) se chotea mientras dura —y dura, el Sol— con pájaros yernos de la casta más preciada: el Sol dura, con soldados de la raza más pura, hasta llegar al ónix del óbice, hasta la punta helada, gélida: candente y samurai. Ellos son los que salvarán a Dios de su pedo irlandés y de las heces polacas: es rico el vodka y hacer sus eses les encanta, lo que no les gusta es trabajar. Quieren destruir el socialismo, ir a misa a chupar: son perros, rabiosos de verdad. Yo estoy aquí, y cuán lejos. Yo

—Lo real es el lugar donde el *mate* circula. tengo igual mi llanto, mi ruego —*ruego*, jamás— y mi plegaria cunda: ¡Que los tanques soviéticos invadan ya! ¡Que arrasen y maten! ¡Que ni las damas se salven! A los niños se los puede respetar (nada de Hitler, basta de giladas) porque son recuperables, los de corta edad, y se los puede sistemáticamente violar, por orden estatal (Campos de Violar), para romperles el copete de entrada, y además: porque están buenos además. Son rubios los polacos, inferiores de raza pero igual blancos, aunque esclavos. Es con cariño digan (lo que digan) como los polacos a la braguita rusa miran, de soslayo. Para ellos, mamarse una garcha es como un domingo, en familia, tirar el fideo. Sí que soy esquizofrénico. Ese pueblo, es puto ese polaco. El fideo ti-

ran hasta el mango y no es grupo, ni una sola gota desperdician del tuco. Para cagar, se bajan los calzones *con ese pretexto*. La verdad: tan «católicos» que se dejan incluso por el drepa —y, por la rima, esto: *no prohíben* el incesto.

Hundimiento indefinido, sin placer ni rebelión, si el inconsciente y la ley son «solidarios» (además de solitarios), el inconsciente es estoico y, la conciencia, hedonista: pretende monopolizar el sentido excluyendo su fundamento, que es la pulsión de muerte. Hundimiento indefinido, sin placer ni rebelión.

Recién hoy pasaron los años, esa cosa que al pasar deja sólo, o solo, el perdón endurecido, un bamboleo, un pezón en movimiento.

Hubo: un movimiento hubo, un tuvo como por un tubo, sin talla, sin corte, una réplica hubo: la que replica.

El juego de palabras y los años, los años que *traerían* la poesía fueron verdad, la trajeron: filtraron, a fin de cuentas, el deber en la apuesta de la deuda, en la apuesta máxima de no (*deber*) pagarla, y de no pagarla por lo tanto, sentido:

sentido tan ancho y tan alto como un caracol a la intemperie.

Un gollete solo bastó para imponer las trabas (*tenía gollete*): la mujer, concepción y gloria de mi concepción, ella *tiene* (retruécano) cabellera larga y tobillos de marfil (*tobillo*, Macedonio: *garganta del pie*).

Una llamarada gong recubre la calma, la recta tristeza, serenidad —la beatitud: los años fueron imperiosos, lo fueron (... *traídos*), tanto como el temblor de manos y la divertida masturbación.

Sabe el matrero que no es buena su causa, y sabe —tal bien para su mal— que ni por las tapas la peor: sencillo casi, o sólo, o apenas: un fraude, como el Virgilio de Hermann Broch.

Así de tonto, la ceniza del latín y el griego de la peste Oedipo, y más que nada el ruiseñor.

Ni lejos la peor.

Sensata por el contrario, y paradójica, el amor a una (desnuda) forma nodal —una verdadera tumba, fría como debe ser, silencio.

Los ritmos y la imagen del fragor.

¿A quién no le gusta el pan, o quién desdeña (navegar en) una cáscara de nuez?

Esto lo escribí hoy.

Un poema de Osvaldo Lamborghini, ayer.

Esta vez sí que me mandé una verdadera cagada, al no comprender el intertexto que impera —en una medida, en una *métrica* que sería (preciso conocer)— entre los síntomas del signo y el deseo, clanco, del valor: lo que vale *d* es un turbión de rogadictos, hinojos hoy pero, quién sabe, quién dice, fruillas (o frambuesas) después: o Freud, o incluso el perfecto (don), don de la Fe. Que la gélida mirada de una tapu, de una puta y más frío puedo ser en su momento, sin embargo, basta para humillarme el simple pero de un despreciable sinsabor. Declaraciones son, confesiones: joder, estoy intacta igual, las veces que me han cogido siempre ha sido por atrás, por el culo —juro— y por atrás, conozco —juro— amargamente el carmín de *mi* mujer, y la vieja (plata) de su dedal. Si no fuera puto tendría tiempo para escribir. En cambio (pero *no* cambio) así sólo me queda tiempo para publicar y publicar. Es el Orden del Mundo, es: es el Orificio de mi Manantial. Que Dios te salve, María y a propósito. Como a propósito pariste un loco. Se dice «adrede», y los rogadictos se inyectaban de rodilla ese día (a propósito). Poesía son las tetas que me faltan y el clamor, o vagido desordenado de mi falo en el exacto lugar, en lugar de la verídica y dorada, vagina/pacífica. El general Perón dijo, m'hijito, que las mujeres son importantes: porque ellas les hacen el inconsciente a los niños. ¿Y qué valer —*¡repite!*— qué valer puede /una vida tener/ si a nadie le hace el inconsciente? Por supuesto, claro: me duermo sobre rosas en el páramo.

El ex Galewski en la pesada

(es más aburrido que: *chupar* un clavo)

I

ROXANO CHUPONEA A UN BICÉFALO
(y los dos son putos, no solamente yo)

Porque al fin me cansé, descubrí que no soy el único que carga carne por la popa: una rebelión... *lógica*. Un trasnochár rotativo del Espejo, que es la esencia misma de la *lógica* (el Espíritu: cama adentro), si bien —tal incesto— no excluye los vagabundeos, un más allá de la calle matriz. Así se escribe: con entendimiento y calor. En el chalet, chalet de Olivos, el ex Galewski estaba cagado hasta las patas. Por más que Dora Imaz, su mujer y lo juro: inevitable rima, trataba de infundirle valor, él hubiera preferido que se lo garcharan como a un mino, vulgar valerio de Olmos, Caseros o Devoto, antes de proseguir esa espera, ese (al mango) atravesado sorete de la yuta. Tan cagado estaba que no se atrevía a llevar el revólver *encima*: encima, por miedo a cagarse *encima*. Le había dado —y la orden de mantenerse alerta, así se escribe: anticipándose— la metralleta Dalfia Oken a Sergio. Lo que él se había dado eran tres dosis seguidas casi, aspiradas por la cajeta de la nariz, pero mierda: persistía, como un tábano, el pánico. Se decía para sus adentros: «A cualquiera se la regalo esta de ser un duro mil veces jugado y probado —y el último cagón, al mismo tiempo», y la miraba, a Dora Imaz of course, en silencio, y lo que ella —siempre la misma puta de exigente— le devolvía al mirarlo era un aire. *Detengámonos, qué lindo es esto, un aire*. Un aire de preguntarle calladamente: «¿Y a vos, a *éste*, te banqué litros de guasca con la lengua, con la lengua soberana, nada menos (descarto) lo que pasó por la chacón, y de la cuenta borro el ojete), a

un cobarde de neceser le he mamado la verga?». El ex Galewski hufa, se refugiaba en el water, y allí, empequeñecido y alelado, casi como un alef, se examinaba su pija sin conciencia. Pero mi madre, Baudelaire, no fue quien precisamente se inclinó tres veces hacia el vacío, reverente en Bruselas: las conferencias malditas, mi paranoia que aceleró el fin. Mi lengua de estropajo después de la Comuna. Ya nada que decir. Después del 24 de marzo de 1976, ocurrió. Ocurrió, como en *El fiord*. Ocurrió. Pero ya había ocurrido en pleno fiord. El 24 de marzo de 1976, yo, que era loco, homosexual, marxista, drogadicto y alcohólico, me volví loco, homosexual, marxista, drogadicto y alcohólico. Dedé insiste y se abalanza una vez más, henchido de esperanzas, sobre la —henchida— bragueta del maestro, quiere que le rompa el culo ya mismo, nada de «Dedé, ¡pero Dedé!, espera un momento», nada de excusas: cuando el esfínter se dilata, naturalmente, como una lupa es de voraz, y así como Freud se vio obligado casi a rendir el inconsciente a la ciencia, Lacan, en consecuencia, debió sacrificarlo *todo* al discurso. Pero a Freud lo salvó la pulsión de muerte, el «ya no puedo pensar de otra manera».

Y en este trabajo pertinaz
donde vemos a un idiota rozagante
la niña, la señora Dora Imaz
empuja: que vayamos anhelantes

No, no es el revés de la conciencia. ¿Pero será posible que debamos repetirlo? Parece que sí: una mujer no es el revés de la conciencia. ¡Belleza de cuerpo! Y por otra parte ya lo sé: que haga trampas. Ahora debo pichulear y decir sandeces, para poder perdonar a alguien de mi torpe quebranto. He visto tetas predispuestas a la joda, con y sin corpiño —como— los cigarrillos con filtro. Y digo, digo boludeces, en mi inmundicia biopsia, pero —aunque tal vez sólo se trate de un tal vez— darle un padre a mi hija me costó la pérdida tal vez del cuerpo de mujer más bello que he conocido, la pérdida: el cuerpo de *mi* mujer. Redondear un vientre no es fácil y, el del ventrilocuo no es mi arte. La traba real no tiene parte. La traba real no tiene parte. —*la locura tam-*

poco, mi joven amigo, ni justifica el someterse (el comprometer el soma) al manoseo del final. Que... (no: menos todavía, menos aún), aguantadero y pura misericordia. *Sebreg...*

Es hora de dormir.
Cada noche me digo este poema
(que empieza)
—si empieza—
así, con este verso:
Es hora de dormir.
Es hora de escribir
con sumo esfuerzo:
¿estoy escribiendo
o estoy despierto?
Contaría todas las letras
y me arrepentiría de antemano.
Despedite del ex Galewski
y despedite del relato:
otra vez caíste.
Despedite con sorna de tu hazaña.
Hasta mañana.
Tampoco la locura hace pactos.

Al empezar este libro (*Sebregondi se excede*) estaba completamente equivocado; ahora lo comprendo; y aun cuando para el «retrocede» ya es tarde, debo, igual, reconocerlo: por miedo —nada que ver aquí la llamada honestidad intelectual—; estoy asustado del tamaño del error y del hecho de haber construido el borrador, ahora inmodificable, de este sistema de bloqueo espasmódico de todas las posibles salidas retóricas; me estoy degradando: ensayo; no es agradable ver cómo el cuerpo se desliza entre los dedos; y me digo: —Bien, bien. Esto está bien. Voy por buen camino y haciendo un cigarrillo.

Simpatía y miseria.

La recta tristeza.

En fin, lo cierto es que, evidentemente, al empezar con bríos de santidad renovada, este libro (*Sebregondi se excede*), al comenzar con una salud atenta a nuevas misas, esta-

ba, ahora lo comprendo, completamente equivocado; y aun cuando para el «retrocede» ya es tarde, debo, igual reconocerlo, luz en los prados, no en las tinieblas; reconocerlo: por miedo —nada que ver aquí la llamada honestidad intelectual—; asustado estoy del tamaño del error y del hecho de haber construido los cimientos de este sistema de bloqueo espasmódico de todas las posibles salidas retóricas. Lo cierto es que me estoy degradando: ensayo; y no es agradable (ver cómo un cuerpo se desliza entre los dedos); y me digo: —Bien, bien, esto está bien. Voy por buen camino. Enciendo un cigarrillo.

Simpatía y miseria.

La recta tristeza.

... Convertido en objeto de suma hediondez...

La literatura se emperrea.

Oh, las mujeres...

A cielo abierto había (había...)

mañanales, estrellas matutinas

soles de tibio efecto y,

sin embargo, signadas de cariño;

pero también había (...había)

como asomándose

(y esto sería cierto masculino-equívoco)

como negros por cualquier agujero

intersticio, mejor dicho,

gránulos de anfetá y seductores

banderines de opiáceos.

Aquí en la tierra baja, allá en el alto

cielo abierto, mi cuerpo vale poco,

es tasajo, es fibroso y se empolva

—cartón pintado—

y por último se seca.

No son mi culpa las apariciones

que a mi estrella buena perturban.

Pero recuérdelo, la droga está en mis besos

(¡vaya, he «nombrado al objeto»!)

y recuérdelo

quien me pida un beso.

Yo se lo daré, sea hombre o mujer —
pero recuérdelo

recuérdelo

un alma irá en la carne tierna de ese beso.

Carne tierna de bebé, y recuérdelo:

los bebés nacen de los besos.

Y nada más.

Sólo era eso.

A Galewski lo mataron de la manera policíaca más estúpida que se pueda imaginar (pero no era ninguna estúpida, Dora Imaz). Galewski se asomó a las ventanas bajas —serían las 14,30— ostensiblemente desarmado, pero el gesto, el gesto fisgón de animal perseguido; y Galewski, en efecto, era un cebú colorado. El oficial Perette, uno de los seis Robos y Hurtos que tenían rodeado el chalet de Olivos, al ver al ex le disparó (pues no había duda: se trataba del Galewski actual, además) una ráfaga, una sola, y el delincuente de tantos años exhaló la vida sobre el rojo pedregullo de la senda izquierda. Sergio pudo responder al fuego con la Dalfia-Oken, y lo intentó. Para él era importante Dora Imaz, por cuestiones de amistad que incluyan ciertos nudos casi fraternos (y hasta un beso apasionado cuando todavía Galewski, el ex, no formaba parte de la banda). Sin exagerar la nota, en fin, ni alargar demasiado la duración de la anécdota —una de las tantas petit inter-novelas que salpican este libro—, digamos que para Sergio Isoldi era importante no defraudar a Dora Imaz. Es preciso estar tranquilo y en calma: simpatía y miseria, la recta tristeza; casi: la beatitud casi, Sergio Isoldi (a) El Puma, disparó su metralleta desde la misma ventana por la cual se había derrumbado el cadáver febril de Galewski, cuya doble condición de ex y actual desaparecía ahora con la muerte: en el Galewski a secas lo sepultaba, brutalmente. Los disparos de Sergio, un joven muy meticuloso en todo lo que se relacionara con el cuidado de las armas y el culto a la amistad, terminaron para siempre con la vida —un colador— del oficial Perette, a quien sus propios compañeros habían mandado al frente para ellos intentar el asalto por una ventana lateral. Así lo hicieron: *Infierno*

de balas, horas más tarde «Crónica» tituló, y la muerte de Sergio tuvo, si se quiere, un no sé qué, un algo, de sucio, de repelente o mendaz. Lo taladraron por la espalda, los cinco al mismo tiempo, sin «alto», sin brindarle una sola oportunidad de rendición. Tal vez...

La que estaba en lo alto, en el piso alto, era Doña Imaz. Estaba con su linda bata, ceñida, y sus chinelas seductoras: de tacos, también altos. No lloraba, porque las mujeres no lloran en estos casos, o esto, por lo menos, es lo que reza en la tradición del género. Eso sí, se sentía muy triste y muy abandonada: ahora iban a insultarla. Igual, frente al espejo, se pasó el cepillo sobre las bandas rubias de su pelo; igual, puso la cómoda contra la puerta, revisó primero la automática Browning 9 mm., y luego el revólver Uziaki, calibre 38, menos complicado (odiaba, contra la opinión de Galewski a secas, las automáticas; al Galewski mucho, una barbaridad, lo amaba, sin poder (...había) todavía decir que lo (había...) amado). Preparó con delicadeza las armas, las empuñó antes de guarecerse en su vestidor de puertas metálicas. Las armas listas para disparar, ambos gatillos montados, el aroma que se desprendía de sus vestidos le agradó: fue una agradable sorpresa porque nunca le había prestado atención, aspirado su propio aroma, el de su cuerpo que los vestidos, ahora oportunamente cálidos y arrulladores —¿podía acaso pedir un momento mejor?— le devolvían de una sola oleada, pero digna de ser conservada, en su corazón, toda la vida. Pensó también en «las mujeres», otra sorpresa: comprendió que era la primera vez que lo hacía (y tenía 34 años), que nunca «las mujeres», así en general, le habían merecido ni una brizna de meditación. Había pensado, claro, en Lena, su madre, y en su hermana Mecha, que ahora era etnóloga y estudiaba todo el día a los indios, en tanto que ella, Dora, se había pasado casi sin transición de un grupo terrorista al malón, sin máscaras, de la delincuencia común. Ahora, y no era un mal momento, tenía (sonreía en su vestidor) un hermoso juguete nuevo, tierno como un bebé pero preciso como un robot si ella, con la inquebrantable voluntad que la caracterizaba, se imponía ese mandato: un juguete hermoso y delicado, pensar en «las mujeres»

así en general. Entonces sí lloró, pero como en éxtasis, como en el cristalino «Cref perder el juicio» último verso de un poema de Emily Dickinson:

—¡Cref perder el juicio! —decía la emoción profunda de Dora Imaz, que desconocía el poema de su hermana yanki.

Dispararon varias ráfagas, sin parar, contra la puerta de la habitación trancada por la cómoda. Ella vació el cargador de la automática. Reinó el silencio (pero hubo cuchicheos de los polis) durante algunos minutos. Dora miró su reloj pulsera: eran las 3 y 20. Sería horrible, sabía por lo que tendría que pasar, pero se entregaría, igual. Ahora no quería morir. Se le ocurrió preguntarse, casi alegremente, insinuando casi una sonrisa en la semioscura soledad del vestidor —preguntarse si alguna vez su amado Galewski y su tan querido Isoldi habrían pensado en «los hombres» así en general, y si no era, quizás, el no haberlo hecho, lo que les llevó a la muerte de una manera tan perfecta como vacía, deshabitada.

Los de Robos y Hurtos empezaron a impacientarse:

—Che, puta —Dora reconoció la voz del inspector Azemo— che, puta perdida, escucha: si te entregás ahora te libramos de la máquina y te juro que te garchamos nosotros cinco solamente, o en una de esas nos conformamos con una mamada de pija. Si te tenemos que ir a buscar, todo el Depto te va a pasar por encima.

—¡Cref perder el juicio! —fue la cantarina respuesta de Dora Imaz.¹

Quisiera..., quisiera retomar la brasa con el dedo meñique.

Creo que ya he puesto todos los tropezones de lecturas necesarios, creo que ya es suficiente (pero nunca es suficiente). (Tan cortés, tan poco valiente.)

1. ¿Qué hacer, cuando uno sabe qué quiere decir?

Apéndice

Cupy Dossier

Inti/Mi/dades melan alcohólico
 ojo de glande
 infecundo triste semen
 como climatario o campo
 santo

Todavía la penetraba
en el
oh veterañ'hotel
oh Samenta:
 me lo ordenaba
el espino carnívoro de una cruz llagada
 me lo ordenaban
aquellos (degenerados días)
o toda una vida
cuando todavía
en Amor creía
en mi gusana baba y me alababa
babeándole la lengua con misa maba
 te-juro / como-a-nadie / con te
 amo
 —Ahora

estoy aquí por el vino:
yo me he ido
heme refugiado a ser sino
(no voy a matarla porque llora
cuando le arranco su salario tan sufrido)
ah a hacer sino
 en la
botella más indelicada

*En este momento le entro
adentro*

un puro trámite en su cuerpo de casi jubilada
dejo que por el ojo de mi glande
el semen en su vulva se derrame
y ella dice que siente que se ex-pande
 : nunca más en la boca
 a esta pobre loca—
me asquea cuando luego se relame.

RELATOS

MATINALES

(aguas del alba)

Enredado al dormirse en los pliegues del chiripá, hoy ropá de antaño, amaneció atravesado por su cuchillo, amaneció muriéndose como el que al despertarse mira el cielo, toca su sangre, muere. Una manera de morir; tal vez el horizonte se le volvió pálido. El caballo, suyo y cerca, se le volvió pálido. Lejano, como el blanco más doctrinario. Con los dedos casi en estertor tocó la punta del cuchillo, que le sobresalía del cuerpo, hasta insensible herirse las yemas. («Flor, astillas de un palo mismo.») La sangre corría en pequeños charcos, pero él se regodeaba en el calorcito de su herida mayor, en el tajo —como se dice— de su muerte. El espíritu vaga en estas contraseñas. El espíritu habla. Cualquiera el primer inmortal. Habían (un lodazal) sus intestinos abiertos; habían y miró la sangre de sus dedos (ref-do porque esa sangre era tan floja como un horizonte lejano) pálido: cuando el horizonte suyo estaba ahí, volcándose de su cuerpo pero en un absoluto fuera de aquí (ya que hogareños) sin posible vista ni te quiero ver. Hoy /nada de dobles/ claró torrente del despertar. El espíritu en estas contraseñas: Soñar —dice— es lo inaudible de toda alegría. Al alcance de cualquier confusión feliz, en cambio, está el sonar: o la música solamente encantatoria, el ukelele del tonto: la música, en un ritmo de proseguir, cuando la muerte ya dijo fin.

Al hacerse el alba más alba, sorbiendo los primeros mates, ésos que saben cómo tratados, la mujer y la hija se hicieron cargo del caballo:

—Venga, pingo.

La mujer miró el cadáver sin hacerse cargo. Esparció aire con los dedos sobre el cuerpo al son de un murmurar breve y como de pedido, encargo:

—Por aquí anduvo el sexo nocturno. Algún sueño, de seguro.

—Y el padre se madrugó solo —asintió la niña, con los ojos abismados.

Las dos, ayudándose a tirar la puñalada, despenaron al caballo junto al señor de la pampa.

—No has de beber sangre de animal.

—No, madre —se corroboraron.

El chico del rancho tomaba la leche (de la mañana) sobre una mesa de tabla. Entraron la hija y la madre. Venían un poco salpicadas de la faena con el caballo. El chico había quedado medio cojo desde aquel día en que le enseñaron a domar con entusiasmo, desde temprano ser un gaucho. Arrastraba la patita con una infinita paciencia de destino: malacara.

—Ha muerto el padre —le susurraron.

En cada ser anida la ampolla de los afectos, frágil. La ampolla verde, la ampolla de la tarde. Pero era de mañana, ocasión para esas aguas matinales. Oculto tras el pañuelo el chico salió al campo. Vagó por la inmensidad inútil de esa tierra, que tanto nos encanta. No quiso mirar el cadáver. Arrancó derecho para el ombú más cercano, arrastrando la pierna santa. Vestía también la moda de antaño: bombachas y alpargatas floreadas, gorra de vasco, como corresponde a todo gaucho.

Los mocos ya lo estaban como blindando. Pegó un sorbido así de grande y tuvo miedo. Que en el cerebro se le formara un coágulo; O que el vientre se le abdominara, en exceso, por tragarse semejante palangana. El diablo, que estaba en la copa del ombú, como esperándolo, le dijo (es el espíritu el que habla):

—¡Qué porquería de niño!

—¡Qué repugnantel

—¡Guacho, para colmo!

El diablo se rio antes de desaparecer, con ese rasguído típico que destempla las guitarras. El chico, entigreci-

do, empezó a patear el tronco del árbol (con la pierna sana), y al mismo tiempo —a sus adentros— se murmuraba: «Ah, no. Yo agarro ahora y me vuelvo loco.»

—¡Hijo! —(Es el espíritu el que habla).

—¡Hijo! ¡Sácame de encima estos restos de caballo: aun bajo la tierra me ahoga la sangre del zaino!

¿Pero cómo volverse loco? Decirlo era una cosa, y otra. ¡Hacerlo! —a qué tanto dudar— rápido. Probó clavándose un dedo en la oreja. No sintió nada. O dolor, pero no hálito loco. (Voy a esperar un poco, medité, quizás son largueros los efectos, como cuando de la mañana a la tarde me volví rengo.) Loco.

Cuando ya empezaba a delirar, como ya se empuñaba y se escalaba a sí mismo como el palo enjabonado de la modestia pueblerina, vino otro señor de la llanura, montando en pelo una yegua blanca. Era peligroso el hombre, sobre todo y cuanto más para los niños: ya se lo habían advertido. Además: ya se le veían los signos. Ya le saltaba la baba de los labios.

—Vení, vení conmigo a la laguna y te muestro el poni australiano.

—No y no y no.

—¡Qué lindo cojo!

En la laguna habría una maravilla de caballo. Picado:

—¿Cómo es un poni australiano? ¿Tiene la crin llena de moñitos, como ésos del circo?

En la laguna, en las aguas del alba.

Cuando la locura habla —ténganlo como una fija— la pampa se repuebla con la innumerable risa de los mecos. De los ranchos salen, con sus ukeleles huecos, fundidos a la rima, atravesados por los ecos. Éste es el son: ellos son. Lo que el viento impele.

En el triste manicomio de —un nombre: *Lontananza*— el niño está, medieval, aferrado a una argolla por cadena, bufa que te bufa.

Es el alba. Es el delirio abarrotado por las rejas. Una celda de barro, adobe, paja. Los círculos se hacen de «avizorar», palabra. Lo que chirría en los oídos es el torniquete de los labios. Lo que saborea el paladar es un interminable gollete de imágenes. Chupar hasta hartarse.

que nunca harta. Éste es el pezón de la baraja: los que fueron sus ojos hoy son ratas. Hartas de la carne y de la sangre del zaino, la emprendieron ya con el señor de la pampa: un regodeo pleno con la linfa y con sus barbas, hasta sus botas de caña. Tiempo al tiempo: Un poni australiano / con la crin encintada / bufa, impele, escribe, lee, habla, mata.

—¡Hijo! ¡Sácame de encima estos restos de caballo: aun bajo tierra me ahoga la sangre del zaino!

—¿Aldaba? ¡Ah, para mí que sea de plata! O de oro blanco. ¡O mejor de caballo!

—Crin —dijo el grillo— crin crin.

Música porque sí, música vana.

Siempre es el espíritu el que habla:

Soré / Resoré, de la llanura clancas divinidades. La madre y la hija, la dulce entraña. El padre, la irreconocible piltrafa. En este tapete, que no es precisamente verde, se le escribe al que lee. Frase por frase.

Siempre es el espíritu el que habla:

De la humedad o rocío de la mañana, como a flor de agua, ascendió la efigie que el clam reclama / la pierna del cojo (y bien) extirpada. Yace en una vasija con mirilla de plata y pesa menos que un gusano, arrancado de un golpe con una pinza de depilar —figura— el ceño de la máscara. El padre lo adoraba.

Siempre es el espíritu el que habla:

Enredado al dormirme en los pliegues del chiripá, hoy prenda de antaño, amanecí atravesado por mi cuchillo, amanecí muriéndome como el que al despertarse mira el cielo, toca su sangre. Una manera de morir, tal vez, pegado a lo interminable.

1974

NEIBIS

(maneras de fumar en el salón literario)

I CARÁTULA I

Si se puede pensar en un lago nada ecuestre, alejado y aparte, distante por igual de las huellas humanas y del llanto de los caballos, pesadas lágrimas de verde gramilla. Esos valores dobles que rompen la superficie sin llegar nunca a suave ondular; la gracia fresca de la ola, su retirarse a tiempo, su risa de adiós y despedida: —Recién —se acostumbra a decir ahora— estamos en el comienzo. Es mentira. Es una burda mentira, entonces. Al lago hay que pensarlo como efecto arquitectónico, de reproducción, en el interior mismo del palacio: *Familia Hauser*, despavorida por el manierismo; experiencia en un hospital de Filadelfia: manoseo de un objeto tan banal como el cráneo de Charles Bovary, y la creencia posterior de haber pintado un cuadro o «sostenido» una charla. No se entiende. Sin embargo, y lente, el lago fotografía a perpetuidad una sola magnolia, una sola cabeza que se inclina de antemano derrotada por el sueño. Y aquí ya estamos en condiciones de terminar *la la* con cualquier historia de flores y sus corolarios: por ejemplo, las caminatas por la pradera para preguntarse luego qué dijeron —¿qué me dijeron?— las flores de la pradera. El polen que me ahoga es suficiente. En este punto, y para siempre, otorgarles la palabra a los muy queridos Malher y Lord Byron. Y pasar, como se pasa, a lo propio del discurso implicado en su anagrama. En el Salón Literario, corolarios sin corolas, o proposición segunda: el mundo se evapora hacia la permanente no condensación de la Literatura. Aire ni cálido ni frío y desdenes de un cristal que rechaza. Pero no en-

tiendas que tu cara es la no bienvenida. No: oN. Ella siempre podrá besarse aquí, es esta última Tule de asélicos reflejos. Ella está prevista (ad-mirada) en la cóncava labor de manos, si se deja beber entera como un sorbo de té. Blanco, en el Salón Literario; negro, en el oscuro fondo de las almas humanas, que sólo saben desear la muerte. El té negro que Ulises, el prudente, supo rechazar a tiempo con labios de cera: yo no soy Ulises y mi vida entonces resulta bastante descantada lejos del mar y de las palabras marinas, una lengua de infinitos cuadros y cien veces materna. Cuando la lengua era pintada y visual, cuando la Pintura era, «sostenía», una cuestión de estado, el esmalte perpetuo de la alegría volvía innecesario el roer de las uñas. Los ojos como navíos, navegantes, navegantes. Una mano apoyada en el corazón. Pero yo no soy el gasto, tan poco, de esta representación. Bastaría con el Teatro de Papel del gobernador von Lembke, si alguien supiera *verlo* sin alucinación de vida como pedía Macedonio, y sin —por favor, pido yo— alucinación de estructura, el más naïve de los flanes últimos. Entre el pene y las matemáticas no hay nada, escribía Louis-Ferdinand Celine. En ese vacío apoyar los labios sedientos, beber allí. O el té, pronominal e hiperrealista, en alguno de los recovecos del Salón Literario. Forros tácticos del atardecer. Crepúsculo, no: demasiado fuerte. Cuando no hay nada que hacer aquí, lo que rigurosamente no se hace es Literatura. Pero aquí se dramatiza el personaje. Soy yo, por ejemplo, quien acaricia con mano previamente húmeda la cabellera de la antorcha para impedir que la ceniza sea mi obra póstuma; así como otro, que en este momento entra meneando sus talones sobre la alfombra, se otorga la fama de haberle crujido (con un ladrido, perro) el ruiseñor a Keats, mago melancólico y tuberculoso de montaña. El ruiseñor, que es un pájaro agusanado cuando brota del interior del propio cuerpo. El tropo puercó. Somos nosotros los que ayudamos a Enoch Soames a reencender su cigarrillo, el mismo que había dejado caer en el vaso de ajeno —copa, demasiado fuerte— ante la visión del Malo (levemente opiáceos: así querían los cigarrillos los personajes de Wilde, no todos, por supuesto). Éste, sí, es el tiempo Enoch Soames: el alma por

la lectura, por ser el espía de la propia marea en el problemático trago ajeno. El alma, amigo del Campo, un fausto que corra parejas con el viento montado en caballitos casi de madera. Celeste laguna donde nos ahogamos los criollos, goce y tormento de la parodia: aunque es una locura haberlo dicho: torpes, desnudos miembros del alba. Empero, ya no hay poesía que me espante, dijo el marqués de Sebergondi. Y la verdad es ésa, única. Sombría y deslumbrante como las palabras que sin esperanza de hallarlas fueron encontradas —halladas— en una prosa rasante de Guido Spano. Pero voy a confesarlo: en este descenso a las tumbas, museo literario y salón de la eterna, mi cabellera se agrisa y tiembla, mi cara se vuelve un jazmín marchito y yerto sobre un patio de baldosas: negras, blancas. Sí: IS. Hoy voy a sollozarle al occidente. Por un sentimiento personal de desolación, por la grandísima cucaracha blanca que me observa desde el alféizar, tal vez la mejor de mis coartadas.

2

SESIÓN DE HOMENAJE A LA DUDA FINAL
DE OLIVERIO GIRONDO EN BENEFICIO
DE ALGUNAS CERTEZAS DIFÍCILES DE UBICAR,
POR OTRA PARTE

Una cita de Lord Byron, extraída de su correspondencia

Aunque estas colinas son hermosas, en mis largos y pacientes andarés ya no miro las flores, no. Ya no les interrogo, ya no les pregunto nada cuando camino por la pradera. Ya me conformo, hermana, con lo que fui y con lo que soy. Antiprímula.

Un miembro informa sobre sí mismo

Lo que me asusta de mi alma es que no la tengo. Ahora pasé de los cólicos y las diarreas (¡en pleno invierno!) a las malvecinas congestiones de la nariz y del aparato general, respiratorio. Algo se hieló y yugula allí adentro. Si há-

blo, sí. Una red de nieve, témpano. Cada palabra congela a alguna de las notas de la sangre. La pulsación armónica, musical, queda impedida, Clavel de la tormenta, escribo el brote raquíscico de abolir el placer de todos. Queda el mfo, hielo y barro. Hielo (que evoca) amarillo. Mi fuerte es perderme en un mundo de murallas, mi (pero siempre sin nota musical) cabeza rota es mi alcázar.

Una cita de Guido Spano, sonsacada de una carta
...ante los ojos un escrito deslumbrante y sombrío...sus tantas aberturas lo convierten en plaza imbatible...

Un pastor
Había una vez un mar
Dulce, se saló de entrada
¿Sabe que es linda la tar
De, que no susurra nada?

3 LAS VÉRTEBRAS BLANDAS

Esta frase es de otro, pero no mfa. Esta vida es de otro, pero no mfa. Basta de rima, pero esto es la rima: lo que no basta. Estoy en vilo. He olvidado ese empolle del estilo. Era algo así como un huevo violáceo, vibrato. Estoy en el trampolín, no salto. Estoy en la trampa —touchée— palabra de esgrima: «Pero no hay lágrimas tan feas como las tuyas, esas lolas, lolas y rubí, que con el alcohol bebfas», ¡pero esta prosa! «tampoco es mfa». No sé. Touchée, touchée.

Ladrón sin embargo, ojitos de avellana, casi santos. En la llanura, ayuna de pájaros, hay una de pájaros. Pampa, que no es para tanto. Podrán venir hasta (hasta los ángeles a compartir la dentellada), que yo nunca me haré cargo. Al Gallo juego, sin embargo. Repito y repito: yo soy un miembro. Don Laguna, el último gorgorito. ¡El poní australiano!

Estaba leyendo crítica y (¿y?) se me ocurrió una especie de camaleón de texto. Algo así como un Goethe de esta Gue¹, una kermesse de apariciones a lo segunda parte de Fausto. ¡Qué romántico!

La mar, la cara de la madre que envejece, que se evapora, un beso y adiós, es tu hijo el que te habla: Madre del Alma, aparición de circunstancias. Pero mi lupa ya no enmascara a nadie: Lupa: Yo he escrito mucho, no obstante, y eso me preocupa. ¿Seré leído? Temblando, temblando, ver el hielo, el dorso del que se ha ido. ¡Enoch Soames, Enoch Soames! Ya no hay manera de que tú escames. El loco de las voces, el loco de las rimas. Yo vi Le Mamarach: en Cuadras Colgadas, en Poses. Merino (carnero) y sus primas.

A) Hasta la próxima. Punto. Música para mirar. II) Music to look —SEA— y el mar.

III) Es el Malo, el Antiespíritu, el que hiede trabajosas naderías, inversiones pueriles y consonantes de palo. IV) Oh madre oh madre oh madre: la *Adremia* es una máquina de imprimir, te informo, porque sé que tú eres lozanamente

1. rra clarividente e inútil, un verdadero desperdicio de fuerzas. La grandísima cucharacha blanca, opción mayor de esa novelita breve, y quizás excesivamente prosódica, ha terminado por obrar su mancha desmedida. Hay que cederle espacio. Avanza con la boca abierta y narra —cuidado— una anécdota de sus andanzas en primera persona: —«Hace ya de esto algunos años, me acerqué tranquila al cadáver de Gironde. Tranquila, sí, pero con un «vago» presentimiento, que en seguida confirmé hasta la náusea. Tranquila, pero temblando, intuía que el sabor de ese cadáver no sería disímil al del famoso inglés, Enoch Soames. No me equivoqué, oh bóveda celeste. Todavía conservo en mis afelpadas mandíbulas el gusto de esa piel reseca por las arenas más sórdidas, letra por letra. Yo arrancaba tiras de la cara muerta de Gironde, incluso trituraba los fragmentos de ano y de la bolsa testicular... y sentía el pavor y las ganas de vomitarlos rápido, y lo hubiera hecho si no me cupiera la virtud de saber que cada uno debe hollar su propia huella. En este momento también me cabe, y por lo tanto es necesario proseguir en el relato: cuando terminé de ingerir el cadáver empecé a supurar, por mi pequeño ano de cáolin, *todo de nuevo*: entero, el cadáver volvió a salir, partiéndome como en un parto, por el orificio de mi delicado orificio. Y otra vez tuve que ponerme a devorar el cuerpo muerto. Otra vez salió entero por mi parte, y una vez y otra vez se repitieron los sucesos. Eterna, aquí estoy frente al lago que me refleja y fotografía, y esto es lo que veo: Me veo devorar a pedazos el cadáver y me veo al mismo tiempo desovar lo entero».

bruta y antigua; tú sí que no cres (de aquí) miembra. V) Madre del Alma, tú recoges lo que siembras. En la pradera de corolas y con un delantal de lino. Blanco, sobre la acampanada falda. VI) Y tu cara que envejece, como una paloma pampa.

Y el omitido capítulo séptimo (otro miembro)

Yo soy el que se rebela contra todas las flores y contra todos los nombres de las flores, yo soy el que introdujo en este Salón el sello que lo signa, el sello Antiprímula, yo soy el que soporta pumas y golondrinas en el flaco bolsillo donde guardo este papel, como quien no espera.

Espera, y casi más que espera, aguarda.

Pero ustedes estuvieron mal, reconózanlo. Ustedes, a fuer de seres, tendrían que haber vuelto la cara, disimular, ya que mi conciencia es roma: una pobre loba² envejecida, con tetas como odres de terror. Y vacíos. El terror.

Siempre está vacío. Como el amor.

Yo soy el que se rebela contra todas las flores y contra todos a mí también y yo también, la muerte es mi dictáfono. Pero dejadme vivir, oh violetas salvajes de la pradera, porque después de todo la rima es una manera de morir como cualquier otra, otra y al revés: arto.

¿O es que no lo veis, turbulentas margaritas de las colinas? Algún día mi cadáver, *harto* de aromas, se irá a reunir bajo la tierra junto a Byron, lejos del polen, lejos del oprobio de capullos y guirnaldas.

2. Curiosidad que tal vez no valga la pena consignar; pero, en literatura, nunca se sabe. Mullidos sillones de lobo, artesanaos con un método sorprendente, encontraron las tropas rusas que se alojaron en castillos de Alemania del sur al finalizar la segunda guerra. Sillones de lobos embalsamados, cuerpos guirnaldas como en las exposiciones de Sade. Los dientes de una bestia, por ejemplo (y blancos hasta enceneguer), se clavaban en el cuerpo de la otra, la inmediata. Así, en sucesión, los cuerpos animales formaban el respaldo y el asiento, unidos nada más que por las mutuas dentelladas. También encontraron una tierna butaca, hecha seguramente para un pequeño príncipe o para la querida del señor; una loba blanca, amamantando a sus siete lobeznos, albos como su madre. Nietzsche, en una carta cuyo tema son las «Consideraciones Intempestivas», alude seguramente a esta costumbre cuando dice: «El alemán tiene la candidez de sentarse sobre fieras, creyendo que ellas van a ir a comer de su mano».

Lejos de todo. Antiprímula. El inotorgable pétalo. El deshojado salmo que en su cantar dice: —Que nadie me toque, que nadie se acerque.

Pero ustedes estuvieron mal, reconózanlo, no tenían que estar.

Los ojos hechos miel en los riñones,

Dedicado a Tzin-Tessina Ludwig, el diente negro de Baviera.

Dedicado a los bosques apáticos, ahítos de hormigas, devoradoras de rosas.

Dedicado a la antorcha mojada del wagnerianismo, muerto.

4

CARÁTULA II

Tachada la dedicatoria impertinente, todo vuelve a empezar. Tachadura que se produce por ella, no por mí (carátula). ¿Pero quién es ella sino el arco (iris, tonto) que se dispara en cada uno de los merismas del *mi*? Merismas, sí, sin nota musical: sabemos tanto como el saber, sabemos entonces que el saber —tarde— declina, como un ídolo. Y a veces el sensible² el inventivo lago de Morel, se cansa de registrar tanto discurso sin nivel, sin jerarquía. El nivel y el ojo de su agua tienen —suelen tener— el delicado frunce, el fino pliegue de la exigencia. Es preferible repetir. *El mundo se evapora hacia la permanente no condensación de la literatura*. En eso estamos. Y hasta un poco excesivos, por lo que parece. Si bien, neibis, en arte es preciso insistir. Insistir, primero hasta el rojo. Y proseguir luego, hasta el blanco, hasta el blanco

arte,
nunca habrá demasiado. En efecto, los lectores que buscan la *sensación* estética tienen razón.

Es la ley: el estafado siempre tiene razón. Sin embargo, sin embargo. También el estafador, bajo la mesa, se *rosa* un pie con el otro: también él está erecto, y sin espinas. Magia contra la ceniza: acariciar la húmeda cabellera de la antorcha. Hum, no está mal. Pero, lo que es yo: —Pst. No, no tengo razón. En favor del robo, lego mi cuerpo a los profanos. Ahora el blanco.

Plata. Dulce río que te confundes con el mar, en tonques la lengua de los bardos: un montón de plata y hay una cara, un millón de arrugas. La madre blanca, espúrea: para mí fue el cielo. Escandido por una golondrina.

5

pausa para fumar: No son métodos ni clases de tabaco lo que aquí faltan. Pero se presenta un moribundo, Hans Castorp, con el problema de que su María-Mancini, un habano de fabricación alemana, no tira. Está bien: el aire de la alta montaña. Está bien: la guerra, que se aproxima —también llega. Aquí tenemos los cigarrillos que les gustaban a los personajes de Wilde, ligeramente opiáceos. Los búlgaros, que todavía se consiguen de contrabando, ligeramente opiáceos. Unos negros perfumados (gesto de repugnancia de los fumadores uruguayos, argentinos y franceses), delicia, sin embargo, de los habitantes de Marruecos. Homosexuales activos en su mayoría, aunque no todos, por supuesto. También abundan los pasivos. Las mujeres fabrican cigarrillos. Negros y muy perfumados. Aquí tenemos unos cigarrillos oblongos, de papel dorado, que se fuman —con paciencia— por un orificio central. Aquí tenemos, también, el apagado cigarrillo hospitalario de Kensby, Looman y Zigayl, ese que circula de mano en mano. Circula y nada más.

¿Pero por qué esto tiene que seguir? Carátula no lo comprende. Comprender, tanto humo aspira y expira, exhala su hálito y escala —brevemente— el cielo. Escandido por una golondrina. El puma ve ese vuelo, abajo, en la pra-

dera, y se duerme entre las flores. El pobre Byron, delicado e incestuoso. Antiprímula. Aparte.

Nunca habrá demasiado.

Comprender, este campo de ginebra arado como si fuera un espejo, arado: solamente para omitir la *t*. Tiene, el lector, y razona: hace uso. En este momento, tal vez le convenga volver la vista: las garras del oro³ asaltan al ri-

3. Desde el interior del palacio, montado sobre un trípode de lobos, el lente del lago tiene el poder de registrar los sucesos de la pradera. Ahora filma la siguiente secuencia. Obsinado en su papel de antiprímula, frunciéndole la nariz al millón de flores que alfombran sus pasos, Lord Byron se pasea por la pradera. Quizás acaba de redactar la carta más arriba citada. Quizás cree conveniente soldarse en su actitud, ahora que un lacayo corre a llevar la carta a su destinataria, a —en fin— su hermana (¡monstruo!). Pero la pradera tiene un linde: tal vez el Zúr Linde de Borges. Tiene un linde: el linde del Bosque. Y en el bosque está el oso, a quien le bastó ver el gesto seguro y pedante del poeta, para que el deseo empezara a batirse de puro gusto en el interior de sus senos, frontales. Buen romántico, despreciando el aura campestre, Byron se internó en el bosque, sombrío y deslumbrante como un escrito de Guido Spano. El oso salió de atrás de un árbol y lo agarró de los pelos. Eso primero. Después lo acogió bajo su maloliente sobaco (el fruncir antiprímula al fin fue válido) y corrió con el pequeño títere de cuerpo de byron hasta el corazón del claro. El oso estaba excitado. Ahorramos las vejaciones más obvias. De todos modos hubo un final tremendo. Con sus enormes plantigradas, el oso daba saltos «terribles» sobre el cuerpo exánime de su víctima, vestida en esa ocasión con una levita floreada. El cuerpo desapareció por completo bajo la tierra. Eso era lo que quería el oso, que babeándose de risa se dispuso a partir en busca de un panal, dulce, en lo posible, como la miel. Pero. La emulsión del lago ya emitía sus imágenes de proyección al exterior, al mismo tiempo que proseguía con su labor de registro fílmico. A los pocos pasos, al oso se le secó la risa: vio un doble de Byron. Embistió contra él con el único resultado de chocar contra el tronco de un árbol. Hueco y vacío sonó su cráneo, como el gorro olvidado de Charles Bovary, el primer día de clase. *Cambio al presente:* eterna, la operación se repite y se repite. Pueril como un cuento de niños, en su destrucción el oso insiste⁴.

4. Se discute tanto, en la actualidad, la emulsión paterna o materna de la obra artística, que quizás convenga decir algo, como manera de preservar un poco de silencio. Dados los tiempos de decadencia, no es sorprendente que nos entretengamos con estas problemáticas de patanes. La estolidez anunciada todavía será mayor: intervengamos, entonces, y que los lectores cultos nos perdonen. Desde este lugar, lo seguro es que existe una «matriz» de la obra; pero se trata, siempre, de una «matriz» «rota» (para siempre). Mallarmé lo señala correctamente cuando escribe. *La destrucción fue mi Beatrice.*

ñón. Meloso, para decirlo todo. *Homenaje a la duda final de Oliverio Gironde*. Al borde de su muerte Gironde hizo una fiesta, para (golondrina) despedirse de sus amigos. Tendió la mano a cada uno de nosotros. Tendió la pregunta y, como desdoblado de su nombre, giró el rostro: hacia nosotros, hacia los rostros. El problema y la interrogación. La «empresa», la «empresa». Occidental de la significación, *pero*. Lo que es yo: —Pst. ¿qué había prometido? Un sollozo.

*Santos Vega el payador
Aquel de la larga fama
Murió cantando su amor
Como pájaro en la rama*

*Cuando la tarde se inclina
Sollozando al occidente
Corre una sombra doliente
Sobre la pampa argentina
Y cuando el sol la ilumina*

A este sol no podemos dejarlo alumbrar, así nomás, sin comentario. El sol. Con el sol en la boca, muriendo al débil rayo de luz, termina el Oswald de «Espectros», el Oswald de Ibsen. El sol, que no es el padre. Pero, Pst, «Oswald» soy yo. El fiord, el fiord. *El fiord fue mi matrice.*

LA MAÑANA

—Azotarón a un salvaje.

Tormenta tan oscura y bisagra de la luz, la mirada, por los cielos mirada, y aprobado el nombramiento cuando la ópera es un crujido tónico y culmina (o se interrumpe) con la negación de cualquier acento, salvo el ortográfico —salvo el ortográfico—, el absuelto de harpa. Pero la diva no canta. Exacto bailó en el exterior, en cambio. Ahora, no antes ni después —después— ahora, ese apreciable inapreciable, esa energía solar, potranca de mejor tallo, para que todos los cumplan así, lento y feliz: que de una sola vez, y por esta y única, los compañeros y enemigos rapten la helada, apopa y literaria. A esto se llega y entonces los comienzos, como siempre, tienden a la labor de siempre, esperar en vano, color de la matanza. Pero si no hubiera leído (lo leí) escrito lo escrito, otro sería el tin tin y el grillo —dije de preso. En un corrido hacia tantas mecas (esto es lo que pasa) resultaba inevitable —o la luna, por lo menos, y sus desmayos. Una retórica de mangrullo, soberana. La retreta del desierto encalmó los ánimos. El aburrimiento, la vida de hotel, obertura de piolines para construir un solo, para construir zarzas —con el personaje que debe proseguir de todos modos, proseguir en el relato. Como dormido viene uno cuando vuelve. Treinta pasteles allí había, de calcio contra una retama. ¡Argentina, Argentina! Descorché, pero, la botella, y la oí. Para más luego, para más tarde. Oh prosa. Cómo te extraño. Y cómo, cómo es de negra tu ceremonia. Yo te quise, yo te quise.

ro, mas no siempre te querré: salida de mi abrazo, ingrato, ya no te querré. Como el clavel del aire, pasta de la literatura, pasto de las llamas, cacofonías irredentas, frágiles. Y de no, por lo contrario, o por sí: nos divertimos a tiro fijo, en grande, ninguna armonía por perturba. Blanco sobre blanco, el té blanco, el Salón Literario: «Pásale un pastel al preclaro, que yo le daré al pavo»... interrumpido siempre, oh interrupto. Sin nombre, la vida de hotel. Y los afluentes ríos de la sed, y la risa, por contagio —y la vida: en el estuario— duración, lo que un glande en un canasto. Mimbres de gases, tin tin: «Sí, sí señores, yo soy el gaucho Flores», perdió su trapa, manta, en un berengenal. Tomar conciencia, entonces (entonces: equivocarse por segunda vez), pero —ah— en la familia de una sola palabra: sola o única, por esta única vez, como esa tenora que se deja ver (sonríe su collar de perlas) y nunca más ver, o para nunca más ver. Y si llaman a la puerta, ¡a la puerta! Así tu tiro es de fácil y siempre el perfecto blanco. Mal se armó esta frase, y la otra peor, como más nunca. Vítreo se vuelve el poder que falta, vi. Era una pieza y era un cuarto, y por lo tanto, era una sala, de una sola pieza, y era una estancia. A (los efectos del empapelado) cantaban ángeles —ángeles, niños de gustos tales, leen solos y se enfrascan. En el cuarto, donde no pueden venir —ni— el poni australiano (ni) el caballete grande de la estancia, su agua verde en la gramilla del estanque. Arte de la acuarela, campo de Marte, humedad de perlas en esa huerta con prontuario. Pero cuidado, cuidado con el pincel (taparse los oídos) cuidado con el arte. Que lo que falte proclame: «Empero, empero, empero» —y escape— diga: «Ya no hay poesía que me espante.» Tenga la sana gordura de la grasa, esa diamantina vaca. Faenar la manicura y el esmalte, bordar el hambre. Y tú, pradera, no me olvides, que yo tenía mis animales y mi aguada, y un cielo de plata — ¡Argentina, Argentina!— y, de madera, una campana. Tañía no un tan sino el tin tin, el tintines de la rastra. Por una huella desolada, por una huella blanca de (donde) dos tontas torcazas cayeron, tan irredentas como planas —así visto el biguá, como quien domeña un vino taba. Cuando viene uno como (pero) dormido, resucitar en calma, en ver-

so, porque perder el hielo es perder el alma. Argentina, nada menos que la patria —azul— y nada menos que blanca. En pausa, a este cuarto donde nada llega (¡púlpita extrañal), o pocamente llega la tarde ocasa, de pronto vino un verde, color de la esmeralda —mejor: color del agua (mejor) «color del agua»— pero (¡qué triste!) empollaba la garza el color de la gramilla panda: lo último que se pierde es el color y la nostalgia, nenúfar en su vítreo distancia —tan— color de la rosa madre de Australia, pradera por pradera, me quedo; las molduras llanas. Pradera, patria, por una elegía en lentas salvas —tan rápidas— enmudeced las lámparas. Luz sorda, luz sorda, una borra clava. De sombras, imágenes claras, albas, repetir la frase: tarda —enmudeced las lámparas, una sombra os habla. Os sin te ni me ni ¡Alemania, Alemaniá!, cómo son de ostentosas tus sedas gualdas, treboladas, tus sedas de campánulas, clamor de todo peón y de toda estancia. Lenta, y porque se os habla: una cascada en Iguazú, una catarata, un salto, lenta: garganta, la garganta del diablo. «Los pies eran —eran— como de felpa.» Orondo la batata cara, el corcel en robe de chambre, Ubu, que esté, et orbis. Con dos desconocidos, con dos extranjeros en el glande, refugio clímax del reclinador oriental, bañado en fintas por una luz gacha: cuando se trata —y de eso se trata— cuando se trata de pensar rápido, cuando el concepto, fulmineamente engarzado: súbito, cuando se trata y de eso se trata, entre los dedos perder las manos, aunque tú —ofendida— vuelvas la cara, luciérnaga ingrata. Marcado el tanto de pensar rápido, salida de mi abrazo —te— poco es ya lo que: te, comprendo, comprendo. Aire libre, enamorada y payasa, aclamada, ¿cómo?, con pancartas. Magnolia madre —Argentina, Argentina— madre de la rosa madre de Australia, hija de las pardas charcas y —con todo— cala blanca. Pero el coño veloz mata. Cuando era músico (componía y componía), unas cuantas notas rotas en la mente, antes de componer sentía una profunda, tan profunda como el agua ras o la tabla rasa, y sentado frente al pentagrama, con la estilográfica helada. O la colilla, que ardiente escocía la caoba del piano —el recuerdo, no la memoria, de un pasaje: ¡Oh lamentables ruinas de la

desdichada Nicosia, apenas enjutas de la sangre de vuestros valerosos y mal afortunados defensores, si como carecéis... No, porque cuando era pintor, en cambio, bastaba una tarde llena de pavesas (jazotainal) para tomar, de fijo, el pincel, y quedar ahí, hasta que nuevamente al piano, pleno de los efectos del empapelado (rotundo) y la música entonces salsa, entraba (la consola, la caoba, el voile) entraba, salsa, con imperio de grito en la calle: —Admite este (¡Albania, Albania!) pasaje. Héroe de tu frase, ogros cara a cara, confesión de confianza, el azul de la barca —don— cargaba los ojos, entraba, salsa, y a su vera su dama, dormida sin fundamentos, aburrída de la ópera —cantada o cantata— en medio del agua. Ostentosamente, no se podía regresar a Ucrania con las manos vacías, con el último don perdido —don— la pitanza sexual, no con la última esperanza muerta, montar un teatro de puro cartón y el ánimo más alacrán, tan, no: no, querida. Amor mío, di —no— calla. Vieja pampa, querida, bienamada, pájara. Envuélvete en la colcha de raso (a la baba), al aire una pierna al aire, espera súbito al instante. Ante. Tengo que visitar el clímax del criado, después, antes que tu cli, porque él me da fuerzas, empuje, ánimo, aun cuando infinitas serán en el retrete, infinitas layas de cucarachas, después. Primero te cedí al primero, un tal de Albania, conde Albany. Plato fuerte: criado. Un hombre que besa y el betún anega sus párpados. A esta ramera hedionda, artrítica (su arte en Dresde mal planteaba), convendría bien ligársele y, y: conchabarla. Conchabarla y voy. La última polca desgrano y hacia ti voy, tu piel curtida como una zarpa, una vodka en última instancia, una rastra, una espuela entalonada: cuánto semen, cuanto semen, de tu carmín exhibe las manchas. Y no. Demasiada luz en este puerto para que a ciencia se hundan las barcas. Encortinadas, destellos de pezones claros y coros de diamantes —arriba y abajo— mientras ella, la diva canta. Entonces, fortuna de las que no hay, que al gaucho Flores se le impida —la entrada. Al casco de la estancia. Que se conforme con buscar entre las quintas si tanto lo apura su pasión zaina: él entre sus imágenes y nosotros en la cama, infelices en la siesta, infelices en el alba. Y no vendría mal un pie para

seguir la payada (ese coito mantenemos, que no es con todo lo de menos). Perdido. Don. El último don, el rosagallo de cacarearle a las parvas —un aire, un aire de tus piernas encorsetando el raso: la revo(lución) nos trajo, el mar —¡el mar!— urina con sus sales. El mar nos tragará despacio. Que no Zurich. Con el frac ajustado en el hosco interior de un rancho, con el pelo revuelto: *ombú* llaman al estúpido árbol y, a una ligera contracción, *pampa*. Enmudeced las lámparas, dado ya el candil envuelto por una manta. Cuando ya era el fuego un mártir de estaño, y ya la campana un percal tenso, y ya la estrella —la estrella en el agua— allí donde perdió el cielo su plumaje como taba. Crucifixión, pifia la mirada, por los cielos mirada, cuando a las manos las sujetan, las embadanan clavos. Crucifixión en el verde y la esmeralda, en el enjuto (estanque) color del glande dibujado en la pancarta. Olor a martas, como los potros lapas. Colorario de la mente papa, hervida pero blanda: atildado por la naturaleza, habla, había un cantero de primulas en la floresta antiprí. E, y allí un verso. De allí un verso, venfan los ecos —de los hombres sabios. Esa naturaleza, la naturaleza subida a la mente frágil, ónix repentino y caimán judío en la remera blasa. Papa, la mente hervida y blanda: negra honda y —y herida. La colilla ardiente. O lo mismo, el recuerdo de un pasaje —pero— para más adelante. Efectos, ángeles. La debida condición de la rosa taimada. La tarde es demasiado clara (para) bajar al parque: demasiado escasa (para) quedarse en el cuarto: estancia: demasiado tarda (para) vertir todo el cántaro por una moldura empapelada. Vaya el arte de quedarse en casa. Basta el rímero de un poco de agua, basta. Creían las flores como para irse en taras. La parte más sentida, con las manos: la gente de pueblo es franca, la lengua alarga para tomar una frutilla o porque (prueba) cayó bajo el embrujo de la escarcha. Por ejemplo, la sirvienta húngara como ejemplo de la ventana. Descalza, vista desde la ventana, se contoneaba por el camino de campánulas, movía las carmíneas rosas, los par de nalgas, hacía un árbol negro a la sombra, curando de espanto: exento, del sol violento. Cafa tensa, la tarde, colgada, bajo la ropa blanca. Al encontrarse con su padre ella se le echó

en los brazos, y él estuvo un rato, largo, en caricias soldándola. La madre apenas tuvo tiempo para desuncir la jaca. Un nudo en la garganta. Hungría, nunca estuve en tu patria. Pero sé que si a ti los amores me llevaran, o algún ocio grande, besaría la tierra tan contento como aquella reina contenta de recluirse a parir en la retreta, con sus esclavas. ¡Hungría, Hungría! Basta para mí de este frac ajustado y de este hosco rancho, basta de este rancho hosco y alumbrado por una vela malhadada, que ahora ya arde en desorden como un canuto rosado. Porque todas las flores son pardas, como las alpargatas del gaucho, ahoga el frac. Entonces —ahora— tiraría el cigarrillo en un minúsculo charco, a un inmenso estanque o a una gota blanca. El cigarrillo, el de boquilla dorada —y a un inmenso estanque, pero de gramilla australiana. Rosa de un pirulo y sólo el humo. De agua té o de riñón de yegua pájara, caoba es lo que arde si la meca canta, cuando ya no aporta la diva al teatro de gravas —porque la incautaron las glandes barricadas. Y nada de creer —nada— que la excitación es fácil: falta toda vez el arte, y cada. La berenjena no paga. La robe de chambre, bata. La menta, sutil, huele a jardín rancio, a coño de batracio. La última adquisición, la rusa, *chupaba el azúcar, sierva de su alma, y después también ella mostraba la lengua, como el té blanca*. A fondo tiraría el cigarrillo, en una estocada, Argel de los bajeles y el cautivo en su teatro. Estocada, sin contar los cimarrones grumos, absolviéndome de mi miseria táctica, *misere, la miseria táctica*. Un violón en todo caso, pero nunca podría hacerlo —es decir: en todo caso— sin la venia madrina, yegua de malabares, la sin tacha, puras calcomñas en la montura y puras tachas. El encanto de una mano tordilla fue el ruego de la más escasa —pensarlo. Adentrándose en el relato, en el fue, en la conciencia pura (eso nunca). Con el pelo revuelto. Con el frac ajustado. Más besos al gollete que al tálamo. Adentrándose en el relato, en el fue, en la conciencia pura (eso nunca). Con el pelo revuelto. Con el frac ajustado. Más besos al gollete que al tálamo. Adentrándose en la balida tardecita, cubierto por las manos el territorio de Albania. Circunstancias, en efecto, más que circunstancias prácticas. En la carátula volver

la cara. A fruta que se pudre en el paladar... futi-lenta. Los dardos, todos los dardos a la vez. En guerra, en vez, *mi rusa, mi húngara*: se las acalora bajo las nalgas, como a huevas doradas. Estéril como la lluvia, como el llanto. Estéril como el salón y el arpá. Como la golondrina-balcón y la pupila blanca. Estaba: entre imágenes. Arrebujarse, la enfermedad por canasta. Con los ojos entornados: los cabalitos en la ladera, otro claro del descenso frágil, el patín del pomo y la espada. El sable. Un cañoncito con tortícolis, renuente a bajar franco, empacado hasta sus mantas, arrojó —perdido— humo y bala. Hasta que el artillero logró domarlo. Mochas espuelas que ya no trinan, que ya no cantan. Pero no ni ahora ni no ni basta. Hartu. Puchero de óbeja de los puntanos, hartu, no ni ahora ni no ni basta porque así se desmedra la mácula. Conocedores de la punta blanca del dolor, la más perfecta calma. Más, hasta el tala. Aventuras en el taco hormigueante de la rubia y el exilio en Santa Fe, el Arroyo del Medio. Yo (dijo) quiero pan, una sangría, de sardinas media lata, y un par de naranjas: Sobre el mostrador —me he olvidado— la yerba y la blanca, una cinta, el pequeño, el percalino lujo de la zafia. Una puñalada —pago. Cuando (pero si no fue cuando, sino cuando fe) cuando vino ese verde —ese verde vino— anegando con sus sombras todo el poder equino, hasta la mujer última de la campaña percibió —cara— percibió, la fragancia. El arte de estar en gracia. Un «su vértebra fuera de hilván.» Tonta: «un grabado en los huesos.» Toda y tontamente, la sola posición del candil —pues no hubo otra cosa. La victoria es llana a pesar de los devaneos del humilde cañón de la montaña. Ladera, no te caigas. Hasta la última mujer de la campaña, llana, oteó la sorda adivinanza, entre la más torpe y la más gozosa añagaza. Calma: ¿tu, acaso?, ¿la que canta? ¡Pero si la diva no canta! Nubes sin tul, entonces —es un decir— plantan sus cartas. Y plantan la mirada, por los cielos mirada. Horizontal —sus naipes de vuelta cara a cara— horizontal llamada. La respuesta turge, turge hacia, por los cielos mirada. Y la mano está clava en su pincel de leño, caoba del teclado. «Emigrado, emigrado». Algo de puerto tiene el niño del grito, algo portuario, y grita: «Convédanos con

un vinito tardo.» Jamás, en verdad, convidar con «Jamás», almibarar —a lo sumo— un tálamo de batracio. Y que el doliente guerrero de Austerlitz (en un profundo, en un hueco claro) por los cielos mirado, evoque, a tanto por rancho, cada velada feliz del Salón Literario, por los cielos velada. Su audacia: introducir todo el rimero en la ranura —fina, rosada, estrecha y ranura— todos los recuerdos en la cabeza entorchada por las llamas. *Celuloide* su única rima, imperfecta con *hiena*, imperfecta con *antiprímula*. La diva miró, con entornada relación, con algo en la garganta, entrecortada. La diva miró el bastón, el sapo. No, nunca faltará una vela en la torta de sus años. Ni el último rapto de amor, a la carrerita, cuando ya las chatas cortan amarras y adiós, adiós vapor. Es mejor que te alejes de este barro —estuario— duración. Lo que un glande en un canasto. Ahora el betún se desangra en la uña villana. Todos los tiros a la vez, y los dardos. Patán. Un círculo y doble abanico. Andando —lo que un marrano en un calvario— andando, émigré. Lo que estipula la fe: tres penumbras en los ojos y hasta nunca más ver. De un talón, una espuela —naturalmente brotada, sin solución. Se huele el mar, el perfume de la diva, una nube rancia cortando las jarcias: alababa. Sogas que viajan, sobreviven a las grandes distancias, como globos, como barcas. El frunce (en caldero: bronce) penetración. Estela Achával. La aborrecible enfermedad del abrazo, infantil hasta en la última arcada. Peor, el vómito último fue el más trágico: navegabas, añil, navegabas. Pero, con una sola indicación basta, errante antifaz del mar hasta las más ínfimas aguadas. Instalado el camerino en las condiciones más precarias. Ibas a cantar, te lo prohibieron (te arrancaron la máscara), pero solamente tú podías cantar —es decir— la que canta. Si la revo/ lución nos trajo, o si nos partió la cara, quedó de todos modos tu espéjo con lámparas, el esplendor de los potingues cándidos, la ventana que avizora la lisa extensión, la no armonía, el pathos de la contracción y —y el frac. Cada vez más ajustado. Por el ritmo ineludible —y obligado— por el obligado sobresalto. Clareaba, si bien no era demasiado temprano para azotarlo al salvaje. La hora justa y el poste mejor. Las últimas poblaciones. Los primeros cantos, los

primeros pájaros. Verdaderamente, una sencilla anotación. Atado, el hombre entornó los párpados. Con la tropa formada lo empezaron a golpear, o lo empezaron. Flores faltó, es claro, alucinado entre sus hortícolas, embriagados sus ojazos por el frescor, por el rocío de las quintas, donde encontró un bloc. Era una mañana crepuscular, era un día. Lo único que faltaba era llorar para que la luz se disolviera en sal o en alambicadas estrías. En la piel del riñón, sin flores, sin —tampoco— llagas de araucaria, o sin un estreñido limón en el intestino de alumbrar. Pero aquello que tardaba en empezar —nunca se lo podrá olvidar. El comandante con sus rimas —a la fuerza— con su traigan a ese salvaje querido, porque hay que terminar con ese farsante de esta manera, así como en verdad os digo: tenfa toda el alba por delante y a mis ojos por ombligo. Entonces abrí la petaca (con una tosecita seca) y escarbé un cigarrillo. Miraba hacia el lugar donde los colores se transformaban en fundidos. Con una (seca) tosecita, hacia tu ventana y cerrazón —la cortina. En tu cuarto se lo pasaba bien, casi como en un exilio tranquilo. Encendí otro y disimulé. El destino del salvaje, ácido como un membrillo. Pero alguien advirtió mi rostro esquivo y vino entonces, libre, con su dijo: —A este, de frac, le gusta hacerse el divo. Columbré otro poste vacío. Albany, en su agonía, había tratado de manotear un mapa —pero sí: un mapa— donde altas cordilleras se indicaban y tortuosos llanos sombríos. Flores empezó a dibujar mientras yo ahora lo invocaba: por el malvón en ciernes y sus ojos de malva —perdón— por sus hortalizas frescas, por su tierra hiena y sus sembrados de papas. Harto de tanto guasón, de tanto cocido de vaca, volví a abrir mi cigarrera de nácar. Con un (seco) ademán me interrumpió cierto oficial: —Eso es el misal. Descorríste entonces la cortina de tu cuarto y después saliste al balcón. Mano amiga, parca de almíbar —sí: así me tendré que aguantar, por lo menos hasta la oración. El salvaje esaba como sandío, como dormido, bajo las cuchilladas de esos golpes granjeados como trigo. Había robado un poco de esmalte, como para darse coraje o un poco de envidia a sí mismo. Ahora en su agonía mal no le vendría un mapa o un termómetro turbio para saber sus calorías. Tus lente-

juelas de sapa y mi tabaco rubio, aquí no perdonan ni miran. Pero cuidado (cuidado con el arte) porque cualquier día nos dirán como a un par de escuerzos, lo mismo que a este tape: átenlo, átenlo, que no se escape. El pecado, la falta del esmalte. Lo robó con una sonrisa y un a la carga, risa: «Y ¡Ya no hay poesía que me espante!», y con envidia miraba a su coraje. Ésta es la parte. La parte fea si puede compararse la taba con un paisaje. Aquí se terminan acuarelas y es betún lo que invade el esmalte. Azotaron a un salvaje. En la mañana, madre de la rosa que entras en la carne, alegría de esta pausa. Si además de frac portara espada, me atrevería —hasta— gritarlo: «¡Lituania!» Así, en cambio, «retrete de layas», así de horrible, puerco y fácil, así: tan —tan Australia. Tanta pierna y tanto rabo, no es así como la luna logra sus desmayos. Con los inútiles cambios. Trompo en vez de sacramento o bereberes en lugar de males. Más valdría —como vale— agarrarla a ella de la mano, engrillarse («cri, cri: aquí te la traigo hasta tu mismo jergón por tálamo, criado»). Lo mejor, sin embargo, es que más valdría lo que no vale. La oveja degollada por el puntano humeaba su sangre todas las tardes, sin pasado. Humea su sangre. Estaría bien una nube si pudiera desplegarla, un telón de lujo para la función del sábado. Pero ya se acaba. Por más afines y desafines, por más que trompo en vez de sacramento, lo habían azotado hasta matarlo. O cuasi.

1976

SONIA (o el final)

I

Los que no tienen que mendigar, no mendigan: es una gran verdad. Jamás se ha visto a un millonario, o a un obrero, mendigando por las calles. Mendiga el mendigo, nadie más que el mendigo. Muy distinto, pero exactamente igual, es el caso de los trabajadores. Los que no tienen que trabajar, trabajan: de todos modos, trabajan. Los que tienen que mendigar, mendigan. Los que tienen que trabajar, trabajan. Los que no tienen que trabajar, trabajan. Decía un confidente policial (no, nada que ver con el tema). Por ejemplo: ¿de dónde proviene el mal aliento de algunas frases? ¿Y la mala letra? ¿Cuáles son sus causas? Tampoco viene al caso, aquí, la opinión de los psicólogos. Habrá siempre algo de sublime en aquello de «el cotorro» y «el gavión». Los artistas son los únicos que, no teniendo que mendigar, mendigan: de todos modos, mendigan. Una excepción.

Cuando la pintura de Amte Dönitz, exquisita complicidad del canalla egósta con el trazo «final» (la firma) de dos mil años de cultura se derrumbe, se derrumbe, se derrumbe, millones batirán mantas en armonía, rima perfecta con aquello de «los morlacos del otario los tirás a la marchanta». Millones de esclavos se arrancarán sus dentaduras postizas de «pura» alegría, sembrando así el desconcierto entre los espectadores de los campos de concentración (o sea: sembrando en los campos de concentración). Los espíritus libres: también se alegrarán. En efecto, nadie quiere «amar» (?) ni «ser amado» (!!) (??), y sin embargo el Amor reina: ¿podría ser acaso de otra ma-

nera? Impera. Entonces: Otario y, y Marchanta. Un verdadero dilema. También ejemplo, los artistas saben perfectamente que poco importa que ese Ganza u otro cualquiera, Venga o Vaya. Lo supieron siempre, y siempre lo sabrán. No saben otra cosa, Ese saber es el arte. Callan, no obstante. Disimulan. «Tienen miedo a la hiponcondría», comenta (sin justificarlos) C.A. en su última novela. Para que se entienda —¡ya empezamos!— aquí arte quiere decir perfección (una homología casi con «me tenés seco y enfermo»). Ni sombra de ironía. Es terrible: ni sombra de ironía. Los tallarines apelmazados de Elsa Erdosain como plato único. Carmen Antonucci de Arlt, Pier-Angela Tabore de Hartz, Cosima Wagner: Yo soy aquel que ayer no más decía, y esto es lo que digo: porque ya empezamos, porque ya habíamos empezado, cuando empezar era un lamentable «seguirla», después y después y después de la espléndida culminación. La catástrofe de seguir, cuando todos los finales son buenos, cuando siempre se trata —cualquiera sea el final del mejor final, cuando cualquier instante es el final, cuando nada existe salvo el final. Los artistas —indefectiblemente, o finalmente, o al fin, y al cabo, ellos se pirrian por lo irrisorio, se babean— suelen babear preguntas tales como: ¿Y si produjéramos una semiótica del Fi? Quieren decir, en fin, otra vez, final, pero ellos se pirrian también por esta laya de muccas escriturales: Cicatrices Parlantes en la faz de la cultura huera, allí están ellos, con sus hongos grasientos encasquetados hasta las orejas, tomando mate en el umbral de una mercería, sentados en sillas por supuesto de paja. Yo, con mi hormigueante cuerpo de doble ombligo, pertenezco a la cofradía («¡le tienen miedo a la hipocondría!») y los conozco como si mutuamente nos hubiéramos gestado. Yo soy la Morocha. El Marne. El Cachafaz¹.

¡Argentina, Argentina, Argentina! Ya empezamos. Es el final. De la música a la sociología sólo un paso, hay, desgraciadamente. Entonces, estigmas tales como «mercería», o «mate», o «silla de paja» conducen al éxtasis alucinato-

1. «Buenos Aires, Buenos Aires», dijo José Hernández al morir, en su inmundada chacra del Bajo Belgrano.

rio de alucinar un Comiz: el comienzo de un razonamiento exacto, exacto y último, no final (liberación). Si tuviéramos fuerzas —aunque, ¿para qué componer tangos si fuerza tuviéramos— tendríamos la fuerza suficiente para no empezar, salvo si se tratara, de eso se trata, de empezar un final. Pero no: astenia de umbral. Mendigando en el zócalo sin tener que mendigar. En el umbral.

En fin.

¿Y si produjéramos un psicoanálisis del Fi? «¡Chupadme el culo!» gritó Góering en el tribunal de Nüremberg. Otro que, para quienes no se dejan engañar por las apariencias, siempre quería «empezar». No empezó ni terminó (su obra: convertir a Berlín en la capital más fifi de Europa). Pero, no es el caso. Góering, como su compadre Kafka (¡otro!), era un pobre demente, reventando alemán por todas y cada una de las costuras de su cuerpo, ay, libidinal. Era: *La Cucaracha Blanca*. No, no me chupéis el cul. Escuchad. Escuchadme. Escuchad la noche del pincel y el canto. Ya os habéis destemplado. Ya no tenéis remedio. Vosotros jamás os habéis dejado enculatar por el yermo, páramo de una eyaculación precoz. O cóx. ¿Precocidad alguna vosotros, los que siempre estáis empezando, argentinoides? La cosa era desde el arranque final.

Esto tiene que terminar porque ya no soporto ninguna humorada. Bernardo de Irigoyen, Brasil. Me paseo por mi cuarto cuatro de hotel.

En cierta ocasión, a causa de un toletole del cual mejor no quisiera acordarme, unos amigos genoveses me dieron cobijo en una quinta cercana a las afueras de Venado Tuerto, provincia de Santa Fe. Pues bien, ahora pacía allí, en paz, tranquilo, en vez de estar en el umbral de la mercería, entre mate y mate —sentado en una silla de paja, y empezando como siempre. Alguien «pararía» el sumario, me dijeron. Pues bien: ¡que lo paren! La niña de la casa era una jovencita, entre púber y adolescente, no comprendo. Mi llegada coincidió con su temporada de vacaciones: ella estudiaba en un terrible colegio de monjas, o jamonas, que también daba vacaciones, todos los años, a todas sus alumnas. Pues bien. Ella se paseaba por la orilla del estanque. Yo la miraba desde mi habitación, desde

la ventana de mi habitación. Ella se paseaba por la orilla del estanque. Por costumbre de años (y las malas compañías, los arts del ambiente) en mis caminatas yo cantaba tangos, a plena voz aunque no hubiera nadie cerca a quien molestar con mis desafinados gargajeos. Sin embargo, una vez que estaba en «esa», una mañana, resultó que la jovencita... la sorprendí escuchándome. ¿Ah? ¿Sí? Por un momento creí que iba a lograr controlarme. Me quité el hongo grasiento y la saludé, con una reverencia casi. Ya me había controlado. Había dejado de transpirar, incluso, por los poros de la nuca y el bulbo de la nariz. Pero ella va y me pregunta, de sopetón:

—¿Qué son morlacos?

—Pues bien —ya no podía contenerme más— la letra de la canción, del tango-canción que yo cantaba (y que tú no debiste, en fin, escuchar...) se refiere a una ramera...

—¿A una yiranta?

—Sí, a una hedionda. Esta mujer parece que era tan mala que no se conformaba con sacarle los dineros a los hombres, es decir, a los otarios. También parece que los tomaba para el churrete, no conforme. Como en aquella época, año 1929, los hombres usaban tiradores elásticos además de cinturón para sostenerse los pantalones...

Último intento de callar.

Último fracaso en el intento de callar, verdaderamente penúltimo.

Sonia:

—Siga, siga, se lo ruego.

—Sí, niña, si ya no puedo parar. Digo que, pongamos por caso, el otario ya había soltado el precio del arreglo, y ya estaba casi casi vertido para irse mientras ella todavía yacía afrancesada sobre las sábanas endurecidas y agrias por el semen seco, mientras afuera esperaba una larga fila (todavía) de hombres, deseando entrar para hacer sus aguas. Pues bien. Pongamos por caso al hombre erguido de espaldas a ella, con los tiradores ya perfectamente enganchados. Entonces la hetaira, no conforme, le apoyaba los pies desnudos sobre las corvas, se prendía de los tiradores, los tensaba y luego, varias veces, los hacía resallar sobre las espaldas del hombre, mientras se refa con

risa infernal. Y gozaba. Gozaba así, con los ojos entrecerrados y el cuerpo recorrido, todo el cuerpo, por un cálido temblor, oh

Me senté exhausto sobre el tronco de un árbol: era un pino de Necochea. La jovencita, Sonia (se llamaba Sonia) se arrodilló entre mis piernas. Y empezó:

—Morlacos, entonces, son los...

—Son, Sonia: dilo, dilo nomás.

—¿Tiradores elásticos?

—Sí, bendita seas.

Le arranqué a tirones la blusa, el corpiño, las bragas canela... Alguna vez, hasta yo he sido feliz.

Almorzábamos, horas más tarde, el padre de Sonia y yo: solos. Sonia, en fin, encerrada en su cuarto. Su madre había dicho: que a pesar del sol a plomo ella agarraba, enganchaba el sulky, y se iba a comer aunque sea una lata de sardinas con una sangría al almacén del pueblo.

El padre me permitió comer solamente la sopa. Me miraba como si me dijera «terminala con la sopa, finíshela». Él no probó cucharada. Cuando me limpiaba con la servilleta, me encaró:

—¿Así que morlacos quiere decir tiradores elásticos? Cuidado. El destino olfatea. Empecé:

—Bueno, hombre.

—Está bien, cálmese. Yo sí sé controlarme. Sólo que me gustaría que me explicara, que me explicara a mí, por ejemplo, qué quiere decir mistonga.

—Pues bien. Resulta que allá por 1932 llegó a Buenos Aires una inglesa de mala vida, que se hizo famosa por regentear cierta casa mala donde se hacía de todo. Ella era la madama. Astutamente había elegido, para instalar su burdel, una discreta cortada.

Verdaderamente, el penúltimo otra vez.

El padre:
—¿Y?
—¿Y qué?
—¿Qué tienen que ver todos esos pavoneos de esteta chismoso con el significado de mistonga?
—Pues bien. Como ya le dije, la hembra era inglesa, y mistonga deriva de su nombre. Miss Thonga, se llamaba: miss Thonga, miss Thonga, miss Thonga —si se entiende.

3

Heme aquí echado de esta casa quinta casa.

Era verano.

El sol caía a plomo, por suerte. El padre de Sonia me había encasquetado el hongo a la fuerza durante la pelotera que siguió al cuento de miss, miss Thonga.

—¡A la mercería!

Gritaba, mientras me obligaba a caminar a empujones hacia la tranquera de salida.

—¡A la mercería, de donde nunca tendrían que haberme sacado!

También a los gritos, yo cantaba:

—Rumbo a Siberia mañana, ¡partiré! ¡la caravana!

Total yo estaba jugado, estoy jugado.

De tiempo en tiempo el tiempo llega, para atrás.

Si tantas noches he llorado de alegría, por qué no refirme de mi desamparo (al mediodía) con el sol a plomo en un terroso camino de Venado Tuerto.

Tropecé con una lata de sardinas y café. Sentí la boca inundada por la tierra reseca. Parecía arena. Arena, pero arena de verdad, como ésa que pisan los camellos.

(Agosto, 1979)

140

LAS HIJAS DE HEGEL

Mar del Plata. Octubre de 1982

Octubre 15. 1982

I

Pura mierda, putas cochinadas

Pára Hanna

Está vacío el cuarto de hotel: hasta que yo entro. Luego, si entro, yo estoy. Está lleno. El cuarto de hotel.

... José Hernández, no (nada que ver con el tema)...

En literatura me gusta siempre ir directamente al grano. Nada de prólogos, vueltas; nada de nada y nada de chotadas. Como decía José Hernández en una de sus cartas al tal Don Zoilo Miguens, o a otro de sus amigos chupandinos (eran, parece, los cosacos *quienes bebían como ellos*); en fin, en suma: que el autor de Fierro confesaba a Miguens su escasa afición a los circunloquios, y confiaba en que a Miguens le ocurriera otro tanto. (Pero y dale; dale con José Hernández: no me lo puedo sacar de la puta cabeza.) Nada que ver con el tema. En efecto, poco habló Hernández de las mujeres; menos aún de las putas; y precisamente, la historia que pretendo o amago contar, trata de María Yiraldín, gatera carísima, oriunda de la capital, que ejercía su oficio en las zonas céntricas y residenciales. Hay que narrar lisamente lo que pasa, me parece —a mí me parece, yo lo creo—, no como la televisión, que ya pudre zoom con sus zooms y sus «angu-laciones». Un carajo; ir de entrada al meollo del asunto. Un porongo. Rapidez y concisión. Claridad prístina en el punto trama sobre todo. Sin pelos en la lengua mandar a la mierda, ya, a hacer puñetas, ya, a los largueros; a los que se enconchan (o enviscan: es lo mismo) en interminables introducciones; a los que, parece, sin largar se cansan en partidas: —¡y yo, en cuanto a mí! ¿será posible? ¿que no me lo pueda arrancar al tal Hernández (por cual) de mi pantanoso cerebro? como escritor, debe ser mi único defecto—.

En cuanto a literatura, yo prefiero los remolinos tersos de José Hernández (otra vez: positivamente estoy maldito y loco —como un loco— a tal extremo). Positivamente estoy embrujado y lo pagaré largo, muy a la corta, con mi propio pescuezo. *En cuanto a literatura*, prefiero el sistema de incisiones no programado de Horacio Quiroga, no programado, pero, agujero tras agujero, cada gesto inicia rápido un movimiento, se enrosca en un suicidio, salta como un resorte y se precipita, inexorable, hacia la desaparición de «un sujeto»; para que el cercén perpetuo traiga la plaga de la resurrección. *En cuanto a literatura*, yo prefiero los vislumbres de «La excursión» de ese coronel Mansilla, sus ojos presentados como puntos ciegos de la trama *doble, doble* trama del relato como cuento y como tal, y como también, como además, *trama del hecho histórico que pasa a narrar, pasa y se va*: el hecho histórico se pone a narrar; queda entonces el Desierto como un «misterio», y otro misterio adentro, tierra adentro del primero: ¿por qué los indios se negaron a canjear al doctor Macías, que en nada los beneficiaba, después de haber consentido en ello? El doctor Macías medio loco ya, medio perdida la razón. Hasta hubo una última parada, con los caballos de frescos. Hubo ese último momento de espera. Hubo idas y hubo vueltas. Hubo un triste final inacabado, porque no, a último momento no lo devolvieron a Macías; nunca sabremos nada de su propia tierra adentro. El desierto...

En suma, en fin.

En cuanto a literatura, yo prefiero los diálogos frescos, toma y daca; vivaces: ábrete sésamo y ping-ping. Y en cuanto a literatura *yo prefiero*, señor —que no se trabe mi lengua, ni me falte la palabra— el lirismo y la aventura; el aventurerismo y las puestas de sol; el reparto del boñ y las barriadas donde coinciden proletariado y canalla. *Yo prefiero*. La religión. El amor. Y las masas, las masas en movimiento.

Vengan santos milagrosos, vengan todos en mi ayuda. El cantar mi gloria labra. La punta de tristeza inevitable...

Entramos en un crematorio de papel. A María Yiraldín le iba más que mejor en cuestiones de dinero, altamente satisfactorio su estado en este tema. Cinco años de su oficio, los cinco primeros (para otras los de la ilusión, el

vagabundeo gozoso, irresponsable) los había dedicado a un solo cliente (riquísimo, of course). Asombrosamente le había sido fiel, y el hombre —un ganadero argentino, una verdadera basura humana—, asombrado pudo comprobar, investigadores of course mediante, que la Yiraldín no había mantenido a ningún filo en ese lustro, y las toneladas de parné que le había dado (*él* la conoció cuando, *ella*, 18 años, virgen sin grupo, una papita: alta y rubia; con un culo, un par de tetas y unas gambas *eternas*) habían ido a parar, invertidas a plazo fijo, en el mismo banco que él y cuatro rufianes (de apellido) controlaban: era la época grande de la pandilla Martínez de Hoz, Videla, Harguindeguy y Cia. (si, *sic*: CIA), la época del gran *racket*. El dulce protector de la Yiraldín, el ganadero doctor Sampicho, al comprobar la re-inversión de las sumas entregadas a la puta en el banco de su propiedad, interpretó el hecho (con candor de ángel), como una prueba de la ingenuidad; literalmente: del candor de ángel de su protegida. Era argentino, después de todo, entendámoslo: en el fondo creía, creía en el alma inmensa de las putas, creía en el cielo de su mirada azul, taxista.

La verdad era otra, pero empastaría la prístina claridad de la trama del relato: así que, vamos, adelante. Como fatalmente debía ocurrir, Sampicho empezó a preguntarse a sí mismo, repantigado en el sillón de su despacho y envuelto, envuelto por el humo de su habano, el letal «¿Por qué no, por qué no?» En efecto: ¿Por qué no? Sencillamente *porque no*. Quien se lo pregunta ya está perdido. Como Sampicho, que hizo «todos los arreglos necesarios, querida» —Se lo contó a la Yiraldín ¡se lo iba a perder! ¡si para eso lo hizo el bocón empedernido!— Esa noche, «querida» le chupó la pija en el estilo que ponía trémulo a Sampicho, estilo que él le había enseñado: el estilo «hélice de bimotor». Arreglos (trampas con la plata negra, chanchullos exportación-importación, subfacturación-sobrefacturación: un militar gobernaba, todo dicho), arreglos para que una inmensa fortuna pasara a manos de María, María Eulalia Yiraldín, cuando Sampicho muriera. El doctor Mariano del Ceibal Sampicho, sanote y deportista —él también safaris en Sudáfrica— 60 años...

...((al margen (y dale), no es cierto que el tal por cual Her-

nández hablara poco de las mujeres; su personaje, el sargento Cruz, dice: «las conocí a todas en Una»)...

...desconfiaba de todo el mundo, menos de su espectacular y *disuasiva* custodia, arraigado defecto nacional que los instructores USA, a pesar de ser de los buenos —desde la humilde picana hasta las complejidades —napalm, guerra química, geopolíticas— no han podido arrancar de los corazones de sus alumnos (a pesar de ser los más avanzados), los «líderes naturales» de la Argentina, país considerado por el Pentágono como el «país-catástrofe»; —«país-alemania»— dicen. Y dicen: «—Que allí *pase* todo». «Les gusta auto-experimentarse», dicen. Y dicen: «Con eso se divierten, es decir, se destripan». *En el Pentágono saben que una guerra con la Argentina es inevitable*. No se arrellanan en sus sillones, a lo Sampicho, para formularse preguntas ahumadas como boludos de pastel.

¿A ustedes les gusta la guerra, la política? A mí, sí. ¿A ustedes les gustan las putas? Ya sé: ésa es una cuestión de otro orden. Aunque, hum. Veremos, veremos. «Estoy viejo, viejo», dijo el viejo, cojo sacristán. A pocos pasos, ante sus propios ojos (era analfabeto el viejo sacristán) el cura párroco escribía una carta. En ella condenaba al sacris-T al hambre sin pan, al frío vagabundeo bajo las magníficas estrellas, sin techo, a la cárcel primero por falta de domicilio y profesión —la vida terrible es así: verosímil— y luego al asilo de indigentes por (como se dice en la jerga policial —¿estuvieron presos alguna vez?—) «pasado de edad». Lisamente, llanamente, el párroco pedía a la Curia que despidieran al golay, al rengo-lay, sin indemnización y con las peores, las peores recomendaciones para el caso de que otro empleo procurara hallar. Estaba tranquila y satisfecha la conciencia del cura, ningún temor al fracaso. Su palabra era Allá, allá en la Curia, inapelable ley en cuestiones relacionadas con el tan manoseado (y manoseante) «manejo del personal».

Ahora bien. Como ya dijimos, era analfa, un analfa completo el servil, el humillado (a lo Arlt) sacris-golay. Sin embargo (¿será la intuición?) lo supo. Entendió que su miserable bienestar pendía de esa carta, la que en ese preciso instante escribía el maldito párroco de lupanar. Entonces, *prosigamos, ahora bien*, el Rengotán se colocó detrás —ardían

como demonios los leños en el hogar—, detrás se colocó del Curapar, sin que éste, absorbido por la dulce tarea de aniquilar, ni por un pelito lo advirtiera: tan absorbido estaba por el Cielo más Cielo, por el Paraíso Mismo, paradisíaco, ambrosíaco, por el almíbar y el eyacular del destruir, destruir y aniquilar. Algo, una gasa suave, se le enroscó en el cuello. Sintió, primero: como un *suave* desmayo. Logró girar la vista y vio a Golay: colmaba la medida, el colmo del atrevimiento si de broma o chanza se tratare, pero, como el hombre se alegra con el hombre, por un segundo en su corazón se hizo la paz, allí, en *ese* (templo destemplado) de *esa* (parroquia solitaria) y en *aquella*, o al revés (sacrifia analfa de Golay). Por un segundo.

Que ya pasó. Hubo paz en su corazón aunque, sin poder evitar cierto tono ronco de autoridad, increpó al sacristán: —¿Qué hacés, rengo boludo? ¿Te volviste loco?

El boludo que se había vuelto loco, la verdad: la verdad es que gozó de la situación. Hasta se acarició la brageta, la verdad, no lo pudo evitar. Hasta se le pasó por la cabeza, no pudo evitarlo —garcharlo, garchárselo— antes de incendiarle el cráneo en el hogar, antes del final. Pensó desflorarle (primero) y después matarlo. Habría sido fácil. Un polvo, además (cuando la idea viene sola a la cabeza mental) nunca viene mal. «Lo flop (flop-flop)», pensó, «y después: ¡al infierno con él!» Pero no. Lo pensó mejor. Era la hora justa, el momento justo para ese crimen, justo si crímenes justos hay. ¡y vaya si los hay!, pensemos en Videla y su Gang sin ir más allá. Pero éste admite demoras —siglos, hasta, de demora— no así el del atribulado Cristán. Que se lo pensó mejor y dijo no: «Que no, que me quedaré con las ganas pero no me lo voy a flop-pear, *ahora bien*».

Prosigamos. En efecto, «una tira de gasa suave» había utilizado el verdugo para provocar el casi desmayo de su víctima. Ésta, despavorida, ahora comprendió que de chanza no se trataba. Sin embargo (*¡sin embargo!*) No lo comprendió del todo. Intentó un ligero movimiento, un apenas, para zafarse, cuando necesitado hubiera un violento: violento movimiento. Al menos para intentarlo, *ahora bien, al margen*: Rengotán era verdaderamente muy hábil con un

cordón de gasa —suave, muy suave— entre sus callosas manos, *prosigamos*

- el cielo y las estrellas
- el curso de un río
- una noche sin esperanzas
- querida
- de volver a encontrarte
- un suicidio con olor
- a mujer madura y esbelta
- a actriz que fuma mucho
- y deja (fuma demasiado) y deja
- una corona siempre de carmín

en el filtro siempre de cada cigarrillo.

Aquellos días en el Astor Hotel, con las manos vacías, el reglamento clavado en la pared (y ser adicto no excluye ser borracho), el discutible Derecho de Admisión, las Malvinas para colmo: éramos pocos, parió la abuela, tu ausencia que me traspasaba el corazón: una ausencia en flor y matinal, fragante y perlada de rocío. Argentina, Argentina. Con las manos vacías (para no hablar de los bolsillos) y, en la mente, clavada, remachada a martillazos una sola frase, «Hemos vuelto a casa», ja-ja, tópica y fuera de lugar. «Viene uno como dormido / cuando vuelve del Desierto»: *José Hernández*, *Martín Fierro*. Jamás me lo sacaré. De la puta cabeza.

El arte es chabacano a más no poder.

A más no poder, no poder más: todo un arte. Pero el arte es chabacano, es el mal gusto: las grandes obras, sobre todo, esas pirámides que soportamos con hombros frágiles y pies de arena. Entramos en un crematorio de papel en el cual le va más que mejor en cuestiones de dinero a Marfa Yiraldín, gatera carísima, oriunda de la capital.

—nuestro héroe no le cortó la vida al párroco con el cordel. Quería que, vivo, y en pleno martirio, exhalara su último aire sobre la tierra.

—que tuviera, como se dice, un anticipo del Infierno en la tierra. Todas las frases terminan en tierra. Son cables a tierra.

—utilizó el cordel para conducir al cura a pequeños tirones, a pequeños ahogos, a ligeros sofocos (*Oliverio Girondo*) hasta el hogar donde los leños ardían, como demonios. Los

sofocos (*Girondo*) los sofocos de la víctima, que empezó lentamente a comprender, ahora tenían motas: negras, de terror.

—quiso gritar y lo hizo, pero nadie podía oírlo, y esto su verdugo lo sabía: tenía plena conciencia (bah, ¿quién no la tiene?), tenía perfecta conciencia (como si alguien *no* la tuviera o *sí* la tuviera, como si la metafísica —no, nada que ver con el tema).

—el cura quiso gritar y lo hizo, un sujeto, pero nadie podía oírlo, y esto, un sujeto, su verdugo lo sabía: dos sujetos, lógicamente predicables. La diferencia, sin embargo, entre la lógica formal y la lógica dialéctica es una *no-nada*, y no pasa por la oposición idealismo/materialismo. Las dos afirman lo mismo y en una proposición misma: «El crimen no paga». Pero el crimen paga aunque los cadáveres traben y se traben, suben a la superficie cuando se los quiere ocultos en el fondo —de la noche, el río, el lago o el mar— (o en el fondo simple, translúcido, de un amanecer en el campo, en la pura calma, en la calma pura: nada se mueve y, sin embargo, todo es fértil) (hay pámpanos y mechones rubios hasta en la luna, oh feuchistas) (Marfa Yiraldín y el cielo —*y cielo y cielo y más cielo*— de su mirada muerta, cadavérica y azul: azul, morirá la muy pobre, la muy muchacha). O los cadáveres se ocultan, precisamente en el instante en que se los quisiera ver; ver a todos los cadáveres, ver a todos los muertos: de una vez (por todas) y para siempre. Ahora bien...

...amanecer del 16 de octubre. Inexorable se acerca el 17. El Octubre 17. Las fechas: importan.

II

Octubre 16. 1982

Llueve, carajo. Torrencialmente. Es para perder el tiempo. Llueve para perder el tiempo (no, imbéciles, nada de «pa-

ra echarlo a perder»). A otra cosa. «Las últimas poblaciones» siempre se me aparecen a mí. Las veo, amarillo y sar-
na. Escribir.

Escribir y escribir. De lo que habló mucho Hernández fue de literatura. Tanto habla de ella que la «abstrae» por completo. La funda hacia el pasado y el porvenir. La hace desaparecer. En el presente (de todo instante presente) le hace hablar con entera despreocupación: charla de café, anécdotas al voleo, el perpetuo «ya que estamos». La *haría* hablar. Como a un ser que precede a la conciencia, la haría preceder a una conciencia que no advendría jamás. La *hizo* hablar. Como una conciencia absoluta. Como una conciencia absoluta que *prescindiría* del ser. Desde un incesante «aquí». Desde el poder (para decirlo todo, *de* decirlo todo). Llueve, carajo, llueve y llueve, y estoy: estoy en ce-
ro. La ruina. La miseria. La quiebra. La pérdida.

De la razón: haberla y perdido*. Pero también se trataba del fuego, de la conmoción del fuego contra la posibilidad de perder la vida ardiendo en ascuas. En Nueva York, Pretty Jane. En Buenos Aires, María Yiraldín: todas, todas en Una. ¿Pero en Una se hunde el *todo*, se vuelve al caos? Tal vez: si se trata del terrorífico «el mismo yo (o Yo)», y no del escribible (novelable, especialmente) «yo mismo». Al que aventuras no le faltan (nunca) para contar, pues no carece, más bien (nunca) de argumentos. Mientras el mismo Yo...

«yo mismo cuerpo fueron
en el mismo cuerpo del silencio.
Un solo cuerpo fueron y un solo
—silencio

en el cuerpo
que era uno solo igual
igual que el silencio»

(Vicente Huidobro)

Pero me divierte contar historias, me brotan: como agua de manantial. Soy un novelista de raza, sin rubor lo con-

* América.

fieso. También soy: El Sabio Blanco, hermano, y soy, tam-
bién: el Sabio Negro. A este mundo. A Cantar.

—óyeme, mi oíme.

—hundió el sacristán la cabeza del cura entre los le-
ños ardientes, alarido impresionante, erizar los cabellos.
El cura sacó fuerzas del horror y la desesperación, pero fue
más fuerte el sacristán: la cabeza, viva, se consumió entre
los leños. Así murió, de horrible muerte, un cura (párro-
co) gandul y alcahuetón.

III

La tarde caía, soberanamente esta vez. Cojeando, según su estilo típico (*era un característico*), el sacristán se dirigía hacia el bar del Cholo Catánzaro para tomar su copa habitual: era un bebedor moderado, aunque esto no venga al caso, salvo para avisar —cómo sutilmente lo hace Shakespeare en el comienzo de *Hamlet*— acerca del héroe y de la pureza de sus visiones, ayunas de alcohol. Golay compró la sexta en el kiosko de Fernández, justo enfrente del bar. Cruzó la calle. Cojeando. Entró al bar y cojeó, hasta la barra. Montó ágil, ágil para su pierna y edad, en un alto taburete hexagonal, y con sus manos fuertes, poderosas, desplegó el diario: directamente se enfrascó, en la página Deportes. El caso Maradona en Barcelona no lo dejaba vivir: él estaba contra el periodismo y la opinión general. Del otro lado del mostrador, el Cholo, que *se* estaba con la opinión general (linchar a Maradona y chau), saludó al gorrón con la cabeza y, sin preguntarle nada (¿son años!) le sirvió un vaso de blanco frío de la casa. El Cholo, que honestamente, pero lo jura por su madre, la pura verdad: el Cholo, que honestamente se había prometido a sí mismo, por lo más sagrado, no tocar esa tarde el tema Maradona (en Barcelona) con el Ren-golay, va, se le pone enfrente al acercarle el vino, señala con su dedo gordo y

cholo, sucio, las páginas del diario, las fotos del ídolo: va y mascando, mascando su escarbadientes de mediados de enero pasado, va y le dice al glorioso asesino impune, al Sácristan Golay:

—Con la guita que ha hecho correr ese guacho, se podría haber construido otro Hospital de Niños. Encima, va a Barcelona y hace un papelón. Encima, se la agarra con nosotros, con los argentinos, y con los periodistas: ¡una vez que dicen la verdad! Encima...

—Encima —le cortó el chorro, lívido, Mistah Ren Sácristah— encima yo te voy a poner las manos «encima», voy a traer el cordel de gasa suave (*se le escapó: es la pasión*), te voy a romper la jeta (*corrigió al vuelo*), vení, la puta que te parió, maricón de mierda (*exageraba para hacerle olvidar lo del maldito «¡si seré animal!» cordel de gasa suave*), salí pa' fuera, vamos, salí pa' fuera, cagón, la concha de tu hermana, «encima», «encima» me vas a chupar la pija «encima», gordo culón, por algo tenés más culo que cabeza, te la debés comer doblada ahí mismo, detrás del mostrador, y el que te garcha, porque no me digas: vos sos culastrón, de paso le hace el favor a tu mujer, pobre doña Clemencia venirse a casar con un troló como vos, y tu chongo, además, es el padre de tus hijos, además, «encima»...

A todo esto. En la trastienda doña Clemencia se había puesto de hinojos frente a Beto Bertoli, su hijo mayor, subcampeón amateur de los pesos pesados de Buenos Aires (línea Corea-Río Bravo). Doña Clemencia de hinojos frente a su hijo, que la idolatraba, para impedirle que fuera al bar y noqueara, pero noqueara para toda la eternidad, al chupaculos del cura, al maldito y arrastrado, cojo sacristán. Huelga decirlo: doña Clemencia logró su propósito. No iba, por otra parte, él, Beto Bertoli, a tirar al arroyo su incipiente pero brillante carrera profesional, desgraciándose por arrancarle la cabeza, encima, a un sacristán encima analfabeto, encima ágrafo, encima —para que se viera la catadura moral del tipejo—, que encima compraba todos los días el diario, de mentiritas encima, como los pibes, para fingir, de puro, ¿como decirlo? «coqueto» encima: si el pobre estaba condenado a la radio y la televisión para enterarse de la soberana, soberbia y sagrada,

encima sagrada marcha del mundo, moderno cada día más, y más complejo cada día más. Y más. ¿Qué valor podía tener la opinión de un tipejo así, que al periodismo se ríe jamás, encima, podría acceder? Beto Bertoli lo dejó pasar. Beto Bertoli, que (encima) respetaba más a Tito Lecture que a su propio padre, lo cual es decir, y aun más: mucho decir.

((Lo que no podemos
—dejar pasar
es el fasto. El fasto,
aquellos días,
el entierro de Hollywood:
Grace Kelly de Mónaco
—la muñeca reculona.
Un poco antes, y a la ligera
—un poco—
enterraron a Fassbinder.
Era un marica y un droga
—adicto—
Era un revolucionario, era
un gran artista.
El '68 «francés» sigue vivo
—por algún,
algunos resquicios.
Como también sigue
—sigue viva
la conmoción del fuego
(para no perder la vida
ardiendo siempre en ascuas)
—sigue vivo
el 17 de Octubre
argentino
—definitivo)))

El Octubre 17 se acerca, inexorable. A mí me encontrará, y no me acuso por ello (encima), envuelto en la cebolla. En la pregunta retórica. La técnica del poema en prosa no me preocupa: la domino, como a la concha de mi madre,

la tengo en un puño, la tengo. La técnica que me preocupa, desde hace años (que yo recuerde, desde que era un chaval) es la técnica de la prosa. Cortada.

¿Soy un wagneriano-post? ¿un expresionista abstracto? ¿un hegeliano conciencia desdichada por mi amo(r)-esclavo al «Martín Fierro», *mi* carta magna, *mi* constitución nacional? (No te hagas ilusiones, pendejo. Ya pasaste por muchos libros, escritos y leídos. Ya pasaste por revoluciones y por guerras. Por Europa y por América, o *Amerika*, ya pasaste. Ya sos un ex Malvinas, como antes fuiste un ex Viet-Nam. Ya tenés el pelo blanco. Sabés que *Martín Fierro* es la verdad, universal. Pero eso precisamente es lo malo, y para descubrirlo se pasa por revoluciones y por guerras. Para descubrirlo, sin poder responder, porque quizá no haya *qué* responder, porque tal vez: no hay que responder. Salvo la locura, la enfermedad, no hay con qué darle, como decimos acá (el arte no, ya no: desde Céline sabemos que el arte es obra —exquisita— de editores, marchands, productores de toda laya y grey). En fin, que ahí está lo malo, el olor malo, nauseabundo:

«verdad»
«universal»

el Sujeto. Ya sos un ex masacre del Líbano, y te la dejaste para el final: una reflexión sobre el antisemitismo —Celine una vez más—, que no harás, te la dejaste para el final. O te la *reservás* para el final) ¿Wagneriano? ¿Expresionista abstracto? ¿Marxleninista-freudiano? ¡no! *peronista iraní*: —El movimiento obrero revolucionario renace siempre de una madre virgen—: *peronista iraní*. Un fascismo, pero «un fascismo mexicano» le pedía Antonín Artaud a un Bataille que no estaba para esas nueces (*Masotta, Oscar*), ni nunca lo estará. Está, el «pauvre» Bataille, demasiado a mano. De los tarados: de los «filósofos» españoles y de Cioran, para empezar; para *empezar*: el «Martín Fierro» es nuestra Carta Magna y nuestra Constitución Nacional, inscripta, grabada a fuego por un genio. Por suerte y por desgracia, José Hernández es Moisés. Vino de Egipto, y tal vez por ello, por una cuestión de lenguas, tuvo un solo, único tema: la Palabra.

Hoy sigue 16, octubre 16. La lluvia hunde al tiempo en un pantano. En la charca, tal vez, desde donde los que ya están en ella (*Lenin*) nos llaman con su croar. La lluvia hunde al tiempo en una ciénaga: mal olor. *La putrefacción de la historia* también es un concepto de Lenin. Ahora comprendo. Ingenuamente, infantilmente (vaya esquizofrénico) me vine a la orilla del Atlántico, a Mar del Plata. Escapé de Buenos Aires (Hotel Astor, Hospital Argerich). Escapé del Riachuelo y también del entero Mar Dulce, del Río de la Plata, si seré. Si seré animal. La hermana de Nietzsche quería traerlo, a su hermano Nietzsche, al Paraguay. Pero los ejércitos de la alianza argentino-brasileña destruyeron el Paraguay. Un genocidio completo, sabio, tan sabio que los libros europeos no lo registran, tan sabios. Lo del Líbano es una caricia, un humano discenso internacional, comparado con aquello: aquello... allí se dirimía la eterna cuestión, civilización o barbarie, y claro, como es notorio: triunfó la civilización, aquello... la última batalla librada por los paraguayos, fue la de *Cerro-Cord*, que fue librada... por niños paraguayos... barbas postizas o pintadas con tizne, recursos teatrales en la esperanza... con la esperanza... de que las hienas creyeran que tenían enfrente un verdadero ejército y frenaran por unas horas su avance para prepararse para la batalla y así les permitieran la huida... esperanza vana, vana esperanza... la degollatina en masa prosigió. ¿qué niños ni niños muertos? ¡niños y muertos! mujeres violadas, pero carajo. ¿por qué *solamente* violadas? no, carajo, ¡violadas y *después o antes* degolladas, y no vaya a creerse al estilo idiota, al estilo zarandaja europea, para retardados mentales... no vaya a pensarse en los ¡huijal mongoles, en desbordes a lo Tamerlán... no (y no), queridos mfos... por aquellos años, 1870, cada ejército argentino marchaba con su degollador *profesional*, uno por pelotón. A los generales y oficiales, diplomados todos en los más famosos institutos, academias y universidades del Viejo Continente, violón-violón, ¿cómo decirlo?... la idea «prisionero de guerra»... ¿cómo decirlo?... les repugnaba. América era tierra de libertad, republicana, América era democrática y republicana, y la idea «prisionero de guerra» les parecía demasiado restringida, algo estúpida...

européa, en suma... hipócrita, incoherente... además. Si en Europa, centro del mundo, se masacraban mutuamente con tanta alegría e impunidad, ¿cómo desperdiciar las oportunidades que estos desiertos brindaban en bandeja? ¿Qué hacer? ¿Qué hacer además de leer, en el original, a Tácito y Lord Byron? ¿El aburrimiento, el fastidio de la vida de hotel?

No, *Cerro-Cordá*. La cacería prosiguió porque se trataba de una operación de exterminio. Liquidado el ejército teatral infante-juvenil, quedaban Solano López, su madre, su esposa, su amante, los ministros y los restos del Estado Mayor. Fueron todos pasados a cuchillo. La única sobreviviente fue Madame Lynch, la amante de López. Ya tenía el cuchillo en la garganta (le quedó la cicatriz para el resto de su vida), cuando atinó a gritar: «¡Soy inglesa!» Santa palabra. Era irlandesa, en verdad, pero en un momento así ¿a quién no se le va a perdonar una pequeña mentira? La trajeron a Buenos Aires por el río y aquí la embajada de Su Majestad, aunque con asco, se hizo cargo. La embarcaron. En Francia se deshicieron de ella. Vivió los años que le quedaban en París, no se sabe de qué, no se sabe cómo. La enterraron en Père Lachaise. Los restos de muchos comuneros, los fusilados cuando la represión sangrienta, descansan cerca de ella. Creo que Rimbaud también ya había muerto. ¿Y a ver?

¿Y a ver? ¿A quién carajo le importa lo que importa? —*Usted se refiere: a lo único que importa o debería importar*— Ya empezamos. Lo triste (es lo bello, es lo triste), lo triste es que todos sabemos a qué me refiero, a qué se refiere o debería referirse. «Un cotorrito blanco como la nieve.» Un cuerpo blanco como la nieve (un cuerpo de mujer; el cuerpo masculino no existe, que yo sepa). Una mirada azul, fascista. Es casi una cuestión pulmonar. Se respira cuando hay guerra. Cuando «lo criminal» ocurre. Es decir cuando se desarma —un poco, muy poco— la trama de la denegación.

(1982)

La novia del gendarme

//Septiembre dieciséis//

Óyeme, mi ome. Éste es un mundo de apariciones y gorgoros. El sueño se elimina con calma. El arte siembra en grano (pero, ahora no se trata—). Lo cual: es una infamia, el patrón a seguir. La señora tenía frío en primavera. Con semejante método de trinar, en Viet Nam y por parejas. Ya el fraude. *Di la ar* o algo (algo se rajará en pedazos), algo: la revuelta sin pago. Que las masas saben quiénes son los verdaderos revolucionarios. 1.º. Que las masas saben quiénes son los verdaderos revolucionarios. La política de este hueco donde nada arde. Tampoco los griegos (de tarde en tarde). Hay un animal caído, no un palacio. Es de fauces frágiles y saliva amurada. Guerrear gúfa, guerrear mater, guerrear oreja y falange. El infinito donde empieza algo, algo: la tardanza. Chupado. ¡Retemplal! La señora nació de un zapallo, la cigüeña la trajo. Es el televisor, es el televisor, es: (el frente resquebrajado de las clases): la muerte patina y no se instala, no encaja. La lógica que engalana (arrastre de voz). Los aires de darse aire, respirar tal vez. Educativamente hablando. Educativamente con los instrumentos precisos para el corte, y en el aspecto monocorde y ambicioso. Hasta el hongoide final. Arriba, más arriba, hay una proporción. Cuidado con los que fingen dormir. Bello y triste. Las muchachas calientan los sentidos, todos los sentidos, y se ríen del doble coolie. (¿flor?) Oh: mala fe. El pétalo que cae (rumbo a Siberia). Mañana: el pétalo que cae (en la propia mano, en el error). Y cuán cuán es este error. Tejerán los libros con arañas que respiran incluso

bajo el agua (¿por qué no?, dueño de una inmobiliaria). ¿Por qué no? Y el planeta, nada más, el clavel del aire. Un simple clavel contra toda clave: oh. Mala fe. Europa repugnante. Los grandes lagos se yerguen cubiertos por una película de grasa fría y los animales andan estupefactos. Los fuera de la ley, en el ocaso, encienden fuegos y parpadean con un estilo, con un estilo, de pantomima ideológica (filosófica, lógica y política). Pero ahora no se trata de (de la revolución china). Hay que imitar las palabras (y basta) con labio leporino y sin bigotes. Un júbilo más que achicharrado, unos húngaros testaferreros de la nieve. (Le pide el aroma de la camisa: *tetillas*). El sapo desafina: «Es el último cheque y no habrá otro, no habrá más.» Entonces hay una distensión, pero muy mal persuadida. La vida: la vida no es divertida sin Hitler. —A causa de la inversión llevada a cabo (por *Nietzsche*) no le queda a la metafísica otro recurso que entregarse a sus abusos—. Llevan coros de niños a la televisión, los van formando. Las palabras del canto se volatilizan en el color y la luz. Después el lavarropas, el automóvil y el anuncio «Ejército Argentino» se desplazan hasta rozar el punto más sensible —las tasas de interés—, y entonces un telón monocromo (blanco o negro) ciega el ojo de la cámara. En suspenso, el precio del pan. En suspenso, la cotización de la miel de las abejas del Líbano, que ya no liban. «¿Arroz con leche? ¡queremos volver a Treblinka!» A los palestinos les falta algo, ¿es el Doktor Mengele lo que a los palestinos les falta? Es terrible la pena de (este) amor. Es terrible el fracaso en un arte amado, por ejemplo éste. Pero nada comparable a la expulsión del partido. La puerta se cierra, caminar, llegar hasta la esquina. Y hasta la esquina se llega, hasta esta esquina. Punto: prohibido, el semáforo en rojo, al rojo vivo, un fuego que extraería lunares de la nada. Cada lunar sería un nuevo principio (solar). En esta esquina se muere el filtro del cigarrillo. Una butaca en un cine: la guerra. Alemania entera se moviliza. Es formidable. Argentina (¡Argentina, Argentina!) especula con la caída del imperio británico. Polonia aplastada, es la vida. Silencio. Silencio en la oscuridad, oscuridad en el silencio, una mano indiferente a la diferen escala un(ala) bragueta. Las orugas de

los tanques y la cremallera del pantalón luchan con similares obstáculos, imprevisibles montículos, zanjas. Pero igual: igual. Aquí el pen erecto, allá la svástica cabalgando sobre el Arco de Triunfo (de alquitrán). El *mismo* chillido de maricas recorre *todo* el planeta. Estamos transplantando órganos. Las Malvinas en el corazón de Buenos Aires. En el kilómetro Cero. La deuda externa en un bosque petrificado. La vaselina en el costillar dorado, doradillo del heroico Mary-conh: que el aliento sobre la nuca (rubia) que la penetración sea con dolor. Y *la'ar* dijeron al unísono: la revuelta sin pago, salvo los mapas (del estado mayor: en el cielo raso). La conveniencia o no de haber pertenecido a la «vieja guardia». La conveniencia o no de superar: la exhausta (condición) de simple coronel hasta obtener los prismáticos de general. Y las historias, hartas, de los hombres sabios: irritada, irritable lectura de las bellas letras. Hasta en los plenarios de delegados se leen poesías Eras. *Le agradezco, mi amigo*: Perón se carteaba con los artistas. *Le agradezco, mi amigo*, el envío de su última obra, certeramente meritoria: imagínese, yo aquí, rodeado de gayegos bozales... tropiezan en todas las letras, o bien parece que quisieran quedarse a vivir en algunas de ellas. Su libro me devolvió el deleite de la lengua castellana. Vea como fue: Fue como ver. El otro lado del mar. —Los enemigos pactan, óyeme mi ófme, pactan incluso la rotura del pacto, óyeme mi ófme. Mirá pelotudo. Mirá canaya. Basta, cuidado. El destino olfatea. *Pero*: El movimiento obrero revolucionario renace siempre de una madre virgen. Un feto y un microcéfalo tiran de las riendas. Qué buena es la vida de la mala leche. ¿Muere acaso por la boca lo que nace por la oreja? Por supuesto: habría que tener una visión de conducto. Época, epocá, de sedantes, de barbitúricos a veces, como se lee en los diarios cuando el muerto es famoso, o turbo-sexy. El mate con canela significa amor. El coraje de no leer estimula la matriz metafórica. Pero el espacio es demasiado sutil. La excitación se remite y transmite de un volumen a otro, de la mujer al homosexual-pocilga. —Yo quisiera ser obrera textil, pero para llegar (primero) a delegada de sección, mujer, luego de fábrica, y luego, más luego, ¡en un momento dado!, a secre-

taria mujer del sindicato, el futuro, y si lo logro (eso) será —eso— el des-tajo.— Lo que sufrieron los comunistas a lo largo de la historia verídica (saliva frágil) sólo tiene un equivalente: esta hedionda tarde. El hallazgo pasa rápido su cumpleaños. La penuria de la vela. Pero que haya algo no supone —en Grecia al fin— cortedad de medios, inmadurez dialéctica; al contrario. Vamos, el contrario se escarcha y ya no estamos («no estaban: para esas nueces»). Quienquiera que ame, cotillea. Porque si antes no lo sabíamos, ahora (para *estas* nueces) estamos: hartos de saberlo, y enfermos: con taras de perdurar, el punto que suicida. El pez nada, pez es una sílaba, una sílaba nada: se sigue el principio de la intensidad final. El remo de oro y la nuez de cáscara. La embarcación de los trasplantes, órgano por órgano (contra la tentación de multiplicar). Con un solo océano basta. Y basta: con una sola cáscara. A la especie humana no le gusta la guerra, la hace para aguar, *aguar* la fiesta de los pájaros (terrorismo, ecologizar). El marxismo es rico en contradicciones, pero resulta que el peronismo (argentino) se las sabe todas. Aunque se llevará (su sorete a la tumba). —Únicamente: «Únicamente lo genial es soportable, y el hombre medio debe ser exprimido para que lo haga surgir o lo admita». —Sin paradojas ya. En el surf, en la cresta del *Yo*. Puteando. Adiestrado. Un cuadro. (¡y qué cuadro!): *la metafísica* invirtiéndose *para entregarse a sus abusos*. Qué cuadro, compañero. Achanchado por los crímenes menos (moderados) más (modernos). Menos, más —empezamos: el 16 de setiembre, el gorila, el golpe. Y nos estamos acercando, inexorables (indexados, alguien diría casi) a la Gran Boda, al pastel de hojaldre: el Octubre Diecisiete, el día: cuando los dioses rieron en lo alto, o por lo menos —cuando menos salieron palmas. Millones de aplausos. En dos cuadernos se acerca el diecisiete, a sí mismo se toca en una novela doble (se aplaude). En esta libreta marca: *Guerrero*, bajo el título «La Novia del Gendarme», y en el cuaderno *América*, llamada «Las Hijas de Hegel» (llamado). Llamado de pequeños detalles materiales, clamores en un clamor solo, del que se envanecen los autores. Tomar bien por el kull es la receta, en línea recta. Ya apareció, ya tuvo que decirlo: decir el teórico, el

poeta felón. Es terrible: un grito de mujer anuncia por los corredores que la reina ha muerto. La pérdida de la Razón no conducía a la locura sino a las racionalidades, a las nacionalidades: el orden de los Estados no tolera ya el desorden de los corazones. Generalmente, el libro que se está leyendo: un delirio, un humor seco y entrañable, bastaría: menos que un papirotazo bastaría para reducirlo a polvo y a ceniza (a ese dios que manda). La identificación asfixia, crucifica. ¿Cómo, Moh, molestar a una pareja de enamorados? ¿Tocar el pezón de ella o tocárselo a él? Tus preguntas, Moh, tienen una sola respuesta, Moh. ¿Cansado, eh? Las pausas del componer, «mi querido muchacho». Cansado de comportarte como un tal de madre tal. Fuiste a lo esencial: ahora ya es tarde. Tenemos que pensar en el sello de correos, no, en el matasellos, no, en el encabezamiento «mi querido muchacho», y en la put-ta firma. (¡Ese cigarrillo encendido con manos —pulso— temblorosos!) Pero, «ya que estábamos». El pene y la vagina, justo adrede. Una corista pancha: la *kora* semiótica. Lo más pancha. Empero y sin embago, a fuer de la gracia impaga de una revuelta (más, de un desorden) *el cuerpo penetrable debe ser un cuerpo continuo*. Un trozo de verdad, caliente. El amateur *porque*, y malvencidos en las Malvinas (ingleses y argentinos) se reúran (para morir, calientes) de las islas—: de la neblina entrecortada en una garganta con demasiadas teclas, pero que sólo en una corre el margen. Así se vence al capítulo de los vencidos, el único que sólo (solo) merece derrota. Que caiga el bien sobre la paja brava, oh, claro, dueño de una inmobiliaria ¿*por qué no?* Que se derrame el bien como quien dice «chúpame». La *que* larga: aproximación, que no es ruido, ni siquiera en el femenino perentoria. Ni siquiera, la idea: la idea es bárbara. Escribir pan y manteca. Allá va la novia del gendarme, lo espera a él, lo recalca, para colmarlo con un chiquito (himen) no más grande. Grande, no más que un clítoris desdoblado, que un pulgar enfermo de razón (habfala, y perdido). Entrar. A lo grande. Entrar. Este corazón de cepo, aguanta: incluso, incluso civilizaciones, dos sartas, una barbarie. Templo al Templo. Para procrear de menos, y todavía alegrándose, a lo glande. Es muy pequeño (el participio

del verbo). La Novia del Gendarme: la novia (del gendarme) y guerra de las minas bajo la tierra estuprada. Qué estupor ni qué nada. La Novia del Gendarme: «él me quiere en la frontera, yo lo prefiero como la imagin, imaginación del charco —mal habido— más que como el charco de agua, más que como: la letrina de ensartarla». ¿Más que que que? Supongámoslo (por un momento) ensangrentado: aspira el páramo, el marasmo, por leer tres caretas del pan: *Otra* que el pánico soy yo, y entonces la boda así será. Blanda y semejante, cual (igual) la llave de lana que cerraba, con cruz, la proa de la navegación. El asalto a la política nos impulsa hacia un turbio y poseído (poseso) más claro, como si lo hubiéramos soñado, o soñado que la gota pasa por la voz: el esdrújulo padre y la madre grave, el hijo. Es un saco de huesos, flaco como un milonco: comilón, y encima aficionado: para colmo. ¿Mundo es este? gorjeos oa, ¿o apariciones *la, lad, la'ar* o algo. Oh: nada fe. La cotización del dólar hoy. Hoy es más sensible que las tasas de interés. Templo al Templo, edificado con plátanos (todo: para resbalar) con todo, y no encaja: es una puta genuflexa flexionando el escroto. En en en este, en otro sistema, cada palabra a donde menos llega. Acuaria invencible Aatra Paala. Así de fala. Aquí ¿y? ya. Aunque sólo traigan, los que nos invaden, un bidón. Siempre de fiesta el gurú, siempre, y en una comunidad sola. Templo: siempre en una comunidad sola tienen que habitar las tres partes, o lados: la Una extranjera y las dos vernáculos. Así en tu «La Hizo» tibetan, tibetan tibetano, copulan. Hasta los guijarros. Hasta ya prosiguió: el final hasta el final: ora de pie, la Oreja, la leche pudre (con guantes de vaca), y en el cuenco póstumo del alarde —anal allí— está la rata, ya se sabe. Gris nevada, con Goering, con restos de pelambre. Goga Incháuspide, una aliada, y a *Goga Incháuspide*, ya, *dedicado* (dedicado el poder, escándalo de la luche, y ella misma. La lucha, escándalo del poder). Pero claro: si aquí hay lo algo, lo dicho, todo (el tétrico) error: como si nos maniatáramos sólo los pies y luego, luego luego, a la postre, mostráramos las manos. El hueco. Las palmas victoriosas luego. El haz (desfiladeros) las arrugas infinito, prologadas. Chupadas por un retemplo. Perón surgía antes y

a las mil maravillas —no con este méé-todo, ajeno al agua cristalina que lo, que todo lo embarra. Para empezar. Un ineludible soto de violencia para pikinear en el Soto mayor. Ramón Elhío, Ramón... que todavía... estés ahí, y cangrejeando salvas, basta, de neón: un brillo de fraude y neón *Hotel... tel... tel... Hotel... Ho...* El fastidio, la biblioteca del suboficial: *¡para alejar el fastidio de la vida de hotel!* Da lo mismo, parece: vedas para condimentar y homilfas para condimentar. Es, se trata, de la pesada, una gran fiesta heterosexual: hasta las mujeres afilan sus cadenas y van. Vienen. A mear caruchas revolucionarias en una tinaja de alquitrán. A mirar sin ver, en la tercera o cuarta deposición anal, que la alegría de la vida... no, el valor que representa, y marcada. Marcada fruta seca: todo así. Todo así, me vine a vivir a casa de mi madre y de mi hermana (y de mi cuñado y sobrinos, además y por lo tanto), me vine aquí, que es Mar del Plata, en agosto, después de medio año catalán. Yo tengo cuarenta y dos: abril doce, mil novecientos cuarenta. Escriba alto tal vez. Inicié algo por ahora. Ya está iniciado en dos cuadernos: «Las hijas de Hegel» y «Por un capítulo primero». Lo gil del caso es mi poca preparación (en mi caso). Aunque hay maneras, de todos modos: de todos modos («maneras») de desencadenar la tragedia. Estilo a discreción, realizaciones ya de hombre de barba, códigos sin cogito y, en fin, gramos sin ala y hasta una ligera pechuga de audacia, creo, ah, que todavía no me faltan: la tragedia es útil y no fácil. Según releo, me interrumpí para exponer lo gil del caso. La casa de Mar del Plata está a una cuadra (del mar).

Bueno bueno. La locura —habráse visto— como destino *dividual*, más que in-dividual. Operación pueril y, y, idiota: *cretina* (palabra justa). Demasiado ajustándose todo, ajustandose, ajustándose.

—hoy es 17 de octubre —plin y desaparición, igual. Es, aparece, ya.

La casa de Mar del Plata está a una cuadra del mar. Las

onomatopeyas, como las ruinas, están. Y son: de nunca acabar. Onomatopeyas de nunca acabar, intentar. Hablarle a la vida luenga (lengua desde la agonía digamos, no desde la muerte. Si bien, una u otra, el estilo es doble, cooliflor. En lo siniestro —estilo— es allí donde banquetean las fuerzas. Pero, *agonía* despeñada. Mero, hacia la fosa común del ag. *jag, ag!* Tal el personaje (comic) tal el globo. Aire encerrado. La señora en invierno se congela. Esta casita tiene su querubín (soy yo). Y, vaya tener, yo sólo tengo: mi obra maestra. Fracasa todos los días como el horizonte, cuando se pone el sol, igual. Es, aparece, ya.

¡Qué hermoso puterío endogámico! Un hombre es para otro (y así de pronto) la mujer que falta: esa mujer que nunca falta. Esperas glúteas de dominio, reparto de caracoles, intestinal serpientes y esfínteres: nada falta. Pronto, así de burdo. Tu hijo es el hijo de mis entrañas, pero un diminuto espacio de mi entraña, sólo a ti te pertenece. A ti. El quien que desde el vamos se sumó al consumado dos más dos. Lloro todo lo que quieras, inabarcable, azul ángel de la prostitución oceánica. Que se entienda, ni falta que hace. Decirlo (encima) menos aún hace falta. Se ha vuelto una cuestión de profesores y profesionales. Soportar la pedertería de la cátedra sin desenvolverse: porque se ha vuelto. ¿Algunas todavía se o lo desenvuelven? Es posible alguien. Algún grande. Provisto del don de enredarlo todo (don) con transparencia franciscana. Nuestro no. Nuestro *no*, nuestro no es el caso. Lo inverso en bloque de mármol. Que la boca se haga taladro, y el perro esquí. Y todo, y tanto, y mal. Lo perdido y lo enredado, ese juego: que es posible decirlo, poco menos que: con sus mismas palabras. Alteza serenísima deteniéndose un minuto a dejar de pensar. Y permitir: los afeites y el mohín. La rubia hormiga: el bucy que ya no ara, tractor de madre selvas. En otro momento vamos a estallar: sólo (el arte de resucitar) podía llevarnos a estos extremos y el indubitable, indubitable afán de cundir, lo que cunde, en el círculo: de un núcleo. El único hotel alejado del fastidio, la vida, conversado (no obstante) el pathos de esta hedionda tarde. Que nos vieron nacer. Se mita y copia, antes. Nos lo prohibía-

mos. Protección, protegiéndonos con el mimbre de variar. A los que nos vieron nacer: encontrado en una botella, el manuscrito tapas blancas (letras naranjas) era un fiord. Una y mil. Una fotocopia partícipe de la partitura entregada al fuego de las llamas. Una. Una estética de mangrullo, soberana. Antes. Después ante lo imposible —primero publicar, después escribir— reptar ante: ante la resmadre y no entregarse. Qué clase de víspera ser, enculada por Adán (¡al diablo!) y humiye, humillada por Eva, atacada por ella con pelotas pardas de verdín y fango. Look, Lugones finítamente superior a Borges. La trama irresponsable del bolígrafo húngaro contra el fondo (sobre) el papel cuadriculado: la va de culata, lava de culata, lava de culata se —sobre entiende— la, la cuadriculada: televisión espléndida con marca de fábrica. Juro que nadie me escribe mis novelas. Soy yo solo, es, la sola que se corre, y dile: otra vez el bolígrafo. Ojalá sin fonética escribirme como me llamo, Mucama, Ojála. Deje su deber aquí, a mano de mi garganta. Ya no, Meym, me importa, Diana, nada: mi queridísima Diana, Hago escenas, Bataan, tan banales. Hago del amor un pelo blanco, una trenza tan, pero tan untada (de grasa) que a tu intemperie sirve como poncho engomado. Este punto no incluye, sin embargo, siglo (xx), un frente —común frente con los mineros bolivianos— y entre: los dos Octubres, Petrobaires grado. La braguet de (pronto) cae y salta el falo. Se pone: punto final a la intensidad del principio. El obrero boliviano, entecamente: indiferente al Comandante Che Guevara, pone al palo. ¿Está con su mina? —compañero de cuadro, Más azteca que un chupón —mis novelas las escribo yo, los cuentos (los hace) el rosario calloso del taladro, en el trabajo. En el trabajo de un meñique palio, bajo el índice del miriñaque. En el poder que he tomado en la red, fractura, retícula divisoria bajo. El empuje de las divisiones tan-que. Interrogado, tiro —entreperdón— la goma y yo no escribo: la novela de una sentada, adivino. Sobre lo que estoy sentada. Es un frío, hielo y punzón. En la celda palanca de lo que me mueve, contra la corriente aire: rata, Yosefina y Yosef. La K., fuera de toda alabanza. Allí, allá (y más) sobre la emulsión del tribunal, la rata se impresionó. En un alarde. Qué

hermoso (destino) es esto: en un ala arde el estudio fotográfico, y en la otra el martillo se suspende, en el aire, ni siquiera puede. Blandir a muete las pulgas del primer guardia. Me gustan las mujeres comidilla en la hoja de una escudilla de lata: llegaré hasta el final, hasta tener una madre trampa: ahí salta la loca y, hasta, hasta ella se une a la calbata. En su teto materno llevaba del circo al cine, en su seno. Diríamos tal cosa, claro: despertar muchachas y muchachos en un set (es) spots iluminado, uno cada uno (viniendo) de la mazmorra clave. Con las almas bolcheviques —en última instancia— y con: las armas: sacerdotales. —No es para tanto, ya empezamos—. El óyeme, mi ófme, punto de partida (sin válvula), o la vulva: sócia en el pantano, de los pies descalzos. Dimitri, yo dimi —óyeme (con el áspid Jesús en boca), mi ófme: dimití, y. Y Lenin no, a mí no me mirará las manos, sino el corazón silencioso de los labios y el uso proclive de los guantes. Aun en prisión. En el dekabrista aún, que al monte tira. A los olivos —salve— las espadas. Y en el dinero que engarcé en la soga del letrina acusado. Mierda de los latinos, placeres de los placeres. Hay Ti, taché mis rayas (¡no me vengan!) sí, por supuesto y agua, claro: me he excusado: no hay peor Roma que La Haya. Y puesto a callarlo todo, Hay Ti, dar-me que no puedo por la a mitad. Es una vergüenza lo que estoy haciendo, indigna y piara del cerdo de mis años, y con el plus del as, de la psicosis de los pájaros, ¡saliva del farol empedrado a gas! Un delator —atención— con piel de zapa. —La señorita Juana Blanco, preciosista, persona que ama, pide la habitación íntima para recibir una picadura de sexo— Taladro gira, las limaduras de Amor. El Amor excelso en la cama (del maleducado). Las ensangrentadas (sábanas) del incestúcido, todo incesto a la parrilla, al parricidio: aplomado en su muerte, ya invicto: amortajado ya por un sistema cortés, hospitalario, que bufa más que befa a sus pacientes. Es para llorar, Gran Teatro: la necesidad de final.

—Entró.

Como yegua sudada.

—Duró.

Lo que un pedo en un canasto.

Con todo (incluso lo que se pretende descontar) la suma igual acero antes de tiempo fragua, o después, y después, incluso: incluso la mañana cae de sorpresa, el valor de la fecha incluso (deja de contar) frente al momentáneo pico de oro de un solo, irrelevante (no irrisorio) momento. La fecha es clave como Gardel. Burdo, agachado encima, el instante todavía el lujo: se tira a menos. Es el zorzal craso, literalmente. Pero: exigir la verdad sería (una exigencia) pedir menos de lo que ya (de, lo, que, ya), exigir la verdad sería, primero, pedir menos de lo que ya tenemos. Tenemos una vida galante con mucho sexo indescifrable. Graves, fallas graves en la educación sexual, como tocarse el mío por ejemplo, cuando el tuyo, entre las rosas, no: soltar el andamio, alba, albañil. Católico. Pausa. Católico hasta las heces, hasta la tendida (mano amiga) enguantada por el rubí. Saltar del desplante. Hasta el trasplante. Plante lo que plante será plantígrado (así se hace, robando), oso hormiguero, cocainómano. O por fin, y al fin, esta buena aventura ha terminado, absorta en su laxo fin: encender un cigarrillo con otro, perfecto (pero) ¿encender con un cigarrillo a un otro? Día por día se va haciendo: la noche, hasta la noche. Ese extremo, el estilo, lo permite.

Por un capítulo primero

Mar del Plata. Octubre de 1982

«Hoy ya no queda nada por explicar: basta con explicar la nada.» EDUARDO WILDE (carta a Carlos Pellegrini, del 12 de abril de 1888).

Está vacío el cuarto de hotel: hasta que yo entro. Luego, si entro, yo estoy. Está lleno. El cuarto de hotel.

Hoy ya no queda nada por explicar: basta con explicar la nada.» EDUARDO WILDE (carta a Carlos Pellegrini, del 12-4-1888).

Siento nostalgias por la literatura, pero la verdad es que aparecieron otros goces —el juego de la muñeca y la hipocondría; encender el último, el último cigarrillo de la noche. Preferiría olvidarme del pasado, esa época anegadiza cuando la guerra asoló los campos de arroz... no, calma: nada del triunfo de las mieses sobre el húsar, nada de Hegel; tampoco «escupir sobre él», como tantas mujeres lo exigen. Nada: este párrafo.

Aparecieron. Apareció Pretty Jane; apareció la hermosa (horda del futuro). Un sencillo hoy, 7 de octubre, entro en una especie de marxismo sin visiones, pero con el sexo cambiado. Quiero ver a mi hija (*porque*: tengo una hija «mujer»); lo que no quiero es apurarme. El poder me ha caído en las manos, de todos modos. Lleno de agua el caldero, enciendo la hornalla: té y ojos claros, serenos. En Barcelona me drogaba como un justo; todavía me amplificaba en proyectos (agitaba el sonajero). Ahora... ahora la madre, caucásica, ha acudido. Tiene una venda en los ojos. Los tobillos de alguien parecen los tobillos de otro. Ya-ya: ligeramente así.

¿Lectrificar? No, por favor: un homosexual debe estirar las piernas. *Ingreso*

a los cuerpos de apoyo de combate. Ahora se trata, no más (y ahora nomás) de sostener el papel y la pluma. Mi medio mejor amigo me golpeó en la cara. Aplausos, aplausos. Como correlato empírico creó que es suficiente. Como trama formal, basta. Dos visitantes llegados de Buenos Aires me avisan sobre la función del aburrimento en la novela. Llegados desde Buenos Aires para visitarme en Mar del Plata. Porque (sin motivo) yo he vuelto de Barcelona. (Yo estuve en Barcelona: allí me

me: como un bendito. Aquí rasco la pintura de la pared y saboreo el rouge; escucho: aros, los pendientes. Y las uñas son por el estilo: con el corpiño caído pero los senos firmes; como si fuera posible entender que *estilo* no alude a *estilo*. No, este ya-ya no alude ya. ¡Calma!, sólo explaya: es lo bello y es lo triste. «Y me quiero con toda el alma.» Lo alto de la espada y los tacos altos: tengo el poder, mi lindo Julián, tengo el poder revolucionario —el pitido del menor falo: (en tanto Kafka, Josefina; ratón) (en tanto poeta, ¡zas!, novelista).

Al despertarme, soy Kafka, al despertarme soy el último cuac de Josefina, o un Verlaine abstemio y ejemplar, marido ejemplar.

—Che, Osva! (Osva! Osva! sin che).

En cuanto abro los ojos:

—Che, Os (Osva! Osva! sin che).

Desayuno: desayuno y las masas ya están en las fábricas, en las oficinas de papel, en el ensayo (con luz artificial) de la obra próxima, próxima a estrenar; la estrellita joven en el regazo-cenicero (manchado de ceniza, de cigarrillo) de la almada actriz madura. Es media (mañana); un vaso de vino blanco frío y un sandwich de jamón crudo y queso, cortado a máquina. Las masas esperan. Bastará que la forma se purifique —¡un infierno!— para que el movimiento empiece a comenzar. Como un bendito, el clítoris sonrosado por la simple presión, o roce (o roce) de los muslos¹

1. desnudos..

debajo de la pollera. Sin apuro, sin embargo, sin registro —con el bloc roto: un enorme agujero en el papel proporcionalmente inverso a la extensión del pensamiento. Sí, las manos en las caderas y la graciosa, justa comisura de los labios. Los glúteos tiemblan: de sólo pensarlo. Vi a Maradona, y no precisamente en sueños (hoy es hoy: octubre 7 todavía), imprecisamente, con toda la aureola del cielo azul y el sol, con una barba rala, Diego, y su boca de fresa: «—El señor Maradona? yo supongo—». Las orillas se pringan por la falta de una política que prevenga el momento posterior al éxtasis. Querrán convencerse de que falta el oxígeno de la falta —y se convencerán. La femineidad, en maniobras, debe replegarse. Me cuesta explicarme, me cuesta respirar por la cicatriz. Me dicen, con un pezón erecto entre los dedos, que tengo lindos ojos y piernas esbeltas: «—Yo supongo—».

—Che, Osvaldo. ¡Osvaldo, Osvaldo!

¿Por qué no Lamborghini? Mi *hache* intermedia no logra clavarme una jeringa (descartable) en el ano adicto materno-infantil cuando más lo necesito —cuando más lo necesito: con un temblor de manos. Compremos entonces esa novela. Y esa: petaca de alcohol, ya-ya. Un inconsciente estructurado como una mujer: tachada, suprimida como la Virgen. —Nuestra Señora— en la Trinidad Santísima. Empieza a comenzar, bajo el signo del empuje: la pulsión permanente, trabajadora, mundial

...el cencerro

...la aguada

...la primera

(página) (que ora por nosotros)

(y es nuestra hora)

por la porla: —Por la decisión de befarme en los rincones más siniestros del Hos; Hospital, todo el poder —y de todos modos— en mis manos: —Levantar la copa llena hasta los finos bordes y también, también recorrer el telón, el telón del glande, y masturbar, así, ¡y dale! ¡dale dale! —Mistah Maradona, Ay, su pase...?—

...hoy es hoy, 8 de octubre
y cayó sobre la tierra:
el chorro de semen ¿cayó?
¿cayó sobre la tierra? —¿derramándose?—
¿o no dije acaso
«las orillas se pringan»?
...(a mano armada)

¡Rima! Y psicofármacos. Bengala y Bengala. O, ¿o no dije acaso «siento nostalgias de la literatura, pero la verdad es que aparecieron otros goces». Creen leer, y así les va. Creen leer, cuando lo único que pasa (*que queda*) es una fina gillette y una línea (*de «puntos»*) que: —Escribe.

Y estoy un poco cansado del *Qué*, exageradamente *no*, no proporcional al *Desde* (¿quién?: desde el Objeto). Tanto... tanto *tanto*, sin embargo. Cuando el *asunto* ya fue legislado, más allá de todo ya-ya. Más allá de todo ya-ya, la verdad:

—los hombres chapucean leyes, las mujeres se ocupan de cosas serias —(del chocolate nazi)— (de amar a sus putos como a sí mismas)

...me depilo las piernas, maestro, me depilo: las axilas. Quiero: abuso. Quiero que me parta un rayo y andarme con chicas. ¿El sujeto sujetado a la palabra?... hazme refr, agujero, hazme refr.

—Óyeme, mi ófme. O mejor aún: «—óyeme, mi ófme—»: «para alejar el fastidio de la vida de Hotel» José Hernández escribió el Martín Fierro. Escribió todo un programa, fue un clásico, ¿y cuántos? —cuántas—, cuántas masmédulas y cuántas, cuántas novelas de la eterna (porque el femenino retorna) (lo reprimido retorna) serán necesarias para des programar, para desatar todo lo que estaba atado —y bien atado? Hoy es hoy, mi vida! ¡Te quiero con toda el alma!

un sencillo 17 de octubre
...conEVA METALÚRGICA

...ese día comió pescado y cagó ovos de oro en un bol. El cielo... El cielo de Tucson, no...

...con Pretty Jane. hoy es 10 de octubre: fechas, importan

Pretty Jane, prostituta de Nueva York.

Quisiéramos contar, con todo el primor que podamos —y es inagotable el primor nuestro— una sencilla anécdota de la vida de Pretty Jane, caucásica (19 años) joven prostituta de Nueva York.

Los shops recién empezaban a abrir: ella caminaba por el callejón de Iwo-Jima en dirección a Zinoiste Street; Pretty Jane pensaba doblar en Zinoiste Street para dirigirse a su cubículo: un ático sin calefacción, pero con teléfono y lavabo propios (la letrina, a dos puertas). Caminaba por Iwo-Jima, el callejón, cansada (un poco) después de una noche entera de bajarse una veintena de puntos: como diríamos en la dulce Argentina, en la Argentina de lengua de plata, su «cafishio» era brutal y exigente —y ligado a la Maffia, para colmo; y la Maffia no perdona, para colmo. ¡*Han tocado El zafarrancho!* (¿y quién introdujo aquí El zafarrancho?) Había y hay una frutería de la peor especie en el callejón Iwo-Jima. Esa mañana ocurría un triste espectáculo en su escaparate, tras el polvo acumulado y las letras chorreadas: un grupo de ciudadanos observaba anhelante el espectáculo, ansioso, que consistía en la eterna rata acorralado por el felino terrible, el gato color pantera dispuesto a devorarla; a desgarrarla primero con sus garras para luego devorarla: trozo a trozo y pedazo por pedazo. Dios mío. El arte es cosa del pasado. Dios mío; paralizada por el terror, la rata no atinaba a huir, y la verdad es que tampoco tenía adónde huir. El terrible gato saboreaba por anticipado su triunfo; se pasaba la lengua por los bigotes y casi se refa, podría decirse. Los espectadores contenían el aliento, Dios mío, vibraban como un solo hombre, cerraban los puños, apretaban los dientes, todos de parte del gato. Entonces, Pretty Jane: nuestra heroína es Pretty Jane.

Aunque cansada, Pretty Jane se detuvo y observó, nada más que un segundo. Golpeó luego el vidrio con su cartera, Virgen Santa, y el gato se distrajo, un segundo, y así la feble rata salvó la vida: entre manzanas huyó, y

uvas blancas (huyó entre manzanas, entre uvas blancas).

Los adictos al gato lanzaron un rugido.

Pete Sam Joe, el butcher, el que usaba el cráneo completamente afeitado, como bola de billar; Pete Sam Joe, con sus buenos 185 kilos de puro nervio y músculo, emergió del grupo con su cara perversa deformada por una mueca de odio. Y levantó su puño como una maza. Y lo descargó, Dios mío, contra le mejilla de la adorable y frágil, Pretty Jane, prostituta de Nueva York.

Dios mío...

Oh, Señor...

Pretty cayó ensangrentada sobre la vereda. Slim Flat, el mandadero pecoso de Pete Sam Joe, le pateó dos veces los flancos, primero el derecho, después el izquierdo, con todas las fuerzas de su tenebroso corazón. Y por último, como corona-espina del martirio, de la bellaca inmolación, del electro-shock, una anciana metodista se alzó el velo y con un rictus, con un asco, escupió el rostro de Pretty Jane.

Pero la rata ya estaba a salvo en su guarida, temblando aún, todavía: a salvo ya (en su cueva), en su guarida, temblando aún. Aún, a cierta hora se para Nueva York, que es una ciudad; se para y se detiene. Y gime. Y suspira:

—Dios mío, oh Señor.

Nueva York, sí, ciudad, enorme ciudad con rascacielos (según dicen), hasta con el Empire State: a cierta hora Nueva York se apiada de sí misma. Y tiembla. Y se abandona: se abandona a la piedad; se identifica con los objetos de su horror y de su compasión:

—Oh, Señor, Dios mío.

—Dios mío, oh Señor...

Y no me abandones. Y no abandones a Pretty Jane, a Pretty Jane. Y que mi plegaria a Ti te llegue, como llega indemne la cereza del justo a los labios de la inocencia y la humildad, al arrabalero pico del gorrión: Dios mío, oh Señor, tendida y sola quedó sobre la vereda Pretty Jane. Atontada, casi al borde del desmayo, cuando un canoso policía cincuentón acertó a pasar. Su hija podría ser, y se inclinó con un gesto paternal:

—Señorita, señorita...

—Oh, no es nada —declinó Jane.

—Denúncielos, señorita: esos bastardos, por una pobre rata... al fin y al cabo, señorita, usted sólo se apiadó, se puso de parte del ser... señorita... del ser más débil de los dos... conozco al maldito gato (soy de la barriada) y puedo asegurarlo: es un loco asesino, un asesino por placer. Señorita... perdón... yo... yo también la conozco a usted... perdón... y yo, en fin... yo sé... perdón... usted es... oh, no me haga caso: no quise ofenderla... soy torpe e ignorante, sí señor. Si apenas hablo español... pero no tan torpe como para no reconocer, oh, un buen corazón, usted quiso, oh... a usted le dio lástima, señorita... yo también... le tengo simpatía a las ratas... oh, no se ofenda por favor... ahora pensará usted que yo...—. Y rojo se puso, como la grana.

Luego ayudó a Pretty Jane a incorporarse, y se ofreció incluso para acompañarla hasta su casa y llamar a un doctor.

—Pero si no es nada, Mr. O' Neill—. Pretty Jane volvió a declinar: como si volviera a empezar.

LA CARTA DE EDUARDO WILDE

(Montevideo, 12 de abril de 1898. Sr. Don Carlos Pellegrini. De mi mayor consideración y amistad. Mi muy querido Carlos: Espero... bah, no tiene importancia, podemos ahorrarnos los circunloquios ya que fuimos manirroto con la peste, esa inolvidable fiebre amarilla. Mis ganas de escribir, en medio de la noche, son enormes; y mayores aún las de escribirte a ti) o a «vos», como dicen mis mucamos gallegos y también sus Eco-Eco, sus esposas gringotanas (¡jeco le cuál!) Escribir, escribir: sostener la pluma, no dejarla; tu «eduardito güilde» te añora, pero —¡este pero!— en cuanto a tu acuciente y pertinente demanda de razones sobre aquel negocio que derivó en casi cuasi titeo, y aun a riesgo de pasar a la inmortalidad como, hum, manfloro, no prefiero callar, prefiero hablar —escribir, escribir—, si bien en la actitud del que —¡este delquel!—, del que como quien no quiere la cosa. Porque la quiere sin ningún *Quien*: «pasiva»

(veremos), nirvanamente. Impersonal, impersonalmente. *Cosa*, che: un floreo, una jofaina (je-je) para lavarse las manos. Aunque después del controvertido contrato para las obras del Hospital***.... sucios no las manos, sucios tengo los pieses. Que valga el barbarismo ya que ambos, tú y yo, más el verdadero culpable, el botarate de Celman Juárez —¡cómo se ofende, el muy necio, cuando se le cambian de lugar los «pellidos»!— quedamos los tres, o los cuatro, por el refilón que le toca al Guento del Tío General (Roca), quedamos digo, y lo digo para decirlo con el heroísmo del estilo clásico —quedamos, digo: hundidos. Muy bien, perfecto: *hundidos en la mierda hasta el cuello*. Son cosas que pasan. Bien. Pero, ya que pasan, y ya que bien, la repartija de los patacones debió ser más equitativa. Hundido en la mierda hasta el cuello, en mi caso: *pero además me cagaron*. Sí, a guisa. Dicho esto sin ofender, sólo a guisa: a guisa de ejemplo —¡si da guisa!—... ¿Qué? ¿Cómo? No, mi muy querido: nada de explicaciones. Si te tomaste la burrada de leer mi último artículo en *La Capital* de Rosario comprenderás, o habrás (comprendido) cuál es mi opinión al respecto. Hoy (es tarde: ya)puta(clarea), *hoy ya no queda nada por explicar: basta con explicar la nada*.

Afectísimo. Muy atentamente. Te quiere y te respeta, a pesar de todo, tu e de

Eduardo Guaylde... (cuidarse: como de mamarse en la cama— guay de...) (de él, del Tierra Adentro Roca, que no dejó indio sobre indio; espero que resista la tentación de hacerse el distraído —de hacerse: el que nos confunde con un par de pampas; si anda cerca no pegués alaridos golpeándote la boca con la mano: por si acaso; Roca dice que la Constitución es «un librito»; imagínate, a nosotros debe considerarnos como un par de carajos de erratas; y sin dejar de cuidar el culo, tenele atención a tu cogote: tin tin, el oro es bueno y es buena la plata (también), pero el General tiene rima, oído, oreja, camisa, y La Refalosa rima, es pegadiza). *P.D.*: ¡Bárbaros, las coimas no se matan! Y en confianza: ¿con qué «parte» te quedaste de mi «parte»? ¿Lo hiciste por amor al, al *arte*? ¡Bárbaros, con los *peculiados* no se hacen juegos de palabras! ¡Pobre José: se llamaba Hernández, ya lo ves; y pobre de mí, hijo de (puta)

un irlandés! Escribo para no mirar los cadáveres: me quitan el sueño: el sueño de un indio infinito en su universalidad pero, ¡yapail pero tan singular(mente) fácil de aniquilar química(mente) con una mezcla de ginebra de repetición y plomo y pólvora para artificiar mamados. Ah, me olvidaba: ¿a que no sabés quién se hizo puto en la soledad del desierto, donde *la* miraba con cariño al principio, hasta que un día reputísimo, de esos que nunca faltan, se decidió por fin y dijo (rima) el muy pillo: «Quiero que me lo palpen: es de cuero; y que me lo ensanchen: a este anillo; que me ensarten, que me claven (rima) o yo me muero». Y parece que hay sumario, que ya es asunto oficial. Y parece que nomás (rima) enderezó para el pajonal y ahí nomás, adíós, sin otro particular, el ejem-rima puso y se hizo culiar.

Va más postdata que carta. Al marica parece. Parece que lo van a fusilar. Es rima-militar. Tierra Adentro o adentro trágame (tierra), formarle consejo de rima (guerra) es algo que se impone sin dudar, y después. Y después lo van a fusilar, por puto oficial. Perdida, toda una vida, una carrera que era: rima, ejemplar.

Leo mucho aquí, en Montevideo. Escucho música anegada en llanto. Creo, dear Charles Peregrino, que voy a enloquecer. Que ya me volví loco. Como si che, alguien me hubiera preguntado-rima, en mi propio til, estilo quebrado, por mil y por til, como si al... algún quien, che, me hubiera preguntado, che: «—Che, ¿estás loco o te pica el culo?—»

Y yo no. Y yo no. Sí, como si yo no hubiera (sabido responder)—. Tengo las manos tintas. Tengo los glúteos de siempre. Pero me pasa que no siempre tengo. Todo bragueta, guayl de él, es estricta propiedad privada. ¿Acaso no alambremos los campos y empalamos a los indios? contra la opinión de nuestras mujeres que pretendían (pero callándolo) dulcificar sus costumbres, pero adoptar la —*adoptarla!* ¡hijas de Hegel!—, de beber sangre de yegua en pequeños vasitos de licor, como si variando el Contenido el Contenido variara. Sangre de yeguas, *sois*: putas, y para colmo en esa inmensa soledad, tiemblan («¡tiemblan las carnes al verlo!») que afina, como el perfil de una tacuara, y por consiguiente, por efecto y por causa, dada

la cercana carnal del salvaje —lanza: afina y afemina a los maridos; como si de cuerdas, violón, como si de cuerdas de violón se tratara. Anegado en lloro, lloro. La lluvia forma orillas, dibuja lágrimas. Lagunas hace surgir... ¡surgirl... seremos arrastrados a lo más tupido del pajonal y allí violados por los caras pintadas. Ya lo veo, ya lo siento. Ya lo gozo como una muchacha antigua, chapada, que quiere preservar su himen intacto para el esposo y entonces le ofrece, o le resigna a su agresor, ¿qué? —la perfección. Lo que las nalgas tersas preservan oculto, impertérritas. Le dan el cul en el pajonal, y por el cul se la dan. Dios mío, a mí también me lo harán («es un librito», dice Roca), y entonces seré puto con toda razón y sin remisión («¡pero si es un librito!», insiste Roca). ¿Quién sabe, Carlos, si *tu* Eduardo, si tu pobre amigo Eduardo, Eduardo Wilde...? ¿Tu pobre amigo tiene miedo de que su cul, su put, su percance sea —su librito— constitucional? La pija, cuando está parada, hace una comba temible en su parte inferior, afecta. Afecta la apariencia toda de una bella forma (más falsa que la verdad) y así seduce y también desgarrar —salta: *la tapa de los sesos de la víctima*. Y yo quiero vivir. Y estoy en mi derecho, porque a ver ¿qué tengo (yo) (de mujer)? aparte de mis pechos-rima hermosos, turgentes; aparte de mis muslos-desnudos de satén, aparte de la íntima (perla) en la entrepierna, llamada Clítor (musa) como una Musa: del clímax, musa del clímax y de la torpeza del andar por la adorable culpa de los tacos altos-rima aptos para las piernas: esbeltas, oh esbelta —y tanto que cada pierna es una hembra (esbelta), es una muchacha (esbelta), es la prueba, es el encanto; es el rima (deseo) y es su canto. Soy *Mimu*, y parece fácil pero no lo es; soy *mi mujer* de cuerpo: *entera*.

Prosigo: La pérdida de la razón es una razón de más para no volverse Eduardo Wilde, (puto, es decir) justo ahora: los boxeadores me sacarán hasta las medias, y los chongos profesionales (además de cobrar por mí los derechos de *Agua abajo*), animándose al «salto en el vacío», atreviéndose a «quemar etapas», *del arado de madera a la industrialización a todo trance (hipnótico) y, en el mismo movimiento, a la revolución permanente, cultural y proletaria: escala: mundial; tam-*

bién, claro que también, querrán los anticipos y el saldo final de traducción, puesta en escena, versión cinematográfica y tele (visión: visiva) del *Niño proletario* y su manager: *Sebregondi*; de *El Fiord* y de *Poemas*. (Los boxeadores, porque conocen mi debilidad por la manos vendadas.)

Dijo Eduardo Wilde (dice, Eduardo Wilde):

—Dejé de escribir cuando me enamoré perdidamente de una mujer justo; justo en plena epifanía bocabajo, cuando cargar carne por la popa se convirtió en mi derribar, satori, el muro. Dejé de escribir cuando me sentí el traidor inmundo de todos los hombres: *Esa mujer era el mismo Yo*, —atención: nada de «yo mismo».

Con un abrazo termino esta carta. Con un beso seco, querido, la acabo. Saludos a todos los putos que se besuquean y otras quean contra el paredón de la Recoleta.

MUCHACHOS, hay que seguir escribiendo; porque yo no soy padre: soy un destino.

- ¡Che, Lamborghini! Mr. Lambor? ay, su pose.
- Está bien. Ya me levanto entre las lámparas escuálidas.
- Ya es la hora.
- Siempre es la hora
- Ya es el día
- Siempre es el día
- Igual los muertos no van a resucitar.
- Sé que los muertos van a resucitar. Yo los haré despertar
- Despertar de su prematuro
- Sueño de prematuros. Los que han muerto
- Son unos conchudos
- In-vaginario:

Es un librito

MUCHACHOS, la vida toma en serio, se emborracha: consuetudinariamente. Ebria la vida, aduéñase, se adueña: de todo lo que se escribe; *sin leerlo*.

- Sí, ya-ya
- ¡*Sin leerlo!*

Lázaro queda; los libros, no.

—Y se dice ganado «vacuno» porque el tal (no el tal por cual) en la vaca tiene su origen. Y yeguarizo, se dice; «yeguarizos» porque de la yegua vienen (y a ella van). Y *se dice*. Se dice género humano porque el hombre viene de la mujer, hacia la cual (mal si *no* fuera), efectivamente: no va. Y como querer decir es un entonces, entonces:

—Lo humano es lo marcado, la mujer.

YERRA. —El antihumanismo, por este entonces, es ideológico: un museo de cera (sin marcar). Virilidad padrina de bombetas (de mal olor); estallan con un plop-aj/aj, y hay que aj, rajar, es preciso: a las esbeltas todo, a todo lo que den las piernas y los Altos (tacos lo permitan) —M'hijita— y con las polleras que se arremolinan

—¡aj—

—¡raj—

—Y con las bragas

—Humedecidas y con

—El Clítor

—es de guarnición

—Humedecidas, dulce placer

—Humedecidas, dulce terror

—¡Pero, Loca, que vienen los hombres!

—Ellos, ¡haciéndonos siempre lo que queremos!, son, ¿son sonetes? sí y non. Son

—Son y son

—Más aburridos, T' Son, que chupar un clavo.

—mat's aburtson que chuptar un Oral-K

—¿Unt o Diost?

—Not, pongámoslé te

—¿Los riñámoslos?

—¡Dog, dog! ¿dog?

—*Al Féizar*, mirad, un pistolero de Tucson, no, de Nueva York. En fin, ya creo haber aclarado este punto: todo va bien, hasta que llegan los lectores. Porque, cuando ellos llegan, entonces: entonces. Entonces todo *iba* bien. A eso se llega cuando los lectores llegan. *Primero publicar, después escribir* (única manera de Evitar lectores). Peronizar de entrada: Ortodoxa mente. Vertical mente.

—OH SEÑOR, DIOS MIO — (Nueva York se detiene por completo)

(Hasta el café, el café café, café Al Féizar queda en suspenso, cuando a la luz de la palabra *hotel* se disponía a laiguar a nuestra heroína Pretty, Pretty Jane, porque la defensa de una rata miserable le había prod —de prod, de producir— producido a ella un CONSPICUO hematoma en la cara, y ahora no podía, no, no podía salir a putarraquear, y por lo tanto, por este entonces, Al Féizar perdería un puñado: por una rata, por un hematoma CONSPICUO, por un puñado de dólares —pero en su grávida, terrestre majestad, por AQUEL entonces se detenía

—OH SEÑOR, DIOS MIO — Nueva York)

((Es una ciudad enorme. Absorba, quien pueda, la plegaria))

((Antes de que los lectores lleguen, si es posible. Si no es mucho pedir))

((No, no es mucho pedir,

OH SEÑOR, DIOS MIO —es demasiado))

((pedir))

—Demasiado, pibe. Siempre serás un griego, un niño.

Pero dura sólo un instante. Luego la ciudad de Nueva York arroja la plegaria al más, al más maldito de los lugares del Cielo —a esa nube que pasa, por ejemplo— y recobra su ritmo, y el látigo, el látigo implacable de Al Féizar. Cayó sobre las nalgas desnudas (de algún modo: indefensas) de Pretty Jane: parpadeo inútil, inútil neón de la palabra *hotel*. El castigo prosiguió hasta el cansancio (del brazo de Al Féizar). El verdugo salvó de un salto esa forma yacente, esa nada de Pretty Jane, y se tumbó en la cama. El neón proseguía su trabajo: *hotel... hotel... hotel...* El café se proseguía el suyo. Sermoneaba a la desmayada Pretty Jane:

—¡Por Cristo! Tenías que ser tú, como si pocos problemas tuviéramos en la barriada, tenías tú y tenías tú que arruinarles su diversión por defender a una miserable rata.

Yo que Sam Pete Joe, ¡por Cristo que te hubiera matado...!

Pretty Jane sacudió la cabeza. Lentamente despertaba:

—No blasfemes, Al...

—«No blasfemes, Al» —la remedó el café, horriblemente, frunciendo el hociquito— «No blasfemes, Al...» Encima haces intervenir a ese viejo memo de O'Neill, el único botón del departamento que no se deja untar...

—Yo no lo hice intervenir, Al, eso es injusto de tu parte. Yo estaba tirada, herida, herida entre frutas podridas y hortalizas podridas en el callejón de Iwo Jima...

—«Yo no lo hice intervenir, Al, eso es injusto de tu parte...» —la remedó, otra vez, frunciendo otra vez (horriblemente) su hociquito—. Eres una buena para nada. Ni siquiera sabes hablar español. Mira, mira, ve que decir «herida, herida entre frutas podridas y hortalizas podridas»...

Se levantó ágil, como un resorte de repente, y le azotó las tetas con un revés de cachetada.

—No tienes clase, Pretty Jane. Eres basura. Para que sepas, se dice simplemente «entre frutas y hortalizas podridas», sin repetir palabras al ñudo en tu estilo buscona, en tu *look* trotacalles serie «B»; ¡look tú, pelotuda!, ¡pelotuda de mierda! ¡miel sobre hojuelas!

(Instintivamente. Instintivamente Pretty Jane se protegió —con el antebrazo flaco y debilucho— la cara; pero había pasado: pasado, había, la hora de los golpes; llegado en cambio, había, la hora del sermón —y lo que vendría luego, «lo posterior».)

—Escúchame, querida. Escúchame bien, Pretty Jane, mi dulce bien. Escúchame bien porque todo lo que te digo y te machuco es para tu bien, y por tu bien. Por eso incluso (telo) machuco, una y otra vez, mi dulce bien, para tu bien. E incluso (ya me estoy pareciendo a Delamarche), e incluso, digo, es por eso: que te machuco, ya sea con mi látigo, ya sea con mi puño; siempre por tu bien, siempre. Siempre, eh, hasta el cansancio. Hasta el parpadeo incesante, como esta palabra *hotel* que no y non: jamás se cansa en su neón. Como un feto, incansable, en su alcohol. Como...

Un francotirador psicópata, ex Viet-Nam, ex frontera provocateur ruso-china (como es lógico), ignorante por completo de la penuria vida de Pretty Jane, como es pe-

nosa(mente lógico), lo dejó seco a Al Féizar disparándole porque sí (pues sí, ¡qué val ¡hombre...!) desde una azotea, en fin, *fronteriza*. Lo hizo en el momento... *tel* del neón iluminante. Repetimos que lo dejó seco, con el «como...» en la boca boqui, boquiabierta. Un tiro rifle mira telescópica, 45 el calibre equivalente a, y la bala entre ceja y ceja. El orificio de salida, un túnel: un túnel de sesos desparramados.

EL SINDICATO MOVIÓ (RÁPIDO, RÁPIDO) los engranajes. Padrinos grandes y pequeños tomaron cartas en el asunto. Al Féizar era un simple peón de ese *gang*. Un peón. De una (vamos, por Cristo, y que por una vez nos sea, amén: perdonada la blasfemia). Un peón, en suma, de una categoría tan ínfima que *hasta sería ridículo mencionarla*¹. ¡Si estuvo en Viet-Nam, pero como palanganero de mueble en Saigón, y antes de la guerra, antes de la intervención norteamericana! Si quiso quedarse a combatir —«ya que estaba, ¿no?», dijo— pero lo exceptuaron por sus antecedentes penales; lesiones contra la persona de un cojo y estupro anal en el pan dulce de una menor, menor pero más puta que las gallinas, como todo el mundo, hasta el juez que lo condenó, lo sabía; *el* Al Féizar fue preso, sin embargo, empero; y en la cárcel, encima, se «*divirtieron*» con él los otros presos. Hasta lo disfrazaron de mujer. Hasta — podemos decirlo, ahora que está muerto— tenía cierto parecido, así, vestido de mujer, tenía cierto parecido

: a Pretty
: a Pretty Jane
: a Pretty Pretty Jane

... una mezcla
que admira
de puta anémica
bella a su manera
y atorranta, arrabalera
que yira y yira y yira...

Pero no es justo.

1. ¡pero! ¡nada de cabos sueltos! ¡el sindicato es el sindicato!

No, no lo es, haber tronchado así, como árbitros (pedreos y chiflidos), arbitrariamente, la vida de Al Féizar, la fatiga verduga de su brazo y la admonición de *su* palabra. Más aun cuando se había dicho que luego vendría «*lo posterior*». (Sí, y dale: también José Hernández, o Jota Hache, si se quiere, vino a descubrir, después del éxito, que a su historia «le faltaba lo mejor». No, no hagamos trampas.) Sí, hagámoslas. (...no es justo... «es injusto de nuestra parte, Al», ya estamos copiándole el estilo a Pretty Jane...)

Hagamos de cuenta. El francotirador psicópata todavía no tiró del gatillo. Si la memoria no nos falla...

((Añoro la literatura sí, pero esto no pienso explicarlo más. Que cada quien, como pueda, absorba la plegaria.))

Y sí: si la memoria no nos falla...

—Escúchame, querida. Escúchame bien, Pretty Jane, mi dulce bien. Escúchame bien porque todo lo que te digo y te machuco es *para* tu bien, y *por* tu bien. Por eso incluso (*hotel-te lo*) machuco, una y otra vez. Mi bien, para tu bien. E incluso (vuelvo de la muerte y ya me estoy pareciendo a Delamarche cuando trata de hacerle entender al cabezota Germán, digo Karl), e incluso, digo, es por eso: que te machuco, ya sea con mi látigo, mucho; ya sea con mi puño, mucho. Siempre por tu bien, eh. Siempre ah, hasta el cansancio. Hasta el parpadeo incesante, como esta palabra *hotel* que no y non. Que no y non: jamás se cansa en su neón. Como un incansable —feto— en su alcohol. Como...

Silencio. Clavó, Al Féizar, los ojos. En las ancas tortas de Pretty Jane.

—Oh, no —dijo ella, brotada de lágrimas—. Sé lo que estás pensando, pero, oh no, hoy no. Por Dios, Al, hoy no, ¡oh no!

—...Como...

Al Féizar estaba como: como loco.

—Por lo que más quieras, Al, hoy no. Estoy destrozada. Primero me trompeó bien a trompadas Pete Sam Joe.

Luego tú: a latigazos; y un sopapo que casi me arranca las tetas. Hoy va a dolerme más que nunca. Por Dios, hoy no, Al, ¡al hospital!

Ella tenía un defecto (o virtud, según se mire), tenía el terrible defecto o la deliciosa virtud llamados *anus puerilis* (orto *infantiloide*): no le cabía ni un alfiler; sudaba sangre para cagar. Y para colmo.

Para colmo, la poronga de Al, al palo, medía sebregeridianamente medio metro, con (encima, para colmo) musculosas articulaciones que como es obvio «articulaban» los trozos mediante rugosos anillos parecidos a los aros de goma de contención de los antiguos profilácticos (desconozco los modernos); cuando la cabeza enorme (nos olvidábamos, caramba, de Ella) de esa descomunial, sotreta garcha, (de chico, me acuerdo —aunque nada tenga que ver, Calígula, La infancia de un imbécil con él, tema de La Verga—, yo decía «descolumnal», porque pensaba: más glande aún que una golumna); cuando la cabeza enorme penetraba por la ranura normal de un ano normal, y luego de la cabeza los terrosícos, rugosos anillos de las articulaciones —esa ranura normal quedaba arrasada, y el intestino generalmente vuelto por completo hacia afuera. Ya menos que normal quedaba la ranura. O menos poco que anormal, casi enteramente. Cuando el turno le tocaba a Pretty Jane, lo que ocurría con harta frecuencia, a ella había que hospitalizarla, con la cara posterior de los muslos tinta, tintos en sangre. Por una movida de culo terminaba, de cabeza, en terapia intensiva. Los médicos cruelmente ya le habían diagnosticado. Si continuaba con esas prácticas quedaría parálitica: de por vida.

—...Como... —Al se acercaba. Pretty Jane: reculones contra la pared.

Octubre, 14, 1982.

((del arado de madera a la industrialización a todo trance (hipnótico) y, en el mismo movimiento, a la revolución permanente, cultural y proletaria: escala: mundial. Es el ritmo lo que no soporto. Es el ritmo: lo que no me soporta. Con el bloc roto, un enorme agujero en el papel, la forma. La forma por allí se escapa. Encender —es inútil— encender otro. Condenadamente, cuando la for-

ma se escapa (cigarrillo) es el placer lo que se escapa, lo que se escapa es lo familiar, lo familiar que tiene todo aire de novela. La forma se escapa y también la firma. Es claro: es un juego trola trola de palabras. Catorce de octubre, mil novecientos, ochenta y dos. El 17 se acerca, ese día. No tengo manera de evitarlo, ese día abriré otro paréntesis.

Para no ser... «comprendido»... por la familia, para eso se empieza a escribir. Y todo va bien. Luego viene (sóla, saltando nada, quemando nada) la otra etapa, la conmoción Octubre 17, el fuego de no perder la vida ardiendo en ascuas. La etapa de escribir para que tampoco —lo que se dice: tampoco— los amigos comprendan. Eso es perder la razón. Haberlo y perdido.² *Perdido. ¿Quién? Nadie firma. ¿Quién? ¡tembleque! Nadie, pero lo que se dice firma: nadie firma. Viene naciendo.))*

Regresar. Ex Malvinas, ex Viei-Nam. Regresar. Está vacío el cuarto de hotel: hasta que yo entro. Luego, si entro, yo estoy. Está lleno. El cuarto de hotel. Porque *yo sabía*, compré una botella de ginebra y unos comprimidos rosados, de codeína, opiáceos. No voy a contar el cuento (*chist, chiste*). Astor Hotel, Montecasino Street. El francotirador psicópata, siempre me gustó ese oficio: el que de una razón (de estado) pasa a otra razón, también de estado: alucinatorio. Pasa, y no: *no pasa*. Caer. En la trampa de caer. En la trampa. No como los que no caen. En la trampa. De no caer. En la trampa. Ésos se salvan de caer. En la trampa de caer. En la trampa. Los otros, no. No se salvan de caer. En la trampa. Está vacío el cuarto de hotel: hasta que yo entro. Luego, si entro, yo estoy. Está lleno. El cuarto de hotel.

—Quemarse, de una buena vez.

—Quemarse, de una buena vez.

—Quemarle.

2. Laprida 19.

LOS SESOS A AL FÉIZAR

((ahora sabemos la clave; sabemos cuál es la respuesta al famoso koan zen —¿cómo suena el aplauso de una sola mano?—: *la cachetada que me pegaron en Barcelona*))

—Quemarse, de una buena vez
—Quemarse, de una buena vez
—Quemarle

LOS SESOS A AL FÉIZAR

Bueno, de vuelta a casa, porque Nueva York, New York, es mi casa y mi ciudad (o mentira, mentira: Viet-Nam todo entero, y las Malvinas, el íntegro archipiélago, son mi casa y mi ciudad). New York es mi ciudad. Cierro con llave la puerta del cuarto —Hotel Astor— y estoy. Con las manos vacías, de vuelta a casa, al hogar. Con la pared desnuda frente a los ojos y el clavado Reglamento, Miro por la ventana y puedo ver. El movimiento, en la otra ochava, del precinto 16. Nunca fui un devoto de las metra(yetas). Nunca me trajeron buena suerte. Buena suerte: Buenos Aires es mi ciudad; mi hogar y mi ciudad (o mentira, mentira: el continente entero —*Amerika*— es mi hogar y mi ciudad). Buenos Aires y su torre de marfil: el Hotel Astor. Lo meditado aquí se ruboriza. Es el rubor. «Buenos Aires, Buenos Aires», con estas palabras en la boca, murió: José Hernández. ¡*Para alejar el fastidio de la vida de Hotel!* Oh: «Un brillo de fraude y neón».

Regresar.

Regresar otra vez.

Regresar de una buena vez.

Con las manos vacías, ésta es mi casa.

Mi hogar, mi casa y mi ciudad. También: también. Está vacío el cuarto de hotel: hasta que yo entro. Luego, si entro, yo estoy. Está lleno. El cuarto de hotel.

Luego me enteraré por los *periódicos*: dejé seco, un tiro entre los ojos, a un tal Al, Al Féizar, fiolo de poca monta. Lo hubiera matado de todos modos, porque *estábamos* ahí, ya que *estábamos*: él y yo. Yo estaba apostado, posición reglamentaria, en la azotea de enfrente: él apareció en *mi* mira (no yo); él, me acuerdo, hablaba con alguien (que no apareció en *mi* mira), él usaba tirantes rayados y moñito. Yo, yo jalé el gatillo. Parece que lo hice mierda: al instante. En fin.

Empezar de nuevo, con el corazón limpio.

Con los labios pintados. Con las uñas de los pies: pintadas; y pintadas: con las uñas de las manos, pintadas. Con cartera y sandalias piel de vísbora y con pollera pantalón: Toda Una Mujer) Cuidado (el detalle). Sandalias: alto tacón, ascendente. Ascendente la alegre matriz de nuevos destinos. Hurra, es de campanillas.

¡HURRA!

(por una nueva novela que comienza)

1

Para empezar, para entender, hay que pensar, y sólo eso, en el vértigo del *sexo opuesto*. Sex combatiente, sex drogado; el sex, la terrible sex del melancólico. ¡Conoced el des-tajo! El padre, la madre, el peñoncito. Escribir y escribir y escribir: el *ced* es paulatino y ortográfico. La carátula se pone tapu, tapu como la madre que lo parió. Arte es igual a miedo a la hipocondría, afina César Aira en —*inédita*—, «El Estúpido Reflejo de la Manzana en la Ventana». Hurra, entonces, por las superficies que alimban. Mueran los hipocondrios, cosas de abajo, remo-roides, fantasmas cenagosos del «fondo» (bajo) o, en el buen decir del gayego, barriobajeros. En algunas novelas de Dostoiévski aparecen, en efecto, personajes dados al puro malo, barriobajeros. ¡*Sois de puta madre!* Siberia los redima, así como la

bellota en ausencia redime a la ardilla presente, tumultuosa, en la primavera y el verano tumultuosos. ¿Y el gato, y la rata? Un cántaro lleno de leche se estrella contra el asfalto empedrado del callejón.

Iwo Jima. A los pocos pasos, Zinoiste Street. Un cántaro lleno de leche se estrella contra el asfalto del callejón. De su lira tira, hasta donde sea cuerda. Con el 17 de octubre en los corazones, infiltrar «objetos» a, homo, ex taxis, excrementos vivientes del Japón (se dir algo de ellos adelante) en ese resto cartesiano que se llama centro-torrencial, flujo sanguíneo. El cántaro se estrella, oh cielos. Retempla, y la leche discurre varios siglos para hacer turgir mis tetas, preciosas de hoy para mañana. Surgir.

A guisa de poronga y moraleja...

La verdad es que antes de ser despachado le rompió alevosa, malamente el culo Al Féizar a Pretty Jane. Cuestión de tiempo.

—...Como...

Se olvidó de su afeminadísimo «como» Al Féizar, lo dejó colgado, en el aire, suspendido, en el aire, respiró hondo, ¿está claro?, claro, le arrancó las bragas a Pretty Jane, la puso. La puso boca abajo sobre la cama (...tel, hotel...) y le enterró la batata. En el culo. Cincuenta. Cincuenta anudados centímetros de poronga estilo: estilo «cabeza de gato» (por algo, de su parte estaba —y contra la pobre rata— Al Féizar: por algo).

El alarido fue instantáneo, aparte.

En cuanto entró en contacto.

La cabeza de gato con la ranura de pajar.

Igual Féizar conseguía su propósito. Ya logrado, le había metido un cuarto de cabeza en el recto para su fin. Igual Féizar, ya manaba. A chorros la sangre de Pretty Jane, alma de cántaro. La leche pedía *vil-más!* en el circuito pleno y apretado, en las redomas —oh tiempo— de mis tibios. Preciosos. Senos. Ahora podía yo posponer la utopía del Chongo Perfecto, del Sebregondi Falangíneo, para mediar sin desmedro, sin desmedro mediarlo, con un marido cuero, empeñoso y diligente, padre (*Oh Padre, ¿por qué?*) padre de mi Hijo: en el celeste Cielo la rosa, la rosa y la poronga, entera su cabeza ya en el interno cu-

lo de la loca trota, trotacalles tróta, trotapalabras trota.

Alaridos, Al Féizar le está rompiendo el culo a Pretty Jane. Chorros de sangre. Alemania, Argentina, Albania. En su momento, cuando acabe, Al la sacará roja de entre las ancas, roja con los ojos en blanco. Iwo Jima, la leche habrá quedado lúbrica en las entrañas, sin pensar en nada. Recóndita en las entrañas como un ferrocarril austero: Arcadia, Australia, Auslandia.

—austero al margen, hoy era 17 de Octubre; o sin más vueltas —o sin más rodeos— 17 de Octubre hoy eros—

La multitud despliega sus banderas en el callejón. Eva habla en turquesa y soy, por fin, una mujer epifánica, ruborizada por el turquí. La lengua me expulsa y tabla. Tabla rasa, ruborizada por el rubí y el robín, por el petit robín y el alfa-nin, aún más petit. Expulsada por la Lengua al calor del habla. Entre las piernas de tala ex tálamo, con el plumaje como tabla, como pájara: entre mis piernas un habla rosada habla, un clítor musa sin pálida

Perón Pueril

Perón Pueril

Perón Pueril

en son de marcha. Mientras a Pretty Jane sí que la machacan.

—¡Al, Al, Al! —vociferaba su propio nombre, el rufián: ánimos, ánimos, ánimos se daba mientras (ya sin rima) a Pretty el culo le partía. Porque eso era partírselo (...tel, hotel...) y no culearla. La propia sangre de la pobrecita servía, en la operación, como único lubricante ...tel, hitel... y ese tiempo de agonía pasaba, pero era: como si no pasara. Tiempo del salvaje, del salvaje tiempo. Tiempo del sioux y del ranquel, Perón: Perón Emperador último de los pampas, el fin sin fin

¿Y Pretty ano pueril según Al, Al la caga?

¿Y?

Yo no sé.

¿Se tratará, acaso del «puro malo» peninsular, digo ibérico?

((Mi mejor efigie, charabón en la moneda, ya la dejé atrás. Es muy sencillo atrás, quiere decir: páginas atrás. Cuando se dijo: «la estrellita joven en el regazo-cenicero (manchado de ceniza, de cigarrillo) de la almada actriz madura». La idea blanca y apagada de la muchachita, como una colilla más. Con su inmensa mirada azul, fascista. Tiene la actriz madura unos hombros espléndidos, a su manera prominente como senos, y también a su manera el relieve suyo es menor que el de la pequeña. En esta escena. En esta escena el rouge es más carnoso que los labios. Son madre-hija en la ficción. En la vida real, no; y jamás pagan sus cuentas. Más trágica será, todavía, la Alemania por venir: más Alemania grabada a fuego por Alemania)))

Más Alemania aún.

(USA es el objetivo bélico de la Argentina)

tip

pit

tip

y la ciencia siempre tan pequeño-burguesa, tan ahora, tan contra la inteligente lobotomía; y la literatura siempre tan, y tan luego ahora, tan sexitista: empantanándose, encanallándose en el sexo opuesto o en la homosexualidad «espontaneísta», no biológicamente programada, cuando

Al Féizar eyaculó aliviado y con una alegría casi, casi migaja de santidad. Cuidadosamente sacaba su verga del antro diminuto y miraba, siempre con la avidez (de la primera vez), la realización del prodigio: en enrollamiento en torno al torniquete de su *penis* viril, cuando cordón umbilical, del intestino en parte de Pretty Jane: curiosa vuelta a los orígenes, porque pene eres y al pene volverás. La muchacha, más atolondrada que mala, ¿había dejado de existir? —casi— Respiraba aún, débilmente. Al Féizar, como pudo, ayudándose con una sopapa, le devolvió parte del intestino al culo: lo que pudo. Después llamó a la ambulancia del hospital. Era absurdo pero era así. Y siempre les hacía a los enfermeros el mismo chiste: «Je-je. Estuvimos jugando. Al culo sucio.» Luego la sirena y luego Dios, Su voluntad.

LA CAUSA JUSTA

En la biblioteca inembargable de un linotipista erudito, no tan viejo pero al borde de la muerte (un nombre con varias pronunciaciones —Luis Antonio Sullo—, infatigable en su lucha para que los libros dijeran lo que alguna vez susurraron: *no leía jamás, pero sus subrayados eran perfectos*. Lo que alguna vez quisieron decir, y lo dijeron, mucho mejor que sus rayas debajo de las letras, lo que querrán decir alguna vez —no se los ve muy apurados— aquí, aquí el presente) al borde de su última herejía, porque así mueren los histéricos, antes llamados posesos, de cáncer a los 56 años: Buenos Aires, aquí el presente. Podremos entonces tirar a la basura toda esa basura, esa trama de rayas en los libros que fingías enseñarnos, esa manera tan «suya» de subrayar y no leer que te envidiamos (siempre) / *aprovechamos el rato que le falta para insultarlo*. La oportunidad se ha presentado y no habrá otra. Está en su cama, fresco como una rosa: por fin la enfermedad, gracias a los muchos cuidados, terminó por florecer (Buenos Aires, seguro, ¿pero aquí el presente?). El cuerpo de Sullo tendido en la cama, la cabeza casi blanca: —pero el presente como un regalo: —¿Aquí el presente?— solía preguntar en asamblea (siempre era extraordinaria), pero para agregar en seguida, señalando el índice en varias direcciones. Los que recuerdan comentan que decía (además de cualquier cosa):

—Aquí por lo menos Buenos Aires, pero hoy me siento un poco raro por la multitud que me acompaña aun cuando sabe, y bien que lo sabe, estoy muerto.

Tanto aprendimos de su humor, que mientras lo amor-

tajaban nos dábamos el lujo de volverle la espalda y entre los amigos copiarle el chiste: —¿Aquí el presente?— Era su chiste, el mayor del mundo: nadie se atrevería a reírse?

La ciudad de Buenos Aires, por lo menos. Te amortajan, Sullo, y ya no podrás ironizar sobre nosotros. Tu invalidez de muerto, pero no, prematuro caprichoso, no te pasaremos cadáver en silla de ruedas (sobre tu regazo un subrayado, jamás un libro), ahora Sullo a merced de nuestro humor, impotente ante la merced de toda nuestra merced, que empezará con el saqueo de todos los subrayados de tu biblioteca —*¡Jamás nos diste el gusto de leer un libro!*— «Lástima no poder subrayar a máquina», decías, pero a máquina se escribe, y hasta puede llegar a decirse en los mil tonos plateados de la ironía que se aprenden en una ciudad reprobada, Buenos Aires, el viejo chiste:

—Aquí el presente.

De un viejo.

Pero no se te escapa entonces, como tal vez no se te escapa ahora, único muerto paseado en silla de ruedas (no, ayer chocamos con otro), la arbitraria pretensión de suprimir en tus subrayados los textos, ni la pregunta que nada tiene que ver con el tiempo, y con la historia menos:

—Hundidos hasta el cuello en lo informe, si aquí el presente, el pasado ¿dónde, entonces? y dónde el futuro: porque si aquello de «a mí no me gusta el cómo» merece nuestro aplauso (*Aplausos*), el *cuándo* es tierra de tumba, por eso se prefiere la silla de ruedas. Pero ustedes perdieron la capacidad de responder a pesar de que les abrí mis puertas, que fue una manera, no la única, de cerrarles las suyas en sus propias narices. Me interesaron por su capacidad para el chiste largo, ese que termina por hacer perder la paciencia e impone hablar de otra cosa, esa segunda que se condensa porque resultó interminable la primera. Sí, aquí el presente. Me gusta Buenos Aires porque la Cruz brota sola de la tierra (aquí se terminó la milonga de cualquier Evangelio). Ahora a mí mismo me subrayo, aunque no es a mí a quien le corresponde, y menos los juegos que condeno de antemano (el plumero está escondido, también en la vida eterna). Ahora despacio, déjenme ver: sí, éste es el bar de Talcahuano y Cangallo. No, falta una cuadra,

pero ahora sí, estoy seguro, es éste: Bartolomé Mitre y Talcahuano. Me parece que me equivoqué, muchachos. Era el de Talcahuano y Cangallo: tengan cuidado porque grande será la tentación (*ya hablaremos*). Aquí no estamos solos, pero precisamente aquí ocurrió el asesinato. Y ahora sí a casa, a recuperar la mortaja remendada.

—Bueno, amigo Sullo, silencio. Usted tiene razón, el chiste es largo, o tal vez nunca hubo uno tan breve como el de llamarle *chiste* a lo que impone cambiar la eternidad, estilos. Que causarán gracia o tedio, y no estará usted para subrayarlos: apenas un linotipista, apenas un plomo en forma casual de letra que uno se encuentra por la calle, uno de esos que los cirujas revenden, como nosotros lo venderemos a usted y lo poco que le queda, hasta su mortaja remendada.

Y estamos de nuevo en su cuarto.

—El *pánico* —dijo Sullo, sonriente— «Murió por estrangulamiento de mortaja»... Eso mismo, sí, tenés razón, Rosita (Habla con su mujer. Ella no hablaba con nadie).

Eso mismo. Algo habrá pasado con la silla de ruedas, pero se terminó la costumbre de pasear al fantasma. Aquí el presente, en Buenos Aires, que se hará popular. Morir estrangulado por la propia mortaja. Popular como la cera: *d* en frente, revés (ver: Eda Mayor), el brillo de la cara muerta y su museo: nacer fantasma y resucitar como fantasma, convertir en soga de ahorcarse la propia nalga. La ironía de Buenos Aires supera a Buenos Aires. Piensen que Sullo estaba tan bien, tan de buen morir. La enfermedad, al fin, gracias a tantos cuidados terminó por florecer:

—Señora, tal vez convenga una maceta.

Por el momento no debo preocuparme: el cansancio es una buena señal. Los que le encuentran una «forma» al destino, sólo son los personajes de las novelas, de esas que ahora ya no se escriben. Pero, no hay más remedio, a veces las cosas se complicarán un poquito. Algunos no le encontramos ninguna forma al —en fin— destino. Si se la encontráramos, hasta nos gustaría tener uno. Pero acusarme a mí mismo en una novela (francamente buena), de mi ridícula pretensión de escribir una novela, no me exime...

Quería darle entrada a la palabra *exime*, que puede llegar a representar un gran papel. Habrá perdido su tiempo el lector. Pero el lector soy yo. Pero eso tampoco me exige. Explicar ya es otra cosa, se parece a confesarse sistemáticamente, en un doble sentido: cada vez que la Iglesia lo prescribe, y también a esa manera de referirse a alguien diciendo que «hace las cosas por sistema», aunque el sentido es triple, en este caso, y no doble: si explicar equivale a confesarse sistemáticamente —Buenos Aires, ¿aquí el presente?—, puede entenderse (mal, casi seguro) que explicar equivale a confesar *un* sistema. Pero es una lástima que la serpiente se muerda la cola, pues da lo mismo subrayarlo (*escribirlo, nunca*) así como queda subrayado, que hacerlo exactamente al revés: si confesarse equivale a explicarse sistemáticamente (mal, casi seguro) —y como se recordará el sentido es triple en este caso, y no doble— es probable que podamos atormentarnos con una nueva esperanza: explicación, confesión y sistema son posibles. Pero debo fumar menos: así como la televisión nos devuelve viejas películas, los años nos *eximen* —por fin— de comentarios.

II

El hombre que nace *culón*, el hombre que nace *nalgudo*, durante toda su vida arrastra ambos moles a la vez: *culón*, *nalgudo*. La gente tiene preocupaciones graves como para entrar en estas diferenciaciones aparentemente sutiles. También los literatos las tenemos, pero, es nuestro oficio: nos gustó meternos con esto de las palabras y ahora sobran las quejas: diferenciar el sentido de *culón* respecto al de *nalgudo*, de pronto (cuando nosotros también quisiéramos opinar sobre *el hombre en general*) se convierte en nuestra preocupación ineludible y más urgente: —Mirá que escribías mal, Sullo (*subrayo*).

Pero, realizado el trabajo de establecer las diferencias,

(ya lo realizamos), los derrotistas batimos pelmas. locos de contentos. ¡Qué fracaso! Porque no hay diferencia alguna: *culón* y *nalgudo* se refieren a los glúteos con mucha carne y grasa, digamos: «adiposos», que suena a insulto. Con lo *anal* propiamente dicho, nada que ver: lo anal, ausente. El material de consulta fue escaso. Conforme pues con notas dispares y «relatos arquetípicos». En cuanto al uso, la gente habla de *Culón*, de *nalgudo*, jamás: detestan quedarse en la superficie, suponemos.

El *culón* en general es un «*me da lo mismo*» mientras que Nal, por momentos personaje arquetípico de esta historia —no en todo momento, no siempre arquetípico y metido en una historia que a veces es capaz de dejar de serlo— desde niño padeció las angustias y los tóxicos, o las *taxinas* si plantean una sinonimia aceptable con los tóxicos, del sufrimiento perpetuo, aunque no siempre perpetuamente sufrido. El *culón* cree tener un cuerpo proporcionado, que hasta puede gustar a quienes la armonía, *culona* o no, les resulta seductora. Pero aquí se habla de una mayoría relativa de *culonas*. Nal, en cambio, no tiene la dicha de sentir ninguna clase de pertenencia a la misma, y por lo tanto (ya veremos) vive las peripecias de un héroe trágico o las de un desgraciado.

Nal cree que su cuerpo, destinado a ser «perfecto», fue alterado durante el último minuto por el demente que dirige estos planes de producción, alterado de manera deliberada. El demente sordido y tenaz, anticipándose a la befa y a la humillación universales programará colocarle una *parte* (grotesca) que no coincidiera con el *todo*, sólo para que Nal se sintiera ridículo y humillado durante el tiempo que le tocara vivir. Todo por pura maldad, porque rompía la monotonía: fue una de las pocas veces que *El sabio Loco* del comic se salió con la suya. Así, creemos, florece el delirio. Nal pensará que ya desde niño lo persiguieron y maltrataron, como si él tuviera la culpa de ser *culón* (aunque es él mismo quien se siente culpable y se atormenta): tachar la estupidez psicoanalfabeta del paréntesis último.

Aunque estas estupideces Sullo son típicas de los linotipistas-semi. Subrayar demasiado, leer poco, como si entender fuera un suicidio.

Por supuesto, por haber nacido grueso de atrás, hasta su familia que lo cuida y lo protege para evitarle a Nal (y *evitarse a sí misma*) perjuicios irreparables, también se ríe de él además de utilizarlo para descargar sus malos humores: existen testimonios incuestionables respecto a este matiz del problema, así como también se comprobó que la tentación de palmear los glúteos de Nal generalmente es irresistible aun tratándose de excelentes personas. Es inútil contar las experiencias practicadas con malvados, sádicos, perversos y psicópatas de toda clase: resulta fácil imaginar los resultados y conclusiones de las mismas. Para ellos, el ineludible destino del *culón* es sufrir humillaciones dolorosas de toda índole. Entrando ya en el plano de los testimonios recogidos, asombrosamente la causa de tal destino «*se debe a que los demás, los que no somos culones, con algo teníamos que divertirnos en este mundo*».¹

El Sabio Loco tuvo el cuidado de dotar a Nal de un carácter bonachón, así todo marcha sobre ruedas como suele decirse, y la cuestión se reduce —entre las buenas personas— a encontrar el pretexto para nalguear (amistosamente) al pan de Dios: —¿Se graduó tu hijo, Nal? ¡Te felicito! (Y *nalguean* cuando Nal ya había tendido sus brazos para recibir los del amigo de toda la vida— Su esposa encenderá la luz esa noche: habrá creído escuchar un sollozo que paría el corazón. Un sueño, tal vez. Un alma en pena...

Quizás por única vez, todo le salió perfecto al *Sabio Loco*, ya que Nal es noble además de bonachón. Afrontó el dolor de la vida cotidiana, porque comprendió desde joven que aislarse de sus semejantes era engañarse a sí mismo. Debía procurar integrarse, y además, lo mejor posible. Por más que se encerrara, *el nalgueador compulsivo* le daría caza. Su verdugo tenía todo a su favor. Nal, que vivía sufriendo

1. Sobre este punto obra en nuestro poder otro testimonio concreto y directo. Pero aún es absolutamente prematuro hablar de él. Hay una tragedia de por medio que compromete a una de las personas que contribuyeron a animar la historia. Es posible que no digamos una sola palabra, aunque subrayamos algunos libros (de texto).

dolo, ya que le conocía todas las tretas, tan hábiles algunas que él —todavía— se veía obligado a responderle cortésmente, con una sonrisa en los labios.

Como un ejemplo entre mil: el acecho expectante del *nalgueador compulsivo* de la combinación de un conjunto de elementos: bache en la calle, ómnibus repleto, cercanía *Nal-nalgueador compulsivo*: tropezón del vehículo en el bache y... «¡Ay, Dios, el cielo y tú me envían esto de regalo!», se diría el *nalgueador* cuando fingimos trastabillar caía sobre su presa y al menos por dos o tres segundos, con la excusa de no derrumbarse sobre una pobre anciana, desplomábase sobre Nal y *nalgueaba*, brevemente pero *nalgueaba* a su gusto. (Sí, perfecto, término que no se usa, pero durante ese instante. ¿qué otra cosa era Nal que un impotente *nalgudo*?) Encima el *nalgueador* se defendía con irónicas excusas: «¡Oh, mil perdones le ruego a usted!» y Nal, que iba a matarse trabajando a su empleo, debía sonreír rastreramente, para no terminar preso por energúmeno y además perder el trabajo. («*Reaccioné así, señor Jefe, porque yo lo venía observando, así los reconozco a una legua!, y todo fue un pretexto para nalguear y nalguear, nada más*». Silencio, incómodo silencio: «¿Puedo preguntarle, señor Nal, qué es eso de nalguear?» Silencio. Algo difícil de explicar: «*Usted, señor Jefe, es un hombre cuyo cuerpo goza de exactas proporciones, no creo que conozca al repugnante personaje que no puede vivir si no aferra aunque sea por un segundo, día tras día, las protuberantes nalgas de alguien como yo, cuyas proporciones inexactas se manifiestan justo ahí: y uno sufre hasta el llanto cuando comprende que vive nada más que para que ese sujeto repulsivo lo nalguee y se relama al nalguearlo*». Pero los jefes se manejan con una lógica mendiga, casi asilar: «*Pienso señor Nal, que se trata de un carterista o de un degenerado invertido*». Nal lo miraba con los ojos empañados: «*Entonces les tendría piedad, señor Jefe, me haría el distraído hasta cierto límite y le ofrecería un poco de dinero para no hundirlo más en su infierno marginal*». Y aquí Nal cometía el error de exaltarse, casi gritar y perjudicarse a sí mismo: «*¡No y no! señor Jefe, ya veo que usted también ha caído en la trampa. ¿Carterista invertido? Sí, en este momento me río, pero le juro que no de usted. ¡Ni carterista ni invertido, se trata de otra clase de asocial! ¡EL NALGUEA-*

DOR COMPULSIVO!, cuyo único deseo es nalguear y nalguear! ¡Oh Dios, ¿para qué habré nacido?» La mirada del jefe, licenciado en Economía Ricardo Tomás Terquis, lo traspasaba: incoherente pregunta, luego de haberla ya respondido: nació para que lo nalguearan. Esta falla lógica convencía al jefe: Nal, no le convenía a la Empresa. Ya el silencio, además de incómodo ahora era hostil por parte del superior. Luego, el veredicto, el triunfo del *nalgueador*. El jefe: un adiós para siempre: «*Le deseo que no lo vuelvan a nalguear, señor Nal, pero esta empresa necesita hombres cuya personalidad no esté afectada en lo más mínimo. Espero que la ley atrape a esos monstruos que sólo quieren una cosa en la vida: nalguear y nalguear. Usted los descubrió. Lo felicito y adiós.*»

• • •

Nal entonces pensaba jugarse entero: asesinaría al próximo nalgueador. Pero, lo más triste de ser condenado por asesinato, se relaciona con los otros reclusos. Le dan una tremenda importancia al hecho de que el crimen se realice por dinero o por otros motivos. *No les interesan los otros motivos*. El primer día se explican dulcemente: la condena es larga y, matar, un asunto grave. Luego, una noche, lo llevan al baño y lo violan. Es la ley. Después el trato con ellos se vuelve difícil. Existe esa noche. Después, una mañana siguiente. La frase reclusa es terrible, Buenos Aires: —«*Mató por nada: sin duda, es puto.*»

• • •

Cada vez que imaginaba una de estas escenas (con el jefe, los del ómnibus repleto y el *compulsivo nalgueador*, de imaginarias no tenían nada, salvo que hacían llamear su imaginación), se reafirmaba más en su proyecto de trabajo, trabajo, trabajo y vida normal. Llegó así a formar una familia, a la que mantenía con decencia. Era un hombre tranquilo y apacible y así salieron (o educó) a su esposa y a sus hijos.

Familia aparte, sin embargo, el acontecimiento del año era

el partido *Casados vs. Solteros*, todos trabajadores de la Empresa, al que seguía un gran asado, que venía —si así se dice— al pelo después del enfrentamiento deportivo. Jamás se negó Nal a ocupar su puesto de arquero, y aunque nunca desertó, ni siquiera se le pasó por la cabeza semejante idea, lo cierto es que para él era un día difícil. Con los pantaloncitos del equipo, las ... resaltaban todavía más, así como el peso de las bromas aumentaba, tanto las inocentes, las amistosas que en lo íntimo de su alma lo alegraban de ser un *culón*, y lo invitaban a que interiormente se vivara a sí mismo diciéndose: «*¡Y viva Nal, y viva Nal, gran arquero y gran culón!*» Pero aunque lo disimulaba, él tenía su orgullo futbolístico, y a pesar de la lógica rivalidad entre equipos, todos eran compañeros y amigos: entonces, cuando de pronto se lucía y salvaba un gol, le hubiera gustado que todos aplaudieran (y así lo hacían muchos de *Solteros* incluso), pero nunca faltaba una serpiente entre éstos últimos, que cascabelcaran, pero a los gritos: —«*Vieron eso muchachos? Te pasaste Nal, ¡al Culón, al Culón, al Culón!* ¿Por qué el *Sabio Loco* lo programó tan pacífico? A mucha honra, él era un asesino. Pero está escrito en la página 5. «*Vos tenés ganas de ir al baño.*» le dirían en la cárcel, una noche: además del chiste, culón, violado y puto.

Jugaba por puro hábito, estrechar lazos para «aumentar el nivel de comunicación», como decía el sub-jefe de *Relaciones Públicas Internas*. Desde un punto de vista estrictamente técnico-deportivo, para los solteros la cuestión se limitaba a mantener viva la nostalgia de los once rollizos, de modo que se cansaran rápido tratando de correr los 90 minutos. Si se proponían este objetivo, les bastaba con hacerles peligrar el área tres o cuatro veces durante el primer tiempo y cruzar entre algunos de ellos (los *Solteros*) un par de pases complicados a gran velocidad, así además los cabezas sentadas rivales al mismo tiempo que —digamos— echaban los bofes, se ponían nerviosos. Otra salvedad, desconocida por los legos, es que lo que a todos les puede parecer una virtud de *Casados*: ser más serios y unidos entre ellos y más responsables en cuanto a las instrucciones del capitán, en realidad se les convertía en una contra. Le bas-

taba a *Solteros* cansar y perturbar al capitán y a dos o tres de los más respetables del equipo rival, para que todos sintieran e hicieran lo mismo —como si la experiencia de ser padres los animara y, ahora que comprendían a los suyos, trataran, siempre, de seguir el ejemplo de los «viejos».

También disminuía la eficacia de *Casados* el hecho de creer que los jugadores del equipo contrario eran tan peligrosos como lo fingían. Un jugador de *Solteros*, por ejemplo, recibía la pelota y se ponía a hacerles caras a sus compañeros como si tuviera toda una estrategia de gol pensada. Corría como una saeta además hacia... y ya tenía a los diez que habían preferido el orden al caos, galopando inútilmente detrás de él, y a Nal mordiéndose los puños en el arco por no poder acudir en una situación de peligro. Pero no (en su caso) por el afán de obtener la victoria, pues sabía que el resultado ya estaba escrito en el cielo antes de empezar a jugar: *Solteros*: 6, *Casados*: 1 —«penal premio» porque los veteranos se lo merecían por el esfuerzo, más otro hecho con cierta influencia: el Jefe de Personal vestía la camiseta de *Casados*, y no haremos público aquí sus alias —«La Hiena Vergara»— por demasiado obvio. Pero a no hacerse demasiadas ilusiones. La caricatura del horror se simplifica. Con su propia nalga, *Cul* se ahorca, con la parte fibrosa. El horror de Buenos Aires, ciudad, supera a Buenos Aires, donde sólo el horror. Como sólo el odio entre viejos amigos, subrayados hasta el cansancio, es intelectual. Porque es ilegible, como el amor. Allí no hay que leer: sublima, entonces, es allí donde hay que ir. A ese chiste que se anula a sí mismo por lo largo. Ya no se lo escucha: se habla de otra cosa. El amor, el amor. Un chiste demasiado largo, tan largo como el amor, ¿amor mío?

* * *

Terminado el partido empezaban, lamentablemente, a «desarrollarse los acontecimientos», las pioladas y las bromas de mal gusto, ese repugnante clima de «formamos todos una gran familia» creado generalmente por los acostumbrados al naranjín, pero que la juegan de campeones del

«vinacho» —como dicen ellos, y que a las tres copas ya perdieron, ya están en pleno show, pero manifestando sus preferencias por el género sentimental—: abrazándose con todo el mundo, babeándose y buscando una manera infalible de asegurarse amistad a todos los compañeros. Los más inteligentes y seguros de sí mismos creen, en algún momento, haberla encontrado. Pegándose una fuerte palmada en la frente, empiezan a llevarse a sus colegas aparte, uno por uno, para decirles en plan confesional:

—Mirá, hermano, yo te quiero tanto, que te lo juro por mi madre te chuparía la pija si fuera puto, sí, te lo juro, y vos sabés que yo no soy puto.

Este tipo de declaraciones creaba problemas, y el encargado de relaciones públicas internas tenía que andar a los saltos para evitar trifulcas, pues muchos de los «tan queridos» que su compañero llegaría a ese extremo (si fuera puto) para demostrárselo, pero el tan querido (sabía que no era puto), con lágrimas en los ojos y además una lógica perfecta, deducía que la respuesta adecuada era:

—Y vos sabés que yo estaría a tu disposición: lo primero que haría al levantarme a la mañana sería enchufártela en la boca. Te digo más, me quedaría sin trabajo, porque te inundaría de leche la garganta en la misma jeta del Gerente General. (Éste, que estaba presente, opinaba para sí que había otras formas de manifestar la amistad).

Y ya empezaba la pelea, precedida de diálogos aclaratorios de asombrosa lucidez:

—A mí no me inundarías de leche un carajo, ¿o al final te creés que soy puto en serio? ¡Avisá! Sos vos el que la mirás con cariño...

Como ya tenían audiencia, ninguno de los dos quería dar el brazo a torcer (ni a cojer, dado el tema en cuestión). El defraudado porque primero le ofrecían chuparle la pija, y después cagarlo a trompadas, quería comérselo vivo al incoherente de mierda:

—Para que lo sepas, viejo, a mí no me gusta la carne de chanco, y tampoco soy ningún bufarrón. Buscate un marinerito, si no andás muy necesitado: si estás muy ca-

liente a Vos no te basta toda la tripulación de un portaviones...

Chupapijas (si fuera puto) alcanzó a ponerle negro el ojo derecho, y *El Desocupado* (por dejársela mamar en la misma jeta del...) buen rechazazo a la mandíbula y además la siguió obsesionado con el tema de dejársela chupar (por su culpa se había quedado sin trabajo!):

—Si yo quiero que me la chupen, tengo diez minas que andan relocas por prendérseme a la teta.

El otro boludo, también incansable:

—Claro, vos tenés tetas; ¿Qué marca de corpiño usás?

Volaban las trompadas, pero poquito: la nula resistencia para el alcohol y el exceso de público ayudaban a evitar desgracias. *Pero*:

En cierta ocasión, ayudaron estos dos giles a la aparición de un fanático de la verdad: El japonés, ingeniero electrónico, *demasiado* impasible (era muy tímido, a escondidas se había tomado tres cinturones negros, perdón se quiso decir tres vasos), con toda calma les explicó que irían a parar todos los degenerados al hospital, hasta Nal.

—¿Y por qué? preguntó Nal.

—Vos los excitás, vos culón.

Que irán a parar todos al hospital, o directamente a la tumba, si era muy fácil: mientras él los iba matando a todos, todos a la fosa común. Aquello era tierra, no asfalto.

Hablaban en serio.

En serio partió por la mitad a todas las sillas de madera con el canto de las manos: ¡Karatecas!

Fue una vergüenza. Todos (29) se refugiaron en las duchas y lograron trabar la puerta. Desde una ventana parlamentaban con el señor Tokuro, inútilmente.

—¿Pero en qué lo hemos ofendido, hombre? —le preguntaba Heredia, el que quería tanto a todos que les chuparía la pija (si fuera puto).

Tokuro: El que falta a la palabra falta al honor. El que hoy falta al honor traiciona al amigo, es capaz de traicionar Patria y Emperador.

Con la puerta trabada, Heredia otra vez empezó a envalentonarse:

—Pero cortelá Tokuro, yo no faltaba a ninguna palabra, a ningún honor, tampoco traicioné. Y no me venga con su puto Emperador.

Tokuro: Para la conversación exacta, las mismas palabras. Ya mismo pido disculpas por grosería que tendré yo, Tokuro, es decir. Usted le dijo señor Heredia al señor Mancini que le chuparía la pija tanto le quería. Yo no lo he visto. Ahora, ofensa grave: dijo «puto» a Emperador Japón.

Heredia empezó a aporreatearse otra vez:

—Pero avivesé, Tokuro, yo le dije que se la chuparía si fuera puto. Hasta se lo juré por mi vieja, y le aviso, ¿eh?, le aviso, yo con esas cosas no juego.

Tokuro: Pero ¿usted quiere a señor Mancini?

Heredia: Eso no significa que vaya a chuparle la pija. Eso sería en el caso de que yo fuera puto.

Tokuro: Usted es puto.

Heredia: Miré, Tokuro, debe ser un lfo que usted se hizo con el idioma.

Tokuro: No, ningún lfo con el idioma. *Usted es puto.*

Heredia: Me parece que esto va a terminar mal, no me obligue, Tokuro, todo tiene un límite...

Mentira: Tokuro cinturón negro, y aterradora fama de violento cuando se creía en la causa justa. Heredia estaba cagado hasta las patas.

Tokuro: Yo lo obligo. Usted tiene que chupar pija a señor Mancini...

Heredia: ¡Pero cómo, cómo...!

Tokuro: Yo no sé cómo. Yo no soy puto.

Heredia: Señor Tokuro, todo era una broma. Usted interpretó mal.

Tokuro: Yo entendí bien. Usted le dio el sí. Que incluso se la haría chupar aunque estuviera frente al Gerente General. ¿Miento señor gerente general?

Gte. Gral.: No, no es que mienta, ocurre que según el nivel del diálogo, la confraternización se excede. Usted sabe, una palabra trae a la otra.

Tokuro: Pero Heredia quería chupar pija Mancini, y otra palabra trae Hiroshima.

Heredia: ¡Si fuera puto! Entienda, Tokuro: me encantaría chuparle la pija a Mancini si yo fuera puto; lo elegiría a él para que me rompiera el culo.

Tokuro: Es puto. ¿Por qué si no pensar qué cosas haría si fuera puto?

«El coro» empezaba a hartarse. Que Heredia y Mancini se las arreglaran con Tokuro... Así se lo dijeron a Heredia.

Heredia: Soy un buen muchacho, señor Tokuro, se lo pido por favor... (llorando a lágrima viva). No podré volver al trabajo, ni a mi casa...

Tokuro: Uds. deciden. Yo quiero aquí fuera a Heredia y Mancini. Uds. creen que esa puerta es segura. La rompo y entro. Golpe en el cuello a cada uno. Golpe mortal. Uds. deciden. Gerente debe venir también. Mancini dijo que se la dejaría chupar en su propia jeta.

* * *

Era un atardecer cualquiera, o como diría el más cañalla de los sofistas: *cualquiera (era un atardecer)*. Una bandada de pájaros quería volver a sus nidos. Precisamente. Precisamente eso era lo difícil. Si la bandada, disfrazada de jugadores de fútbol, se atrincheraba en unas duchas, atemorizada por un solo pájaro, el *samurai*, un pájaro con la manía del honor. ¿Deben tener coraje los hombres? Un arquero Col-on ¿tiene además la obligación de ser un héroe? Porque cada uno había pasado lo suyo en la vida, y ahora, que todo parecía haberse tranquilizado, tenía que reaparecer, como un fantasma: *Lo Suyo en la Vida*, otra vez. Qué traidor, qué puñalada podía ser un poco de esperanza. Miraron a la Empresa como pidiéndole amparo. La Empresa era el Gerente General, el doctor Mariano Soria. A nadie le importa Mariano Soria. Pero la Empresa, ahora resulta evidente, no estaba preparada para enfrentarse al Tokuro de la palabra empeñada ni a la fuerza que generaba, esta vez en su propia contra, esa palabra empeñada e incumplida por dos de sus más humildes representantes.

Ya discutían en la sala de las duchas para que luego, solidarios y unidos, ese nipón demente no los desnucara por el último chiste, cuando, claro todo se trataba de un simple chiste, y a los gritos, desde la ventana se lo comunicaron a Tokuro:

—¡Todo se trataba de un simple chiste!

El sol tocó la blanca dentadura del señor Tokuro, quien pensó unos minutos y luego, riendo con su risa más límpida, exaltado se les unió sin abandonar su puesto. Dijo:

—¡Todo se trataba de un simple chiste!

—Pero, claro, señor Tokuro. —Nal se atrevió (increíble) a contestar por todos—. Si todos somos amigos y trabajamos juntos, nos ganamos el pan en la misma Empresa, lo de prometerse esas cosas es una costumbre de nuestro amado país, la Argentina, ahora en guerra con el Imperio Británico.

Eufóricos, todos al unísono:

—¡Argentina, Argentina, Argentina!

Todavía con destellos en su dentadura, el señor Tokuro, se levantó adoptando un aire marcial cuando se coreó una vez más la palabra *¡Argentina!* El señor Tokuro entonces confesó:

—Mis simpatías todas argentinas, y yo voy a dar mi vida por este país tan raro, Argentina: ¡todo era un simple chiste! Esto me alivia. Los iba a matar porque estaba triste por la deshonra de la palabra incumplida. Yo me alisté como voluntario para Malvinas.

Miró los avances del cielo, cuyo color natural, mañana o en mil años, retornaría. Era un país enorme y raro, lleno de chistes, pero la palabra se cumplía, pensó. Luego cortésmente:

—Gracias. Ayudaron a conocer a extranjero esta tierra. Algún día comprenderé la llanura de sus chistes. Pero me alegro porque la palabra será cumplida. Vengan, señor Heredia, Gerente, señor Mancini. Yo puedo desempeñar el papel de testigo. Cierran las ventanas y que nadie mire repugnante acto íntimo que se va a cometer. Vengan, señor Heredia, señor Mancini. También tiene que estar presente Gerente General. Luego despedir a Mancini. Así se dijo. Gracias: era chiste el intento de incumplir la palabra.

Agua fría para la sala de duchas. «Eso pasaba por culpa de un culón metido», decretó el Gerente General. Era evidente la injusticia de la acusación a Nal, pero ni a Nal le importaba; punto muerto, estaban en las mismas. Ezequiel Jansky, un ingeniero de origen polaco que nunca hablaba, explicó la moral Tokuro: moriría en su puesto de vigilancia. Que él, Jansky, no lo había comentado, pero boxeaba. Lo hacía con otro nombre y que los críticos ya lo consideraban el probable campeón sudamericano de los medios pesados (Línea Corea). Podía enfrentar al japonés aunque eran casi amigos. Por lo menos, él era el único profesional: tenía que intentarlo. Y no estaba pidiendo permiso ni una opinión. Que era preferible hacerlo antes que se ocultara el sol, o tendrían que pasar la noche allí. Ahora el Kárate estaba de moda, él no lo negaba, pero que él doblaba en estatura y en peso al señor Tokuro. Ya los norteamericanos lo habían probado en la segunda guerra mundial. Era el mismo caso de Tokuro: mucho alarde de Kárate, pero si él, Jansky, lograba contener el primer ataque y colocarle un buen golpe en la mandíbula el K.O. de Tokuro era una fija. Además: ¿iban Mancini y Heredia a cumplir la orden aberrante de un loco para quien la historia se había detenido hacía dos mil años? Era cobarde¹ y vergonzoso para ellos, 29 hombres, que un solo tipo, desarmado, los dominara. Lo que pretendía Tokuro era una inmundicia, y además era... la indignación le impedía hablar... ¿en serio iban a volverse putos?...

Había recorrido algo de mundo y jamás escuchó una orden tan asquerosa. Practicó un poco solo haciendo piernas y sombra. Luego se encaminó hacia la puerta. Todos lo bendijeron y le desearon suerte. Pero no la tuvo.

En cuanto lo vio aparecer en tren de gresca, el señor Tokuro, habló casi sin poder contener las lágrimas:

—Por favor, señor Jansky, con usted no: lo aprecio de verdad y me comporté como un imbécil. A usted tendría que haberlo dejado ir, por supuesto. Pero ahora cálmese y váyase a su casa. Entre nosotros no debemos hacernos daño.

1. Contó, como ya se contará, la historia de Tokuro. Eran casi amigos.

—Yo también lo apreciaba antes, Tokuro. Pero ya le tomé bronca —dijo Jansky— así que ahora voy a romperle la cara primero, y luego llamaré a la policía para denunciarlo por esa inmundicia que usted quiso imponer por la fuerza. ¿Está borracho, drogado? ¿Es loco o le pica el culo?

«Complicadísimo, entender», pensó Tokuro. Sobre todo: loco o picar el culo.

—¡Pero Jansky! —exclamó serio, consternado— para cuando llegue la policía, si consigue vencerme, a esos dos ya les habré enseñado a no mentir. Juro, yo, que Heredia chupará pija a Mancini.

—¡Basta! —ordenó Jansky, y avisó a Tokuro, porque era un peleador leal el polaco.

Empezó la lucha y los golpes de Kárate que esperaba no llegaban. Entonces Jansky, le lanzó un directo de izquierda a la cara del japonés. A partir de ese momento Jansky se empezó a sentir muy raro. Tokuro no era sólo Karateca, boxeaba y como un profesional. Tenía Jansky los brazos caídos, gacha la cabeza. El cráneo entero le zumbaba. Seguía la lluvia de golpes. El último acto: Tokuro le pegó varios puñetazos en la garganta quizá demasiados. Jansky que tenía 23 años, murió en el acto.

No era mal hombre, Tokuro, pero ya se dijo que hay una migaja de esperanza que termina por destruirnos. Tokuro no lloraba para seguir las costumbres de su tierra (y otro secreto que ahora, él mismo revelará) cuando se abatía a un «enemigo», cuidando no perder el aspecto marcial, todos los pensamientos del soldado japonés debían centrarse en la grandeza de la Patria y en el Emperador. Pero se hubiera abrazado al cadáver del pobre muchacho y hubiera llorado a lágrima viva si hubiera estado solo. Pero había algo que no lograba explicarse. En principio, Jansky no era rival para él. Boxeó porque conocía la pasión del joven ingeniero. También porque el boxeo era menos mortífero que el kárate. A su manera —marcial— Tokuro había querido darle una oportunidad al pib-be, como lo pronunciaba él. Pero Tokuro, Tokuro seguía diciéndose, debía encontrar el motivo por el que, con tanta saña, había aplicado esa tanda de puñetazos en la garganta que le habían causado la muerte a Jansky. Entonces recordó un fo-

lletto editado por La Casa Imperial, y que él recibió en el frente. El folleto se titulaba *La causa justa*.

Tratando de razonar objetivamente, Tokuro le dijo a Tokuro que ese folleto era el culpable de muchas de las crueldades niponas durante la guerra. El razonamiento principal de aquella vieja *literatura* era que sólo se debía acudir a la violencia cuando existía una causa justa. Pero que una vez tomada la decisión, todos, todos sin excepción los que se cruzaran en el camino entre el que reivindicaba su honra, su orgullo o su propiedad, debía recibir el trato que le cupiera al criminal cuando fuera hallado. Desde que su amigo Jansky (ahora que el muchacho estaba muerto, le parecía una irreverencia llamarlo «casi» amigo), se había aliado a la Palabra Incumplida —y no sólo eso: mientras los criminales se quedaban fuera de peligro (ocultándose, por algo eran criminales), su amigo Jansky ponía todo su valor a disposición de ellos para que pudieran rehuir el justo castigo... «*Complicadísimo*», susurró Tokuro en la mente de Tokuro, porque según las reglas, Jansky... ¿se había convertido incomprensiblemente en un enemigo? Por más que quisiera rehuirla, Tokuro (le dijo a Tokuro) ésa era la triste verdad. Pero triste. Tokuro seguía sintiéndose muy triste. Tenía que lograr que la Palabra Fuera Cumplida o castigar a los criminales, o podría acusársele de haber matado a su amigo Jansky, nada más que para halagar su vanidad de combatiente, con el agravante de haberlo despreciado como rival al recurrir a su adiestramiento en el boxeo —deporte que le parecía infantil y despreciable— en lugar de abreviar los sufrimientos del muchacho («¿Por qué, *complicadísimo*, te aliaste a los criminales?») con un solo golpe de kárate que en un segundo te habría matado: amigo mío, valiente Jansky.

Tokuro cantó una canción tristísima en su idioma.

Alguien lloró (en su idioma) en la sala de duchas. Otro observó, pero seriamente preocupado y triste, que en la tele cuando había una muerte, en seguida se cubría el cadáver con una manta. *Perdida la silla de ruedas*, y por ahora en la maceta, Sullo apostó: no se trataba esta vez de un chiste largo sino de una muerte nítida como un tajo. Pero

que Tokuro mimaba de agonía a esa muerte. Quería seguir viendo el cuerpo de su amigo, Jansky, el muchacho. Cuestión de amor, ¿qué importaba que no hubiera entendido la causa justa! La muerte funcionaba. *El contable contó que ya no podía dormirse* (la enfermedad funciona) si no se aferraba a alguno de los objetos posados sobre la mesa de luz: su preferido era el cenicero. Su esposa entonces contaba que había un hombre hecho, en Salta, completamente de cucarachas, por afuera y por dentro. Que el hombre (hablaba y pensaba como hombre) era inválido, debía arrastrarse, cucarachear por el suelo, siempre Buenos Aires.

Complicadísima también la situación, en la sala de duchas, del Gerente General. Jansky había sido su última esperanza. Avergonzado ahora, luego de la muerte del joven ingeniero, recordaba su propia conducta —«inexplicable»— durante los pocos minutos que duró el combate. Valiéndose de su autoridad (y de su corpulencia), a empujones le quitó el puesto en la ventana al mandadero, un adolescente, y desde ahí animó a Jansky para que con sus puños los liberara a todos (sobre todo a él) del dilema planteado por el japonés. Por supuesto, estaba mal la ira empleada en arrancar al mandadero de su lugar, pero peor aún su conducta como «hincha» de Jansky («¡Matalo, polaco! ¡Si quiere ver chupar pijas que se vuelva a Tokio! ¡Gracias a Dios los yanquis les rompieron bien el culo! ¡Lástima que no les tiraran cien bombas atómicas! ¡El karate es una mierda! ¡Hacéselo meter en el ojetel!»).

Pero se equivocaba por completo al preocuparse por el *qué dirán* sus empleados, a quienes su conducta populachera y guaranga les había parecido de lo más natural. Otra había sido su preocupación. Al margen del motivo serio del combate, que no les interesaba demasiado (salvo en que parecía ser el factor decisivo para gozar de otro espectáculo, el porno-show entre Heredia y Mancini), su atención había estado pendiente de otro tema, ya olvidado en aquel momento, pero que hacía algunos años sirvió de materia de discusión en la mayoría de los cafés y oficinas de Buenos Aires: el kárate ya tenía sus adeptos, aunque todavía eran minoría. Casi siempre los hacían callar la bo-

ca, obligándolos a conformarse con las esperanzas en el futuro: —Hablen, nomás: ya van a ver, ya van a ver... Ahora, el personal de la Empresa, los privilegiados, «iban a ver», y lo que nadie (entre ellos, por lo menos) había visto: un combate encarnizado, a vida o muerte, entre un boxeador y un karateca, japonés auténtico. La decepción fue tremenda. Hasta les impidió ponerse tristes por la muerte de Jansky, a quien todos querían.

Sarmiento y Callao: mientras vivió su corta vida solamente una vez fue amado Jansky, el polaco.

«La Hiena Vergara», Jefe de Personal, fumaba nervioso cigarrillo tras cigarrillo y consultaba su reloj último modelo cada dos segundos. Alguien no pudo contenerse y le hizo el chiste de rigor: «*Che, le vas a gastar los números*». Otro no quiso ser menos: «*¿Qué pasa, Vergara, tenés miedo de que la mina no te espere? Jugás en "Casados", viejo. Sentá cabeza, terminala con los fatos y hacé vida de hogar*». Pero Vergara, «La Hiena», no estaba para bromas (en efecto tenía miedo de que la amante no esperara) y pensó que ya iba a agarrar en un fallo a los dos graciosos, entonces les incluyó en la lista de despidos. Por el momento se conformó con poner más agria todavía su cara de limón, y responder con mal disimulada bronca:

—Harían mejor en pensar algo que nos saque de ésta, además de meterse los chistes en el culo...

Culo...

La cabeza de Vergara trabajaba a mil por hora. Al final dio con la solución. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¡Tenía un *rehén*! De inmediato fue y encaró al Gerente General:

—Señor Soria, tanto usted como este japonés hijo de puta insinuaron que había un responsable de esta desgraciada situación que ya ha causado un muerto: un joven correctísimo y con gran futuro. Piense en la publicidad para la Empresa si Jansky gana el título de los semipesados sudamericanos (Línea Corea). Y ahora está muerto. Y hay un responsable: es a él a quien le corresponde —perdón, pero las cosas están que arden— *chupársela* a Mancini...

El Gerente General estaba dispuesto a aferrarse a cualquier cosa. Preguntó loco de esperanzas:

—¿Quién, quién es el culpable de esta catástrofe?

Vergara, «La Hiena», no vaciló:

—Nal, el arquero culón.

Completamente decepcionado, el Gerente ni siquiera le contestó. «La Hiena» tenía fama de astuto e inescrupuloso. El Gerente había concebido esperanzas, y ahora... ¿qué pito tocaba Nal en este asunto? *Complicadísimo* ¿Cuando él o Tokuro habían responsabilizado a «Dos Butacas» como causante del problema? Por pura curiosidad para ver cómo también «La Hiena» se había vuelto loco, decidió abandonar su actitud de mutismo despectivo, y le preguntó con irónica sonrisa:

—¿No me diga? ¡Pero cuándo Tokuro y yo insinuamos que Nal tenía algo que ver con dos tarados que andan prometiéndose chu... ya sabe qué!

—Muy bien —dijo «La Hiena»—. Ya que lo pide, ahí va. Cuando Nal quiso intervenir, Tokuro le dijo: «Vos los excitás, vos culón». Y usted, cuando el «Gordo Puto» pretendió arreglar las cosas con «*Pero si todo no era más que un chiste*», y salió —si así se dice— el tiro por la culata, usted dijo que «*Eso pasaba por culpa de un culón metido*». Ahora niéguelo, si quiere. Usted manda, es el Gerente.

El Gerente no sabía qué pensar. Preguntó:

—¿Pero acaso es lo mismo culón que chu... Usted me entiende. Además juega en *Casados*, tiene hijos, parece un hombre normal: se va a negar, seguro.

—Todos le dicen «Gordo Puto...»

—Pero en chiste...

—Si fuera un hombre como se debe, ni en chiste se dejaría llamar «Gordo Puto». Por otra parte, puede ser casado, con hijos y, por otra parte... Es preciso comprenderlo: se trata de una situación desesperada, que compromete el destino de la Empresa, y el suyo, señor Gerente, en primer lugar. Hubo un muerto. Los diarios además se regodearán en el «porqué» del asesinato. Como Gerente, y para evitar el hambre del desempleo general, usted puede ordenarle al «Gordo Puto» que suplante a Heredia. Si se nie-

ga, despedido, y encima podemos obligarlo por la fuerza... Motivo: con semejante culo excita a todo el mundo.

—¡Nal, venga para acá! —Ya estaba gritando, eufórico, el Gerente. Para Nal el Gerente —perdón— «el señor Gerente General» era *Lo sublime*, la contrapartida perfecta de «*El Sabio Loco*». Al trote, jadeante, totalmente vestido de arquero todavía, enfundadas las portentosas en el minúsculo pantaloncito de fútbol, Nal se presentó (por poco se cuadra):

—¿Deseaba algo el señor Gerente General?

El otro sabía cómo tratarlo: hablarle desde la cumbre.

—He tomado una decisión irrevocable. Que usted reemplace al señor Heredia, quien se verá obligado a renunciar a su cargo. Imposible, la Empresa le debe ciertos servicios. Y ya creo que le he dado demasiadas explicaciones.

Nal pensó en desobedecer y suicidarse. Luego en obedecer y suicidarse: le producía terror negarse a cumplir una orden del señor Gerente General. Miró en torno suyo. En el rostro de sus compañeros se reflejaba que el cambio Heredia por Nal les parecía lo más lógico. Decidió entonces obedecer y matarse. Este «matarse» le dio valor para enfrentarse con una pregunta al *Sublime*.

—¿Pero por qué yo, con todo respeto, señor Gerente General?

Sublime fingió enojarse, aplastarlo con una sola mirada:

—¿Y todavía tiene el descaro de preguntarlo, como si a mis oídos no hubiera llegado —y ahora me obliga a expresarme de una manera degradante para mi investidura— que todos lo llaman en su propia cara «Culón» y «Gordo Puto» sin que usted reaccione? Hasta ahora no lo había despedido pensando en su pobre familia, que tal vez ignore su infame doble vida. Pero hoy llegó el momento. Para salvar la Empresa es preciso cometer una aberración sexual. No me parece justo someter a esa infamia a una persona decente cuando, por desgracia, en nuestro plantel figura alguien que se dedica a esos juguetes por puro placer. Además, o cumple mi orden y queda despedido (ya lo está, no quiero un «Gordo Puto» entre mis colaboradores) o desobedece, pero su condición de anormal figurará entre los

causales del despido, e informaremos a su familia que —suponemos— merece ser salvada de convivir con un sujeto de sus características. Ahora cumpla la orden, o apártese, nadie quiere compartir con alguien como usted estas horas de angustia.

Nal decidió que todo era inútil, inútil negarse, inútil aclarar que él no hacía ninguna doble vida. Que si había permitido que lo llamaran «Gordo Puto» y «Culón»... En fin, ya no tenía importancia. Había una película que le había gustado tanto que la vio tres veces: *A la hora señalada*, con Gary Cooper. Haría como su héroe, aunque claro, la *hazaña* no se parecía en nada. Miró a Mancini, Mancini fumaba tranquilo y relajado. Le encantaba que se la chuparan, fuera quien fuese. Hasta el gato.

Todos lo nalguearon para darle ánimos. No se ofendió, nada podía ofenderlo ya. En su caso, lo de «Gordo Puto» venía del fondo de los tiempos. Escuchó que al pibe mandadero (sería por la edad, pero lo trataban como a un grumete, esos cuya única misión era gritar «¡tierra!») le decían que le avisara a Tokuro.

—¡Ahí van! —gritó el grumete.

Destrataron la puerta y salieron: el Gerente General, Mancini y «Gordo Puto». Avanzaron hacia Tokuro. La integridad moral del japonés salvó a Nal de cargar con un nuevo apodo, «¡Dale Boca!»¹ o algo por el estilo. Dijo Tokuro:

—Ése es «Culón», no el señor Heredia, «Palabra Incumplida». Ustedes están haciendo trampa. Es el señor Heredia el que tiene que chupar. Sólo espero cinco minutos más.

Cuando regresaron a las duchas no tuvieron necesidad de contar su fracaso, ya anunciado por el grumete, pero sí se encontraron con una novedad, idea de «La Hiena». La solidaridad con Heredia se había terminado. Habían ganado el cansancio y el «*que se joda por boludo*». Rodeaban a «La Hiena» (pero todos los demás estaban de acuerdo) los integrantes de la pesada de *Solteros*, todos ma-

1. A él, que era un hincha apoteósico a muerte de Chacarita Juniors aunque perdiera (y no iba a ser culpa del guardameta, seguro, y por si acaso se ajustó las pantaletas), por 8.000 : 0 y se fuera al infierno.

niáticos de la práctica del deporte, los que en cuanto terminaban el trabajo se zambullían de cabeza en el gimnasio del club.

Gritaba Heredia:

—¡Ni lo sueñen, a mí no me pueden obligar!

Pero gritaba sin demasiadas esperanzas. Carlos, «El Roper», se palpaba los bíceps y parecía calcular en qué parte del cuerpo le iba a meter la primera trompada. Heredia buscó la mirada de Mancini, creyendo en la posibilidad de encontrar en él a un aliado. Lo que vio en fin. Hay que decirlo, Mancini fumaba con cara de hombre irresistible.

—¡Mancini! —lloriqueó Heredia—. Vos sabés que yo no soy puto. No te podés prestar a esto...

«El Irresistible» Mancini, rápido terminó con sus ilusiones:

—Ya me tenés podrido, Heredia, con eso de que vos no sos puto, después de prometer que me ibas a chupar la pija. Ahora jodete. Resulta que tengo que morir desnudo por un japonés más duro que un adoquín porque a vos te va la boca. Bueno, ahora tenés una buena oportunidad de... irte de boca.

«La Hiena», que era una luz para meter cizaña, aunque de palabra acertó con el golpe justo:

—¡Pensar que por tu culpa murió Jansky!

«El Roper» no soportó más y le acomodó dos trompadas en la barriga a Heredia, dejándolo sin piernas (cayó de rodillas) y sin respiración. Lo que no ocurre en horas, pasa en un segundo. El Gerente General y Mancini aprovecharon la oportunidad y arrastraron a Heredia hacia la puerta.

—¡Ahí van! avisó el *grumete* a Tokuro, sin que nadie se lo ordenara.

Y ahí fueron. Heredia arrastrado, como un condenado al prostíbulo.

—Hubo que emplear la violencia, pero con criminal no importa —sentenció Tokuro.

Heredia pidió por su madre:

—¡Tenga piedad, señor Tokuro!

—No. Ahora a chupar. Palabra Incumplida se va a transformar en Palabra Cumplida —y agregó una orden—:

¡Cierren ventanas de la sala de duchas, nada de contemplar con gusto acto indigno!

La orden se cumplió, aparentemente, pero todos se la ingeniaron (y con éxito) para encontrar una rendija (¡se la iban a perder!).

La hora señalada. Había llegado. Heredia se puso de rodillas frente a Mancini. Locamente, se aferró a una esperanza: asqueado por «acto indigno», Mancini sufría a último momento un ataque de impotencia.

Todo al revés.

Mancini, antes de sacarla por la bragueta, ya la tenía completamente parada. Después vino el acto de introducción en la boca, que fue un mazazo en la cabeza para Heredia. Levantó los ojos y miró la cara de Mancini, que resplandecía de placer. A los pocos segundos, peor. Amenazado por Tokuro, Heredia no tuvo más remedio que iniciar una chupada con todas las de la ley. Mancini casi deliraba. Le acariciaba la nuca, gemía. Ni siquiera lo *eximía* de decir esas cosas, o «cositas», que se murmuraban normalmente en estos casos, amorosas incoherencias: «*Sí, chiquita mía, es toda tuya, ¡qué bien la chupás, negral, me vas a volver loco, pero te voy a dar toda la leche, dale unos mordisquitos y acabo, ¡cómo se nota que lo querés a tu macho! ¡ay! ah... ya te la doy, preparate, ah...*», y manteniéndolo aferrado de la nuca le acabó como medio litro...

Lleno de leche, Heredia, con la mirada, le pidió permiso a Tokuro para escupirla, pero Tokuro levantó su mano karateca en posición karateca. Heredia tuvo que tragarse hasta la última gota. Sonrosado como un bebé satisfecho, Mancini se tendió sobre el pasto con los ojos entrecerrados y encendió el clásico, el clásico cigarrillo después del polvo, mientras todavía se le escapaban gemiditos, ronroneaba.

—¡Te voy a matar, hijo de puta! —aulló Heredia.

—Palabra ahora Cumplida, ahora deshonorado como hombre, ahora gheisa. Mañana quiero que venga a empleo vestido de gheisa. Y no matar a nadie. Suicidarse si quiere recuperar la honra —Tokuro dijo.

El Gerente General refa a carcajadas, ante el completo asombro del Japo. Al fin *Sublime* pudo hablar:

—Heredia vestido de gheisa... hasta tendría gancho para un aviso por televisión: «Para esos días tan femeninos...»

—¿Usted cree, señor Gerente? —preguntó Tokuro, completamente compenetrado con la idea y considerándola. Ya se había puesto a calcular los costos.

—Pero no, señor Tokuro —el Gerente aún lagrimeaba de risa—. Sólo fue un chiste.

Tokuro se puso pálido. Era evidente que reprimía su furia:

—Por favor, señor Gerente, no me nombre nunca más esa palabra terrible: *chiste*. En este país llanura, *chistes* terminan con muertos —y miró el cadáver de Jansky, y también (no pudo evitarlo), a Heredia, a quien la leche se le escapaba a hillitos por la comisura de los labios. Pero la indignación lo paralizó (sino lo hubiera matado) cuando volvió la vista hacia Mancini, quien tirado sobre el pasto con mirada ensoñadora, dejaba que un cigarillo se consumiera en su mano derecha, mientras la izquierda, absorbida por el recuerdo de recientes placeres, se demoraba acariciándose la bragueta.

A Tokuro le bastó una nueva mirada al cadáver de Jansky para sentirse vencido, completamente vencido.

—Vuelvan los tres a la sala de duchas, no abran las ventanas y no salgan hasta que yo diga —ordenó, y se quedó a solas con el cadáver del que fuera su amigo. Lo cubrió con el mantel y dejó pasar unos minutos. Luego en posición marcial a la vez que funeraria, meditó profundamente en silencio. Tal vez más que en silencio:

Porque Tokuro, ex jefe de ocupación de Filipinas, leyó el libro de la Casa Imperial *La causa justa*, que Tokuro no discute, pero piensa: no todos tienen el mismo derecho al heroísmo, a la lealtad, a la justicia. Tokuro educado Samurai y luego en Liceo de la Armada, Tokuro triste y lleno de pena en el corazón en esta inmensa llanura de muertos y chistes, piensa, vuelve a pensar —sin lágrimas, porque eso está prohibido— qué pasión se exaltó en combate y cometió pecado de olvidar inteligencia. Gran pecado y mata a un muchacho, lo confunde con criminales. Entonces, si Tokuro no entendió *La causa justa*, toda su vida fue el gran

reguero de una vida equivocada. Gran pecado de inteligencia y también de moral. Pecado que empezó en niñez y juventud. Pecado de vanidad y de cobardía también. Humildemente debió pedirle permiso al padre y retirarse a un convento, meditar. Pero Tokuro no entendió bien ayer, tampoco hoy. Tal vez vanidoso y tal vez dice tal vez porque confuso. Tal vez quería honores y que Emperador dijera «¡Qué valiente Tokuro!», y que grandes maestros de armas, empezando por suyo propio, hicieran gesto de aprobación. Tokuro siempre estuvo solo desde que llegó a *Gran Llanura de los Chistes*. Hasta que un día, casualidad, conversó con joven Jansky —que hoy Tokuro mató— en la cafetería de Empresa. Especialistas los dos en electrónica, tenían tema. No sólo eso. Los dos querían profundizar en electrónica, y generoso Jansky se ofreció a traducir material polaco, traducido del ruso. Sintió una viva llama de placer y agradecimiento Tokuro. Pensó además que podía agradecer de misma manera, leyendo material japonés y alemán, idiomas que polaco no sabía. Quedaron que sí, pero los dos solitarios y tímidos, pasaba el tiempo y no lo hacían. Por suerte, una noche desvelado, Tokuro meditó seriamente en diferencia entre Palabra Cumplida y Palabra Incumplida. Tuvo que confesar. Ellos estaban haciendo Palabra Incumplida. Al día siguiente habló con Jansky, confesó lo que se había confesado. Joven pero con gran sentido del deber, Jansky también confesó: estaba portándose mal. Decidieron empezar tres veces por semana, en casa de Tokuro, más cerca de Empresa. Principio fue difícil. Tenían material de trabajo, pero como miedo de hablar. Jansky miraba recuerdos imperiales de Tokuro, sobre todo sable *Samurai*, pero sin ninguna palabra. Hasta que Tokuro recordó en voz alta, avergonzado, Palabra Incumplida. Empezaron a trabajar. En pocos meses adelantaron barbaridad. Porque material obligaba también a leer Física y otras ciencias. Tomaron costumbre desde el primer día de anotar lo que les parecía importante y desconocido en la inmensa llanura de los chistes. Una tarde relevaron notas. Encontraron enorme utilidad para Empresa. Lealtad los obligaba a entregarle copia del Informe. Dos días estudiaban por semana. Tercero escribían. Escribía Jansky

—a quien hoy Tokuro mató— porque sabía perfecto el castellano. Lo que era lógico pasó: trabajo en común trajo amistad. Hasta confidencias. Jansky contó su pasión por box. Pareció mal a Tokuro contarle que Tokuro fue campeón de box Armada Imperial, hasta que se dedicó por completo a kárate. Amistad debe excluir rivalidad. Jansky sabía que Tokuro karateka. ¿Cómo, iba a preguntar, también boxeador? No, estaba mal. Tokuro karateka, Jansky boxeador. También iba a preguntar lo que todo el mundo: ¿qué mejor? A Tokuro no le gustaba mentir, y tampoco ofender amigo contestando: —Kárate mejor. Trabajo en común trae amistad. Amistad trae también verse por simple gusto, pasear juntos. Así conocieron zoológico, que nunca habían visto. Recorrieron todo, admiraron animal por animal, porque todo animal tiene algo extraordinario. Pero la cosa más rara les pareció la cueva de *tadeys*, animal de continente remoto, casi igual a hombre, pero irracional y sin poder decir palabras. Lo único vergonzoso las costumbres *tadeys*. Totalmente sodomitas durante día, ni miraban a las hembras, totalmente normales de noche, y prolíficos: había que controlar natalidad. Parecido, casi igual al hombre, eso dejaba a todo el mundo asombrado. Ahora científicos revisaban teoría de Darwin. Pero no había duda, eran animales, incluso hacían «porquería» delante de todo el mundo, fornicaban entre mismo sexo sin cesar. Diferencia era que tenían un miembro muy pequeño y lo que más les gustaba era posición pasiva: el más fuerte obligaba al otro a hacer activo. Pero no tan corrompidos como el hombre. Hubo que poner vigilantes, porque degenerados mostraban miembro a *tadey*, que pobre animal, al ver lo que para él era enorme tamaño, se ponía como loco, alguno llegó a matarse embistiendo las rejas. Otro paseo era encontrarse a tomar café, charlar, contar de Polonia y Japón. Hablando, confesó un día Jansky que le gustaba —remarcó— «Hacer Teatro». ¿Actor?, preguntó Tokuro. Jansky contestó que no, que algo más «chiste». Explicó de qué se trataba. Tokuro se dijo que eso debía estar bien para su amigo, que era muchacho, no para cabellero mayor como él. Pero Jansky contó que «chiste» se lo había enseñado él a un amigo checo, y con checo lo hacían de vez

en cuando en esquinas concurridas de Varsovia. Tokuro pensó que era costumbre polaca. Entre costumbres de ellos entró entonces «Hacer Teatro» muy de vez en cuando; para no faltarle respeto a la ciudad. «Hacer Teatro» significaba fingir encontrarse en esquina llena de gente, como Perú Avenida de Mayo, Corrientes y Montevideo o algo por el estilo. En cuanto se encontraban discutían rabiosamente, pero cada uno en su idioma, uno en polaco, otro en japonés. La gente empezaba agruparse alrededor, y cuanto más gente, ellos más a los gritos la discusión. Entonces pasaba increíble, nada menos que en enormes praderas de «chistes»: gente empezaba a tomar partido. Y apasionadamente. Gente se peleaba entre ella, unos estaban dispuestos a dejarse matar a favor del japonés, otros querían lincharlo porque le daban la razón polaca al polaco. Claro, evidente, que Tokuro japonés, pero palabras de Jansky no sabían ni de qué idioma eran. No importa, a veces casi tumultos y violencia. Tokuro, que dudó principio, ahora el más divertido de los dos. Si más coraje, todos los días hacerlo. De golpe terminaban discusión y se iban, dejaban casi cien *llanuros* discutiendo, a punto de pegarse. Punto de reunión, departamento de Tokuro, para comentar y reír, carcajas imposibles contener. Tokuro reía como chico, como nunca en la vida había reído. Recordaba, por ejemplo, palabras de taxista: «Yo que el japonés (seguro sabe kárate), si me dice eso lo mato, mire, se lo juro por mi madre». Y taxista gritaba a Jansky: «Vení, colchón meado (*Jansky era rubio*), repetimelo a mí si tenés pelotas, ¿no ves, gil, que el japonés no te mata a lo Kun-fu porque te tiene lástima? Seguro que como hombre serio, impasible oriental, por no destrozarle el corazón a tu pobre madre. ¡Pero vení, hijo de puta, yo me cago en tu madre!...» Pero vino advertencia de que terminaran juego. Fue en Pueyrredón y Las Heras a eso de las siete y media de la tarde. Un violento, pero hombre serio, no violento «de boca», delgado, mirada de asesino profesional, sacó revólver y apuntó a Tokuro. Jansky que por suerte tenía gran pegada, logró descargarle golpe tremendo en brazo del revólver y lograron escapar. Ese día pensaron seriamente en terminarla. Conformarse con chiste que se hacían en cafetería de Em-

presa —los otros no le veían la gracia—, en cuanto se veían y casi mismo tiempo se preguntaban «¿Hacer Teatro?» y... carcajadas incontenibles. Eran serios, si hubieran comprometido no hacerlo más, promesa seguro cumplida. Sólo que, habían dudado nomás, lo estaban pensando. Vino telón definitivo y vergonzoso en Reconquista y Paraguay. Auto policial y oficiales que se bajan y hacen señas de que ellos suban. Policías ni una palabra en viaje a comisaría: creían que ellos nada de castellano. Una vez allí «chiste» involuntario. Oficiales hablaban del control de pasaportes, el lfo con las embajadas, como si ellos no comprendieran. El que parecía el Superior dijo: «Cuidado, a no sarpase». Tokuro relacionó *sarpase* con el zarpar de los barcos. Creyó que lo habían descubierto como exoficial de la Armada Imperial y pensó morir vergüenza. Vergüenza ahora explicar verdad, y que sabían castellano. Sobre todo por esfuerzo oficiales dirigiéndose a ellos por señas, pedir pasaportes. Cruzaron una mirada con Jansky: aunque vergüenza, decir la verdad, confesar, ¿o ser criminales? No hacer gracia «chiste» a policías, raro en ese país. Ahora policías no entender idioma. Quedó claro que los dos ingenieros electrónicos de «Egometrix», la multinacional más importante con filial en el país. Pero igual, policía que los llevó a la celda, a él le dijo (seguro, hablaría un dialecto, no comprendió del todo): «*Tintorero de mierda, te vamos a hacer procesar por escándalo en la vía pública!*» Tokuro no protestó por «de mierda» porque él se había portado mal, comprendía cólera de policía. Pero quiso aclarar lo de la profesión —ingeniero electrónico, no tintorero— por miedo confusión legal. Nada. Les había tocado un hombre severo, pero injusto y que no comprendía bien el castellano. Usó cortesía y paciencia. Volvió a explicar: tintorero no, ingeniero electrónico. Pero, ¿policía sordo? En Japón, sordo no podía ser policía ¿Otro «chiste»? No hubo manera comprendiera, insistió. «*¡Te dije que te callaras, tintorero de mierda, o te voy a hacer planchar los uniformes de todo el cuerpo!*» Mejor callarse. Otro «de mierda» y pegaba para desnucar policía, proceso por asesinato. También confusión con profesión de Jansky, ¿policía enfermo mental, monomaniaco? Jansky protestó por un empujón. Policía lo creyó

sindicalista. Le gritó: «*¡Aguántate piola, polaco comunista, seguro que si estás en Argentina es porque andás prendido en la de Walesa, haciéndote el demócrata, cuando son todos la misma mierda!*» La Empresa importante logró sacarlos sin proceso: «Coima comisario», explicaron otros empleados en oficina. No entendió ni quiso: tenía miedo ahora a que todo fuera «chiste» y terminara mal. «La Hiena Vergara» propuso despedirlos, por conducta impropia: un hombre «Egometrix» tenía que comportarse como tal siempre. «Hiena» tenía negocio raro, le explicaron. Por los que podía se hacía pagar, si andaban en la cuerda floja, una cuota todos los meses, para no incluirlos en la lista de despidos. De ellos, japonés y polaco, esperaba «coima» (¿sería también comisario?). Pero no hicieron comentarios. El Gerente General, que sólo entendía de cócteles (y hasta por ahí nomás) presentó el Informe Tokuro-Jansky a la Junta Central, como elaborado por él y un equipo (fantasma) de asesores. Pero no hicieron comentarios. Ningún miedo al despido (conseguirían trabajo en un par de días y ganando el doble). Miedo no, pero sí terror, terror a «chiste» en llanura inmensa que pronto se convertía en enredo, deshonor, traicionera violencia. Tenían miedo de abrir la boca y producir fatal equívoco... Ellos seguían estudiando por no ser Palabra Incumplida, y saliendo de vez en cuando por miedo, cada uno, de que el otro pensara que él pensaba que el otro era el culpable de todo. Cuando la verdad es que apenas hablaban cuando salían. Hasta dejaron de ir al zoológico para investigar a los extraños *tadeys*, cuando alguna vez se habían propuesto estudiar el tema. Dejaron de ir, en efecto: los espectadores y sus comentarios les daban asco («*pero estos bichos son todos putos, miralo a aquel, el rubio de ojos verdes: le está rompiendo la jeta al pelirrojo para obligarlo a que se lo garche*»). Claro que el público les repugnaba. Mil veces se había explicado, luego de comprobarlo mil veces (tanto en libros científicos como en los medios de comunicación masiva) que los *tadeys* eran animales, que el concepto de homosexualidad, referido a ellos, era burdo antropomorfismo. No había caso: dale con lo de maricas, dale con arriesgarse ir a la cárcel por mostrarle el miembro a un *tadey* para que enloqueciera de deseo. Dale con

preguntar lo que todavía no tenía respuesta: por qué funcionaban normalmente con la hembra sólo de noche. Las feministas organizaron una manifestación contra los pobres bichos, acusándolos de machistas. Y así todo. Como lo definió en el *Iberia* de Salta y Avenida de Mayo, Jansky, luego de una hora de silencio: ¡*Complicadísimo!* Con el tiempo, se transformó en la única palabra que intercambiaban los dos amigos. Horas juntas y sólo: ¡*Complicadísimo!* Y también, sin ninguna clase de subrayado ni signos de admiración, ovilleo, ovilleo, complicadísimo de sentimientos, haberse erigido en juez de los impúdicos (indignos de la cueva de los *tadeys*) para terminar, como resultado final, matando a Jansky, amigo único en *La Llanura de los Chistes*, una especie de paraíso, complicadísimo, del equívoco jugueteón, sí, pero padre también de la muerte, que no entraba en la cabeza del hombre. En la de Tokuro —hoy maté a ti, Jansky único (*casi lo dijo en voz alta*), que un arcoiris por lo menos, o una flor única, haya en *La Llanura de los Chistes* para que tú solo lo disfrutes, o sólo tú percibas su aroma— Tokuro había meditado, y le dijo a Tokuro: no es éste el punto final.

Dirigiéndose hacia los *tadeys* de las duchas (así pensaba ahora Tokuro de sus ex compañeros), impartió las últimas órdenes:

—Exactamente dentro de quince minutos pueden salir. Encontrarán una nota manuscrita para mi abogado: yo me voy de *La Llanura de los Chistes*, no sé adónde ni por cuánto tiempo. Quiero que con mis ahorros se construya un mausoleo para Jansky en cuyo frente figure la palabra ¡*Complicadísimo!* Pero todo queda explicado en la nota.

Nal asomó su cabezota (todavía con vincha de arque-ro), y como era el más boludo de todos, les ganaba lejos, hasta podía darles ventaja, comentó:

—Y pensándolo bien, cabeza fría don Tokuro: ¿no le queda familia en Japón? La familia...

Silencio, gracias a una tremenda patada en el culo que le pegó uno de *Solteros*, con miedo, como todos, de que el japonés se volviera loco otra vez y desnucara a alguno más.

Tokuro ya había redactado la nota prometida y ahora terminaba de ordenar su bolso de picnic. Limpio cuida-

dosamente algunos objetos y abandonó, sin mirar siquiera hacia las duchas, la cancha de fútbol. Tomó por un senderito de tierra que ya había visto venir, desde el ómnibus que lo trajo. Jansky sentado junto a él, por supuesto. Había prestado atención al senderito porque conducía a un hermoso pinar. Quiso hacerse una última pregunta, o que ésa fuera la última: ¿Había estado enamorado de Jansky? Creía que sí, y no se avergonzaba, no había ninguna complicación *tadey* en ese ovilleo, ovilleo de sentimientos, como casi había dicho en voz alta poco antes. Algo vergonzoso, algo que lo avergonzaba subsistía en Tokuro. Cada vez que este sentimiento aparecía en él, recordaba una escena en Filipinas. Habían apresado a un grupo de partisanos, que serían fusilados: él mismo firmó la orden, y luego comandó el pelotón de fusilamiento. Perfectamente alineados y sin expresión en el rostro los soldados japoneses. Toda la gama de expresiones humanas entre los partisanos. Pedidos de piedad, mutismo aterrorizado, llanto, escupitajos de odio, hasta risas (por un segundo, una carcajada lo hizo sentir ridículo). El más raro de todos: uno que parecía preocupado por un solo problema: si tendría o no tiempo de terminar de fumar su cigarrillo. Sonó la descarga y los partisanos cayeron. Ahora venía el ceremonial (que él debía ejecutar) del tiro de gracia. Casi todos estaban muertos. Pero aquel sentimiento apareció: *los celos*. Los pocos que no habían muerto, agonizaban, inconscientes. Tuvo celos igual de los que murieron y de los que iban a morir. Celos de no ser él quien yaciera sobre la tierra ensangrentada, sino una figura de *comic* (los que yacían eran los «verdaderos» hombres, pero nada que ver con el coraje, el patriotismo, la capacidad de sacrificio, virtudes de las que él no carecía) sí, como si *dibujado* se inclinara e hiciera fuego: como dibujado por una sola, mínima partícula de ónix abyecta, introducida en el universo y sólo a él destinada. Para dibujarlo en él nada más y luego disolverse, misión que de sobra ya había cumplido.

Tal vez había asesinado por celos a Jansky. Por saber, como en un vértigo anticipado, que él estaba excluido de todo amor y que por lo tanto iba a asesinarlo. Lo había asesinado porque sabía que iba a asesinarlo. Quizás lo su-

po cuando se dedicaban a «Hacer Teatro» y fingían disputas terribles e incomprensibles. ¿Qué se habrían dicho durante esas discusiones rabiosas, uno en japonés, otro en polaco? Él había olvidado todo lo que le gritó, con odio, en su propio idioma. Esos celos, los celos por no poder amar, más que por no ser amado, conducían adonde había llegado: a los hermosos pinos era adonde había llegado. Por un minúsculo senderito. La manera de llegar al punto decidido, le parecía, no eran las carreteras amplias. Por un senderito.

Buscó un pino, uno que le pareciera hermoso, porque sólo había venido para eso: tal vez al mundo, para buscar ese pino. Recorrió el pinar con la mirada y lo encontró. Era de verdad hermoso. Llegó hasta él y tocó la corteza rugosa de su tronco y también más ligeramente sus hojas. El pino le habló: interesante conversación. Recordó que hacía una hora había pensado en su vida como el reguero de una vida equivocada. Era cierto, pero también pensando de una forma vanidosa: abandonaba desde niño toda ambición de obtener honores militares y hasta algún comentario elogioso del Emperador, y pedía humildemente a su padre —aunque él ya era un samurai— que le permitiera retirarse a un convento con su tazón de arroz y su deseo de meditar. Deseo de brillar de otra manera, con su tazón y su humildad. Cuando sólo era necesario eso que veía y tocaba: el pino, después de un partido *Solteros vs. Casados*, fidelidad al ónix, por lo menos, que lo había dibujado ridículo. ¿También ahora era ridículo? Tokuro se respondió: —*Quien siempre se pregunta lo mismo, es porque comete el mismo crimen, siempre.*

Sentado con la espalda apoyada en el tronco del sencillo pino (sencillo, porque él había dejado de preguntar), corrió la cremallera de su bolso y lo abrió. Todo estaba en orden perfecto ahí dentro, y le pareció bien. Sacó su cuchillo para asados y vio que el instrumento no era del todo apto, le exigiría un gran esfuerzo. Muy bien afilado el cuchillo, pero la hoja demasiado corta. Haría el gran esfuerzo y lograría aquello por lo que caminó por el senderito y buscó el pino. Si se concentraba con todas sus fuerzas, no podía fallar.

Se quitó la camisa, de todos modos horrible, colorinche y sudada, feo olor. Quedó con el torso desnudo, y preparó sus fuerzas, que eran muchas. Levantó el cuchillo de manera de poder observar la punta y dirigir bien el golpe. Sus ojos se cruzaron con el sol, que lo ennegueció. Tuvo que variar un poco de posición. Levantó el cuchillo y asestó la ritual puñalada en el vientre. Dolió, pero fue fácil de soportar (él sabía) comparado con lo que empezaba ya. La hoja era corta, el trabajo reclamaba toda su habilidad si quería desgarrar los órganos y provocar la muerte. Se trabajó el vientre con el filo de izquierda a derecha, al mismo tiempo que hacía girar el cuchillo entre los órganos como si se tratara de un tirabuzón. También, tal vez con las últimas fuerzas, intentaba hacer penetrar la empuñadura y utilizarla como palanca (sin abandonar el trabajo de la hoja-tirabuzón) para ensanchar la herida y, hasta donde le dieran las fuerzas, utilizarlas también para que se clavara y ayudara a destruir los órganos. Llegó el primer desmayo, corto, no más de tres minutos. Prosiguió hasta que la empuñadura le resbaló de la mano. Con la vista completamente nublada, mano y empuñadura no lograban encontrarse. Lo había conseguido, comprendió que ya entraba en el desmayo final.

¿Había amado a Jansky? Sí, lo amó: pero, muy complicado, él incapaz de amar. *Los celos*, el amor. Filipinas, y él dibujado ridículo. Complicadísimo ovillo, vergonzoso, y la pradera: *La Gran Llanura de los Chistes*.

(Agregados a *La causa justa*)

La amante volvía loco a «La Hiena Vergara» porque era corpulenta y armónica. Sobre todo, encarnación del refrán Quien le roba al ladrón. Tanto creía en esos cien años de perdón, pero tan sin saberlo, que desde niña —sí, sí, ya sé: Lucy Chirola y la palabra *niña* no casan. Otra vez: tampoco casan con una puta reventada. Pero si yo supiera escribir me abstendría de publicar, imbécil. Qué deleite saborearme en mis papeles cada noche, laxamente extendido en mi lecho de *satén* (:tejido arrasado; Espasa Calpe.), y en el momento exacto volverme hacia el jarrón diaguaita y eyacular largo y denso—. Tanto creía Lucy Chirola en esos cien años de perdón, pero tan sin saberlo, que desde el día frente al padre a la hora de la siesta, cuando las tetas prematuras se pusieron a bailar una milonga bajo su blusa, pensó dando alaridos que haría estragos entre los machos: algo así como el viejo le estaba haciendo en el ojete, sin pomada y sin aviso, mientras la reventaba con la fusta: «¡Putá, puta, te vas de esta casa dentro de unos minutos, sin despedirte de tu madre ni pasar por el bidet. Yo no te voy a entregar a "La Hiena Vergara", que me tiene agarrado de las pelotas: antes prefiero que me coja a mí, aunque no soy...»

—Puto y bien puto —se encontró Lucy agarrada a unos yuyos, loca de bronca aunque ya al borde del éxtasis por la transfiguración del ojete cotidiano en una fuente rítmica, galopante de placer—. ¡Reputo! ¿Acaso no me estás gastando por el culo, ah, papito, papito, mame mame dame dame, qué carajo me importa mami? ¡Sé todo lo puto que quieras mientras me claves tu vergara!

La estocada inocente de Lucy —una vergara bruñida, afilada por los labios de una criatura— dio en el corazón de su drama

(La Hiena) justo cuando cuando el arcoiris le enlazaba los huevos y la leche a punto amenazaba con rasgarle el orificio — curioso: uno en otro— bocón del glande para inundarle el orto a la pérdida.

—¡Seguí, no te pares ahora, hijo de puta, o le cuento al comisario lo de la falsa pija, fija digo, idiota: «Seguro que *Sultana* entra en la cuarta». Te salvaste por mí ¡seguí, seguí porque «me tienes en el molde» como me dijo regando leche como un surtidor trenzado la poronga con mis guedejas.

—¡Cómo me gustaría, turra, dejarte pagando, pero no puedo: tengo que empezar de nuevo ahora que me interrumpiste. Ayúdame y después veremos. Reculá, soltame algunos chirlos de mierda para que agrade como frote de seda a la cabeza encharcada de la gaver. Contame brevemente la garcha del comisario.

—Una vena enorme la surca entera. Es rubicunda y espléndida.

—¿No te dio guita?

—¡Mirá que te lo voy a decir!

—Ah, ah, ya no importa. Che preparate tadey para el premio.

—¡Guasca de rechupetel Gracias: no te voy a denunciar, no defraudaste a tu nena.

Rosita Alejandra Stascritto, madre de la puta —a ella nadie le iba a decir hija de...— esposa del degenerado.

EL PIPE BARULO

Barcelona, 1983

[Falta la primera página del manuscrito]

2

El *culón* en general es un «*me da lo mismo*» mientras nuestro personaje, *Nal* (así lo llamaremos de ahora en adelante), desde niño padeció las angustias y los tóxicos —¿o toxinas?— del sufrimiento. El *culón* en general tiene un cuerpo proporcionado, y hasta puede gustar a quienes la armonía —*culona* o no— los seduce. El pobre *Nal*, también *culón*, en cambio, es un desdichado: como si en el último minuto, cree él, a su cuerpo de ángel ingrátido, el demente que dirige estos planes de producción, riéndose ya, anticipándose a la befa y a la humillación universales, hubiera mandado colocar, por pura maldad, una *parte* (grotesca) que no coincide con el *todo*: ridículo, también humillante. Ya no tiene arreglo: una injusticia más en un mundo rebosante, grave de ellas —injusticia ésta sin apelación. Una de las pocas veces que *El Sabio Loco* del comic se sale con la suya.

3

Cadena de sufrimientos, ya desde niño persiguieron y maltrataron a *Nal*, como si él tuviere la culpa (aunque es él mismo quien se cree culpable y se atormenta) de haber nacido grueso de atrás (existen testimonios incuestionables: hasta su familia, que lo protege para evitar mayores males, también se ríe de él y lo utiliza para descargar sus malos humores).

También se comprobó que la tentación de palmear los glúteos de *Nal* es irresistible aun tratándose de excelentes personas. Es inútil contar la experiencia hecha con malvados, sádicos y psicópatas de toda índole: es fácil imaginar sus resultados. Para ellos el culón «...viene a este mundo para sufrir dolorosas humillaciones, porque con algo hay que divertirse...»¹ (y no falta algún degenerado que les da la razón).

El *Sabio Loco* se preocupó muy bien de dotar a *Nal* de un carácter bonachón. Así todo marcha sobre *nal*... ruedas y la cuestión se reduce —entre las buenas personas— a encontrar el pretexto para *nalguear* al pan de Dios, pobre alma:

—¿Se graduó tu hijo, *Nal*? Te felicito (y *nalgueo*, cuando *Nal* ya había extendido sus brazos para recibir los del amigo de toda la vida).

Su esposa encenderá la luz esa noche: habrá creído escuchar un sollozo que partía el corazón... un sueño, tal vez... un alma en pena...

4

Pero *Nal* es noble a su manera (además de bonachón). No rehúye el dolor de la vida cotidiana, ni la aritmética realidad: *sea sume* (escribe mal). Comprendió desde joven que aislarse suponía, a la larga, un engaño: mejor integrarse y hacerlo lo mejor posible. Por más que se encerrara, *el nalgueador compulsivo* le daría caza. Tenía su verdugo todo a su favor, hasta el estúpido «*oh, perdóneme usted*» en el ómnibus repleto. Llevaba por lo tanto una vida normal. Casado, con hijos a quienes podía brindarles una vida sin dramas ni problemas económicos, lo mismo que a su esposa, gracias a su esmero en el trabajo: tenía un empleo pequeño, pero seguro y relativamente bien pagado, en una gran empresa. El acontecimiento del año era un gran asa-

1. Sobre esto tenemos un testimonio concreto y directo: pero aún es prematuro hablar de él. También es posible que no digamos una sola palabra. —Reversión: por *nalguear* culones tantos se han perdido en manicomios y cárceles.

go del partido de fútbol entre solteros y casados. Jamás se negó a ocupar su puesto de arquero de los casados. Aunque *Nal* nunca pensó ni siquiera en abandonar su lugar (fue incluso enfermo) lo cierto es que para él era un día difícil: con los pantaloncitos, las (...) resaltaban más, y el peso de las bromas aumentaba, tanto las inocentes como las ofensivas.

Jugaba por pura solidaridad. Para los solteros la cuestión se limitaba a que los empeñados en ganar, los vergonzantes rollizos, continuaran enamorados de su nostalgia de juventud, así se esforzaban en correr durante los 90 minutos. *Nal* vivía hasta las lágrimas esa nostalgia y se convertía en una fiera en el arco. No le importaba ganar, pues sabía que el resultado ya estaba escrito en el cielo: solteros 6, casados 1 (pese al premio por el esfuerzo y porque en «casados» jugaba el Jefe de Personal).

5

Terminado el partido, empezaban lamentablemente a «desencadenarse los acontecimientos». Empezaban los chistes y las bromas de mal gusto, ese repugnante clima de «formamos todos una gran familia», creado generalmente por los que no saben beber, pero la juegan de campeones de «vinacho» —como dicen ellos— y a las tres copas ya andan babeándose y abrazándose con todo el mundo. Y buscando una manera infalible de asegurarle amistad a todos los compañeros llevándolos aparte uno por uno para decirles: «Mirá, hermano, te quiero tanto que te chuparía la pija si fuera puto, te lo juro, y vos sabés que yo no soy puto». Esto creaba problemas y el encargado de relaciones públicas tenía que andar a los saltos para evitar trifulcas. Muchos de los «tan queridos» que el otro llegaría a ese extremo para demostrárselo («y vos sabés que yo no soy puto»), coherentemente, con lágrimas en los ojos, respondían: «Y vos sabés que yo estaría a tu disposición, te llenaría de leche hasta las orejas cuantas veces vos quisieras». Y ya empezaba la pelea aunque precedida de «diálogos aclaratorios», de asombrosa lucidez:

—A mí no me llenarías de leche, un carajo. ¿O al final te creés en serio que soy puto? ¡Avisá! Sos vos el que la mirás con cariño...

El otro no quería echarse atrás (ya tenían audacia);

—Para que lo sepas, viejo, yo no soy ningún bufarrón. Buscate un marinero: si quiero que me la chupen, tengo como diez minas que andan con ganas de prenderse a la teta...

—Claro, vos tenés tetas... ¿Qué marca de corpiño usás?

Volaban las trompadas, pero poquito: la borrachera y los presentes ayudaban a evitar desgracias.

6

Nal sufría con anticipación. Después del asado y el vino, el tema era el partido de fútbol que acababan de jugar. La mayoría de los chistes se dirigían contra él, pero sus propios compañeros se ensañaban más que sus rivales (éstos despreciaban a los once «casados» por igual). Le dolía además que las críticas fueran injustas (y esto le hacía recordar su identidad de culón).

El resultado final del partido hubiera sido más catastrófico sin la valentía de *Nal*, sin el olvido constante —por parte de él— de su propia persona. Sólo podía calificarse de *pésimo* el desempeño de sus compañeros. Durante noventa minutos, corriendo sin parar, lo único que habían logrado era permitir que el equipo contrario descansara, y hasta matearan entre ellos. En cambio *Nal* salvó varios goles. Pero hasta de eso se refan, porque salvó esos golpes por ser, para ellos, un pobre chanta culón.¹ Les hacía gracia y se lo escupían en la cara (sí: se lo escupían) que cuando *Nal* veía venir una pelota zumbando, gol seguro, imparable, entonces, tratando de ocultar su cara, roja de vergüenza, tapándola con el antebrazo... en vez de hacerle

1. Hasta el psicólogo de la empresa manifestó, al redactar su Informe, que el arquero *Nal* adoptaba una posición masoquista. —Dpto. de relaciones humanas. —Dijo que «ponía el culo por todos, metafóricamente hablando». Lo echaron. Indignado, el gerente general no se comió las palabras: «Aquí estamos todos para poner el culo.»

frente a la pelota, bloqueaba el arco con el par de gordas y rollizas poniéndose de espaldas. Si sus compañeros charlatanes hubieran jugado mejor, el resultado no hubiera sido tan escandaloso. ¡El culo lo ponemos todos o ninguno!

Pero no, lo dejaban solo. El delantero contrario le pegaba con todas sus fuerzas a la pelota (era un Hércules rubio y joven), y a él entonces no le quedaba otro recurso. Sí, se ponía de... lo confesaba, y el ardor que sentía al contener así el balonazo, no sólo lo derrumbaba en el momento por tierra, también le estallaba como una granada. Y así, mientras lo tomaban para la chacota, debía comer de parado sus achuras. El dolor le impedía sentarse.

7

Más horribles habían sido aún sus sufrimientos en la infancia, que la había vivido —es un decir— mirando para atrás, previendo la patada o el pellizcón, o el «saque» de una raqueta de tenis. Un día entero, un domingo, se propuso pasarlo sentado o parado, pero apoyado contra una pared. A pesar de querer mucho a sus amigos, soportó la tentación: no cruzó a la vereda de enfrente a escuchar «cuentos de cojer». Lo invitaron, pero se fingió enfermo de... forúnculos... y todos, por supuesto, se echaron a reír. «¿Era imbécil además de culón?» Se puso a hojear una revista y trató de no pensar. Pero pensó: ¿sería culón? o ¿tardado y culón?

Llegó la noche y entró en casa. Cenó con sus padres y su hermano mayor, que lo verdugueaba liviano, como llamarlo «Pibe Barulo» (por lo de la rima, claro: «Me pica el culo, debe ser que anda cerca el "Pibe Barulo"... ¡no te dije, fijate, si acaba de entrar!») Pero aunque siempre andaba buscando variantes, nunca empleaba la violencia y lo defendía de los otros chicos. El padre, para cumplir con las formas, amenazaba al mayor por buscarle al mote una terminación en «ulo». Terminaría transformándolo en un gordo puto. —¿A vos te gustaría ser un gordo puto? —preguntaba el padre. A *Nal* le daba vergüenza contestar tanto sí como no.

Estaba contento *Nal*, tenía que encontrar la manera de estar siempre apoyado en algo. Hasta le había pedido consejo la tarde anterior a su primo Barto, que ya estaba haciendo la conscripción. Aquella tarde, los mayores hablaban de fútbol en la bicicletería del barrio y tomaban mate. Barto fumaba con el costado de la boca mientras hablaba. Había otros chicos además de *Nal* escuchando con admiración a «los grandes». En un momento se hizo silencio y *Nal*, que era un inocente (¿o un idiota?) le contó delante de todos su problema. Barto fingió pensar en serio. Luego apagó el cigarrillo, se le acercó y empezó a decirle: —Claro, yo te entiendo, vos querés un apoyo. Decime —se miraban a los ojos— ¿no te gustaría éste? —y señaló hacia abajo.

Nal miró. Lo que Barto le mostraba era una enorme verga. Salió corriendo, lloraba. Aunque todo el taller reía pudo escuchar la última guasada de Barto:

—Qué festín se van a hacer con vos en la colimba, allí que andan todos recalientes, y vos ¡con ese orto! y boludo encima. ¡Vas a ser la olla popular del regimiento!

El vaticinio de mal agüero de Barto, lo aterraba. Todos le *dirían*¹ puto. Empezó a delirar. Hasta imaginó al Comandante en Jefe del Ejército —un señor muy serio, de poblados bigotes que hasta en fotos le daba miedo— reunir al Estado Mayor y llamar al soldado *Nal*, que no había podido salvarse de la colimba «aunque tenía un culo bárbaro» como lo cargaban los muchachos de la esquina, *perro*. No podía sacarse de la cabeza la terrible escena con el Comandante en Jefe, cuando éste instruía al Estado Mayor sobre algo que jamás tenía que volver a ocurrir en el Ejército Argentino, o les formarían a todos Consejo de Gue-

1. Ya se lo decían. Dos pibes que pedían limosna (en casa de *Nal* nunca les daban) cada vez que lo sorprendían tranquilamente sentado en el umbral, empezaban: —¿Qué decís gordo puto? Así que te la comés doblada, con moñito y todo... ¡Gordo puto! *Nal*, temblando de rabia impotente, se refugiaba detrás de la verja y les retrucaba: «¡Mentira, mentira! Yo no me dejé por nadie, cirujas piojosos!... El mayor se acercaba a la verja y le decía algo que lo hacía huir llorando hacia adentro de la casa. Se lo decía con asco, torciendo la boca: «Mirá pibe, vos sos gordo puto... aunque no te dejés por nadie, no hay caso, che, sos gordo puto, sos gordo puto, gordo puto aunque no te dejes garchar...»

rra y los mandaría a batallones de destierro, casi como las montañas desérticas. *Nal* sentía que lo estaban ahorcando, pero con un nuevo método, que consistía en que el suplicio impedía entrar el aire en sus pulmones, pero despacio, lentamente, de a poquito. Tenía la cara cubierta de sudor. Gracias a Dios su hermano estaba ahí, fumando a escondidas, sentado en un sillón de mimbre como él. Rogaba a la Virgen de Luján (llevaba su medallita en el cuello) que su hermano no se fuera...

El Comandante en Jefe avergonzaba a los integrantes del Estado Mayor. Llegaba *Nal* y el Comandante empezaba: «Desnúdese soldado». (*Nal obedecía.*) «Miren este culo» (y señalaba con un puntero), «no es necesario reflexionar demasiado: por primera vez tenemos en el Ejército un soldado puto. Lo llaman "Olla Popular" en el regimiento, porque (y voy a hablar groseramente, para que no queden dudas) si alguno anda al palo ¡paf! ¿en quién va a pensar sino en estas nalgas de manteca? Según mis informes, los soldados forman batallones de asalto y lo arrastran a éste, a éste que es comilón por naturaleza, a los matorrales. Juro que si existiera pena de muerte como castigo contra el soldado puto, a este puroculo lo hago fusilar sin juicio: "loca" con juicio, parece un chiste. Quiero que uno por uno se acerque (sí, ya sé: a mí también me da asco) y con esta lupa especial, infalible, le investigue el aro. Redacten de inmediato un informe. Mientras tanto, un calabozo de castigo tendrá "Olla Popular" como alojamiento»...

—Eh, «Pibe Barulo» —lo llamó el hermano.

Pero *Nal* estaba en plena alucinación, con el Comandante, la lupa, el Estado Mayor y la «Olla Popular».

—¡Eh, «Pibe Barulo»!

Pero lo que más lo obsesionaba era la escena del puntero mostrando su culo al aire...

—¿Che, «Pibe Barulo», te volviste sordo? —tuvo que gritarle el hermano esta vez...

Nal despertó: sí, *despertó* porque estaba hipnotizado. Incluso durante unos segundos debió hacer un esfuerzo enorme para reubicarse: el jardín, el hermano, que le hablaba, el sillón de mimbre y ningún puntero mostrando... Debió quedarse dormido, una pesadilla.

—¿Ya estás en condiciones de atender? —le preguntó el hermano.

—Sí, perdóná, me quedé dormido un momento.

—No importa. Te necesito para una prueba.

Nal estaba eufórico: sólo había sido un sueño, inducido por el degenerado de Barto.

—Metete —le contestó a su hermano—. Soy de fierro. Estoy para cualquier cosa.

El hermano le pidió que se pusiera de rodillas, con las manos apoyadas sobre el césped.

Rojo de indignación, *Nal* casi gritó:

—¡Ah no, degenerado! ¿Por quién me tomaste? Lo que quieras, ¡pero «Olla Popular» no! Sos capaz, ¿a tu propio hermano?

¿Qué olla popular? También el hermano perdió la paciencia. Le pegó un par de moquetes para terminar de despertarlo y lo zamarreó:

—¿De qué me hablás, idiota? ¿No sabés que me estoy entrenando para jugar en la sexta de Racing?

Nal tenía un enorme llo en la cabeza. Hizo lo que su hermano le decía. Escuchó que éste retrocedía unos metros y después tomaba impulso. Sintió también una tremenda patada en el culo.

Muy serio el hermano comentó como para sí mismo:

—El izquierdazo de puntín anda fenómeno. Te hizo pegar un salto como de dos metros. Gracias, «Pibe Barulo».

¿Y esto era la vida? El Barulo ya filosofaba: si su hermano era un buen tipo —y sí, lo era— una vez más: ¿Y esto era la vida?

8

Fue una patada dolorosa, exacta, casi profesional. Pero que muchos aspectos de su vida infantil le hizo recordar. También le hizo odiar esa obsesión de los mayores, la de preverlo todo. Padres, madres, educadores repitiéndole todos los días que se cuidara de sus infernales compañeritos, y que se mantuviera especialmente alerta respecto a la sor-

presiva invitación que cualquiera de los infernales (es decir: todos) le formulara:

—¿Querés jugar al teto?—

Que entonces respondiera con su *¡no!* más rotundo y huyera corriendo en línea recta¹ por las calles más transitadas, y que no se le ocurriera («pedazo de idiota») buscar refugio en un baldío. Si además tenía la suerte de encontrar a un policía, se prendiera a él como a un botón (...*fue involuntario*...). Al otro día sus infernales compañeritos tratarían de avergonzarlo haciendo rondas alrededor suyo al grito de «¡alcahuete, alcahuete, alcahuete!» A él no debía importarle: que diera gracias a Dios porque —alcahuete o no— habría conservado *algo* sano.²

El hermano de *Nal* o «Pibe Barulo» desató tales efectos con esa patada en el culo (aunque el muchacho lo único que buscaba era comprobar la eficacia de su puntín de izquierda), que nuestro relato pierde solidez si, por lo menos, no llamamos por su nombre de pila —Noel— al hermano de quien tiene la desdicha de convivir con una masa *adi-popa*, sus propios enormes glúteos, gestados (todavía no se sabe cómo, por una simple cuestión de espacio) en el vientre de su normal madre. (Que no se diga / así no vale / El asunto tiene miga / aunque no cuerda / si sobresale / el culo es de la madre.) Sólo logramos deducir que el *Sabio Loco* esta vez había ganado la partida.

Como «Pibe» vivía atormentado por la palabra *culo*, y por cualquier referencia al mismo o misma, al principio le molestó que hubiera utilizado el suyo para la prueba, pero pronto comprendió que estaba equivocado. *Pensó en la degeneración de Barto* (¿quería hacerse³ a su propio primo?) y

1. O en Zlg Zag si tiraban con pistola.

2. A propósito: ¿qué sería jugar al teto?

3. «ASERSELOS» Barto & Co. Más adelante se comprobará; Barto comprendió que nunca saldría del negocio del culo. Con El Cloaca Iván, su maestro (otro jugado a todo por el orto) alquilaron un departamento que pintaron: coqueto. Fabricaban putos y después los vivían. Hombres de pupila pertinaz, famélica, se pintan los labios ante el espejo y recuerdan. Aquel Primer Cotorro. Languidez de caderas y luccs, ya, en la calle. Será, será el yiyo y el mango amargo y para colmo a veces blando, del bufa vejete, el no persa, el meda. Miedo la mujer que redobla y campanca. Y que. Ahora tanto suena.

en la crueldad de los niños pordioseros, que no querían hacérselo ni lo acusaban de haberse dejado. Era más terrible aún su vaticinio. Nació culón y el Destino no perdona. De culón a «Olla Popular» sólo hay un paso. Gordo puto, «Olla Popular», y hasta se habían dado casos «Culón a Domicilio». Pero ¿por qué? Nadie lo sabía. Pero la verdad es que *culón* rimaba con *puto*, más que *Barulo* con *culo*. «¿Qué le vas a hacer, gordo puto? —recordaba las palabras de los mendigos— la vida es así y tenés que resignarte, gordo puto, no tenés escapatoria. Un día un pibe más grande se te acerca, gordo puto, y es cosa de un segundo. Encima te caga a trompadas y te retuerce un brazo detrás de la espalda, casi hasta quebrártelo y ya está, cuando querés acordar ya te batió la manteca... gordo puto». *Nal* se resistía a creerlo, golpeaba con los puños la lanza de la verja. Pero el que hablaba torciendo la boca (y que tenía algo muy triste en la mirada) era implacable —implacabale (le dijo) porque tenía un hermano, que había nacido culón. Era un pibe decente y un día se volvió puto, más que puto, reputo. Todo el mundo lo conocía, el «Gordo Sonrisa», que la chupaba en los baños de los trenes, y siempre despedía la garcha con una sonri, porque la adoraba, la quería, gordo puto... *Nal* empezó a desesperarse. Todo ello quería decir que tener un hermano como Noel, tan hombre y tan decente, no representaba ninguna garantía. Y otro problema lo preocupaba. Que algún chico más grande y más fuerte, bajo amenaza de romperle un brazo, se lo hiciese, en fin —nadie lo sabría— y además, por una vez vaya y pase: ¿pero qué ocurrió con el «Gordo Sonrisa», el más famoso de los putos, acaso la probó una vez y dijo ésta es la mfa? Era la del chupado, pero *la mía* en cuanto a destino.

No pudo reprimir la curiosidad, y dándole al de la boca torcida la plata que había ahorrado para ir al cine, le preguntó cómo había empezado su hermano a mamar pijas como quien toma café con leche. El otro contó las monedas y le dijo:

—Aunque de nada te va a servir, gordo puto, aunque es un secreto de familia, igual te lo voy a contar, pero si me das el culo...

—¡No, eso no! —horrorizado contestó *Nal*.

El Boca Torcida rió (pensaba: mi hermano hizo culo de la jeta):

—No importa, ya me lo vas a pedir por favor, y yo te voy a contestar que no hay interés, que para puto ya tengo uno en casa... Con mi hermano todo empezó como un chiste. Estaban él y un peón trabajando en el campo. Era verano y hacía calor, entonces decidieron bañarse en el tanque. Mi hermano tenía 12 años, el paisa tenía 22, y gran fama de pijón. Claro, se bañaron desnudos. Al salir empezaron a vestirse. Mi hermano se agachó para agarrar la ropa y sintió que le clavaban algo en el culo. Era un chiste el paisano, sin mala intención: le tanteaba el aro, nomás, con el cabo del rebenque. A mi hermano le dolió y entonces lo dejó tranquilo. Por joder el paisano le dijo: «Claro, vos necesitás algo más suave y más chiquito» pero por joder nomás. «Aunque la verdad —le dijo— si yo tuviera ese par de nalgas de manteca, tendría locos a los machos detrás mfo». El paisano era pura broma, malicia, pero, contra el destino nadie la talla: mi hermano hablaba normal, pero al contestarle le salió voz de mina, al decirle «¿A vos te parece?» El paisano se dio cuenta que la cosa iba en serio y se la metió en la boca. A mi hermano le pareció una delicia y cuando saltó la lechita, le gustó al hijo de puta. «Ah, dijo, si esto es el premio a mamar la pija, yo quiero chuparme todas las pijas del mundo. ¡Qué boludos los que no son putos! ¡Negro, dame la mamadera otra vez!»

Sin embargo, Pibe Barulo se vio a sí mismo detrás de una verja recién pintada. Más allá estaba la casa y delante de él... dos mendigos piojosos. Inventaban por envidia, porque su padre se negaba a darles plata a esos negros de la villa («¡que vayan a trabajar, vagos!»). Pero estos dos —lo del hermano, seguro, era puro cuento— estaban acostumbrados a tratar con degenerados como ellos. No, los compañeritos del Pibe Barulo eran otra cosa, se les notaba en las caras. Ahora mismo iría a reunirse con ellos, en cuanto los piojosos se hubieran alejado. Miró hacia atrás. La casa, *su casa* se veía resplandeciente. Aunque a él le hubiera gustado contar con la total comprensión de su familia. Que afuera se burlaran de él, era lógico. ¡La familia! y no se refería a las bromas de Noel quien, al fin y al cabo sólo

era un muchacho como él, unos años mayor solamente. Pero a veces sentía que el mundo se venía abajo cuando su padre se enojaba porque él lo contradecía sobre el arquero (Pibe Barulo ya era una autoridad en la materia) de la tercera de Chacarita. *Nal* no entendía que su papá en esas circunstancias actuaba igual que un chico. Cuando Pibe Barulo demostraba, recortes periodísticos en mano, que tenía razón, el padre con un gesto de desprecio comentaba:

—Para ocuparse de ese tipo de cosas, hay que tener más culo que cabeza.

Nal, con estas abruptas salidas del padre, un hombre al que respetaba y quería, se sentía doblemente no reconocido. Primero, en su condición de niño igual a todos: si era culón, el trato familiar no debía ser discriminatorio, ya que otros (su padre: indirecta) quizás tuvieran más responsabilidad que él respecto del resultado final: un culo que llamaba la atención de todo el mundo. Segundo, en un hombre grande recurrir a ese «*para ocuparse de esas cosas hay que tener más culo que cabeza*» era un golpe bajo para restarle importancia a la «cultura futbolística» del niño y disimular su propia ignorancia.

Pero era la madre el personaje que lo intrigaba, más aún: despertaba toda su curiosidad. El padre hacía y decía siempre lo mismo, era previsible. En cambio ella se movía en una mezcladora de razonamientos en que Roberto Arnaldo Gasparparini (a *Nal* sentía, además de vértigos, imposibilidad de seguirla. La señora de Gasparparini era responsable, no sólo en su papel de ama de casa, sino también en el de educadora de sus hijos: era casi maestra, pero el degenerado novio (*es sólo un pretexto para coquetear con el director y además, che, las mujeres a la cocina: no te confíes, mirá que a muchas se les enfriaron los tallarines a último momento...*) la amenazaba con no casarse ahora que tenían todo comprado y encima, ella, para llevarle la contra a la familia, se había dejado apretar contra una cerca. La Argentina tradicional estaba derrumbándose. Ese derrumbe y la cerca fueron los responsables, de que Enrique Ambrosio Gasparparini viniera al mundo («Noel» era un sobrenombre: su exagerada afición por esos helados convertían sus veranos en un infierno).

Pero el verdadera y constantemente perplejo por el comportamiento de la señora Gasparparini era *Nal*. Mamá gastaba un dineral («todo lo que gano para descubrir qué tiene ese par de idiotas en la cabeza» decía el padre) en libros de psicología infantil (que no entendía) y en otros cuyo tema era la correcta educación de los hijos (que creía entender —por algo tenía «corazón de madre»—, y que contribuyeron a masacrar mentalmente a las dos criaturas).

La noche que pasaría a la historia con el título (paterno) de «*Hay que tener más culo que cabeza*», la madre se puso hecha una fiera. Sin ningún tacto, ni siquiera el de esperar a estar a solas con su esposo en la alcoba nupcial, lo increpó en presencia de *Culón*. Insistió hasta el hartazgo que esa manera de tratar a los niños los traumatiza hacha y pizarra para toda la vida. Que era así como se fabricaban los locos, los neuróticos, los homosexuales, los drogadictos y otros desviados.

—¡Un momentito! —aulló, sí, aulló, el padre—. ¿No me estarás acusando de volverlo puto al culón?

Abrió la boca para contestar la señora Gasparparini. Pero el marido tenía miedo a su mayor capacidad de argumentación. Pero él, condenado a sentirse siempre inferior porque era más bruto, optaba generalmente por cagarla a trompadas. En fin, que le tapó la boca con un cachetazo que la tiró al suelo. Pero la señora Gasparparini no era cobarde ni resultaba fácil cerrarle el pico. Desde el suelo gritó:

—Ya tenemos en el barrio un «Gordo Sonrisa», ¿ahora querés que tu propio hijo sea el «Gordo Lagrimita»?

La escena siguió respetando el estilo clásico de las historietas (salvo que el culón pretendió intervenir y fue apartado de una patada, sí, justo *ahí*), clásico: es decir, el padre arrastrándola del pelo por el piso para seguir reventándola con tranquilidad en la alcoba nupcial.

Horrible escena, horrible noche para *Nal*, destinada a convertirse, durante la mañana siguiente, en la decepción de su vida entera, en una congoja interior que lo acompañaría hasta el día de su muerte.

Cuando el padre se llevó a su madre de manera tan

brutal, apartándolo a él con un patadón *ahí*, *Nal* meditó en el suicidio. Luego pensó que aún era demasiado joven, nadie lo respetaba. Los diarios publicarían un foto suya, colgado de un árbol. Le faltaría un zapato y *tendría los pantalones caídos*. Perdida la foto entre las noticias importantes, borrosa y con un título marginal: «Un niño, *Gordo Culón*, se suicida». La prensa no andaba con medias palabras, como la familia: *Gordo Culón*. Así lo llamaba el periodista el día de su muerte, no *Nal* ni *nalgudo*.

No, mejor llorar a oscuras en su cuarto y, por la mañana, aprovechar la primera oportunidad para consolar a su pobre madre. En la habitación dormía con «Noel», que en ese momento leía una revista iluminada por su minúscula lamparita de noche. *Nal* entró, al borde de las lágrimas. Empezó a desvestirse. «Noel» le dijo que había escuchado todo, pero que estaba harto.

—Es siempre la misma mierda. Yo no sé cómo mamá no eligió mejor. Hubiera sido maestra, si ese guanaco no se cruza en el camino...

Nal no podía contener las lágrimas, y se frotaba constantemente la parte dolorida por la patata tremenda del padre. «Noel» lo observaba. *Nal* absorbido por sus pensamientos, seguía frotándose. Era una noche trágica, pero «Noel» no pudo contenerse más y le dijo a su hermano:

—¿Qué hacés, gil? ¿Querés que te crezca más todavía?

«Noel», que era un buen tipo, se arrepintió en seguida: él también las había pasado a la edad de *Nal*. Ahora, *Nal* lloraba otra vez. Era un tormento permanente, claro: ¡si era un culo permanente! «Noel», más enternecido aún, le explicó a *Nal*:

—Vos no te dejés enredar por estos degenerados, que se las agarran con nosotros porque fracasaron en la vida. Vos tranquilo, leé los diarios y no les pasés bola a nadie. Vos sos chico todavía, pero como yo ya tengo edad leo (a escondidas) la «Gaceta de las Aberraciones Sexuales». Un médico alemán, alemán, fijate, escribió un artículo lleno de datos estadísticos. Dice que en Europa Occidental por lo menos, de cinco gordos culones, sólo uno es puto.

Nal seguía inconsolable. Al fin estalló:

—¡No me dorés la píldora vos también! Eso pasará en

Europa, pero aquí. ¿qué me decís del «Gordo Sonrisa»?

Como primera medida, «Noel» le pegó dos patadas en el culo por haberle levantado la voz al hermano mayor. Después lo avivó:

—¿El «Gordo Sonrisa»? ¡Pero si ése se ríe de la vida!

9

A la mañana siguiente, *Nal* se levantó temprano. Quería verla a su madre y darle las gracias. También consolarla en lo posible. Pero su madre no aparecía. Durante un rato, mientras vagaba sin demasiada conciencia de lo que hacía por el jardín de la casa, perdido en un sueño diurno que no es lo opuesto a un sueño nocturno, y que contenía una desdicha irreparable: su madre, cansada de las vejaciones del padre, se había ido para siempre. Nunca más la volverían a ver, porque ahora sí estaba inerte entre las garras del Monstruo, y el Monstruo, lo primero que haría sería impedir cualquier contacto entre la madre y el hijo... Pero luego recordó como un estúpido (¿hasta cuando recordaba, recordaba como un estúpido?) que era domingo, que según las costumbres de la casa él mismo aún tendría que estar acostado. Le dieron ganas de llorar su incoherencia mental, y esas ganas de llorar ya lo pusieron definitivamente triste, porque le recordaron el reproche de su madre al Monstruo, cuando lo acusó de querer convertirlo a él, a *Nal*, en un «Gordo Lagrimita».

Caminando casi sin saber por dónde lo hacía llegó al fondo de la casa. Allí su padre estaba construyendo, los fines de semana, un quincho «para comernos unos buenos asaditos» comentaba, y un día en que se había enojado con *Nal*, había agregado: «buen culo tenés vos para clavarte en el asador». Lo escuchó su madre y ocurrió una escena como la de la noche anterior. La verdad es que más terrible todavía, porque el Monstruo estuvo a punto de cumplir con su amenaza.

Cansado de vagar sin sentido, al fin terminó por sentarse sobre un poste. Pensaba en cualquier cosa cuando vio aparecer a su madre que se dirigía hacia el tendedero

de ropa. Le miró la cara, pensando encontrarle señales de golpes y de llanto y como una nube de tristeza. Al contrario: estaba espléndida. Era la imagen de la satisfacción y la alegría. *Nal*, de todos modos, corrió hacia ella: quería darle un beso especialmente grande esa mañana. Pero no alcanzó ni siquiera a acercarse. En cuanto su madre lo vio, lo paró en seco con un reproche:

—¿Qué hacés aquí? ¿No fuiste a la panadería?

—Es temprano mamita. No hacía nada malo, te lo juro. Estaba sentado en el poste... La panadería debe estar cerrada todavía.

La madre lo miró casi con asco y le gritó:

—¡Para vos cualquier excusa es buena para pasarte las horas clavado en un palo! En serio voy a tener que aguantar a un «Gordo Lagrimita» en esta casa.

—¡Mamá, mamá, mamá! —gritó el chico con desesperación.

Y ella: —Si seguro que también la vas a mamar, vas a ser un puto completo.

La madre, cojida como los dioses durante la noche después de la paliza, ni siquiera notó la desesperación del niño (de «*El niño y su relación con la madre*») y perdió los estribos como una yegua. Recordó la enorme verga de su marido, que explicaba su conformidad con un destino de *casi* maestra y el riesgo de la apretada en la cerca.¹ Ella se había levantado temprano para recordar los pijazos de la noche anterior, y resulta, ¡y resulta! que se topa de entrada con el causante de todos sus lfos y alejamientos con esa poronga de novela. Quería matarlo, en ese momento, a ese anormal a quien un huevo no le bajaba, y tenía un pito que parecía un maní podrido. Hata podría cambiársele el sobrenombre: en vez de *Culón*, *Castro Barros*. Estaba como loca y le gritó como loca:

—¿Por qué no te vas a jugar con tus amigos? Ya me tenés podrida, siempre pegado a mis polleras, gordo puto! —Era linda la mañanita, penetrada, penetrada por la

1. «Abultaba y pinchaba tanto —Mariucha— que una noche perdí la cabeza. Mirá, sin que te la metiera parecía que ya la tenía adentro. Tendría que haber sido una Santa del Cielo...»

angustia, con un rasguído: rasguído de piel. Cabizbajo se alejaba el muchachito. Y antes de abandonar la última esperanza miró a su madre perdida: perdida en deliciosos pensamientos —primorosos potecitos de cremas profundas. La mirada de ese tremendo culo a quien no tiene dientes, la expulsó del longanizo. Su aullido todavía resuena: «¡PPTAPI!»

Todavía era temprano para ir a jugar con sus amigos, si es que los encontraba y aceptaban hacer un partido (él al arco) con el Gordo Puto. Él mismo se había cambiado el nombre después de la condena de su madre. Buscó unos matorrales en el fondo, y allí se escondió, hasta que llegara la hora de buscar su barra. Encontró un palito y dibujó en la tierra. Intentó retratar a su ídolo, el arquero de Chacarita. Para olvidar «eso» (no, no se lo explicaba, no lo graba entenderlo) trabajó con prolijidad. Le salió parecido: «parecido», pensó, porque estaba triste: si hubiera estado de buen humor, se habría puesto eufórico. Imposible la euforia en esos momentos, pero como era un buen niño, «aplicado y estudioso» decía su maestra, que era maestra y no *casi* maestra (ahora odiaba a toda su esquelética familia) no dejó de utilizar esas cualidades en el dibujo del arquero. Lo terminó sin olvidar un solo detalle. En mayúsculas escribió el nombre del mejor arquero del mundo. Luego se dispuso a firmar. Por un segundo se confundió, se creyó en el colegio, estuvo a punto de estampar la rúbrica «Roberto Arnaldo Gasparparini», cuando recordó su verdadera situación. Ese recuerdo lo impulsó a destruir el dibujo a patadas, pero: imposible sacrilegio: era Bertoldi, arquero de Chacarita Juniors, se haría matar por él. Tomó otra determinación. Cavando bien en la tierra para que tardara en borrarse, y con un rictus de artista maldito, firmó: *Gordo Puto*.

Esta nueva actitud rebelde, sin embargo, no pasaba de ser una pose. Tuvo ganas de borrar esa firma de, de... (¡era un degenerado, sí, se merecía todo lo que pasaba!)... y poner su correcto «Roberto Arnaldo Gasparparini» como si fuera un deber para la escuela. Lo que le estaba pasando en su casa, sobre todo el cambio terrible (subrayó) *terrible*

de su madre, que se había unido al bando del padre, era un chaparrón de verano, todo volvería a la normalidad. En cuanto volviera a verla a su mamá, seguro que se reconciliaban. Incluso —soñó despierto— ella le daría un beso grandote y le explicaría que había sido un momento de mal humor debido a otras causas.

En ese momento su madre estaba tendida en una silla tijera cerca del quincho (¡papito!, qué siestas se mandarían después de esos asados —pobre de él, pobre del Gordo Puto si volvía a joder con alguna de sus culadas). Estaba tendida con las piernas abiertas, en una posición casi indecente, pero tan perdida en su recuerdo que casi no se daba cuenta. Claro, aquella noche se había jugado el matrimonio, por eso Manuel (el marido), después de pegarle una paliza tremenda, se la había garchado (¡papito!) como nunca. Le había hecho cositas que antes jamás y novedad de las novedades, bien hombre, sin preguntarle si quería o no, le había roto el culo. Qué dolor terrible, al principio, pero después (¡papito!), ella hubiera querido que la dejara clavada en el colchón. Bueno, ya era hora de ir a cebarle mate, a ver si su Pija de Oro se enojaba. ¡Casi maestra, boluda de mierda! Algo sí la intrigaba. ¡Qué raro que todos los hombres no fueran putos! ¡Qué papa se perdían! Claro, si todos se la comían... Aquí ya se hizo un lfo. Con esfuerzo se levantó y se dirigió a la casa pero sin abandonar sus ensoñaciones. ¿Cuál sería la diferencia de la pija en el culo del hombre y en el de la mujer?

Una figura borrosa se le cruzó en el camino y le preguntó con voz plañidera:

—Mamita, ¿es cierto que soy un gordo puto?

¡Otra vez el comilón de su hijo! ¿Es que no la iba a dejar un minuto tranquila, nunca? Sorprendida en sus ensoñaciones (todavía la sentía adentro del orto), peor: interrumpida, no supo qué contestar, y le dio por la violencia (no iba a contestarle: «Todavía la siento adentro del orto»). Nunca le había pegado ni hablado así. Al grito (raro) de «¡Tu culo me da en las bolas!», lo tiró al suelo «sin preguntarle si quería o no quería», se sacó su sandalia de taco alto y empezó a azotarle culo y nalgas. A veces el taco estuvo a punto de desvirgarlo. Para peor le había puesto una ro-

dilla en la espalda y, con una mano en el cuello, le hundía la cara en la tierra. Cuando se cansó, el chico quería morir: no, ésa no era vida, eso era la gloria, y eso que zapa-teado de entre casa, Dios mío, con unas simples chancletas y sin profundizar. Lo que servía, Santo Cielo, era los chancletas de taco kriss (me) diseñados para la mano vibrátil y certera de Moreira, o los anillados guantes de Arolas, anillados en círculo, hasta el hueco final. Doloroso todo final.

A muchos les parecerá cruel dejar a un chico golpeado entre los matorrales y seguir escribiendo sobre el tema *en general*, prescindiendo de su desdicha singular. Pero no tan cruel si se lo piensa en términos didácticos. Como la mayoría de nosotros, Roberto Arnaldo Gasparparini, a quien su madre acaba, como en el tango cantado al revés, dejándole el culo a la miseria, física y psicológicamente hablando —psicológicamente, porque el niño Gasparparini después de la paliza perdió toda esperanza: su culo era otro¹, se lo habían pegado con cola o culo al resto de su cuerpo. Sólo podía hacer dos cosas: o vivir obsesionado con su mantecoso tratando él, un Ser Humano, de inte-

1. Última esperanza, ni siquiera su mamá lo quería. Ella ya no disimulaba. Ya no se llamaba más *colita*: culo a secas y se acabó —Justo: justo por el único *pár paah' do* los frunces carnales fingen atarse y anudarse *ah, la verdad, pa' pa' pito ahí' má' má's dalesegur y que ¡ay! ¡sí! ah!* bien seguramente anudados como Dios Mandó.

Pero. Es débil la justicia, no es de este mundo. La ley no echa todavía, insituye el crimen, porque es la única que faltaba: para *completar*. Hecha, echa la trampa sobre el tapete o «colcha» como otra suerte del juego. En Kafka es el leopardo borracho sediento y **hidrópico** del agua bendita:

del templo

RECUERDO. El reloj con una aguja clavada en el hígado y la otra en el cerebro —¿Qué hora era?— Cuando el tintinear de la botella titilaba en tí —mi minuterio, mi mamar: embocaba la boca, no respiraba bocaboca —chupaba: de la propia dama Juana: su peso me sostenía en oro. Ahora, seco, esto: RECUADRO (*para el tipógrafo*).

grarse a un culo que apenas si servía para cagar (era estreñido) o recurrir a la sabiduría del refrán que aconsejaba «hacer de su culo un pito», frase, como todas, que podía interpretarse... (*Ah, Noel ya lo encontró entre los matinales y está tratando de calmarlo*), frase que podría, repetimos, interpretarse de varias maneras, pero que una de ellas puede permitirle a Roberto Arnaldo lo que todos hacemos sabiéndolo o no: comedidamente, representar la comedia de la vida. La parte invivible de la vida es la vida misma, no el hecho (tampoco tan terrible al fin) de tener más culo que cabeza o haber llegado a la fama, incluso a la letra impresa, por ser el «Gordo Sonrisa», más conocida que la ruda por tirar la goma *full-time* en los baños de los trenes. Lo soportable abunda más de lo que se cree, disfrazado de «horror», como si dijéramos (lo estamos diciendo): los terrores de la Edad Media no son la Inquisición, el fanatismo, la hoguera, etc, sino —nada, absolutamente nada, o una gallina picoteando maíz.

«Noel» logra que Roberto Arnaldo Gasparparini se levante y tenga calma, le cuenta que entre los nazis, gente cruel que mataba como quien masca chicle, «*la vida es un infierno*» era una frase popular, cotidiana. Porque Roberto Arnaldo Gasparparini quería tomar decisiones extremas, como por ejemplo romper el carnet de socio de Chacarita Juniors. O buscar al Gordo Sonrisa y explicarle que la gente, además de ser mala era bruta, porque su desgracia de Gordo-chupa en los baños de los trenes residía en la expresión guaranga «chupar la pija». Que si por el contrario en una cena de categoría, ofrecida por el Comandante en Jefe (digamos) se comentaba que el Gordo Sonrisa «succionaba penes», a nadie se le pondría el rostro morado como la verga de Barto. «Noel» le dijo que la cortara de una vez, que el Gordo Sonrisa era un puto de mierda, succionara, chupara o Mongo Aurelio...

—¡Así son, así son, cualquier palabra les da lo mismo! —aullaba Roberto Arnaldo Gasparparini, como un energúmeno, en medio del jardín. «Noel» le pegó un sopapo en la nuca que lo dejó viendo visiones.

Pero la razón estaba de parte de Roberto Arnaldo Gasparparini, joven semiólogo.

Voy muy seguido a un café de la calle Talcahuano. El ambiente es tranquilo, apacible y hasta se puede leer (pensar es casi imposible en todas partes). Ya no voy en realidad: pero iba, y me gustaba.

Un joven rollizo (un *culón*) era cliente habitual, hasta de la misma mesa y el mismo mozo. Siempre estaba de broma con el mozo y parecían divertirse mucho, también era evidente que se estimaban, más allá de una relación cliente-mozo. Éste era provinciano y hablaba con mucho acento, lo que hacía que sus chistes parecieran más graciosos de lo que eran en realidad.

El 18 de septiembre de 1978 era una tarde cualquiera y el café estaba tranquilo como siempre. Todo igual, hasta la parejita del reservado, que tomaban un café y se hacían caritas antes de ir al hotel alojamiento (es probable que tuvieran las piernas enlazadas debajo de la mesa, viejo recurso de la calentura en público, pero eso nadie podía asegurarlo —sí: seguro que las piernas ensayaban ahí la milonga que luego bailarían en la cama, gente puta).

Llegó el *nalgudo*, *culón* o como quiera llamárselo. Se sentó en su mesa y, en seguida, empezaron las cargadas mutuas, algunas pesadonas, con el mozo provinciano. El manteca pidió un porrón, y siguieron las bromas, todas en voz alta, nada de secretos. Eran el número vivo del café (yo dejé de ir después de la tragedia). El *nalgudo* le hizo un chiste tonto y grosero, como los que estilaban entre ellos. Sonriente, tranquilo, el provinciano retrucó:

—Pero callate, gordo puto.

Los que estábamos cerca, poco fue lo que vimos. El *culón* se paró y le vació un cargador completo de un calibre 45 en el pecho a su amigo, el mozo. Recuerdo la anécdota por dos motivos. Primero porque todavía los Tribunales me llaman a declarar de vez en cuando. Segundo, porque el que tiró del gatillo cuando se sintió llamado, sin intención especial de agravio, evidentemente, «gordo puto», todos los días, sin molestarse, aceptaba el *culón* asesino, el *culón*, el clásico «pero si vos tenés más culo que cabeza» o «dejate de joder, no seas puto».

Pero aquella tarde se juntaron esas dos palabras — *gordo* y *puto*— con resultados fatales. ¿Por qué un gordo no

acepta el *acoplamiento* gordo/puto? Es un tema apasionante para investigar. El joven Roberto Arnaldo Gasparparini, entre el dolor y la reflexión, tal vez logre descubrir algo.

Está tomando impulso, por ahora, aunque por el lado equivocado. «Noel» vestido con el equipo completo, zapatos con taponos incluidos, estaba entrenándose solitariamente. Hacía pelota contra una pared tratando de usar las dos piernas. A veces también ensayaba concretar un penal imaginario. En estas ocasiones trataba de convencer a Roberto Arnaldo Gasparparini, fanático del arco, de que intentara atajarlo. Pero en *aquellos* diez minutos —lo que duró la paliza de puta madre por interrumpirla cuando ella saboreaba cómo su marido, al fin, le había roto el culo la noche anterior— Roberto Arnaldo Gasparparini perdió interés en todo lo que lo había apasionado anteriormente. «Noel» insistió, pidió por favor. Llegó a preguntarle:

—Pero boludo de mierda, ¿no te das cuenta que es una gilada ensayar un penal contra un arco vacío?

Tuvo que darle la razón dos veces a «Noel». Él era un boludo de mierda, y qué gilada, habiendo un arquero, tirar un penal contra un arco vacío. Llegaron a un pleno acuerdo, aunque «Noel» tuvo que esperar todavía que R.A. buscara sus guantes y sus rodilleras: él no quería ser menos: entrenaría también con equipo. El orgullo de «Noel», fomentado por el club del barrio, era ser poco menos que infalible en los penales. Con el *Gordo Culón* en el arco aquello era pan comido.

Todo listo. «Noel» con la pelota a la distancia reglamentaria. Barto (de visita, a quien R.A. no quería ni mirar, para no pensar en la verga) hacía de árbitro. Ya no faltaba ningún detalle. Era para filmarla, la cara de suficiencia de «Noel». Barto hizo sonar el silbato. Junto al poste izquierdo del arco, R.A. aferraba la pelota. El penal de Noel, el Infalible, había fracasado.

11

¡Si la justicia imperara en el mundo, ah, si la justicia imperara en el mundo! entonces este relato aquí concluiría.

y todos nos íbamos a tomar una copa por ahí (*Barulo* y Noel una coca: están entrenándose) para festejar la hazaña del arquero Barulo que fue capaz de atajar uno de los penales más «venenosos» del mundo. Algunos me reprochan que esta exaltación es puro fanatismo, cavernícola y por lo tanto reaccionario. Entiendo, entiendo. Pero no estoy seguro respecto a otro punto del tema: ¿me entienden a mí? Mi colaborador en relación al «Informe Barulo», desde la cumbre irrespetuosa de su cinismo juvenil, ya hartó me contesta: —Sí, paranoico de mierda, te entendemos—.

Con un poco de paciencia y *humildad*, mi joven colega comprendería (además de no confundirme de etiqueta: soy un psicópata melancólico, no un paranoico). No me he identificado tanto con el *Pibe Barulo*. Su atajada seguro está teñida de azar, a pesar de que todas las condiciones materiales estaban en su contra. Puedo dar varios ejemplos. El penal de su momentánea gloria fue atajado en un arco profesional. Cuando jugaba al arco con su barra lo hacía en uno proporcionado a su altura aunque —¡Malditos traidores!— el capitán del equipo y de todas las actividades de la barra¹, no cedió un milímetro en cuanto al ancho. Por algún motivo a Pibe Barulo también lo llamaban —en cuanto le hacían un gol, especialmente, *Gordo Culón*.

El déspota tenía sentido de la justicia. Ni daba ni pedía ventaja. El arco de *Barulo* era el doble de ancho que el destinado al equipo contrario. También ¡Malditos los traidores! se reunió con los capitanes de los equipos rivales y agregaron un artículo al reglamento: los arqueros barulos tenían estrictamente prohibido usar sus barulos para con-

1. Que casualmente se llamaba ¡Malditos los traidores! (y no estoy criticando la vanidad de nadie), faltos aún de camisetas porque su leyenda era tan larga que tendrían que jugar con sotana; alguien propuso que abreviaran el título del cuadro a ¡Malditos! La respuesta del déspota ¡Malditos los traidores! fue sexual y terminante: —Uno de estos días te voy a cojer a ver si la leche te engrasa los engranajes del cerebro.— Quien había propuesto la abreviatura era él —no— ¿cómo le decían a ese niño siempre al borde de que le ensancharan la canaleta? El Pasaje Barulo o algo por el estilo... no, ahora me acuerdo sin ninguna duda: era el famoso arquero (te rompo el agujero: ¡aquí ya hay contagio!) nalgueado incluso amistosamente por Gattú: el *Pibe Barulo*. Algunos años más tarde, Gattú fue víctima de murmuraciones.

tener la pelota. Las razones eran más bien de atribución de intención tanto al arquero como al delantero que se proponía patear su ojalá gol. A veces el sentido de la justicia de *¡Malditos los traidores!*, noble propulsor de una innovación que en realidad con *Baru* al arco podía perjudicarlo, se intrincaba con elementos morbosos. Pues sólo se trataba de su imaginación (los demás firmaron el nuevo inciso porque *Baru* era una muralla en el arco, definidor de victorias a veces (muchas veces). *Maldit* imaginaba una situación como ésta:

—el delantero llegaba frente al arco eligiendo un *ángulo* (en el lapsus aparece lo morboso) para *meter* la pelota en la red.

—pero si el arquero, a pesar de su condición masculina, tenía algún perfil de astucia femenina en su carácter y, además, la naturaleza lo había dotado de un apetitoso barullo, podía fingir, si el reglamento permitía que el arquero *se diera vuelta*, que se le caían los pantaloncitos, o que una nalga se mostrara desnuda por la simple e inocente razón de la picadura de un mosquito. *Maldit* parecía no poder abandonar el tema... Los otros que ya habían logrado su objetivo (sin mover un dedo, de puro ojete), le pidieron que se votara. La moción fue aprobada por unanimidad. Mientras recogían sus papeles y documentos para retirarse, *Tosean* seguía comentando: —Me horroriza suponer que llegue a existir un arquero hábil y con un manejo tan perverso como el de Blanquita Amaro o Carmen Duval de su barullo, una vez más apetitoso. Piensen que entonces... Pero miraba alrededor y se sorprendía no únicamente hablando solo sino que además con la pija al palo en la mano, pajeándose frenéticamente con la palabra *justicia* en su calenturienta cabeza.

* Ya que estamos anticipemos que empezó mal y terminó de una manera nauseabunda. Con la excusa (cierta o no, no viene al caso) de que todas las mujeres eran unas putas, unas putas perdidas, se dedicó a vivir de los maricones y a robarles todo lo que podía. No iba mal, y tenía una buena poronga que para algunos minos era irresistible. Quedó pinchado en un caso de intento de asesinato

por avivar a un gil (mozo de bar) que sin ser del ambiente se ganó a un empleado de la embajada árabe. Su misión, por conocerlos a los dos y a sabiendas de que el otro todavía nunca con un macho, era llevar al «novio» al departamento de la odalisca, tomar una copa con ellos y después irse con algún pretexto. Pero el gil tuvo miedo y ni quiso entrar. El árabe vestía de odalisca (nunca cambiaba el libretto) pero llevaba una cadena de oro que nunca le había visto antes, además ya se había hecho la ilusión de morder la almohada y entonces se puso mimoso con él, que le dio el gusto y mientras le cavaba el túnel la llamaba *Diosa del Desierto* mientras la odalisca le decía mi *Búfalo Bill* que era su alias. La cosa terminó en que él quiso llevarse la cadena y se la arrancó de un tirón mientras el otro le explicaba llorando que era un símbolo religioso: la excusa de siempre, esta vez era verdad. Entonces estalló el final porque además de llevarse la cadena cometió un terrible sacrilegio (esa noche estaba más boludo que nunca *Búfalo Bill*). Le preguntó al árabe si Mahoma, sólo para aprovechar la rima, tiraba bien de la goma. El árabe se transformó. Le pegó una cachetada terrible, que lo derrumbó sobre un diván, y tocó unas campanitas. Aparecieron otros dos árabes, pero vestidos de occidentales. Daba lástima el pobre muchacho, ¿pero a quién? El mundo es un agujero, si quiere. Le sacaron la cadena como se le roban las monedas a un ciego y esperaron órdenes. El árabe puso una mano sobre su frente, movió los pulgares y se sentó a observar. Eran variadas las diversiones de la *Odalisca*. Los árabes empezaron a trabajarle los dos brazos. Conocían el oficio y les fue fácil cumplir un deber que cumplían tan bien.

Empezó mal y terminó de una manera nauseabunda. Cuando le compraron su primer traje (tenía 18 años) también le dieron unos pesos para que se creyera un hombre —Gabriel Alberto Walters (a) *Búfalo Bill*— en una ciudad. Hablo de Buenos Aires. Al llegar al centro empezó a mirar vidrieras, para mirarse él en el reflejo. A las 9 de la noche ya conocía, por lo menos de vista, todo el centro. También,

después de darse muchos ánimos, había entrado en varios cafés. Todo le parecía magnífico, pero se hubiera puesto su ropa habitual para evitar las cargadas («¡qué tragedia!») de vuelta al barrio sentado con sus amigos en el café de siempre. Pero pensó que era mejor hacer el ganso hasta media noche y caer justo para contar alguna hazaña («¿sabés qué mina? nos echamos cinco polvos —hay que ir al centro, aquí no pasa nada»), ése era el plan del chico con traje nuevo, que por primera vez va al centro. Me refiero al centro de Buenos Aires. Pero se hicieron las diez y cuarto y ni siquiera se atrevió a ir a un cine: le parecía mentira que hasta los 14 años hubiera sido el capitán del equipo y el que roncaba fuerte en la banda. Decidió volver, pero quiso comprar los cigarrillos en el centro, y entró en un quiosco enorme de la calle Lavalle, atendido por mujeres. Sintió un alateo en el corazón. Pero era el cobarde que había sido siempre. Compró su miserable marca habitual, con nombre al estilo Hollywood, y se sintió tan cohibido que pagó y salió a la calle como si lo echaran. Sólo al querer encender un cigarrillo se dio cuenta de que se había olvidado de comprar fósforos. Ya estaba en Corrientes y Callao con un cigarrillo apagado en la boca, buscó otro quiosco, pero un señor muy bien vestido, de unos 55 años, le ofreció fuego con un encendedor dorado (diría que era de oro). Farfulló un «gracias» e iba a escapar cuando el hombre empezó a darle conversación y a caminar hacia Rivadavia, como él. Hablaba con acento extranjero y le contó que trabajaba en la embajada alemana. Él le dijo que había admirado a Hitler, y que había estudiado para técnico mecánico al ver las películas de guerra. Le hubiera gustado que uno de los tanques arreglados por él hubiera entrado en París o estar cerca de Rommel en el Africa Korps. Hans (así dijo que se llamaba el hombre) le preguntó, con gran precisión si tenía ya el título y de qué trabajaba *ahora*. Gabriel empezó a fantasear con el futuro, pero Hans volvió a recalcar: *ahora*. Lleno de vergüenza por fin contestó la verdad: había dejado los estudios y hacía dos meses que había entrado en un taller mecánico. Pero que apenas le dejaban tocar las herramientas. Lo tenían más bien como mandadero y ayudante. Hans le dijo que tenía

una gran suerte, que cuidara el trabajo, que se portara bien. Gabriel creyó que lo estaba cargando, pero se dio cuenta de que hablaba en serio. En Berlín, cuando terminó la guerra —le contó Hans— vivía de la comida que los yankees tiraban a la basura, a pesar de hablar cuatro idiomas y haber sido un importante contable. También le dijo que uno tenía que conformarse en cada momento con lo que conseguía: que si tenía grandes cosas por hacer, las haría a su hora. Gabriel empezó a admirarlo (por el solo hecho de que no lo despreciara a él). Empezaba a sentirse encantado. Pero pronto se vio frente a su vacío otra vez. Al llegar a Rivadavia y Callao, Gabriel ya ni se acordaba del subte, del viaje a Once después y de la vuelta al barrio junto a los que nada les había pasado como a él. Pero Hans empezó a despedirse. Tenía su departamento a dos cuadras de ahí: él trabajaba en la oficina de personal (*ah, si imperara la justicia en este mundo*) de la embajada y quizás, si rendía la prueba, podría hacerlo entrar como medio oficial. Pero que necesitaba tomarle los datos y él estaba tan apurado por irse... Hans sentía lástima del chico, que ahora decía no tener ningún apuro, pero claro que... Hans quería dejarlo ir, pero una «cosita» así no se pescaba todos los días. Que otro peor que él podía agarrarlo. Al final se decidió. Le dijo a Gabriel que para qué tanto perder el tiempo si se trataba de caminar dos cuadras. Le avisó (o lo amenazó) además de que él durante la semana no tenía ni un minuto de tiempo. Gabriel le pidió que «*por favor lo hicieran esa misma noche*». Quería llevarse algún triunfo a su casa. Hans lo examinó de una manera penetrante durante un par de minutos. Cada vez le tenía más lástima, cada vez lo deseaba más. Gabriel pensó que desaprobaba algo, o todo: a él. También pensó que el traje nuevo no podía engañar a nadie: era ordinario, y raídas las otras prendas: así no se podía entrar a una embajada. Cuando Hans dijo: «*Bueno, chiquito, si vos mismo estás tan apurado por hacerlo...*», su miedo al rechazo, a volver tan vacío como había venido, hizo que se pegara encima casi de Hans, como si éste se fuera a escapar, sin percibir su nuevo tono de voz. Además ya estaban entrando en el departamento de Hans en Hipólito Irigoyen. Hans se había vuelto más ágil. En un

segundo Gabriel estaba sentado en un amplio sofá azul con una copa en la mano y disfrutando de la música. Hans había desaparecido, y le pareció raro, pero pronto todo quedó aclarado: «Gabriel» pronunciado cariñosamente escuchó. La voz venía de la habitación contigua. Allí tenía el señor Hans su dormitorio y mesa de escribir. Esperaba con una estilográfica en la mano y papel para anotar. Un solo sillón había para sentarse a la mesa y, como es lógico, lo ocupaba el señor Hans. Gabriel no sabía qué pensar, pero como eso era cosa de todos los días en él, no se preocupó demasiado. Ignoramos por qué se dice de alguien (*¿por qué este relato no pudo concluir con la expresión de éxtasis de Pibe Barulo R.A., cuando logró el milagro, de atajar el «venenoso» penal de su hermano?*) que «es más boludo que las palomas». Estos baches mentales —insultos, deben ser investigados.

Gabriel pensó que estar parado del otro lado de la mesa rezando el rosario de «nombre del padre, estudios realizados, ocupaciones anteriores...» —el alemán era más minucioso que la concha de su madre... (Perdónese la insistencia: ¿qué tiene que ver la concha de cualquier madre —porque la expresión vale para cualquier persona minuciosa— con este rasgo de carácter o con alguna particularidad del genital femenino?), bueno, en fin, «el más boludo que las palomas» imaginaba que de esa forma —contestar rígido, de pie, las preguntas del formulario (Hans anotaba en papel oficial)— le daba un carácter más serio a la *entrevista*, cuando la voz de Hans un poco más aflautada le pidió que se pusiera a su lado porque era un poco sordo. Gabriel se apresuró a *cumplir la orden de su jefe*, sí, el pobre muchacho ya navegaba con los gansos por el infinito, y entonces, Hans —todo un especialista— pudo ver bien de cerca el bulto y casi le tomó el olor. Estaba apurando las cosas, pero sus ganas de bajar esa cremallera y acariciar y chuponear aquella verga (*Qué raro que todos los hombres no fueran putos. ¡Qué papa se perdían!*) hasta que la cabezona pareciera querer hablar («sólo le falta hablar»), y su hastío —andaba caliente y hastiado ¡desde hacía tantos años!— lo llevaron a tirar con asco la estilográfica sobre la mesa. Le habló en otro tono:

—Esperá, querido, que aquí falta lo principal...

Con el acento extranjero esos aflautamientos de voz tenían algo repulsivo en sí mismo. También estaba Hans hastiado¹ de fingir en ese sentido. Como para encandilar, llevaba en el anular derecho un anillo que había comprado a propósito: valía una fortuna y estaba más allá de sus medios. Pero en momentos como aquél, tan frecuentes en su vida (eran los *gabrieles* quienes lo hacían delirar) cumplía un gran papel. Bajó la cremallera y palpó con delicia la poronga. Gabriel miraba el anillo, tomándolo mentalmente aún a Hans como «su jefe», aún y todavía.

¿Pero qué está pasando? Tenía 18 años y su fracasado caminar por el centro, enloqueciéndose con cada mina, fundamentalmente —su conciencia de que él estaba condenado a las mucamitas desoladas como él— lo había hecho arder en una calentura desesperada y lacrimosa. Tenía la pija completamente parada y Hans alternaba los besuques profundos con las tácticas apretadas de glande y la permanente, suave, caricia en los huevos. Al mismo tiempo, y sin interferir para nada su franela magistral, lo iba desnudando.

Entonces ya estaban en la cama y Hans se metía en el culo una crema blanca, pero sin abandonar las caricias, sin desperdiciar siquiera los poderosos bíceps de deportista de Gabriel. Y Gabriel, Gabriel se decía a sí mismo, cualquier cosa² con tal de no volver con las manos vacías (¿qué querrá decir «manos vacías»? y concentraba la vista en el anillo de Hans, cuya mano no abandonaba ni durante un segundo la enorme poronga dorada y brillante. Ni siquiera cuando tuvo que empezar a elogiarlo al oído, a hacer que Gabriel no dudara que era el hombre, y la pobre hembra desesperada e indefensa, él: «Vas a reventar a tu nena con esa pija, las debes volver locas a todas, ¡vos sos un peligro en la calle!.. pensar que te traje aquí sin ninguna intención, pero me hiciste acordar a cuando todos la probamos en el frente, nos hacíamos la cambiadita, meses sin ver a una mujer...» Hans se puso de costado y em-

1. ...hastiado...

2. ¡Cualquier cosa!

pezó a clavársela él mismo, con dificultad, porque de veras era enorme¹, pero al fin lo logró:

—Gabriel, papito, casi me reventás, pero ya me la tragué toda. Tu negra se deja matar por vos... Macho, con vos no hay ninguna duda, macho, soy tu puíta, hacé lo que quieras conmigo... Ah, quiero sentirte encima mío, dejame poner boca abajo, pero sin sacarla.

Pasivo por completo, salvo «hacer de hombre», Gabriel era manejado como un pedazo de carne inerte por Hans. Pero le gustaba estar ahí, ahora arriba de esa mina a quien dominaba por completo con su pija. Pero también gozaba. Hans empezó a hacer «cosas», él no sabía qué «cosas», y a gemir y a pedirle que tuviera lista la leche. Gabriel entró en un estado de completa delicia. Susurrante, humilde, la voz de Hans preguntó «¿me la querés dar, querido?», y Gabriel le contestó de una manera entre falsamente experimentada y despectiva: «Cuando quieras, te lleno hasta las orejas». La voz de Hans parecía rogarle al mismo Dios: «Macho, ahora macho, por favor...» Y entonces, estremecido de placer, Gabriel, el entero y pobre Gabriel, fluyó en una acabada que (parecía) nunca quería terminar, y cerró los ojos. Los abrió y vio su mejilla apoyada a la de Hans. Hans terminó de desclavarse, se puso boca arriba. Le dio un cigarrillo a Gabriel, se lo encendió y él también se puso a fumar. Ahora, boca arriba los dos. La parte inmundada iba a empezar.

Gabriel fumaba enojado. No, no se había hecho a una «vedette» ni a un hembrón «del centro». Se había cojido a un puto, como esos que trataban de braguetearlo en el tren, sólo que más fino y más inteligente. Más inteligente, sí, y él más boludo.

—Che, ¿y cómo dejan trabajar a un puto que levanta por la calle en la embajada alemana?

—Yo no les cuento, ¿sabés? Calmate, además, no pasó nada grave. El puto soy yo.

—Habría que matarlos a todos.

—Tal vez. Muchos estaríamos de acuerdo.

—Nazi hijo de puta.

1. Los pijudos son medio tontos, otro misterio.

Hans se levantó, llevándose la ropa para vestirse en el baño. En seguida se puso una bata. Entró en el baño. Sentado en el bidet, sintió más lástima por Gabriel que por sí mismo. Lo suyo era el hastío. La gente buscaba sexo por esa «punta» que tenía: anulaba tanto el hartazgo como las ganas de vivir. Se vistió, se puso hasta la corbata.

También Gabriel se había vestido como para irse. Pero lo esperaba, seguramente para demostrarle quién mandaba ahí. Había encontrado el bagueño y, de pie, como diciéndole «vine nada más que para usarte tus cosas» se atiborraba de cognac. A la legua se notaba que no era bebedor, ni tenía aguante para lo fuerte. Ya la cara crispada, descompuesta. Hans estaba acostumbrado a los perdedores, les ponía el culo todos los días, pero éste...

—¿Tenés mucha guita, vos? —la voz ya era de borracho,

—Con lo que te voy a dar, podrás vivir como un rey durante un mes o más, según cómo la gastes...

—Si se me antoja, igual puedo cagarte a trompadas, puto, ¿sabés que sos un puto de mierda?

—Ya lo sé, pero no te conviene hacer escándalo. Los vecinos llamarían a la comisaría. Yo ya tengo antecedentes de marica. Pero vos, seguro, estás limpio. Pensá que se enteraría tu familia.

Hans sacó todo el dinero que tenía en la billetera y se lo dio, una fortuna para *gabrieles*.

El «se enterará tu familia» causó un enorme efecto en el desgraciado. Estaba dispuesto a irse. Pero era inútil, no estaba conforme, insistió en tomarse, así, de parado, el resto del cognac. Hans tal vez cometió un error. Sin decir palabra le quitó la botella de las manos, la guardó y le hizo señas de que se fuera. Gabriel salió de la vista de Hans al doblar el pasillo que llevaba a la puerta.

Hans no tuvo tiempo de empezar a desvestirse. Gabriel reapareció en seguida con una cuchilla que había encontrado en la cocina.

—Yo no soy ningún bufarrón ni ningún degenerado. Con esta guita a mí no me conformás. Yo quiero el anillo y me lo vas a dar.

Hans ironizó silenciosamente, para sí mismo: «Esto es peor

que el frente oriental. No me sorprende que los hombres amemos la guerra. La guerra, el verdadero, el único amor». Y sin darse cuenta se le escapó una sonrisa.

—No te rías, no sabés de lo que soy capaz —dijo Gabriel—. Dámelo o te cago a puñaladas.

Hans ya se cansó:

—¿Te volviste loco, pibe? Dame el cuchillo, no me obligues a que te rompa un brazo. Dame el cuchillo y andate ya, antes de que me enoje en serio. Rajate y levantá una mina, si podés.

Es común, así por lo menos la cuentan en el campo: hay una puñalada con suerte. Hasta el idiota de Gabriel gozó de sus favores. Hans cayó y arrastró alguno de los muebles en su caída. El estrépito fue enorme. Ruido a cristales rotos, más ruido todavía, porque Hans trató de levantarse, sabía... Aterrado Gabriel pegaba puñaladas en cualquier parte del cuerpo, ahora sí derrumbado, tal vez para siempre. Cuando llegó el portero y abrió con la llave maestra, Gabriel todavía seguía asestando puñaladas gabrielescamente: él mismo había logrado herirse, cosa rara.

Hans no estaba muerto todavía. Alcanzó a decirle:
—¿Sabés cuál es el único amor? Es, no entenderías... Entonces murió.

Fue en la cárcel donde a Gabriel le pusieron el alias de *Búfalo Bill*. Allí también tuvo que hacer de «mino» cada vez que uno de los capos andaba caliente. La verdad es que le gustaba, aunque ponía cara de «me tengo que dejar a la fuerza». La verdad es que era puto.

12

¡Ah, si la justicia *no* imperara en este mundo! ¡Ah, si la justicia *no* imperara en este mundo! Tantos artículos escritos en la *Gaceta de las aberraciones sexuales*... Tantas investigaciones sobre las relaciones que existen entre nalgudo, culón, gordo puto. La verdad es que no pasa nada, nada de nada: —El verdadero amor es, no entenderían—. Si la

264

justicia *no* imperara todo andaría «como» sobre el mantecoso culo de R.A., sería «como» más lógico que R.A., pero la pura verdad, atajó el penal, sin ninguna duda... ese poco de justicia que anda disperso por ahí nos vuelve locos. Ese poco de amor que anda.

Noel no podía creerlo, cuando vio su «venenoso» penal frustrado por esa mierda, el gordo puto de su hermano: lo había pateado a propósito, medio alto, para que al gordo puto le fuera imposible contenerlo, ¿cómo iba a saltar con la bola de grasa, el ojete de media tonelada que el Sabio Loco le había puesto de contrapeso? Seguro que *Nal* se tragaba sus buenas porongas, no había otra explicación posible. El recuerdo de los pijazos lo ayudaba a cobrar altura.

—¡Qué golazo! —dijo—. Confesá que te falta mucho para atajar un cañonazo como ése, Pibe Barulo...

Como había visto que hacían los profesionales, Barulo Puto, todavía estaba *enrollado* sobre la pelota, en pleno paraíso, por una vez era feliz en la vida. Empezó a hacer pucheros en cuanto escuchó el veredicto de Noel.

—¿Pero cómo, pero cómo? —lloriqueó.

—Dale —le dijo Noel—, que la sacaste de adentro, vos que sos un especialista en que te la pongan adentro.

Barulo Culo Roto empezó a llorar a lágrima viva.

—¿Te das cuenta, Barto? —siguió Noel—. Ya no sabe qué hacer para convertirse en Gordo Llorón y juntarse con el Gordo Sonrisa. Decime, Barulo, ¿en qué ferrocarril te la vas a morfar vos?

—Yo soy el árbitro —dijo Barto— y el único que manda en la cancha. Fue un golazo. El culón la sacó de adentro. Además, ya se sabe: los putos son como las minas, llorones y mentirosos. Yo me lo garcharía bien garchado, para que se quedara tranquilo.

En eso llegó el padre, sonriente, con el mate en la mano. Preguntó por qué lloraba *el pibe*.

—Le metí un golazo de penal —explicó Noel— y ahora se encaprichó: quiere que Barto y yo le digamos que lo atajó como un genio.

Sentencioso, el padre aconsejó:

—En deporte hay que saber perder, Barulo.

265

También intervino la madre, que andaba revoloteando por ahí:

—Toda la casa alterada por el capricho de un gordo puto y culón.

El padre le sacudió una trompada en la boca de inmediato. Le partió un labio que empezó a sangrar. Noel le pegó una patada en los huevos al viejo, y cuando éste se dobló en dos, otra en la mandíbula. Barulo quiso suicidarse en serio (y nadie trató de disuadirlo, en medio del despelote), ya no le importaba la opinión del periodismo. Se sacó el cinto y quedó con el culo al aire. Barto se puso al palo, lo arrastró a Barulo detrás de un árbol y lo ensartó tan hondo y de un solo pijazo que ni le dio tiempo a pensar si le gustaba o no. Pero Barulo descubrió algo que le produjo un inmenso alivio: misión cumplida. «¿Qué quiere decir jugar al teto, Barto?», preguntó, encima. Barto se puso como loco y aprovechando el pandemonium, se lo llevó al fondo. Ahí lo puso bien en posición y le echó el polvo de su vida: «Sos mi conchita divina» llegó a decirle, y Barulo (el destino empezaba a funcionar) se sintió halagado por el pipopo. Tanto, que ruborizándose, le dio unos besitos de premio a la verga «de novela» (como decía la madre) de su Barto.

Así se destruyó la familia, o digamos, «se construyó sobre nuevas bases».

También nos hubiera gustado que esos ideales del principio del relato —*Nal se casaba, tenía hijos, ponía el culo sólo para contener el pelotazo en Solteros vs. Casados*— se hubieran cumplido. Pero los ideales pueden ser perniciosos. Aquí termina una historia, o empieza otra.

Pero nada de eso. Da miedo decir que sigue lo mismo con distintas variantes. Entonces se juega a convertir un día (eligiendo alguno en que se cumple algún destino, como el que al fin, al fin, Barto se saca el gusto y se lo coje dos veces al Pibe Barulo —¡al fin le rompieron el orto al Gordo Llorón!— y se lo transforma en «día histórico», la historia ha terminado). Mongo Aurelio.

Cada uno tenía sus preocupaciones. El Pibe Barulo, que al fin se sentía ese gordo puto que fue toda la vida (para algunos degenerados llenos de prejuicios) no quería separarse de la verga de Barto. Ahora se la chupaba y le pedía «papi, dame la lechita», pero Barto, que siempre se lo quiso cojer, ahora ya tenía las pelotas por el suelo. Además: Gordo Llorón era un boludo de órdago y en una de esas lo contaba en su estilo inocentón: «Hoy Barto me rompió el culo dos veces y me enseñó a chupar la pija». Eran primos. El padre o Noel lo iban a matar. Pero el Gordo Llorón era feliz: sentía el culo bien abierto y respiraba mejor, a pleno pulmón el aire de la mañana. Al principio dolía, pero después, ¡papito! Y lo repitió en voz alta: ¡papito! Barto no resistió más, lo agarró de las orejas y le tiró toda la leche. El Gordo Llorón parecía un ternero relamiéndose: enternecedor, pero también se había vuelto medio loco, además de *loca*. Barto le explicaba que no tenía que decir nada. Que hasta intentara no hablar, porque era tan gil que en una de esas «se le escapaba». Pero el maldito puto no parecía prestar atención, mirándolo con cara de ternero degollado. Decía que sí, que claro, «que su familia no merecía saber que él, hoy, había encontrado el amor», y pretendía echarse en sus brazos, hacerle escenas románticas, de película. Barto estaba verdaderamente desesperado. El Gordo Llorón tenía el mejor culo del planeta, hacía dos años que trataba de garchárselo, pero también era lo más gil que había en plaza. «Hoy, por lo menos, lo mejor era rajar». Ya encontraría la manera de ir alejándose —de la casa, del peligro—, lo iría a buscar a la escuela (el Gordo Llorón iba a sexto) para reventarlo en algún baldío.

—Bueno, R.A. —le dijo— me tengo que ir...

—¿Cómo, no te quedás a almorzar? —empezó a decir Gordo Llorón, pero los sollozos le impidieron continuar. Aunque logró agregar:

—Claro, ahora que me cojiste... —y se largó a llorar como las actrices, mesándose los cabellos y tratando de que un rimmel imaginario no le manchara la cara. «Este idiota cree que nos vamos a casar de blanco», pensó Barto, pero le dijo:

—¡Tenés que ser más cómplice conmigo! ¿no sabés que

estoy haciendo la conscripción, que tengo que presentarme en el cuartel? Si me declaran desertor voy a tener que rajarse del país, no nos veremos nunca más.

—Sí, amor mío —dijo el Gordo Llorón: no podía abandonar el tono de... mujer dispuesta a todo...—. Vos mandás, ya sabés que nosotras, las mujeres... Pero te seguiré adonde vayas. Pero dame un beso, aunque sea el último.

Barto no aguantó más. El Gordo Llorón le ofrecía sus labios con los ojos cerrados. Barto peló la verga morada y cabezona (que asombraba a todo el mundo por su capacidad de erección) y se la metió hasta la laringe al puto y boludo, combinación llamada «sabio loco». Creyó que así se ofendería, pero Barto vivía de los putos degenerados; no sabía un carajo de mujeres enamoradas, dispuestas incluso al sacrificio, al martirio. No sólo no se ofendió el Gordo Llorón. Creyó que su amante la estaba probando. Empezó a chuparla otra vez, y siempre con los ojos cerrados:

—Sí, vos mandás, amor mío. Lo que vos quieras. Soy toda tuya. —Desesperado, Barto se la sacó de la boca y rajó. Mientras huía escuchó un lloroso: —¡Si no volvés pronto, te seguiré amando en la tumba! No podré resistirlo, me cortaré las venas...

Barto corría por la calle murmurando casi en voz alta: «¡Mi pija es mi desgracia, mi pija es mi desgracia!»...

13

Noel la cortó rápido. Hizo la valija para ir a buscar refugio a la casa de la tía Elena, antes que el viejo se levantara —saliera del shock— y sucediera una desgracia en la familia, es decir, que el viejo lo cagara a golpes: bajo el nombre de Joe Trompada había sido un buen peso pesado amateur, y para colmo de males (de los males de Noel, el Generoso) tuvo que colgar los guantes porque una lacra humana llamada Papi Trucco, cuya única habilidad era cargarse en el reglamento sin que el árbitro se avivara, le dio y le dio y le dio durante ocho rounds una paliza *padre* (¡jodete, viejo hijo de puta!) de golpes bajos. Le dejó los hue-

268

vos a la miseria, tiraron la toalla y tuvieron que hospitalizarlo. «Me parece que de estos huevos no saldrá nunca una tortilla», dijo el médico, que tenía fama de tira-pálidas: «Melones, melones, melones fresquitos y baratos», todavía lo cargaba. Parece que era cierto, los tenía hinchados como melones.

Sin mala intención, uno de sus segundos lo fue a visitar al hospital y lo retó: «Te dije que no aceptarás la pelea con Papi Trucco, boludo..., perdoname, che, lo de boludo... vos me entendés... nada que ver con el estado de tus huevos ahora, quise decir... vos me entendés... ¡Pensar que venías tan bien barajado después que logramos sacarte del «Manicomio Infanto-Juvenil»! Mirá si en una de éstas ahora te los tienen que cortar y ponerte unos de plástico (espero que sea no-inflamable: un solo fósforo y ya tenemos asado de Joe Trompada). Chau, que te mejores. Los hospitales me dan en el quinto forro de los hue... vos me entendés. Te lo avisé, pero sos un bil de mierda.»

Noel pensó con ternura en su vieja, y al irse maleta en mano, lagrimeaba. También se cruzó con Pibe Barulo. Iba a agacharse para darle un beso, pero lo notó raro, la manera de caminar: como un contoneo y como si se fuera relamiendo el culo por dentro. Le dijo:

—Me voy para siempre de esta casa. Vos harás lo mismo cuando tengas edad. Tenemos que ser fuertes o la vida nos devora. Chau, hermano. —Y lo besó. Lo que le devolvió el Pibe Barulo fue una especie de «besito aterciopelado». Noel se puso intranquilo. ¿Qué era aquella casa? Pensó en el Pibe como el único salvable, y decidió perder un poco más de tiempo. Le daría algún consejo y, después, la gran confesión (—Atajaste el penal, Gordo Puto).

—Mirá, Barulo, yo sé que todos andan verdugueándose siempre con el mismo tema. Pero tené cuidado, hay mucho hijo de puta en el mundo. Que yo me entere que andás cojiendo...

Barulo lo interrumpió:

—¡Ay, che, yo cojiendo (*suspiró*), éstas son cosas de hombres! ¿Es que no te das cuenta?

Noel se puso pálido. Barulo hablaba con ademanes y tono de puto:

—¿Qué querés decir con «cosas de hombres»? Explícate, soy tu hermano, conmigo podés hablar con confian-

269

za. ¡Y dejá de mover el piecito o te reviento de una trompada!

Este capítulo tendría que llamarse: «*Donde los temores de Barto se confirman*». Barulo, hasta molesto porque el cambio no se notara a primera vista, contestó con aire de *ofendida*:

—Quiero decirte que eso de que yo «ande cojiendo» es una expresión típicamente masculina. *Nosotras* nos entregamos a un hombre de cuerpo y alma, y es él quien decide...

Noel se empezó a quedar mudo...

—...y hoy *él* decidió...

—¿Quién, Gordo Puto?

—Sí te lo digo, ¿no traicionarás mi amor?

—¿Fue Barto?

—Sí: yo era virgen, ¿sabés?, pero hoy tuve que elegir entre la soledad eterna, o utilizar mis encantos. Entonces me confié a sus fuertes brazos y ahora tengo un dueño.

Noel, ronco:

—¿Qué pasó?

—¡Ah! La diversidad de las sensaciones fue tan grande, que es difícil de describir (temor, desesperación, sentirse protegida, un dolor terrible y también como el frotar de la seda con la seda) ah, y tantas cosas más... Ya se lo dije: estoy dispuesta a morir por él...

Noel, *más* ronco:

—¿Te garchó o no te garchó? Contestame claramente.

—¡Ay! qué guarango. Está bien, me rebajaré a tu lenguaje, que excluye el amor. Te lo diré en tu dialecto, pobre gaceta aberrante, así me dejas tranquila, pues quiero ponerme crema y arreglarme las cejas. Aunque hoy no vaya a verlo, me llena de ternura arreglarme, embellecerme para él. Pues sí, como tu asquerosamente dices, «*me garchó*», introdujo su poderosa virilidad en mi cuerpo, en ese año que sólo lo esperaba a él para no sentirse un agujero inútil y vacío. Luego, como yo no podía separarme de sus brazos aunque él ya me había dado ese líquido, algunas de cuyas gotas se escaparon de mi ávida hondura y formaron arroyuelos que descendían por la parte posterior de mis músculos, entonces, como es a él a quien le corresponde la

iniciativa, mientras yo debo permanecer indefensa y humilde esperando sus órdenes, usé mis artes de mujer (lo único que no bastardea mi sexo) y logré que me poseyera otra vez. Con brazo de hierro me arrastró hasta la pequeña espesura de los matorrales (pequeña pero suficiente para ocultarnos de vuestros ojos de «garchar»), su virilidad de morada cabeza una vez más se exaltó, y como ahí nuestros cuerpos, que en realidad desean un lecho suntuoso para que la lujuria de la carne y el ronroneo de los corazones sea mayor, tensan la posibilidad de yacer, nos acostamos como la odalisca y su árabe en el desierto, y él entonces también empleó términos dignos de tu labio gaceta, porque él sabe de las cosas del amor y nos conoce a nosotras: sabe que el amante nos gusta verlo machote e incluso poco delicado, que todo el almóbar esté a nuestro cargo. Oh, sí: somos raras, hasta puede enternecernos su brutalidad, pero porque lo amamos, mientras tus palabrotas en cambio me asquean. Oh sí: somos raras. En ti sólo veo al pobre muchacho de la calle, mientras que en él al Hombre, Hombre, Hombre, cuyo ímpetu cerril es el regalo que el Destino me hace para que combine con mi dulzura de una madre perfecta. Pues sí, casi sin palabras (sus músculos poderosos bastaban), me acomodó boca abajo y abajo pantalones y abajo calzoncillos, esas molestias, ahora la carne frente a frente estaba a la carne, yo con mis «nalgas de manteca» como él, alma mía, las piropea y él con su órgano que asusta, que te despierta el deseo de aplacarlo. Pero tú, Noel querido hermano, esperas las palabras soeces que crees, y estás ¡oh! tan equivocado, porque en ti son brutalidad pura mientras que en él la gota ácida que hace del dulce un manjar... ¡bueno! ¡sí! ¡tómalo como un triunfo! pronunció algunas palabrotas... pero al servicio del amor: entre la carne y la carne ansiosas por fusionarse, palabras, frases («levantá un poco más el ojete», «no, tarado, no te abrás tanto de piernas», «ah, te duele: ahora sufrí, andá clavándotela vos mismo, que cuando te la tragues toda, con esa cacerola que tenés, te va a parecer chiquita y vas a pedir una de repuesto») ¿Y quieres saber también inquisidor sin alma todo lo que pasó carnalmente? Escucha, estoy dispuesta a todo, incluso a que me quemem en la

hoguera. Primero de a poco, después frenético, me la enterró hasta el fondo, creí que otra vez iba a agonizar de dolor, pero no: ya había sido suya y ahora estaba más abierta: él, mi macho, yo puedo decirlo, me ensanchaba todo el tubo anal con el movimiento alternativo de entrar y salir, salir, salir, para dejarme un poco vacía y hacérmela desear más. Es un genio. También la hace jugar dentro mismo en un sentido de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, o te la entierra como si fuera a dejártela clavada ahí para siempre, inmóvil como el puño de mármol de una estatua. Y en un momento cambió el universo y Dios se me mostró: él estaba por acabar y desfalleciente de placer me dijo «sos mi conchita divina» y, en varios borbotones el líquido se derramó por completo. ¿Te das cuenta? «Mi conchita divina», me dijo. Me reconoció como su mujer, yo entonces le tomé el miembro de cabeza morada y chupé, chupé, chupé mientras él arreglaba los rizos de mi cabellera y dirigía mis movimientos inexpertos de virgen, virgen, virgencita que vivió rechazando proposiciones, reservándose intacta para él...

Barulo todavía vestía de arquero. Noel tenía la lengua pegada al paladar. Además se preguntaba hacia dónde miraba, no lograba darse cuenta dónde tenía posados los ojos y ni siquiera sabía si aún existía algún lugar dónde posarlos. Barulo esperaba algún comentario, pero como no lo hubo, lo saludó secamente y se fue. Noel miró el *exit* de la nueva damita joven, la que no podía perder el tiempo porque tenía que encremarse la cara y arreglarse las cejas. Noel había empezado la conversación sin excluir la posibilidad de la violencia, contra quien fuese. No era cobarde, pero comprendió que ni el viejo, ni Barto, ni Barulo tenían nada que ver en este negocio. Miró por última vez, suponía, al pibe: conservaría de él, quisiera o no, esa imagen de caminar como si se estuviera relamiendo el culo por dentro. Levantó la maleta y se fue.

Noel conocía hasta de sobra la trayectoria geográfica de su viaje. Desde su casa en Parque Patricios, ese barrio *tan* Buenos Aires, hasta la casa de su tía Elena, hermana de su padre, en Merlo, en el Gran Buenos Aires, hacia el Oeste. Era un largo viaje, pero Noel conocía los puntos precisos de entrecruzamiento para abreviarlo. Pero para ello había que ponerse atento y un poco maniático, cuando esta vez, durante algunos tramos, prefería el juego de fingirse llevar. Sabía que ya era nimio lo que podía postergar una vez aceptada, como una variante —teatralmente fingida, teatralmente verosímil— la persecución de ciertos fines que banalizan la palabra, «suicidio», y él no quería eso, «suicidio», sino lo mejor de la tragedia.

Pero de todos modos eran fines: la posibilidad de que algo terminara y, prácticamente, salvo aceptando inocentemente, plásticamente, lo inevitable de ciertas falacias —como un adrede del hombre que juega la carta equivocada en una partida quizás verdadera, tal vez— como si mintiera al decir: los fines son siempre posibles, la imposibilidad está —ocurre— en los medios¹, y la encerrona acecha. Los destinos se cumplen, pero con exclusión de estilos. Lo que es posible en Merlo se convierte en esa mosca de verano, aparentemente atontada, pero a salvo de toda cacería en Corrientes y Callao.

—El incapaz de someterse a la exclusión de estilos corre todos los riesgos, pero flechado por el ridículo como el ciclista de la bicicleta inmóvil, la esforzada pero clavada al piso del gimnasio.

—Pero el ridículo no existe, lo inventan los prejuicios.

—Existe una relación entre un punto remoto y una razón endeble: endeble, que no significa falta de lógica, sino la trabazón de los medios ausentes.

1. El género se mantiene, cambia la especie: y ya no se sabe de qué género se trata.

En Morón se encontró con un control policial: «En cana, hoy no, por favor», pensó, y al pasar sin problemas, de algún modo se sintió orgulloso de sí mismo: no había dramatizado tanto, se había dejado una vía de escape (otra alternativa: por premeditación y astucia) como para no olvidarse los documentos en casa. Las palabras traen otras palabras, pero los redactores de informes, este Barulo y su abanico por ejemplo, tienen la posibilidad de tachar, como los perversos: Hans contando sus experiencias de la guerra, el bidet posterior excluido por completo. Pero como las palabras traen otras palabras, ¿por qué no relacionar la tendencia a *dramatizar*, con la muerte en pocas horas, acelerada, de un padre, donde la cara-máscara de crema de Barulo y sus cejas depiladas, incidían más que él, que Noel y su violencia, en el derrumbe final del viejo? ¡Superposición de civilizaciones y su convivencia imposible! el deseo sobre tablas, dramatizado en cierto estilo era asesino. El padre podía aceptar la versión «puto de mierda» y justificarse por otro lado, el buen hijo, el estudiante ejemplar, los éxitos profesionales: Barulo sería, para los otros, un «raro» y el padre, un padre: pero una gota de crema en la cara o una sesión de depilado y de inmediato apareció un nuevo ídolo, festejado por el Sabio Loco¹. Noel mismo había deseado reventarlo de una trompada cuando «movía el piecito». El planeta volcado por el *otro* sexo era quizá lo que había sentido Barulo cuando *probó la garcha* (lenguaje arcaico), y con razón Barulo, ya *puto* (lenguaje arcaico) lo acusó despectivamente de utilizar un dialecto, por sólo ver *un puto* (lenguaje arcaico), cuando todo el nuevo arte consistía —¿o no sos *absolutamente moderno*, Noel, corazón mio?— en una manera distinta de revolear la falda. Pero el pobre Noel no pudo resistir ese humor negro actual, donde lo banal enfrentaba la supuesta subversión: no pudo quedarse y soportar el asesinato del padre por una gota de crema. Para él, entonces, para el arcaico Noel, los rituales antiguos más dolorosos, menos crueles: mutilaciones que no callen.

El relato salta. Una familia demasiado cómica (casi «ar-

1. Contra el cual un padre, el padre, lucha toda la vida.

ística»). Aquí no vinieron a divertirse, vinieron a aprender. Los finales cambian, no el maestro: nadie puede negarle la posibilidad de hacer trampa. Una familia donde el *padre ha muerto de risa* desde que era hijo, una familia de circo con un camarín secreto: «Ven, padre, aquí se prueba y se impone un nuevo estilo de maquillaje. Vamos, que se terminaron las narices de cartón y la falsedad calva de la calva. Basta que conviertas en un secreto la marca de corpiño que usas, y que te detengas luciendo tu torso puramente masculino porque el top-less que se alucina es feroz al lado de cualquier par de senos (que los imbéciles «progresan» transgrediendo) cuando —ahora mismo— nuestro negocio es el asesinato. Ven, padre,

—Ya estuviste loco, y sabés que

—Siempre estarás loco

—Ya gozaste de todas las perversiones

—Como un loco

—Mataste y te mataron, ya

—Y esta sí que es grande: hasta quisiste tener hijos.

El Púgil de Guante Blanco

Esos niños a quienes la autoridad encuentra vagando por la calle, en primer lugar son llevados a la seccional, donde se averigua si tienen familia (cercana o remota), se investigan sus antecedentes penales y, además, en todos los casos son examinados por un psiquiatra, un psicólogo y un asistente social. *Vitelio Gaspar Parini* (o *Gasparparini*) de 10 años padecía serios trastornos de personalidad, y el hecho de que en su caso *Gaspar* figurara como segundo nombre de pila, mientras en otros de sus hermanos se acoplaba cacofónicamente con el apellido (*Gasparparini*) mientras que en su padre, Jorge Andrés Parini, ni figurara, se constituyó para los tres investigadores en un indicio claro de que esta circunstancia era un factor que incidía, junto a otros, en la endeble identidad del paciente, tratada de compensar con una monomanía agresiva: el boxeo.

Pero la historia de vida de Vitelio Gaspar Parini cuenta también. El hogar, una casucha en una de las villas miserias del Bajo Belgrano, se había desmembrado a causa de la detención del padre por atraco a mano armada (era un reincidente, cumpliría una larga condena aún en el penal de Caseros), circunstancia en que otra enferma potencial, su mujer (aunque no había casamiento legal) pudiera permitirse que sus tendencias autodestructivas afloraran con mayor vigor aún. Abandonó a sus hijos e hizo vida en común con varios hombres, relaciones poco duraderas por dos factores, si bien al desconocer el paradero de la madre —*Rosa Indalecia Gallo*—: la carga que para hombres de tan

escasos recursos significaban los hijos de su concubina, y el etilismo, ninfómano (ella encaraba a los hombres y les decía: «¡Qué ganas de echarme un polvo!») de *Rosa Indalecia Gallo*: debe estar tirada en algún manicomio o en algún penal, pero lo común de su nombre dificulta la determinación de su paradero —también es posible que esté ejerciendo la prostitución en algún cojadero clandestino: ya caerá en alguna razzia. La ley es eficaz e implacable. Pero la vida también: tal vez ya reventó.

Una hermana del marido se hizo cargo en Rosario del cuidado de los dos mellizos menores: Toribio e Indalecio *Gasparparini*, ambos de 8 años. Subrayamos el apellido para hacer notar la diferencia aludida desde el principio en relación a este tema tan delicado que afecta, de un modo u otro, la personalidad de los tres hermanos.

María del Carmen de Parini, (mucama por horas) fue la que se hizo cargo de los mellizos; debe proveer junto a su esposo (jornalero) *Mario Antonio Parini*, con magros ingresos ambos, el sustento del hogar. Pero insistieron ante las repetidas preguntas del asistente social, que rechazaron la posibilidad de acoger en el seno de su hogar a *Vitelio* por su tendencia a agredir a puñetazos a otros niños, a veces mayores y más fuertes que él, quienes le causaban serios daños físicos, aparte de los morales: como su aspiración es llegar a campeón mundial de boxeo (parece identificado con *Carlos Monzón*), cuando los niños a quienes él agrede se defienden y lo derrotan, aparecen síntomas depresivos graves en *Vitelio*, quien durante semanas se niega a ir a la escuela porque, argumenta, «debe entrenarse». Su disfraz —síntoma esquizofrénico— son unos rotos guantes blancos de primera comunión, encontrados en la basura como un short que «parece» pantalón de boxeo.

En cuanto a *Inés Parini* (16 años), según las deducciones de los investigadores, ya debe ser una reputa de profesión. Se confía en que la autoridad policial la detenga, es así como se espera ubicarla. Las aludidas deducciones tienen su asidero en el alias de la menor: «*Por cinco mangos*».

Como desde un punto de vista patológico, el caso más alarmante es el de *Vitelio*, consignamos aquí la sugerencia del matrimonio Parini —espontánea, pues son legos en la

materia— quienes afirman que el lugar apropiado para *Vitelio* es una institución especializada en esta clase de niños. Los hechos parecen confirmar esta opinión. *Vitelio* se dedicó a la vida callejera, ganándose el sustento como abridor de puertas de taxis. Dormía en un baldío. La comisión policial lo encontró allí, violado (*existe un informe del forense*), desnudo y con todas las señales de haber sido golpeado de una manera más violenta de las que podían resultar de una pelea con otros niños. La comisión policial detuvo, en absoluto estado de ebriedad, a *Diosgracia Taragómez* (a) «*Botellita*», de 43 años de edad y con antecedentes de pequeños hurtos, que también había pernoctado en el baldío. El hecho de no haber huido del lugar, no lo exculpa. El oficial debió llevarlo en brazos al patrullero, tal era su estado alcohólico.

«BOTELLITA»

Eran las 22,30 de la noche y «*Botellita*» dormía la mona en una celda, incomunicado. *Vitelio Gaspar Parini* había sido trasladado al Centro de Salud Mental Infanto-Juvenil. Le aplicaron un sedante, además de curarle las heridas, y ahora se había sumido en un profundo sueño. Los acontecimientos se desarrollaron en otra parte, en la oficina *especial* para interrogatorios —a veces, lamentablemente, había que ponerse un poco violento— del comisario inspector Juan Alberto Laquería, que estaba eufórico. A las nueve de la noche él y los tres oficiales de Robos y Hurtos, vestidos todos de civil, habían logrado la confesión por escrito de «*Alcatraz*», «*Vino Blanco*» y «*El Santo*» de la comisión de nueve atracos a mano armada. A Laquería le gustaba algo —como diríamos— más «personal» hasta último momento, pero Giunto, el oficial a cargo de R.H., en cuanto llegó hizo conectar la picana y Radio Excelsior.

—Resistieron bastante los hijos de puta —comentó Laquería.

—Perdone, Comisario —respondió el presuntuoso Giunto— yo no quise apretarlo a fondo, lo que no es lo mismo. ¿Sabe?, cambió de jefe R.H. Pies de plomo, entonces.

Siempre la juegan de humanitarios, los primeros días.

Uno de los oficiales, el alcahuete de Giunto, comentó:

—Si no hubiera sido por eso, teníamos las firmas en quince minutos. ¡qué tanto lfo, ahora, con que si van a resistir o no! El que no resiste, a la morgue y chau. Basta de basura. Aunque sólo asaltaron un quiosco, sólo pudimos pincharlos en 9 casos. Con el otro Jefe...

La aparente dureza y determinación de esos hombres producía cierta envidia en Laquería. Ahora tenía que interrogar al desgraciado de «Botellita». Todo el mundo sabía que era un borracho inofensivo.

Tomaron una copa más y los R.H. se dispusieron a irse. Por cortesía, Giunto comentó:

—Tengo entendido que resolvió hoy un caso de corrupción de menores.

Al alcahuete de Giunto se le iluminaron los ojos. Esta clase de temas le encantaba.

—En realidad —dijo Laquería—, lo que tengo es un rompecabezas. Por un lado, un chico de diez años con el culo más roto que palangana de vieja: el amasijo ocurrió hoy, según el informe del forense, y ocurrió en el baldío donde el pibe duerme: no tiene ni familia ni domicilio. En el mismo baldío vive, desde hace años, un ciruja borracho, a quien todo el mundo llama «Botellita». Hoy lo encontramos totalmente en pedo, cerca del cuerpo del pibe...

—Ahora se va a volver puto —comentó El Alca, sin venir al caso. A Laquería ya lo tenía podrido.

En un intento más de que el otro la cortara en serio, Laquería contestó en un tono más brusco.

—La verdad compañero... compañero...

—Eldhelsf.

—Encantado, pero primero que no hay ninguna seguridad de que el chico se vuelva puto, como usted...

—La seguridad es del ciento por ciento, comisario —insistió Eldhelsf—. Los hombres tenemos unas células en el culo, perdonando la palabra, que son igualitas a las de las minas, ¿caso usted no cuida de que a sus hijos no se los cojan? ¡y bueno, por algo serál! En cuanto la cabeza de la poronga toca ese conjunto de células, mire, al hombre le entra a gustar la garcha más que a las minas. En el

Depto nos hicieron asistir al curso del doctor Gutiérrez Solar. Nos dijo que era el último descubrimiento de la Medicina.

Laquería miró a Giunto en busca de ayuda, pero éste permaneció impassible, como si la complicidad con su alca fuera importantísima.

Al fin se fueron, dejando al mismo tiempo confuso y con un humor de perros a Laquería. Alguien tenía que pagar los platos rotos: cuando él reventaba a un tipo, resulta que había algún enjuague con el juez: lo necesitaban vivo para otro caso. Entonces se llamaba a la prudencia y la prudencia lo llamaba al loco de Giunto, que lo miraba con desprecio porque estaba interrogando a los sospechosos según mandaba la ley. Pensaba en estos desencuentros cuando le anunciaron que habían llegado los de Moralidad. Rogó a Dios que fueran tipos normales, y la verdad, cuando se presentaron lo parecían. Un poco friones o insensibles, como si el caso de Laquería no les interesara demasiado, careciera de importancia (a Laquería le hubiera gustado ser el jefe de Treblinka y mostrarles un osario). Le pidieron que trajeran a «Botellita».

La piltrafa humana apareció. La curda todavía no se le había pasado. Maralengo, el oficial a cargo de la comisión de Moralidad, tomó la roñosa mano izquierda de «Botellita» con su diestra, pulcra y blanquísima. Laquería no comprendió al principio. Botellita tampoco. Maralengo hablaba suavemente:

—¿Así que vos te cojiste al pibe?

—No señor, le juro. Yo había robado una damajuana de vino en el almacén Suárez, un descuido del dueño, eso lo confieso. Pero yo, aunque soy una basura, esas cosas no las hago. El cojido jugaba con otros pibes. Yo me prendí a la damajuana...

—¿Pero estaba lindo el guacho, no?

—Usted sabe señor. A esas edad los pibes son como un pimpollo.

—Como un pimpollo, muy bien. Y decime, si a vos se te diera por esas cosas, ¿te lo hubieras jodido?

—Supongo que sí, señor.

Maralengo le hizo una señal a otro del equipo (le pidió el «instrumento»). Maralengo era lento o rápido, se-

gún las circunstancias; ahora era lento, pero como un presdigitador, y trabajaba en perfecta combinación con un tal Martínez. Nadie alcanzó a ver el «instrumento». Otra rareza: el señor oficial de Moralidad acariciaba a Botellita, que se ponía incómodo. Le acariciaba el cuello, la nuca, las mejillas. Botellita era un verdadero sorete. Las caricias se hicieron más íntimas. Le acarició las nalgas. Botellito intentó resistirse.

Apareció el instrumento. A primera vista parecía un collar de perro. Maralengo se lo puso en el cuello al ciruja, al mismo tiempo que le decía,

—Ahora te vas a quedar quietito, porque, ¿sabés? a mí me gusta que se queden quietitos.

Habían, todos, entrado en otro mundo. Respiraban anhelantes. Ninguno se atrevía a intervenir. Maralengo probó el instrumento en el cuello de Botellita, como si estuviera tratando de ahorcarlo de a poco, no de un solo tirón. Maralengo se puso detrás del ciruja, que vomitó sobre el escritorio de Laquería, a un nuevo tirón del instrumento que Maralengo manejaba. En otro mundo. Ahora movió el instrumento Maralengo, para que Botellita pudiera caer, semiasfixiado, sobre el escritorio. Exacto, así pasó. Maralengo le bajó los pantalones a Botellita. Cualquiera puede imaginar lo que eran las nalgas del comierda. Pero la cara de Maralengo brillaba de satisfacción. Lo sodomizó delante de todos. Acabó en varias veces, él mismo era una especie de artista administrándose el placer. La última acabada tuvo como música un aullido sor-do. Maralengo no fingía, gozaba en serio. «¡Qué delicia sos, si hasta tenés olor a mierda. Me gustaría tenerte en una cama!» El instrumento actuó de nuevo. Todos pensaban que esta vez lo estrangulaba. Incluso al rata, se le abrieron los esfínteres, como a los ahorcados. Botellita se cagó y se cagó. Maralengo oprimió un poco más el cuello de su víctima. Le dijo: «*Para mí el pimpollo no es el pendejo, el pimpollo sos vos*». Botellita estaba a punto de dar el último suspiro, pero no: Maralengo le presentó la confesión de todo el caso, más otros casos irresueltos. Botellita firmó. Maralengo tiró definitivamente del instrumento. El cadáver quedó en una posición ridícula.

Maralengo fue al baño y volvió perfectamente acicalado. La satisfacción sexual lo rejuvenecía.

Moralidad enfiló hacia la puerta. Parecían mudos los compañeros de Maralengo, o muñecos que habían aprendido a caminar.

Maralengo se despidió:

—Hay gente rara en el mundo, ¿no comisario?

EN CASTELAR SUBIÓ EL GORDO SONRISA, bien vestido y con un aire simpático en la cara. «Empieza el festín», se dijo Noel. Como se conocían del barrio, el Gordo se acercó a saludarlo y lo primero que preguntó fue por el Gordo Llorón. Noel se sobresaltó un poco, pero pescó que era pura casualidad (en tan poco tiempo no podía haberse enterado de nada). Noel le preguntó por esos contratiempos que le sucedían al Gordo: él explicaba que la chupaba nomás el (o los) otros aceptaban el arreglo y después, a la fuerza, verdaderas violaciones, qué chupar ni qué chupar, le dejaban el culo a la miseria.

—¡Callate, chel —empezó a contar el Gordo—. Ante-noche en pleno centro me levantaron tres brasileros de los que vienen a comprar las cosas aquí, cuando están más baratas. Les expliqué y entendieron clarito. Uno incluso hizo que se la chuponeara un poco en el baño, los otros protestaron, estaban chochos conmigo. Eran tres mulatos de fuego. Me invitaron a cenar y acepté. Divertidísimos los chongos. Pagaron ellos, pero me gustaron tanto que estaba dispuesto a poner mi parte. Vino el momento crucial. ¿En el baño de un bar o en el hotel donde paraban ellos? Al hotel: yo también voté por esta variante, total, cuando me han querido garchar me lo han hecho hasta en la butaca del cine. Llegamos al telo, que era medio de lujo: yo me sentía la Reina Leche de Míspalo I. Tomaron unos whiskies y empezamos. Otros mentirosos. Tuve que abrirme como una yegua, porque si no, encima, duele. Hasta me obligaron (al primer *no* que intenté me dejaron sin respiración de una trompada en la barriga), sí, hasta pusieron

música tropical y me obligaron a bailar una especie de danza del culo, me tuve que clavar por turno en la poronga de cada uno de ellos. Después me dieron unos pesos, un buen tocó. Les dije que no me dieran nada y que me dejaran mamarlos. No hubo caso. Me echaron. ¡Cómo son ustedes los machos! ¡Ni una gotita en la boca me echaron! ¿Qué les costaba?

—Es que se imaginan el plumoncito de cisne que Dios te dio por culo y no pueden contenerse. Ponete en su lugar...

—¡Callate! ¿Vos también?

—No —dijo Noel— a mí sí no me la chupan es como si no pasara nada. A propósito, tengo unos mangos (*y aquí puso voz susurrante*), ¿querés?

—No, che, a vos no te cobro: sos un amigo. Vamos a ver cómo anda la mano de los baños, ah, guasquita para mamá, guasquita para mamita...

El Gordo era un maestro en conseguir un retrete vacío.

Entraron y el Gordo se sentó en el inodoro y peló la garcha de Noel. Noel peló un cuchillo de caza afiladísimo y le cortó la lengua. Después lo dio vuelta y lo partió casi en dos, como a una res, metiéndole el cuchillo por el ano. Claro que el Gordo estaba muerto cuando Noel salió del baño.

Tomó el tren en sentido contrario y bajó en Once. Salió a la plaza y eligió un ómnibus que lo dejaba cerca de un bar de la calle Talcahuano (el mismo, pero por pura casualidad, donde yo vi que un *culón* baleaba al mozo porque en broma le dijo: —Pero callate, gordo puto). La casualidad trae a la casualidad, tanto que a veces da miedo. Noel se sentó y pidió una gaseosa y un sandwich de crudo y queso. Estaba terminándolo cuando sonriente se sentó a su mesa don Carlos, que hacía años, cuando todavía no había conversado con Noel, fue compañero del padre en un empleo. La amistad con el padre venía de la infancia, cuando los dos estuvieron internados en el *Instituto Infanto-Juvenil* («para niños con problemas mentales y de conducta»). Don Carlos llamó al mozo y le pidió una porción de dulce de leche, pero ojo, dijo, «solo». Como era suelto de lengua

y vio que Noel ya tenía edad para el tema, le contó la historia del *Infanto*, no toda la historia, ya veremos que fue capaz de callarse algunas cosas:

—En mi caso, fue un error, o una conspiración de mi madrastra. Pretendían que cambiara mi verdadero nombre, Carlos Marx, por uno falso, porque el falso —algo así como *Gerardo Maschioli*— figuraba en los documentos. Lo diagnosticaron como una de las variantes del famoso deporte invernal, el *esquí-zofrénico*, aunque yo nada que ver con el esquí, a él que lo dejaran en paz con su «proletarios del mundo uníos». El Director del Instituto era un médico de la vieja escuela, además de ex-comisario. Lo nombró en el cargo el propio Presidente, un general que acababa de dar un golpe de Estado triunfante. Fue famoso durante un tiempo el Director, Benedictino Gutiérrez del Solar, ¡hizo cada cosa!, salía todos los días en los diarios —hasta extranjeros—. Por un tiempo consiguió mantenerse el viejo triunvirato: siempre mandaba el Director, pero asesorado por dos jóvenes psiquiatras con formación psicoanalítica —unos tipos que se dan fuerte con los sueños—, y una asistente social, ésta traída por el propio Capo, después de hacer echar a una camarada de ideología —y corazón, ¡qué corazón!— proletaria. La nueva era la yegua de Gutiérrez, además de su alcahueta.

La teoría del Director respondía bipartitamente a una pregunta bipartita, que hizo imprimir y colgar en su despacho y en cada sala de internados:

¿SOS LOCO O TE PICA EL CULO?

Algunos colegas no estaban completamente de acuerdo, pensaban que el problema era más complejo. El Capo fingía escuchar su opinión y atendía los informes que presentaban, verbales y escritos, sobre cada uno de los pacientes. Después que se retiraban, se quedaba solo con Malvonia, su yegua y asistente social, retomaba la lista de pacientes y, sobre cada uno la consultaba: —¿Es loco o le pica el culo?—. Malvonia, cuya misión además de hablar con el paciente era visitar su domicilio (cuando lo tenía),

además de entrevistar a la familia (cuando la tenía) o en el caso contrario a amigos, conocidos, policías o quienes fueran los que mantenían una relación con el enfermo —es decir: luego de investigar en profundidad el contexto social del caso («¡Mozol, otra porción de dulce de leche, pero, ojo, mucho ojo, que sea solo»), tomaba sus notas y se presentaba a la reunión con el Director, su macho y los otros colegas, pero no abría el pico hasta quedarse sola con Gutiérrez del Solar. Cerraban entonces la puerta con llave, se entregaban a todas las aberraciones sexuales existentes, sobre todo él trataba de «ubicarle el lugar de las células» —cuando él, Marx, le explicara la macroteoría del Director, Noel comprendería qué era aquello— y recién pasaban al trabajo propiamente dicho: la pregunta del Director, que ni caso había hecho a los informes de sus colegas, y la respuesta de su yegua reaccionaria, la asistente social. Respuesta que casi nunca variaba: «El niño, a pesar de sus escasos 9 años, usa sombrero, o "funyi", para utilizar su lenguaje, también pañuelo al cuello color blanco. Canta tangos todo el día (los vecinos se quejaron a la autoridad), no va a la escuela y se niega a responder si no se lo llama Carlos, o Gardel, en su defecto: sin un plazo razonable de internación, creo que sería prematuro responder a la única pregunta válida, o sea señor Director («¡Mozol, otra porción de dulce de leche, pero ojo, mucho ojo, que sea solo»), si es loco o le pica el culo: en este caso, imposible resolver el problema de las células y su excitabilidad o no, sin la comprobación empírica, lo que implica su Internación inmediata». Ya se enterará de cuál era para este par de burgueses la famosa *comprobación empírica*. Pero antes de contarle a grandes rasgos, por lo menos, la macroteoría del Director, que sólo se dignaba exponer en círculos muy reducidos. No podía pensar, por sus limitaciones de clase, el concepto de *sobredeterminación*, y así su macroteoría naufragaba en el más burdo de los determinismos. El doctor Para Noico (que quiere decir «nazi» en castellano), que ése debió ser su verdadero nombre y no Gutiérrez del Solar, suponía que los sujetos de sexo masculino nacíamos putos o no, y todos los nuevos descubrimientos de la ciencia psicoanalítica le parecían pretextos para subvertir el orden existente

(«¡Mozol, otra porción de dulce de leche, pero...» El mozo: «Ya entendí, viejo, ¿cree que soy boludo?»).

«Dice así, joven Noel, pero yo actúo por experiencia: en cuando usted se descuida, zas, le infiltran un flan o una torta en el dulce de leche.» Pero el problema del Director, prosigamos, como decía Lenin, surgía de un hecho: para él ser puto o no dependía del grado de excitabilidad de esas células anales al semen (*masculino*), además de la existencia o no de las mismas en cada individuo, independientemente de su sexo. Prueba: había mujeres que, hablando entre nosotros («¡Mozo...!») preferían comer mierda antes que dejarse cojer por el culo, mientras otras, de sólo sentirla entre los cachetes, ya llegaban al orgasmo. Pero muchas y muchos —aquí el Director aplicaba el *te pica* para explicar las neurosis: ni loco ni puto, un *te pica*— creían no tener esas células ni esa excitabilidad respecto al semen (*masculino*)... y, subido a una silla, gritó: ¡PARA LOS FASCISTAS QUE NO OSAN DECIR SU NOMBRE, LA DIALÉCTICA NO EXISTE! —la calma se acabó y todos los ojos se volvieron hacia ellos, aunque don Carlos siguió hablando tranquilamente, razón por la cual no hubo ni asomo de pánico— creían (continuó) pero, o realmente no estaban dotado/a(s) de ellas, o lo que ocurría simplemente era que su ubicación en el Cosmos Anal las protegía de la descarga —no eran tocadas por él— del semen (*masculino*) y su riguroso rigor: ¡NO CONFUNDIR CON EL FALSO RIGOR DE LA CIENCIA BURGUESA! —vuelta todos a mirar y vuelta a comprobar que no pasaba nada: nada tampoco para el gallego de la caja, pues los clientes en vez de consumir escuchaban al calmo-exaltado teórico. —Permítame, Noel («¡Mozo...!»). Como el Director, cuando le convenía, apelaba a argumentaciones «progresistas», decía que sólo luego de un periodo de tres meses podía saberse si tales células existían o no en un individuo, para lo cual había que tirar por la borda —y le juro que no estábamos en un barco— muchos prejuicios para que se encargaran de encontrar en los infantes masculinos (cuento lo que vi y experimenté en mi sala) las células, a las que llamaban «benedictinas» en su propio honor, logró que las prisiones —gracias a su influencia con el Presidente— permitieran

la salida de todos los condenados por violar niños para que vinieran a buscarnos las *células* tres veces por día, mañana, tarde y noche, los siete días de la semana. Hablando entre nosotros, Noel, vivían rompiéndonos el culo. El Director, mientras ocurría el hecho, se paseaba de cama en cama observando nuestras reacciones faciales. Luego de la sodomización científica, se reunía con su yegua, que enchufaba el grabador: ¡PROLETARIOS DEL MUNDO... NO... TAL VEZ TODAVÍA NO ESTEMOS PREPARADOS! —quienes esta vez miraron hacia la mesa, olvidados completamente de consumir, lo vieron llorar con incontenibles sollozos—. Fue sólo un momento de debilidad, Noel («¡Mozo...!»). La yegua, le contaba, enchufaba el grabador, y los violadores debían puntualizar, sin olvidar detalle, cómo nos habían roto... si dejando que el órgano viril se deslizara más a la izquierda que a la derecha, si boca abajo o poniéndonos de costado, si en el caso boca abajo a colchón limpio, o colocándonos una almohada (o cuántas) bajo el vientre para que las nalgas quedaran más erguidas, o si nos lo habían hecho «a lo mujer», nosotros boca arriba pasando las piernas por encima de los hombros. En fin, un informe completo para poder incluir o excluir un dato para la investigación completa del caso: si el infante era puto, Si no lo era, quedaban dos posibilidades: o era loco, o entraba en la dilatada categoría de los *te pica*, ya que la teoría, como recordará, debía terminar —pero esto como objetivo aún ideal, habría que esperar años, décadas de investigaciones— respondiendo unívocamente a una proposición bipartita (y gritó en el bar, subido a una silla la proposición:) ¿SOS LOCO O TE PICA EL CULO? Para que usted, Noel, vea hasta dónde llegaron las cosas, *Guarda el culo*, un violador de niños, pero además sádico, pasó a cumplir su condena en el «*Infante-Juvenil*», para tenerlo a mano como elemento de castigo para los niños que se negaban a la experiencia —digamos— normal. Yo fui uno de los castigados por negarse. El Director hizo que los enfermeros me llevaran, desnudo y arrastrándome en cuatro patas, con un dogal de perro al cuello, a la salita donde vivía encerrado, con todas las comodidades, *Guardaelculo*, quien cuando me vio se puso como loco y gritaba «¡El primero en

seis años! ¡Vos, pibe, no te vas a olvidar nunca de mí! Ya sé, amigo Noel, que la subjetividad individual debería ser mala palabra en boca de un marxista —pero es que estoy asombrado porque aquel simple lumpen-proletariat tuvo razón. Con la recomendación de que no abusara, se lo había provisto de una pequeña picana eléctrica. El resultado de mi rebeldía ante la experiencia allí llamada normal, fue que este sádico de casi dos metros de altura y ex luchador, además de rom... el cu..., lo hizo demorándose en su placer durante una media hora, media hora en la cual no dejó de aplicarme la picana en todo el cuerpo, pues me cambiaba de posición a cada momento, para que nada quedara libre de su correspondiente picaneo. Quizás a usted le parezca un cobarde, Noel, pero jamás me volví a negar a la experiencia normal...

Pero aquí un gran pudor y el miedo a ofender trababan el relato de Don Carlos. Insistió Noel. Don Carlos, con mirada encendida y revolucionaria, dijo que denunciaría todo: al joven púgil Vitelio Gaspar Parini lo habían encontrado desnudo —y más cojido imposible— en un baldío. Como según el razonamiento de ellos, los maccarthistas, un joven no podía desear ser campeón mundial de box, en el caso de su padre fue difícil decidir: ¿era loco o le picaba el culo? Pero lo que él le contaba era la microteoría del Director, pues éste no se atrevía a exponer la macro, salvo en círculos muy reducidos: el Director pensaba, de una manera mecanicista y reaccionaria, que se nacía puto o no. Había practicado muchas autopsias, según él, para comprobar su afirmación e insistía en haber descubierto que todas las personas de sexo masculino nacemos con una porción de tejido celular en el ano exactamente igual al centenar de células sexualmente excitables femeninas que tienen en El Lugar Cular (así hablaba el Director) las mujeres. El pene podía entrar en El Lugar Cular de un hombre y tocar o no el centenar de células, que además podían ser excitables o no a la Prótesis Natural (así hablaba el Director) o Poronga que Nos dio el Destino (sí, se había negado rotundamente a leer «La Ideología Alpeniana» y «La Estructura del Pensamiento Vaginal», odiaba el lenguaje

científico-progresista). *Esquí* se ubicó en el lugar más visible del bar y, subido a una silla gritó: ¡ERA UNO DE ESOS FASCISTAS QUE NO OSAN DECIR SU NOMBRE! La gente se alarmó, pero cuando lo vieron sentado otra vez, muy tranquilo con Noel, volvió la calma. *Esquí* le pidió perdón al joven por lo embrollada que era la teoría del Director. Pero que él, Carlos Marx, acostumbrado al rigor. ¡NO CONFUNDIR CON EL FALSO RIGOR BURGUÉS! (alarma y calma nuevamente), era incapaz de simplificarla, pero lo intentaría:

—Los hombres (todos) nacen con células femeninas en El Lugar Cular: imposible hablar de *inversión*, puesto que en El Lugar Cular de las mujeres las mencionadas células son exactamente iguales; *¡inversión!*, para eso habría que encontrar sujetos masculinos que tengan células masculinas en el lugar del Lugar donde los otros hombres (y mujeres) las tienen femeninas.

—El problema planteado por la Por Posición (se negaba también al término lógico *proposición*) anterior se resolvía así: el axioma formulado en forma de pregunta *¿Sos loco o te pica el culo?* se resolvía averiguando si en los casos masculinos mal llamados homosexuales, invertidos, putos, sodomitas, comilones, pederastas (toda una designatum científica equivocada, según el Director) averiguando si las mencionadas células eran excitables o no en relación al semen (masculino). Para ello no quedaba más remedio que someter al individuo a la prueba, y con otra de sus salidas contra el lenguaje científico, el Director precisaba: si luego de un mes de prueba, durante el cual el sujeto era Recontra-Cojido todos los días, conservaba incólume su personalidad viril, una de las partes de la Por Posición bipartita, quedaba despejada...

(*Esquí*, sobre la silla): ¡NO LE PICABA EL CULO!

(*Calma y adelante*) —Según el Director, ante la imperfecta solución del problema y su incapacidad de rebatirla, aparecían los sofistas, quienes en vez de arriesgar algo nuevo a la controversia —y fiados en la verdad algebraica más o más —más— se arrojaban como perros de presa sobre la primera parte de la Por Posición bipartita. Descarados, sin modificar siquiera la textura retórica ni el contenido

semántico, preguntaban a su *¿(gritaría se preguntó Noel)? vez: entonces, «¿sos loco?»,* cuando era inevitable reducir (*recordemos: ¿Sos loco o te pica el culo?*) que la salud mental no estaba afectada, si la prueba de excitabilidad respecto al semen (masculino) había resultado negativa.

—pero Los Negadores de la Luz formaban legión, cuando querían Re-empujarlo a él, al Director a una negación de la variedad de caracteres que ofrecían los hombres, cuando o no entendían o *singlan* no entender la sutileza de la Por Posición, a la cual le exigían que dijera más de lo que Por Posición se Por Ponfa plantear: las exégesis de Los Negadores de la Luz la comentaban siempre dejando de lado su punto excelso de sutileza:

(*No dio tiempo a evitar-*

lo. Aquí Esquí gritó): «¿SOS LOCO O TE PICA EL CULO?»,
y no *«¿SOS LOCO O SOS PUTO?»*

Interrumpieron por obligación. Más por codicia que por otro motivo, el dueño del bar llamó al patrullero: nadie hacía gasto, los presentes no pedían ni un café, se limitaban a tratar de adivinar cuándo *Esquí* iba a ponerse a gritar como un *Esquí*, o cuándo hablaría, en tono casi por demás normal, sin variaciones de tono siquiera, con su joven amigo. Tuvo suerte Noel y vio estacionar a La Loca del Rubí, al mismo tiempo que bajaban los oficiales. Pudo deshacerse de la navaja con facilidad: la dejó caer debajo de su propia mesa. Los conocía, sabía que iban a detener a dos sujetos que alteraban el orden, y no a un asesino: además, todos ellos, los botones, eran vagos y burócratas: el homicidio había ocurrido en el Gran Buenos Aires, cosa entonces de la cana de allá. Pero no se salvaron de que los portaran a los dos por averiguación de antecedentes. Cuando subían al auto policial, *Esquí* le dijo a Noel, con voz normal, por suerte:

—A los marxistas como usted y yo sólo dejarán de perseguirnos cuando tengamos nuestra propia policía, nuestras cárceles, para perseguirlos y encerrarlos a ellos.

Noel creyó (época de ilegalización del partido y Estado de Sitio) que ahora los llevarían a Orden Político, los reventarían con la picana, y luego meses en Devoto. Que-

dó sorprendido cuando uno de los oficiales, muerto de risa, los miró desde el asiento delantero y les dijo a los otros taqueros:

—¡Pero si es *El Proletario*! El guanaco del dueño del bar lo conoce bien. Lo deja entrar porque le gusta el dulce de leche y se morfa como veinte porciones. En el manicomio no le dan cabida porque perturba a los otros rayados, que terminan queriendo formar un «soviet» en serio, se excitan y después da un laburo bárbaro calmarlos. Dicen que les falta personal...

Puteó un rato el que iba al volante:

—¡Entonces tenemos que comernos el garrón nosotros!

—Dejemos que se bajen en cualquier esquina y chau...

—propuso el que lo había reconocido a *Esquí*.

Por un minuto pareció que iban a salvarse. El de más galones cambió de opinión. Dijo que lo mejor era pegarle un susto al gallego de la caja. Irfan y se llevarían a todo el mundo. Lo iban a tocar adonde más le dolía: en el bolsillo. Después le triplicarían la coima, bajo la amenaza de hacerle redadas todo el tiempo, y de permitir la reunión de elementos comunistas sin avisar. Se llevaría el cagazo de su vida, pero pondría la guita porque le salía más barato que lo otro. Claro, a estos dos giles habría que detenerlos durante 24 horas, por lo menos.

—¡Qué son 24 horas en la historia de las luchas obreras! —comentó, con cara de Trotsky, no de Marx, *El Proletario*.

—¡Pero claro! —casi gritó (¡PERO CLARO!) el que lo había reconocido—. Si hasta salió en los diarios, qué papelón, me lo contó un amigo de la secreta: recibieron el llamado de una portera denunciando a un tipo que se lo pasaba en el fondo de su casa haciendo miles de copias de panfletos en ruso. Era este loco de mierda que ponía letras raras... si apenas sabe escribir en castellano. Lo llevaron zumbando al Departamento y llamaron a un traductor. Pero antes uno de Prensa, chupamedias del Presidente, consiguió permiso para difundir la noticia. Los panfletos eran garabatos, pero *La policía descubre a un espía ruso*, salió en primera, con la foto de este trastornado y copias de la «literatura marxista» descubierta...

Decir en relación a ciertos hogares que «aquel día no se almorzó» exime de cualquier otro comentario y permite poner punto final, como ya se lo intentó, cuando no hay ningún final: lo que ocurre es que a la historia se le ocurre —repetitiva— empezar a empezar de una manera en la que ella no se hace responsable de que el final no sea el deseado, como también puede ocurrir algo más simple: que no le venga la regla, por ejemplo, y que sea preciso olvidarse del deseo de tener un sietemesino. Muchos lo saben desde chicos, otros se enteran ya adultos: existe una enorme cantidad de parejas que acosan al ginecólogo (¿o ginecóloga?) para que les proporcione un método infalible para tener un sietemesino. Es complicado, pero con paciencia llega a entenderse: aquí se hace referencia a parejas *normales*: la esposa quiere quedar embarazada —y el esposo está de acuerdo— y parir normalmente, pasados siete meses, un pimpollo de sietemesino. Parirlo, no adoptarlo. Excluimos a los que *necesitan* un sietemesino para cobrar una herencia o cosas por el estilo. Por principio excluimos a todo el mundo, especialmente a *los cada cosa a su tiempo*. Hay miles de personas virtuosas que pujan fuerte por *cada cosa a sus siete meses*. Hay un nuevo florecer de la vida, y si bien es comprensible que algunos exquisitos vacilen —la auro- ra, tal vez el Edén que se nos ha puesto otra vez al alcance de la mano, los tienta como a los niños una pelota nueva (¡un mundo nuevo!), se decepcionan al escuchar los mismos lugares comunes: «el planeta ha muerto, el tiempo de gestación normal de un cachorro humano son nueve meses, la familia se desintegra en un solo día (*no: no se almorzó ese día*), el hijo mayor pateo los huevos de su padre y luego pateo, pateo otra vez la mandíbula, cuando el padre se dobla en dos de dolor, el hijo menor aprovecha el caos y —pensar que era virgen!— se hace romper el küll dos veces seguidas en pocos minutos, y encima va y se manda una chupada de pick, y al volver del lugar donde al fin logró que se lo hicieran, camina con un contoneo, nuevo, inédito, como si se relamiere el jete por dentro.

• La belleza de un sietemesino sólo es comparable a la sonrisa resignada (no lastimera) de un violinista ciego.

El mundo sigue andando.

El matrimonio Gasparparini se recluyó en la alcoba nupcial sin fuerzas siquiera para odiarse, tan doloridos quedaron en cuerpo y alma. Aunque silenciosos (él le había pegado una trompada en la boca que le partió los labios cuando ella dijo algo así como «este gordo puto» a su hijo menor cinco minutos antes de que el gordo redundante puth entregara el rosquete de mil amores, a lo que el hijo mayor respondió con las dos patadas al padre, o le respondió: en dos patadas), aunque silenciosos había como una nueva corriente amorosa entre ellos. Sólo tenían una bolsa de hielo y la compartían con admirable justicia: ella, unos pocos minutos porque se trataba sólo de sus labios, mientras que él tenía dos problemas, uno no *tan* importante, pero sí sólo importante (el de la mandíbula) y el otro sí, gravísimo, el de los huevos, que se le habían puesto como melones y tardaban en volver a su tamaño normal. Adivinaban sin hablar, el uno tendido junto al otro sobre el lecho, teniéndose de la mano, cuándo era necesaria una nueva visita a la heladera (la hacía ella que no tenía problemas de movilidad, mientras que él sí —los huevos: los huevos, ¡melones, melones, melones baratos y frescos!¹) pero lo importante era que se tenían de la mano y se hablaban con los ojos: preocupados ahora por su amor, por su «Idilio sin Tragedia», hartos ya de los hijos, dándose tiempo para alguna vez —una tarde de lluvia, en Buenos Aires— preguntarse, pero como si jugaran (jugaban), por qué todo había tenido que salir tan mal para al fin poder llegar a ser felices, para sentarse en el jardín y con cortesía británica (salvo un detalle: preferían el peor mal vino al marca exclusiva de los whiskies) atribuirse cada uno la responsabilidad de todos los errores, precisamente.

Precisamente porque no se habían producido errores: la vida era perfecta, entonces imposible hablar de errores, o acusarse de irresponsabilidades porque a las tragedias que suponía ver en su hogar la envidia ajena, ellos no les

1. Oh caros y putre: exquisitos, los raros como Darío.

daban importancia —y escandalizábase más aún la envidia ajena, «el infierno es la libido de los demás», oh —cantaba sólo para ellos un ruiseñor— ¡cuánto habían leído en este último tiempo! y así deseaban morir, rodeados de sus libros mientras escuchaban el canto del ruiseñor (sólo para ellos cantaba el ruiseñor) y sólo para el ruiseñor ellos querían concebir un nuevo hijo, pero una flor temprana —no importa si frágil— un sietemesino delicioso, pero así, así, así, concebirlo los dos solos, sin demasiadas consultas a ella o a él, ginecóloga o ginecólogo, sin cansar la tierra presionándola, obligándola a entregarles a un niño que a los once años ya era niña y se negaba —con una testarudez que recordaba a su antigua condición (perdón, pero es preciso que nos entendamos) de Gordo Puth, endemoniado por el *Sabio Loco* del Comic— y se negaba a seguir el único consejo que le podía dar su madre, que lo hacía por su bien (no es una frase) con lágrimas en los ojos:

—Elizabeth, no te pongas tanta crema en la cara. Me horroriza pensar que te odias, que adrede buscas para ti una vejez prematura.

Elizabeth, rolliza, con una bata transparente ajustada al cuerpo con agresiva exageración, se colocaba sus lentes de contacto color verde haciendo muecas irónicas frente al espejo. Callaba, miraba a su madre con una sonrisa hiriente. Sólo hablaba, pero sin siquiera mirarlo, cuando pasaba junto a su padre, cuyo pelo se había vuelto completamente blanco. Pasaba y al pasar, pasaba, hacía siempre el mismo comentario. (El ruiseñor le cantaba pero Elizabeth pasaba sin mirarlo, sólo comentaba:

—Mamá se atormenta por mi posible vejez prematura. Mamá se olvida que yo he muerto y resucitado).

Pitó la sirena de la fábrica. «Bueno, por fin, ya son las tres», con alegría pensó Nal —culón, viejo amigo—, pero puso ca-

ra de indiferencia, como si en el caso de tener que quedarse en la fábrica en vez de irse con los otros, le diera lo mismo. Lo acababan de ascender a capataz general, pero además seguía a cargo de una sección especial donde se probaba el material importado de Japón (y Nal tenía firma, podía decidir por sí o por no una compra: traducido del japonés esto quería decir «coíma hermano, sin exagerar ni estafar a la empresa, pero siempre te caen unos mangos: ahora, vos me conocés bien, afanar a la empresa que le da el pan a mis hijos, eso nunca, antes me hago puto»). Con estos pensamientos en la grasa del cerebro, aunque claro que tenía —bastaba verlo— más culo que cabeza, seguía con la comedia de la demora. Le daba un no sé qué. Los obreros cambiaban de velocidad a la hora del raje. Pero Nal era Nal: le daba un no sé qué y sus preparativos para irse los hacía serio y pausado. No por miedoso y culón, y chupamedias como decían los que le tenían bronca o envidia. Es que le daba...

Toda la comedia al pedo. De pronto y sin explicación posible (*¿cómo lo hacía el hijo de puta?*) estaba fuera de la fábrica antes que los acelerados, y si no fuera que le gustaba despedirse y chacotear un poco con sus compañeros ya estaría tomando mate en su casa. Pasaba del personaje del hombre mesurado a un astro del raje. Ya de pibe, en el cole, tenía esa virtud. ¿Pero cómo lo hacía (la comedia de escribir mal, de «ocupar el lugar» de su personaje, el hijo de puta, de fingir que conocía las costumbres populares y de hablar como desde adentro suyo, para peor luego de un capítulo como el que lo precedía. ¿Acaso para crear un *contraste* y repetir el estúpido chiste de *culón*? ¿Acaso, o tal vez, para decir que el miedo, si bien *pánico* sería más exacto, a la historia que cuenta lo lleva de las riendas hacia un deliberado fracaso. ¿Y ahora, este párrafo? Porque el problema —así quisiera insinuarlo— es ético más que estilístico. Aterrado tal vez por su Elizabeth en vez de Nal. Cuando había empezado por Nal —lo confiesa— estaba más tranquilo. Huía del mundo hacia la Cartuja de Nal, jugaba incluso a la sátira política y al arte ingenuo. Pero fue él mismo quien lo transformó en Elizabeth, se tentó, quiso hacer un mundo de yeso que no avisa, de golpe se

raja: como todos los «realistas» de nuestra época intenta la trampa de escribir pero para ver si así mejoran las cosas. Vergonzante artista, ahora alfabetizador: a sabiendas del mal que hace, corre tras la pobre gente y les pide como limosna que acepten papel y lápiz. Y primeras letras. Cada cosa a su hora. ¿no? Guardar en un asfixiante cajón a los dos proyectos más hermosos: al sietemesino y a Elizabeth que no necesitó maestros para aprender que no hay manera de aprender a morir. Pero es inútil que insista. Llega un día. Un día llega. Pero el pacto ya está roto. Puedo entonces hablar de cualquier cosa nada más y nada menos que porque cualquier cosa habla de mí, de alguien que se arrastra debajo de su mesa buscando la chispa para quemar los papeles. Acaba de hacerlo, acaba, mientras una voz le dice en argie «acabala», de quemar él mismo su manuscrito: simula continuar, pero yo mismo (mentís: él mismo) les dice «esto se terminó». La verdad esa frase. Nada va a cambiar por otra parte. Seguiremos con la sátira a los populistas, Elizabeth, no me «dirijas» la palabra. Cobrate la deuda, la mía, pero en silencio.

El Pibe Barulo

El Gordo Sonrisa y el Gordo Llorón al final se entrevistan e intercambian experiencias. El Gordo Sonrisa, cuya especialidad es chupar la pija en los baños de los trenes, cambia figuritas con el Gordo Llorón, que se la come, es inexperto pero más ambicioso. Pero nada de menospreciar a Sonrisa. Sabe cosas tales como que a los bufarrones de guita les gustan las mariquitas que usan biguito rubio recortado, como en los años '30. La limitación de Sonrisa es que no quiere dejarse. Resultado: se lo cojieron millones de veces, pero siempre a la fuerza. Lo opuesto ocurre con el Gordo Llorón, fanático en cuanto a poner el culo, pero que ni le hablen de chuparla, secuela del trauma Barto, que sin aviso lo enfrentó de golpe a su enorme verga morada. El resultado en este caso (después de conocer el de Sonrisa) es previsible. Le han hecho tragar litros de leche. Algunos sádicos le apretaban la nariz para que, en el afán de respirar, se ahogara tragándola. Otros se ponen de acuerdo en una orgía y les parece gracioso romperle el culo a Sonrisa y hacérsela chupar a Llorón. Igual, los dos, van tirando.

El padre del Gordo Llorón no terminó el quincho cuando se enteró de que su hijo se la comía. Encaneció por completo y quedó impotente justo en la edad más inoportuna, cuando el fuego otoñal hace arder a las mujeres. La suya, que ya le había tomado un gusto desmedido, juró resignarse. Pero entonces empezó con el vino. Hasta que el médico, su «confesor», le dijo: señora usted tiene que elegir, alcohólica o puta. Ella inventó un sistema tan bueno como el de Alcohólicos Anónimos, por eso la llaman «El Rápido». Entraba al bar y elegía al candidato. Lo encaraba y le decía si no quería cojer gratis. Ocurría en poco menos de dos mi-

nutos: ella no tenía tiempo ni siquiera de tomar su copa. Al salir del hotel, se despedía del tipo y buscaba otro bar. Nada de firuletes. Palpaba el bulto y aprobaba, si estaba de acuerdo. A veces se encontraba con un nabo empujador y enorme como el de su marido «aquella noche». Entonces lloraba de nostalgia. La culpa de todo la tenía el Gordo Llorón. Pero Dios es justo. Un día al puto le meterían una verga tan grande en el ojete y con un empujón tan fuerte, que los sesos se le desparramarían por la almohada.

Diferente fue el destino de Noel. Fracasó como futbolista pero se hizo famoso como ladrón de chalets vacíos en Mar del Plata. Lo encerraron en el penal de Olmos. Llegó al anochecer y en seguida se le acercó un petizo, que le convidó a un cigarrillo y lo ayudó a instalarse. Noel entendió todo mal y lo trataba como a un lacayo. El petizo se la aguantó. Luego de la charla de tanteo, el petizo le hizo una pregunta en la jerga carcelaria (supuso que el otro —que se sentía poco menos que Al Capone— manejaría). Le preguntó lo más obvio: «Y vos, ¿qué gracia sabés hacer?» (*a qué tipo de delito te dedicás*). Noel lo agarró de la pechera de la camisa y le dijo «Yo no soy ningún mono, petizo de mierda». A medianoche, mientras dormía, uno le tocó el hombro. Al despertarse, cinco lo esperaban. El más grandote le dijo: «Pibe, vos tenés ganas de ir al baño». Noel negó con insistencia pero al fin los otros se cansaron y lo llevaron a patadas en el culo, como hubieran hecho con su hermano. Una vez allí, le metieron la cabeza en la letrina. Alguno sentenció a sus espaldas: «Comer mierda es una gracia que todo el mundo sabe hacer». Otro sugirió: «Che, ya que lo tenemos en posición». Noel era observador, pero no tanto: pijas se comió ocho, la cantidad de soretes jamás llegó a saberla con certeza. Ahora pasaron muchos años, hubo condenas mucho más largas. En el momento de escribir estas líneas es casi un viejo y se está muriendo en la enfermería de Sierra Chica. Paz para su alma. No era mal tipo, ni tenía ninguna tara. Siempre —pobrecito— lo declaraban normal, es decir, punible. El paz para su alma es inamovible. Todavía no ha muerto pero está perdonado. Faltarán unos 6 minutos. Ya no importa divulgar sus defectos. Les partía el carozo a los primerizos, a los que llegan asustados y en busca de consuelo. Como invivible, la vida misma sigue ganando el primer puesto. ¿Cuántos soretes se comió Noel? (cuando era pibe era fanático de esos helados). Es un misterio, nunca lo sabremos. Tampoco por qué un tipo entrado en carnes, en un café de la calle Talcahuano, amiguísimo

del mozo con quien se pasaba la tarde haciéndose chistes pesados, lo maió a balazos un día que el otro, en broma, le dijo: —Pero callate, gordo puto.— Sólo intuimos que lo de *gordo* al lado de *puto*, desencadenó la tragedia.

Y ahora basta, también un poco de paz para nosotros: dejen que contemos hasta aquí y empecemos una nueva novela.

(para el Pibe Barulo)

Joe Trompada vs. Papi Trucco

El padre de Noel y R.A. no era tan bruto ni violento como pudiera parecer. A sus problemas se les podría inventar un nombre: complejos de gimnasio. Con su pegada y su técnica otro tal vez hubiera sido un gran boxeador. Difícil es ahora saber cómo llegó a ese ferroviario jubilado que nunca había estado en un ring y nunca tuvo nada que ver directamente con el boxeo. Tampoco importa demasiado saberlo porque la personalidad de Antonio José (en cuanto le decían «don», desataba los perros, unos dobermans terribles) era más interesante que enterarse de cómo lo conoció el padre de *Gordo Puto*. Pero sí es un dato seguro que tanto Locche como Monzón tenían largas conversaciones con él,¹ y que jamás salían a pelear sin consultarlo. Lo extraño del caso

1. También solía llegar a la casita, por lo menos un día al mes, el gremialista Loranzo Miguel, que no tenía nada que ver con el boxeo como tampoco Antonio José con la policía, ni con el boxeo.

—porque a nadie, después de todo, puede parecerle tan raro conversar en un jardincito con un viejo— era que la especialidad de Antonio José fuera la caza y llevara a sus boxeadores, siempre tenía varios, a cazar martinetas cuando era el tiempo. También hay que dar por supuesto que la gente —que es mala y es bruta, como un día lo dijo Roberto Arnaldo Gasparparini— a sus espaldas lo llamara «El Loco Antonio José». Pero el culto que le ofrecían hombres como Monzón y Locche, enredaba todo de nuevo. ¿O también esos dos eran locos? Podía ser, pero ganaban. Antonio José no cobrara un peso por su enseñanza, que nada tenía que ver con saltar a la cuerda y cosas por el estilo: —El hombre debe olvidar al mono —decía. Locche y Monzón iban juntos los lunes y por separado los miércoles y viernes. Como el hombre debía olvidarse del mono, muy trajeados (Antonio José para la *clase*: el resto del tiempo boina y pijama) charlaban horas. Un día los obligó a mirar en silencio, y sin distraerse, una hora entera una foto borrosa de Cassius Clay. En fin, loco o no, los dos ases del box habían hecho un pacto. Estuvieran donde estuvieran, después de una victoria el primer tele de felicitaciones era para Antonio José. Si perdían, otro era el tono, a veces irreproducible, las oficinas de telégrafos se negaban a emitirlos. Pero si guieron inseparables hasta que Antonio José murió.

El padre del Pibe Barulo, «Joe Trompada» (porque ése era su nombre como boxeador) entró en el Ferrocarril a los 16 años y ya venía de los 14 visitando el gimnasio para ser un campeón algún día. Pero dicho así, el boxeo, pasión al rojo vivo en Vitelio Gasparparini suena algo fríamente, como si se tratara sólo de una profesión que da prestigio, fama y dinero. No era así para nada. Quien lo crea bajo esta forma deberá olvidar los veranos calurosos de Buenos Aires y la agresividad (a veces fingida, es cierto) de sus niños. Pero en uno todo era verdad, no había ni asomo de representación. Desde la mañana se levantaba vestido con pantaloncitos de cinturón elástico, zapatillas de basket y ni una sola prenda más, salvo unos guantes de cuero blanco, del hijo de su abuelo, que murió niño, casi angelito (por lo que lo enterraron en ataúd blanco). Vitelio había heredado sus guantes, y en cuanto llegaba el verano trataba de ser digno de ellos. Por supuesto, no eran de boxeo, pero, algo es algo.

Ataviado así recorría la calle Caseros, la más importante de su barrio. Vitelio sabía lo que buscaba, y como todo el que sabe sus movimientos eran precisos y en ellos no había ninguna vacilación. Primero, a una enorme panadería. Allí empezaba por quitarse el guante izquierdo, endurecer sus músculos y esperar. Es-

peraba chicos de su peso (ya algo había espionado los rudimentos profesionales) y prefería agarrarlos a la entrada así no tenían la excusa llorona de: «no puedo dejar el pan en el suelo, antes tengo que llevarlo a mi mamá». No, él los agarraba a la entrada. Entonces se les cruzaba en el camino, les mojaba la oreja con la mano desenguantada y les decía claramente, con voz cortante:

—Si no decís soy un maricón de mierda por aquí no pasás.
—La mayoría se asustaba y repetían el insulto propuesto. A Vitelio le daban tanto ascó que los dejaba pasar, incluso los ayudaba con dos patadas en el culo, aplicadas con toda su mala leche y sintiéndose un dios.

También había otra categoría más peligrosa. Ésta estaba compuesta por una clase de pibes que ponían cara de estar soñando. Durante un segundo lo miraban como a un loco escapado de un manicomio infantil y después le tiraban una lluvia de castañazos. Pero Vitelio era valiente. Devolvía piña por piña y fingía retroceder unos pasos para poder meterlos en lo que él consideraba su ring: el baldío de al lado de la panadería, donde podían darse el gusto sin que ningún mayor los separara. Todo había sido una táctica lícita, y ahí en el baldío se convertía en un león. Los otros no, no tenían honor y, como las nenas, tiraban del pelo y pegaban patadas. A éstos no les tenía piedad, y reventó tanto a algunos que los padres hicieron la denuncia policial.

Pero no las ganaba todas. Una mañana encaró a un flaco que al parecer no valía nada. Con éste no hubo baldío ni poses de boxeador: el flaco lo tiró al suelo de tres castañazos matemáticos. Uno en la barriga que lo dobló en dos. Otro en la mandíbula que lo dejó idiota y el tercero de remate en el ojo izquierdo para que no se fuera sin su marca. Perdida toda moral, cuando Vitelio cayó al suelo lo reventó a patadas. Tantas aventuras tuvo que, desde chico, ya conoció la naturaleza humana en toda su variedad. Contaremos dos más (la última concluyó con su carrera de púgil callejero, aunque no logró hacerle perder la fe).

La primera de las dos finales, duró lo que un relámpago, aunque vaticinó su futuro de boxeador—. Se le cruzó con su mojada de oreja y su discurso a un chiquilín mucho menor que él, pero como no encontró otra cosa, se olvidó (o fingió olvidar) de las condiciones que el deporte exigía: igual peso, por ejemplo. El chiquito al principio no entendió. Brutalmente, con más mojas de oreja, Vitelio se lo metió en la cabeza. Entonces el querubín le pegó tal patada en los huevos que Vitelio se los tuvo que sostener con las manos durante dos días porque creyó que se le iban a caer.

Pero la última aventura nada tuvo de graciosa, sino que más bien descendió a lo trágico y repugnante.

Siempre frente a la panadería vio venir a tres chicos de su misma talla y peso. Les impidió el paso, mojó tres orejas y repitió la fórmula ritual. De entrada hubo algo que no le gustó. No se indignaron, ni se enojaron: se rieron. Menos le gustó entender que eran tres petizos, pero que cada uno le llevaba como cinco años de edad. Después vino lo peor, reconocer en el jefe de la pandilla al hermano mayor de un chiquito a quien él había vapuleado hasta hacerle sangre. Quien fue el que le dijo:

—No jodás más, che, y vayamos directamente al baldío.

Vitelio no se engañó: tenía un cagazo padre. Quiso salvar la ropa (los guantes) diciendo que tres contra uno no valía.

El otro, con pinta de indio, le desilusionó:

—No, si no la vas a sacar tan barata. Vos nos mojaste la oreja a los tres, y a los tres quisiste obligarnos a decir que éramos maricones. Ahora los tres, de a uno, te vamos a cagar a trompadas.

Entraron al baldío. Vitelio temblaba. La primera pelea fue con el cara de indio. Si los otros dos no se lo sacan de las manos, para que quedara algo para ellos, lo convierte en un moco aplastado.

A las otras dos no se las puede llamar peleas. Todo ocurría en silencio. Sólo se escuchaba el resonar de los golpes como el tam-tam de la selva, sobre el cuerpo ya indefenso del púgil de guante blanco. Lo que quedó tirado en la tierra no era el cuerpo de un niño, sino un guñapo.

Le quitaron los guantes y lo dejaron culo al aire y descalzo.

Ya se iban pero Cara de Indio recordó algo:

—El que perdía tenía que decir «soy un maricón» ¿no?

Vitelio, casi inconsciente en el suelo comprendió que era él quien tendría que decir «soy un maricón de mierda». Pero se juró a sí mismo que hasta ese extremo no llegaría. Podía ocurrir que cuando ganara la pelea que lo transformaría en campeón mundial, alguien publicara la noticia en los diarios: «Un día se confesó maricón». No: antes prefería morir en ese baldío. Sin embargo, «Cara de Indio» no le pidió que confesara nada. Todo fue más sencillo. Mientras los otros lo tenían agarrado para que no escapara, «Cara de Indio» trajo un montón de bolsas de arpillerá que había en el baldío y se lo puso debajo de la trompa al Invenible, que no comprendía, aunque los otros parecía que sí. Pero comprendió alarmado no obstante que tenía el culo al aire y a los dos segundos algo en el culo muy doloroso y muy empuja-

dor. Intentó gritar pidiendo ayuda y entonces vino lo peor. Mientras uno de los negros le tapaba la boca, el otro seguía cagándolo a trompadas mientras «Cara de Indio» —ahora ya no había duda— le rompía el culo en veinte pedazos. Después les tocó el turno a los otros dos y después... ya no se acordaba: entusiasmados repitieron, comentando entre ellos: —Hace tiempo —decía «Cara de Indio»— que no me encontraba un culo tan tierno como éste, y gratis. El otro día me cojé al Rubiecito, pero me costó prestarle dos días el monopatín.— Otro que estaba esperando para repetir (*pero si al menos dejaran de pegarle, si ya estaba resignado!*) comentó: —Lo que pasa es que el Rubiecito se deja pero es decente. Éste lo tiene tan suave, tan de manteca, porque se lo debe llenar de crema: los putos hacen cosas así.— Al rato «Cara de Indio» propuso: —Yo por mí lo dejaría ya, estoy cansado, y la pija al fin me arde de tanto meter y sacar. Abusar es malo, dicen los grandes.— Los otros dos estuvieron de acuerdo, pero no se fueron antes de dejarlo completamente desnudo, y atontarlo pegándole en las sienes para que no pudiera pedir ayuda en seguida. Escuchó que se iban, pero también aterrado escuchó el último comentario de «Cara de Indio»: —Hay que averiguar dónde vive y contárselo a los demás de la barra. Así cuando tengamos ganas podemos encontrarlo. ¿Qué les parece? Ya tenemos nuestra *Olla Popular*.

La Gaceta del barrio publicó una noticia: «*El niño demente que les pegaba a los otros niños normales, ha desaparecido*».

Las bolsas que los cara de indios habían utilizado de cama para convertirlo en *Olla Popular*, habían estado llenas de harina y pertenecían a la panadería. Las cosas estaban mal, pero se pusieron peor. Un ciruja dormía en ese lecho mullido, un ciruja borracho, inofensivo. Cuando llegó al mediodía al baldío estaba ya lleno de vino y no vio al chico. Pero al caer la noche, la patrulla policial lo encontró golpeado y evidentemente, como dijeron los diarios, «víctima de malos tratos». Sobre esta pila de bolsas, el oficial encontró tirado en plena mona a *Botellita*, el ciruja. Los de azul no dudaron un instante. Envolvieron al chico en una manta y a *Botellita* casi lo mataron a patadas. Al llegar a la comisaría hicieron un círculo y le pegaron trompadas hasta que confesó. A las pocas horas reventó en su celda de aislamiento.

El niño demente había comprendido todo, pero le dio vergüenza confesar que habían sido otros chicos. También se le ocurrió otra idea brillante, fingió que tenía amnesia.

«Gordo Puto» su hijo era llamado por sus familiares Nal, eufemismo de *nalgudo*. Pero lo que empezó siendo un insulto, «Gordo Puto», terminó siendo una verdad tan grande como su culo. Esquizofrénico, además, quería que todos lo trataran según su verdadero sexo, el femenino. Curado, se resignó. Le gustaba que lo llamaran Nal y, en el momento amoroso, Nálare mfa.

Joe Trompada vs. Papi Trucco

El padre del Pibe Barulo y de Noel también tenía un pasado deportivo: con el nombre de Joe Trompada fue un gran boxeador amateur, no llegó a profesional porque Papi Trucco —una decadencia de 30 años— lo acobardó para siempre en Azul. Aparte de buenas piernas y ser una luz para el esquivo, Papi era una nulidad en el ring, pero muy temido, casi demasiado, a tal punto que muchas carreras habían terminado por negarse a enfrentarlo. Vitelio Gasparparini era incapaz de asustarse así, aunque colgó los guantes por culpa de Papi Trucco: —Tengo los huevos por el suelo —dijo Joe Trompada (Vitelio Gasparparini), y hablaba en serio, su frase, diría un crítico literario, era excesivamente literal. Papi Trucco bebía, trasnochaba y andaba en negocios sucios. Explotaba mujeres y dicen que no le hacía ascos a traficar con drogas, si el asunto no era peligroso. Una lacra humana, pero que en provincias movía la taquilla, porque le conocían la fama y nunca lo habían visto pelear. Todos decían «no puede ser» y no perdían la oportunidad de comprobarlo con sus propios ojos. Pagaban la entrada. El asunto era que alguien se resignase a enfrentarlo. Tenía una sola habilidad. Delincuente de ring, su habilidad consistía en cometer falta tras falta sin que el árbitro se diera cuenta. El golpe bajo era su especialidad indis-

cutible. Parecía más un prestidigitador: cambios de mano a velocidad supersónica delante de la cara misma del juez y mientras no lo dejaban fuera de combate, golpeaba en los testículos hasta acobardar por completo al contrincante u obligándolo a tirar la toalla.

El Pibe Barulo

Después del último incidente, el de la guerra de todos contra todos, nos limitamos a comentar.

EL CLOACA IVÁN

El cloaca Iván (Novela intimista)

En Necó-echea el mar es bravo, de veras es el océano Atlántico, sobre todo en invierno. Aunque en verano las tormentas suelen darse más peligrosas; así como el viento —que parecía cobrar ínfulas con el calor— levantaba la arena y la descargaba brutalmente sobre la ciudad repleta de veraneantes. Quizás por eso los pobladores de Necó-echea, los que estaban de estables (como si aún fuera un fortín, con la rareza del mar, destinado a repeler a los salvajes); tal vez ésa era la única razón para que los pobladores encontraran intolerable el clima sólo en invierno; los veraneantes, que eran los culpables de todo, incluso de la prosperidad —ya no podían quejarse— justificaban los rigores del tiempo; Dios era justo en su ira veraniega; pero cuando la ciudad quedaba desierta (de infieles), el más ligero temporal los convertía en energúmenos. Elevaban los ojos al cielo y a Dios lo puteaban en seco.

En un departamento del edificio Stella Maris, frente a la playa inhóspita, Abel Jorge Reyné se despertó con su mueca fija como todas las mañanas. Directamente del sueño más profundo saltó para instalarse, impávido, en la vigilia (que exageraba). Era lógico que no le gustara dormir solo; giró con dolor el cuello tenso, rígido como su mueca para complacerse contemplándolo a Iván, que por suerte estaba allí, junto a él en la cama doble. En cuanto comprobaba su presencia, Jorge Abel casi sonreía. Los músculos faciales volvían a su lugar y la jeta de careta desaparecía. Problema desagradable, en fin (que exagera-

ba), por eso le gustaba a Jorge Abel despertarse primero que su amante: Iván nunca lo había visto así, hecho una máscara. La musculatura de Iván, sobre todo los grandes bíceps y los repartidos en sus largas piernas, latía en paz, sosegaba, de diversas maneras, al hombre puto, pila de nervios que la deseaba con ansia, sí, aunque parezca contradictorio —Abel Jorge lo sabía por experiencia (deliciosa) y por los chillidos y parloteos de miliún maricas— el cuerpo de Iván podía ser deseado hasta la locura y al mismo tiempo apaciguar al mino relanzado aunque no cediera a sus lágrimas ni al tintineo de sus billetes. Porque a veces a Iván le convenía contratarse en exclusiva con algún mimoso romántico, o malévolo, que precisamente buscaba la babeante envidia de los demás putos; o, simplemente, decidía tenerlo en la horma al aspirante para que éste subiera su oferta —si bien, como tantos lo reconocían colmándolo de alabanzas, era medio demagogo, o débil, con el chuchi desvalido: no se lo garchaba a fondo, claro, ni totalmente gratis; lo obligaba a mostrar voluntad de pago, aunque más no fuera con un cartón de cigarrillos egipcios, a cambio de enterrársela de parado en un zaguán, como para medio contentarlo, sin rociarlo ni con una gota de su famoso latigazo de esperma, por supuesto: Salvo; salvo un caso que desató un río de lágrimas, toda una novela la historia con el obrerito Marielo, rengo y desocupado, con la desgracia encima, mejor dicho *además*, de practicar un alcoholismo asilar y compulsivo. Marielo dormía tirado en la calle, o en las casetas del balneario en noches que helaban hasta el alma, cuando no tenía la suerte de que lo levantara el patrullero para diversión del maldito oficial Orioni que tenía una verdadera debilidad por los comiloncitos desamparados: no los mandaba a la cárcel, pero eran días enteros de reventarlos a trompadas hasta que lograba —ése era su nauseabundo drama humano— una erección *perfecta* (decía) para acabarles a chorros sobre las caras hechas papilla mientras les arrancaba mechones de pelo en ese último instante de sombrío furor. O furor sombrío: no era raro encontrar bajo las uñas de Orioni pelos y restos de piel cabelluda (de marica).

A todo esto, Abel Jorge había intentado teclear de en-

trada, matinalmente hablando, un escozor de melodía con sus dedos de artista sobre la verga imponente y con cara de pocos amigos de Iván, a esa hora tan temprana. Abel Jorge había sido arrojado del lecho, si así se dice; un solo codazo del dormido bastó para ello. El impaciente maricón ahora se frotaba el estómago mordiéndose para no aullar, sentado de culo en el parquet bajo cero: si tenía la mala suerte de cagarle el sueño al chongo de su alma, como con demasiada frecuencia ocurría, Iván le aplicaba una rápida seguidilla de jabs en los riñones, que lo dejaban desarticulado y cara a la pared, más el fenomenal y último regalo de una patada elocuente en el huesito dulce del ojete. Y una semana, por lo menos, sin darle poronga: en la misma cama doble acostados.

Ivan dormía tranquilo, como un pez en el agua. Con un suspiro de alivio (la había sacado barata) el insaciable se entregó a la delicia del primer cigarrillo arrebujaado en su bata acolchada. Sentado en un cómodo, aunque imbécil ¡puñ!, junto al amplio ventanal, se arrulló también con un vaso entero de licor de grosellas: muy femenino, según la opinión popular, siempre certera; por su misma «feminidad», el grosellas *Van Wolfsi* arrasaba rápido el cerebro, al primer descuido del culorroto, y lo mismo si se trataba de una hembra conchuda, o de un macho soberbio como el divino soñador Iván. Abelito no se descuidaba. Tomaba esa dosis servida en vaso para vino al despertarse, acompañándolo con una anfetamina suave de origen belga y alguna rodaja de pan. Esa sola copa hasta los bordes

después
ya podía
entregar-
se tran-
quilo to-
do el día
al gin

al levantarse, para aclararse las ideas y disolver hasta el último vestigio de Hierática Mueca, desdicha que sufría contento desde hacía tres años, cuando recuperó a costa de una verdadera demencia financiera el amor de Iván. «Ángel mío», pensó, «ya sé que cuando te enteres, con lo metuculoso (¿metuculoso?) que sos para estas cosas, vas a estrangularme con el

mismo ligüero negro y vaporoso que me permitís lucir en alguna festi-chola del ambiente, cuando me acompañás como marido —el culo es sólo para mi marido...» algo confuso, aunque rosas en la cara, o grosellas... otro acceso de

ji-ji-ji al relamerse con la palabra ji-ji «grosellas», que pasó de su labio flojo y húmedo a su paladar remodelado por tantos glándes; cazada como una mosca por un sapo, «grosellas» hizo ese viaje. «¡El culo es para el marido, ji ji, pero cuando uno tiene vagina para el ligue superficial, el arrebató de un minuto en un baño furtivo, en fin, supongamos que así sería posible tratar de calmar a Iván, que es una fiera para el negocio: —¡Pero queridito, si a ese puto sólo le di la conchita vibrátil, lo desleché en un segundo, y mirá toda la guita que le saqué!— No, el argumento no iría con mi “Pija de Oro”: su garra de fierro cuando decidió exprimirte por muchos años, no se afloja con esa gansada de entregué la cachucha para regalarte más mosca, papi... Ah, qué divertido: esta mañana estoy regrosello, ¿cómo *uno* va a tener vagina? Operándose, claro. Pero no es mi caso. Cuándo este hijo de puta me va a dejar “dilatárla” ese montón de guita para realizarme como mujer ji-ji y “sentirme yo misma”... Le importan tres carajos, ojete, cajeta o lo que sea: por algo desde chico lo llaman El Cloaca Iván...» Lo que me contó para prevenirme esa puta sarnosa, la viuda Amalia Moner Monié de Vermontoff-Sanz. La volvió tan loca con su mirada fija en el mar mientras de vez en cuando se acomodaba el bulto prodigioso suavemente con la mano derecha, o la ojeada rasante de sus tetas, siempre serio, mientras le permitía refregarse contra sus bíceps en la clase de natación. Pobre enferma de mierda. El marido murió de asco. Los hijos la abandonaron. El degenerado la vivió un año entero, le quitó dos casas en Rosario y el pisito de Marbella. A cambio de... a la pingajo le temblaban los mofletes... le hizo firmar cheques sin fondo... declaró lavándose las manos y ayudando a los interpol que la cazaron en Germantown, un barrio de Filadelfia, y ella se quedó en el pinche durante tres años por estafa... A cambio de (vergüenza le daba llevar la cuenta): una mamada de verga en un impresionante bosque canadiense; nevaba, ella se arrodilló y desesperada se le prendió a la bragueta; soportó en firme el alud de bofetadas, el horrible insulto: «además de puta y vieja, sos boluda: nieva, degenerada; tendrías que estar cuidando de tus hijos...»; ella siguió de rodillas y lloró como tantas veces:

y no, Dios o un ángel habían puesto algo distinto en sus lágrimas, porque El Cloaca le zampó su pistón hasta la garganta. Aunque no le ahorró un juegucito que lo pintaba entero. Conocía el arte de provocarse contracciones en la garcha como si estuviera a punto de otorgar el don de su guasca hirviendo. La víctima se ponía como loca, aplicándose con lágrimas en los ojos —en ese momento Iván le retorció la oreja derecha—, tanto por la alegría que le provocaba la eminencia de la cuajada, como miedo a perturbar el éxtasis de la fiera. Entonces Iván sacaba de golpe la poronga de la boca, —los labios mamones cloqueaban en el vacío, sin mosca que cazar—...

Entra Amalia con las manos barrosas por culpa de las papas que pela y pela de a miles en la cocina del «Centro Piloto de Salud Global Psico-somática». Así terminó. Le dan techo y comida. No le permiten salir ni recibir visitas. Nada de tabaco ni alcohol: es por su bien. Porque si la sorprenden con un cigarrillo o un vasito «TE REVENTAMOS, PUTA DE MIERDA —NO, NO. —CIERTO QUE ERA POR SU BIEN: ENTONCES AL ELECTRO, Y LUEGO CAMISA DE FUERZA PERMANENTE, PABELLÓN DE LOS SOBRA-EXCITADOS. LOS BUENITOS DE COOPER Y BASAGLIA. CON ÉSOS NUNCA EXPERIMENTAN EN UN “CONTEXTO NO REPRESIVO”». Como nada de tabaco y alcohol, ella roba puchos de los ceniceros, y fuma la picadura con receta. Tiene varios recetarios, también robados. Y el alcohol que atrapa es completamente puro, medicinal, 96 grados.

El Cloaca Iván

dotado de un pene largo y ancho con forma de espátula al revés: es decir, empezaba, empalaba por el mango doloroso y, en el extra del éxtasis, cuando el todo adentro, permitía que el delicado anillo de piel recobrar su estrecha inocencia. Mientras otros soplanucas, más monótonos y menos viriles encima, cuando encima se les subían a los nenúfares, bombardeaban sin espiral cambiante ni voluptas, granizaban sin dar respiro con el mismo calibre, eternamente: externamente sofocaban el «ah» dichoso del milagro —«retorno a lo diminuto», la autocompasiva e incruenta mentira de sentirse anchadas a lo chancha para —ala poste— vertiginosas de risa en su auténtico corazón palpitante, velado y cómo no si tal era el guiño feliz para los dos parten aires, «Eh, aire», volar entonces en picada hasta su presa: el farol coqueto de pedir más, del mohín de la entrega absoluta, con mimo de pedir perdón, es la vida, me hizo demasiado puta, ¡si te hubiera, amor, conocido hace diez años cuando chica que gemía por no poder vivir sin tragarse las enormes

* * *

EL CLOACA IVÁN

(Cuando todavía se hacía el complicado. Ilusiones, empresario de estrellas, al Gran Teatro, derechas a Nueva York, sin pasar por la cortada del quirófano; él era látigo, encadenadas en el balcón y desnudas toda una noche de invierno: castigador, inmundo, de inflexible muñeca, nenas, pero humano: no exigía el bisturí y en la copa de la noche

recordaba al chico lejano como un Atlántico, el café-bar donde los más amigos lo apartaron de asco porque *inventó* una idea, y así fue a parar a la mesa del rincón, tertulia de los otros penales. Ahí se arrugaba «Teté Afila», vicioso de encolar con nocturnidad y labio de amor innecesario; decían los vampiros que se inclinaban por otra sangre rajarle el esfínter a las solteronas palomitas, gordas románticas, agonías (esas) por falta de una mirada. Rony Roter, dorado de sol, una pinta honor del baile, veinticuatro años y dueño ya de un próspero negocio —quebraría hasta el nombre por aquel chiste, luego destino, cruz, *nuestro* actual «Teté Afila»

El Cloaca Iván

Yo soy *El Cloaca Iván*, el de la fama larga y gruesa; arrinconado, esquinado entonces: solo y mi prontuario. Desde la cárcel hoy, por pasar el tiempo (que es asqueroso en Europa), ya que le muevo la mierda a este recluso débil de popa que dice «Fui antes periodista» (ahora: para que su mano le racionara el tubo cabezón de carne roja, silencioso y obstinado bajo la bragueta, dice el puto enteramente tembleque; *ahora no*: hoy llueve, hoy aburre el agua hacinada fuera de la celda, en esta hora de la siesta, el repasado periodista hace muecas, de lágrimas y baba empapa la almohada, es terco el animal degenerado, quiere clavarse de un solo golpe mi espolón, el estúpido se olvidó de robar aceite en la comida («antes podía en seco»), lloriquea por-

que sabe: tengo, siempre tuve, delicada la piel de mi morrongo, y si en el próximo zicospazo, el culastro viejo y lerdo no se enhebra perfecto, desde lo alto, «el ciclo, desde allí mi madre nos observa», chochea el incoherente, rigo-leado ex-reportero, caerá mi sopapo pesado como un muerto sobre su pómulo llorón, más la ivaneada del cobro triple y cash —es lo mío: yo sé hacer los deber— cuando la columna roja de mi agenda le está cortando las venas —y no «contando» como diría el quemado Char Gardés, pero...

...No «contando», no me gusta contar nada cuando le dicto al puto escriba. La vieja se relamerá de gusto, verlo a su gusano con un ojo negro, el labio que no cubre del todo la encía —aquel tajo, no, nada de Abril en Portugal, que otro golfeado le jugó en la cara por un cartón de *camel* destinado a mi cotarro ahorro. Con los pantalones flojos, no come el demente: todo lo vende por la verga, fileteada de sangre y mierda la camisa porque al fin con desesperada saña logró ensartarse el asqueroso, pero hoy con la lluvia me levanté yo muy verdugo, y se la arranqué de un golpe aullado cuando ya se toqueteaba para irse —¡Dios, Dios!, gritó—; le cerré la boca con otro golpe; me desleché para que aprenda sobre sus últimas vértebras: sangre, mierda y filamentos del licor de huevos le orlaron la astrosa camisa. Me abuené luego, a lo distraído prendí el tabaco, el camel-o del encendedor que te copa porque falla, permití que se pajeara —pero cuidado, en silencio— hasta acabar mudo como estopa, encogido en su rincón. Acaban agradecidos, eso no falla. Es mi oficio. Después de taradear algunos años, comprendí que el vicio aterrorizado es el negocio más papa: el tiro fijo, el hoyo campeón de la pelota.

Cuando le dicto me gusta hablar por las ramas como el alcohol y el humo. El aburrimiento es una ciencia: «Quien no se aburre, rebuzna», decía Horace Dorrego Kinch ya viejo, un amigo a secas, sin aditar ni letra, además de ganzúa de cátedra, leal, recto como un uso, que morgue fue en el setenta por acribillado en una baulera donde creía esperar el vacío del piso del piso de las joyas y toco verde.

(El Cloaca Iván)

Recuerdos, apuntes

Bocetos. Es el destino, la gente se husmea y agrupa, y así se empieza: un rincón aparte del café, mira al otro lado, calaña de distinta mesa.

* * *

Con El Cloaca Iván la obertura era de tigre, pensaba el tétón Esteban, que alguna vez aspiró a candilejas más neón de marquesinas (si hasta había leído a Darío, y deleitándose; aún lo leía y admiraba con ese *valor amante* —tan raro— que no marca la propia decepción por el gesto desdentado del perenne fascista, perrito: faldero y cónico). La Sili Coña Esteban, ya caída (por las nubes cualquier *tratamiento*), en su noche de suerte, coincidía con la tarifa de nuestro héroe, ya envaselinado

Esta primera edición de *Novelas y cuentos* se imprimió en tipos meridiene 10/11 puntos en el mes de septiembre de 1988, en Romanyà Valls, Capellades (Barcelona)